

The background of the cover is a stylized illustration. It depicts a sailboat with a large, vibrant orange sail sailing on a dark blue sea. The sky is a deep blue with small white stars. The horizon is a bright orange line, with stylized, billowing clouds in shades of orange and yellow. Two small silhouettes of people are visible on the deck of the sailboat. The overall mood is serene yet mysterious.

ARTURO
PÉREZ-REVERTE
LA HIPÓTESIS
MÁS PELIGROSA

ALFAGUARA

ARTURO
PÉREZ-REVERTE

LA HIPÓTESIS
MÁS PELIGROSA



I. El puerto

*He vivido entre los seres
humanos y conozco cuanto
pueden hacer, lo mejor y lo peor.
Soy cada nombre de la Historia.*

FRIEDRICH NIETZSCHE

Nunca, hasta ese día junto al mar, había imaginado que la violencia pudiera ser tranquila. La asociaba con gritos y golpes — como en los videojuegos que tanto frecuentaba—, pero no con aquellos dos hombres que se miraban muy de cerca, inmóviles, hablándose en voz baja. Y sin embargo, todo parecía a punto de estallar entre ambos; de convertirse en un acto brutal, incluso despiadado. Y ésa fue una de las muchas lecciones que Cal Gadea iba a aprender en las siguientes semanas.

Tenía dieciséis años, llevaba una mochila al hombro y acababa de bajar del autobús en un puerto pesquero del Mediterráneo, en la costa española. Estaba frente al varadero, observando a los dos hombres que discutían entre los barcos puestos fuera del agua, cuyos cascos eran sostenidos por puntales o colgaban pendientes de grúas. Uno de ellos, más bajo que el otro, era ancho y lampiño, los brazos fuertes bajo las mangas de la camiseta —le recordaba un poco a Kingpin, el enemigo de Spiderman—; y en un momento concreto, cuando su interlocutor se acercó demasiado, dio un paso atrás, con prudencia, como si creyera oportuno mantener la distancia. Volvió luego el rostro a uno y otro lado, y su mirada resbaló sobre Cal antes de retornar al que tenía enfrente. Dijo entonces algo más, alzó una mano para finalizar la conversación y, tras dar media vuelta, se fue con aire sombrío.

El segundo hombre se había quedado quieto, pensativo, contemplando su sombra en el suelo. Llevaba barba de tres o cuatro días y tenía el cabello oscuro y crespo, muy corto. Era alto, de hombros sólidos bajo una descolorida camisa que en otro tiempo fue azul, vestía unos viejos zapatos náuticos y un gastado pantalón vaquero con remiendos de parches en las rodillas. Al cabo de un momento miró a los lados igual que había hecho el otro hombre y sus ojos se detuvieron en el muchacho que lo observaba. Parecía reflexionar sobre la posibilidad de que éste hubiera escuchado la conversación, pero no debió de darle importancia, pues al fin volvió la espalda y se alejó entre los barcos.

En aquel instante Cal comprendió que ése era a quien buscaba. Sólo tenía de él vagas referencias de sus abuelos, unas cartas manuscritas y una fotografía inconcreta en el teléfono móvil, obtenida tiempo atrás de otro teléfono que no era el suyo: medio rostro de mujer en primer plano —su madre, un año antes de su muerte— y detrás, al fondo y a unos diez pasos, ajeno a la cámara y ocupado en recoger unos cabos junto a la popa de un velero amarrado al muelle, el mismo hombre que ahora se perdía entre las embarcaciones del varadero.

Cal estaba seguro de que era él, sin la menor duda; había pasado el último curso —las notas escolares fueron desastrosas— estudiándolo todo: la foto, los indicios que le permitirían localizar el lugar, el aspecto del hombre, apenas diferente al de la imagen obtenida diecisiete o dieciocho años atrás. Y al verse tan cerca le asombró su propia calma. Después de tanto tiempo esperando lo que había imaginado innumerables veces y de muchas maneras distintas, no sentía nada especial, o al menos no gran cosa; sólo una tensa atención que secaba la boca y agudizaba los sentidos. Una serena lucidez.

Tras dudar un momento, consciente de que daba un paso importante en su vida, Cal siguió de lejos al hombre entre los barcos. Caminaba éste despacio, sin aparente prisa por llegar a ninguna parte, inclinada la cabeza hacia la sombra que lo precedía como si, por alguna rara casualidad, el sol la mantuviera todo el tiempo ante él, obligándolo a seguirla. Llegó así a un muelle donde

había amarradas varias embarcaciones y subió a una de ellas: velero de un solo palo, casco blanco con una franja azul, cubierta de madera. El nombre, *Nostos*, pintado cerca de la popa con letras negras, estremeció al muchacho. Era el mismo barco de la vieja fotografía.

Dejó la mochila en el suelo del muelle y se sentó junto a ella, a seis o siete pasos del velero. Olía a mar, algas, brea, pintura. Sonaban graznidos de las gaviotas que planeaban en torno a la montaña, una roca enorme alzada sobre el puerto. Crujían las amarras de los barcos y la brisa hacía campanillear las drizas en los palos desnudos. La temperatura era agradable, pero Cal tenía sed después de las cinco horas pasadas en el autobús. También sentía hambre, aunque para eso no había remedio por ahora. Sacó de la mochila una botella de agua y bebió lo que quedaba en ella.

El hombre trajinaba en la cubierta, cambiaba de lugar unos cabos y unas defensas de plástico azul. Después fue a la proa, abrió el pozo del ancla y metió medio cuerpo dentro. Al terminar miró hacia tierra, se fijó en el muchacho y tras prestarle tres segundos de atención retomó su tarea. Un poco después, mientras comprobaba la tensión de las drizas que bajaban por el palo, volvió a mirarlo y esta vez se detuvo en él más tiempo, con curiosidad.

—¿Te interesan los veleros? —preguntó.

Tardó Cal un momento en responder. Las palabras se formaban con dificultad en su boca, y no era la sed. De pronto descubría que no era lo mismo imaginar las cosas que hacerlas.

—Sí —dijo.

El hombre lo estudiaba ahora con más fijeza. En ambos antebrazos, bajo las mangas vueltas de la camisa, tenía tatuajes desvaídos, casi borrados por el tiempo. Y sin embargo no parecía demasiado viejo: en torno a los cuarenta años, tal vez un poco más. Aún no era hábil Cal en calcular edades.

—¿Qué pasa, chico, buscas barco?

Negó con la cabeza, sin responder palabra. Se encogió de hombros el otro.

—En esta época del año hay muchos jóvenes que lo hacen.

—No es mi problema —replicó el muchacho.

Aquello pareció aumentar la curiosidad del hombre, que siguió mirándolo mientras se limpiaba las manos en las perneras del pantalón. Tras un momento metió una mano en un bolsillo y sacó un arrugado paquete de tabaco y un encendedor de plástico. Después, vuelto de espaldas a la brisa y protegiendo la llama en el hueco de las manos, con ademán que traslucía mucha práctica en ello, encendió un cigarrillo.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, expulsando la primera bocanada de humo.

Cal lo pensó un momento.

—Miro —dijo al fin.

—¿El barco?

—A usted.

Apenas lo dijo se arrepintió de su propia audacia. Ahora el hombre lo observaba de manera distinta, y una sombra de recelo pareció cruzar sus ojos muy oscuros. Advirtió Cal que se le tensaba el rostro y que, humeante el cigarrillo en la boca, dejaba caer los brazos, no relajados sino ligeramente separados del cuerpo, igual que los de un luchador veterano que aguardase por instinto, calmado pero alerta, el azar de los acontecimientos.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Caleb.

Permaneció el otro muy quieto, inexpresivo. Quizá no pensaba en nada, o quizá reflexionaba sobre el nombre, intentando encajarlo en su memoria. Tras un momento pareció salir de su abstracción, se quitó el cigarrillo de la boca y saltó a tierra. Mientras recorría la poca distancia que lo separaba de Cal, éste se puso en pie. Era muy delgado y tan alto como el hombre que se aproximaba; llevaba el pelo largo casi hasta los hombros, los granitos en la cara delataban su adolescencia y las gafas de montura fina de acero le conferían un aire vagamente romántico, estilo poeta ruso de un par de siglos atrás. Cuando estuvo enfrente, el hombre lo recorrió con la mirada de abajo arriba: las zapatillas de deporte, los arrugados chinos, el polo celeste sobre el torso flaco.

—¿Qué buscas aquí?

Los iris en sus ojos, comprobó el muchacho, eran tan oscuros como las pupilas y se confundían con ellas, haciéndolas desaparecer en forma de dos discos negros que daban un extraño carácter a su mirada: la volvían dura y opaca, y en ella sólo aparecían los reflejos de afuera. El propio Cal podía verse en ellos.

Buscó en su cabeza una respuesta adecuada: algo que mantuviese la curiosidad del hombre sin irritarlo, sin llegar todavía a desvelar qué lo había llevado hasta allí. Estaba en ello, pensando la mejor manera, cuando vio que los dos discos negros se apartaban de él para mirar sobre el hombro, a su espalda. Entonces el otro se movió. Lo hizo lateralmente, hacia la derecha, tenso de nuevo. Miró Cal hacia atrás y vio que tres hombres se acercaban.

—Es necesario —insistió el rubio, que tenía acento inglés.

Ya lo había dicho dos veces antes, aunque sin especificar qué ni por qué. Cal escuchaba manteniéndose aparte, con la mochila a los pies, mientras observaba la escena. El que había hablado —sus acompañantes permanecían en silencio— era de mediana edad y estatura, ancho de caderas, tenía la piel más rojiza que bronceada y ojos color de ostra. Vestía un arrugado traje de lino beige ligeramente rozado, sucio en los codos de la chaqueta, y llevaba el pelo pajizo demasiado largo, peinado hacia atrás y aplastado con fijapelo, o tal vez sólo era ausencia de agua y champú. Parecía, sin esforzarse mucho, uno de esos villanos capaces de secuestrar diecinueve veces a la princesa Peach de *Mario Bros*.

—Es imprescindible —añadió tras un momento, como si le hubiera costado encontrar el sinónimo.

Negaba el hombre del barco con la cabeza.

—Iré solo —dijo secamente.

Miró el inglés a los otros, poniéndolos por testigos de algo cuyo sentido Cal ignoraba: uno era Kingpin, el hombre al que había visto antes en el varadero, y el segundo, un individuo alto, muy flaco, cuya nuez prominente asomaba sobre el cuello abierto de la camisa. Las manos eran tan descarnadas que parecían garras. Para Cal

resultaba inevitable asociarlo con Slender Man, el malvado que rondaba por los bosques y secuestraba niños.

—No es un viaje para hacerlo sin tripulantes —decía el inglés—. Quinientas millas hasta...

Pareció a punto de mencionar un lugar, pero miró de soslayo a Cal, interrumpiéndose dubitativo.

—Hasta el primer puerto —dijo tras la breve vacilación—. Y luego puede haber otro viaje.

—Me las arreglaré.

—Son muchos días de mar.

—Eso es asunto mío.

—No sólo tuyo —señaló el inglés a los hombres que lo flanqueaban—. Hay mucho en juego, y cualquiera de ellos es mi garantía.

Volvió a negar con la cabeza el hombre del barco y esta vez no dijo nada. Amagó el flaco de las manos como garras un movimiento desairado, dando un paso al frente en plan *Mortal Kombat* o con aire de andar en ello. Pero el del barco lo miró impasible, con indiferencia; sin hostilidad ni inquietud. Estaba claro que había pasado varias veces, superándolas, esas fases del juego. El inglés, que no quitaba ojo, tranquilizó al flaco mediante un ademán pensativo. Apoyaba un codo en la palma de una mano y se pinzaba con dos dedos el labio inferior, indicando a Cal. Le relucía un sello de oro.

—¿Quién es el joven?

Hizo el hombre del barco un gesto indiferente.

—No lo sé, apareció ahí... Nada tiene que ver con esto.

—¿Y contigo?

—Tampoco.

Se acercó el inglés a Cal para estudiarlo bien.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al fin.

Procuró el muchacho sostenerle la mirada. Lo intimidaban, sin embargo, aquellos ojos de un gris acuoso y frío. Crueles, decidió. Tenía el inglés cortos pelillos rubios en el mentón mal afeitado y su ropa olía agria, a sudor viejo.

—Miro el puerto —repuso, procurando aparentar firmeza.

—Pues vete a mirarlo un poco más lejos.

Sonó a espaldas del inglés la voz del hombre del barco.

—Déjalo tranquilo, Taplow.

Cogió Cal su mochila y caminó una docena de pasos hasta un noray de hierro oxidado y repintado en el que se sentó. Ahora estaba demasiado lejos para oír lo que los cuatro hombres hablaban. Al poco rato, el inglés y los otros dos se marcharon. No parecía una despedida amistosa.

El hombre del barco se había quedado solo, y contemplaba de nuevo su propia sombra como había hecho antes. Al cabo de un momento pareció volver en sí, alzó el rostro y miró a Cal. Después fue hasta él despacio, por el borde del muelle, y se le detuvo delante.

—Caleb, dices.

—Me llaman Cal.

—¿Quiénes te llaman así?

Encogió los hombros el muchacho.

—Mis amigos, mis abuelos...

—¿Tus padres?

—No tengo padres —dudó un instante—. Ella murió.

—¿Y él?

—Nunca estuvo.

Una brevísima pausa. Los dos discos negros y duros, donde se reflejaba la luz cenital del puerto, lo estudiaban con fijeza.

—¿Y qué haces aquí, Cal?

En contraste con la mirada, era aquél un interrogante amable. Incluso iba acompañado de una sonrisa tranquila, leve y un poco ausente, que disociada de los ojos habría parecido amistosa y que nunca llegaba a concretarse del todo. Intentó el muchacho demorar la respuesta e interpuso un pretexto. Era bueno en tales cosas.

—¿Quiénes son éstos?

Sin dejar de mirarlo del mismo modo, el otro tardó unos segundos en responder.

—El rubio se llama Elliot Taplow.

—No tiene pinta de buena gente.

—No lo es... Y tampoco los que lo acompañan.

—Usted no parece asustado —se atrevió a opinar Cal.

Tras quedarse serio un momento, el hombre volvió a sonreír apenas, como antes, y Cal pensó que eso no era del todo una sonrisa. Los ojos permanecían fríos.

—Hace tiempo que se me pasó la etapa. La de esa clase de miedo.

Sentía Cal crecer su audacia, o su insolencia. Un año, todo un curso escolar de callado rencor. Cientos de horas de ordenador y consola exterminando sin piedad a adversarios con la cara imaginaria de esa foto.

—¿Se supone que usted es el bueno?

Aquello transformó la forma de mirar del otro, que ahora lo hizo como si viese al muchacho por primera vez o descubriese en él algo que hasta ese momento le había pasado inadvertido. En una pausa pensativa se le endureció el gesto para después desvanecerse despacio.

—Te lo voy a preguntar por tercera vez... ¿Qué buscas aquí?

Sacó Cal el teléfono del bolsillo, buscó la foto y la puso ante los ojos del hombre.

—Mi madre —dijo.

No era una mala hamburguesa: estaba un poco cruda, quizás. La abrió un momento para añadirle mostaza, se limpió los dedos en la servilleta de papel y le dio otro mordisco. El hombre del barco lo observaba desde el otro lado de la mesa. A excepción de la camarera ucraniana que trajinaba tras la barra —Cal no se atrevía a mirarla porque le pareció muy guapa—, estaban solos en el pequeño restaurante. Por la ventana se veían la montaña, el varadero y los barcos de pesca amarrados en el puerto.

—Háblame de ella —dijo el hombre.

Se encogió Cal de hombros mientras masticaba. Tragó al fin el bocado y se limpió la boca.

—No me acuerdo de mi madre... Murió cuando yo era muy pequeño. Me criaron mis abuelos.

—¿Dónde?

—Da igual dónde —volvió a encogerse de hombros—. En el norte.

—¿Has vivido siempre allí?

—Literal. Hasta ahora, sí.

—¿Estudias?

—Sí... Cuarto de la ESO.

—¿Eres buen estudiante?

—No mucho.

A los labios del hombre afloró la sonrisa que nunca llegaba a materializarse del todo. Después de un silencio, como otras veces, el gesto se desvaneció lentamente en su rostro.

—Y ahora dime qué haces aquí.

Era la cuarta vez que Cal escuchaba esa pregunta, y supo que no podía aplazar más la respuesta. Aun así, quiso ganar tiempo. Con la cabeza baja, sin apresurarse, despachó lo que quedaba de hamburguesa y sorbió por la pajita del vaso de cocaola hasta que escuchó el ruido de que estaba vacío. Al fin alzó la vista. Los ojos oscuros del hombre estaban clavados en los suyos.

—Encontré esa foto en su móvil cuando lo puse a cargar y miré. También una caja con cartas.

Permanecía el hombre impasible. Casi indiferente.

—Nunca escribí cartas a tu madre.

—No eran tuyas, sino de una amiga de ella... La dueña de un restaurante de Formentera.

—¿Y con eso te pusiste a buscar?

—Sí.

—Sólo con una fotografía y unas cartas... ¿Tus abuelos no te hablaron de mí?

—Mis abuelos no saben una mierda de usted.

El hombre pasó por alto la grosería.

—¿Hiciste todo el trabajo solo? ¿Hasta dar conmigo?

—Me muevo bien por Internet. El barco estaba en la foto y no fue difícil. Sin más.

—Eres bueno, entonces —ahora lo examinaba con más interés—. Pareces un internauta experimentado.

—Soy un gamer.

El otro pareció vagamente sorprendido.

—¿Jugador?

—Online, sí, videojuegos. Por eso hablo bien inglés: llevo años hablando con gamers de todo el mundo.

—¿Qué tipo de juegos?

—De muchas clases: *Fortnite*, *Counter-Strike*, *Metal Gear Solid*... Millones de ellos.

—¿Qué edad tienes?

—Casi diecisiete.

Miró el hombre por la ventana: el sol empezaba a declinar y las gaviotas eran cada vez más numerosas en torno a la montaña.

—Sigues sin decirme a qué has venido.

Cogió Cal la pajita del refresco e hizo un nudo con ella.

—Quería saber cómo es. Ver de cerca su cara.

—Pues ya me has visto. Y ahora puedes...

—También quiero saber por qué dejó tirada a mi madre —lo interrumpió Cal.

Los ojos tranquilos del hombre se posaron de nuevo en él.

—Tienes agallas, chico —dijo tras un momento—. Reconozco eso en cuanto lo veo.

Deshizo Cal el nudo y puso la pajita sobre la mesa.

—¿Por qué la dejó?

—No es tan sencillo. Ni tampoco fácil de resumir.

—Estaba embarazada. De mí.

—Yo no la dejé. Ella era consciente de todo: te quiso y te tuvo.

Aventuró Cal la pregunta que más lo había atormentado en los últimos tiempos.

—¿Fui un fallo?... ¿Un accidente sin más?

—No eres resultado del azar, si te refieres a eso.

—¿Qué soy, entonces?

Sin responder, el hombre sacó dos billetes de la cartera y los puso sobre la mesa. Luego se levantó.

—Tengo cosas que hacer, chico.

—No me llame chico —seguía sentado, desafiante—. Me llamo Cal.

El otro lo miraba desde arriba, inmóvil. Parecía estudiarlo de modo distinto.

—Querías verme y ya me has visto —dijo tras un momento—. Es hora de que te vayas por donde has venido.

Movía Cal la cabeza, despechado. Se sentía muy furioso. Le habría gustado ser adulto, lo bastante fuerte para agarrar al hombre por la camisa y golpearlo. Quebrar de alguna manera aquella máscara impasible.

—¿Y ya está?... ¿Misión superada? —señaló el dinero—. ¿Vengo hasta aquí, me paga una hamburguesa y me despide?

Los ojos negros y opacos estaban fijos en Cal, aunque de pronto parecían no verlo, como si estuvieran absortos en la nada.

—Te sorprendería la cantidad de gente de la que me despedí a lo largo de mi vida.

Lo siguió de lejos sin que en ningún momento el hombre se volviera a mirarlo. Y cuando lo vio subir al velero y desaparecer en el interior, ojeó en torno buscando el lugar adecuado. Lo encontró a la sombra de una grúa, a sólo una veintena de pasos del barco, de modo que fue a instalarse allí. Sacó el Lenovo Legion de 15 pulgadas, dejó la mochila en el suelo y se sentó recostado en ella. Con el ordenador sobre las rodillas estuvo tecleando largo rato —mensajes intercambiados con otros gamers, una incursión distraída por la sala Discord de *Minecraft*— hasta que el nivel de batería estuvo muy bajo. También la carga del teléfono era ya débil. Echó un vistazo a su alrededor, indeciso, y tras un momento se puso en pie y anduvo hasta el lugar donde había comido la hamburguesa. La camarera —parecía divertida porque él no la mirase a la cara y se ruborizara al hablarle— le permitió enchufarlos allí, aunque lo previno de que cerraría pronto y no los iba a poder recuperar hasta por la mañana. Aceptó, caminó de vuelta hasta el varadero y el muelle, y volvió a sentarse recostado en la mochila. Mientras hubo luz estuvo leyendo una ajada edición de *La isla de coral*, de Ballantyne. En la página del título, escrito con letra redonda de colegiala, figuraba el nombre y apellido de su madre: Irene Gadea.

Sólo vio al hombre una vez, cuando éste asomó la cabeza por el tambucho y le dirigió una ojeada antes de desaparecer de nuevo sin ningún comentario. El sol poniente enrojeció el varadero y las embarcaciones puestas en seco, y poco después las arboladuras empezaron a recortarse en un cielo que viraba del azul añil al azul oscuro. Ya no había graznidos de gaviotas y sólo se escuchaba el suave campanileo de la brisa y las drizas en los palos de los barcos. Por uno de los portillos del velero se vio una luz, pero el hombre no volvió a asomarse.

La ausencia de sol ya refrescaba un poco. Se levantó Cal y fue a orinar a un lugar discreto, entre dos grandes yates varados. Después sacó un jersey, se lo puso y se extendió más en el suelo estirando las piernas, ahora con la mochila como almohada. Iba a ser, concluyó fatalista, una noche incómoda y larga. Se sentía tan desdichado y confuso como cuando cometía un error irreparable en el juego y se veía forzado a reiniciar la fase entera. Ignoraba exactamente qué estaba haciendo, no tenía nada para cenar y le quedaban veintisiete euros en el bolsillo, resto de sus escasos ahorros y de lo que le dieron sus abuelos, que lo creían en un campamento de verano. Ahora, al fin, enfrentado a lo que había imaginado mil veces desde que dio con la fotografía en el viejo teléfono, su presencia allí, el largo viaje y todo lo demás se le antojaban un empeño incierto, obstinado y absurdo.

Tengo que irme por la mañana, concluyó tras dar muchas vueltas a todo en su cabeza. Regresaré a casa derrotado y confuso, sin saber nada más de ese hombre, ni de mi madre, ni de mí mismo.

Durmió mal, o apenas lo hizo. No estaba acostumbrado a la dureza del suelo, y todo el tiempo se estuvo removiéndolo inquieto y dolorido. Tampoco el relente nocturno mejoró la situación cuando la humedad del aire y el mar cercano le mojaron la ropa, haciéndolo tiritar. La vida física, decidió, era mucho más incómoda que en el mundo virtual de sus amados píxeles interactivos. Con ese pensamiento se encogió en posición fetal, en inútil busca de algo de

calor. Ahora el silencio y la calma eran absolutos, sin tan siquiera un soplo de brisa. De vez en cuando abría los ojos, y por encima de las pocas luces atenuadas del varadero, sobre los monótonos destellos rojo y verde que señalaban a lo lejos la bocana del puerto, podía ver estrellas que salpicaban la bóveda celeste.

No lo oyó bajar del velero ni acercarse. De pronto abrió los ojos y vio su silueta oscura recortada contra el cielo nocturno. Ninguno de los dos dijo nada, y tras un momento de inmovilidad y silencio el hombre se inclinó sobre Cal para cubrirlo con una manta. Después dio media vuelta y regresó a su barco.

Al filo del alba había logrado conciliar el sueño, pero lo despertaron pasos y voces. Con cautela, rebozado en la manta, buscó las gafas y se las puso. Luego miró hacia el muelle en penumbra y vio cuatro sombras. Una de ellas sostenía una linterna que oscilaba iluminando brevemente el suelo, un rostro o la borda de la embarcación. Reconoció así a los tres individuos que había visto por la tarde: el inglés rubio al que llamaban Taplow y sus acompañantes. El cuarto hombre, el del barco, estaba frente a ellos. Hablaban en voz baja y Cal sólo podía oír bien parte de lo que decían, pero el tono de la conversación no era cordial. En un momento determinado, Taplow, que sostenía la linterna, le entregó al hombre del barco una bolsa grande y éste revisó su contenido a la luz que ofrecía el inglés. Parecía satisfecho cuando cerró la bolsa, pero los otros no del todo; discutieron algo más, la linterna iluminó sus rasgos duros y un movimiento negativo de la cabeza, y el inglés repitió los argumentos de la tarde: viaje demasiado largo, conviene que uno de mis hombres te acompañe, etcétera. A todo se negaba el otro.

Por un movimiento casual, la luz de la linterna se posó un instante en Cal. Se incorporó éste a medias, deslumbrado, llevándose una mano a los ojos mientras oía blasfemar al inglés en perfecta lengua española.

—Me cago en vuestra puta hostia... ¿Qué hace ése ahí?

Sin aguardar respuesta fue hasta el muchacho, manteniéndolo en el haz luminoso.

—¿Quién coño eres? —insistió.

Cal, asustado, no despegaba los labios. Aquello no se resolvía pulsando pausa. La linterna iluminó ahora al hombre del velero, inmóvil en el muelle y con la bolsa en las manos.

—¿Quién es este crío, Lerrant?

Ése era el nombre, advirtió Cal por fin. Un elemento más, pieza del enigma que intentaba resolver sobre su propia vida. Pero no era momento de pensar en ello, porque el tal Taplow estaba a su lado, sobre él, y le daba una patada en un costado, ni muy fuerte ni muy floja; amenazante, en cualquier caso. Anuncio de más severas violencias.

—¿Qué está pasando aquí?

El hombre del velero permanecía quieto en el muelle junto a los otros, sin intervenir ni pronunciar palabra. Tampoco Cal decía nada, y eso pareció irritar más al inglés. La segunda patada fue más fuerte e hizo daño de verdad.

—Dime quién eres y qué haces aquí, o te arranco la cabeza.

Se había inclinado —olía aún más agrio que por la tarde— con la linterna tan cerca del muchacho que casi le quemaba la cara. Deslumbrado, ciego de luz y de angustia, sintió éste que una mano lo agarraba por el cuello del polo, retorciéndoselo con violencia. Las gafas se le cayeron sobre la manta. Entonces reaccionó al fin, pataleando con furia. Debatiéndose para liberarse.

—Hijo de puta —dijo Taplow.

—Déjalo en paz —dijo una voz a su espalda.

Miró Cal más allá del inglés. La sombra del otro hombre estaba allí, muy próxima. Se había movido silenciosa y rápida, o tal vez la rapidez era sólo una ilusión y había cambiado de lugar con la misma naturalidad y la misma calma con que un momento antes se hallaba veinte pasos más lejos, en el muelle.

Se volvió Taplow y la linterna cambió de objetivo. Iluminaba de cerca los rasgos impassibles y los ojos opacos del hombre al que habían llamado Lerrant.

—Apártame eso de la cara —dijo tranquilamente éste.

Obedeció el inglés. El haz de luz se perdió entre los barcos varados y ya sólo hubo penumbra y voces que conversaban.

—El chico no tiene nada que ver.

—¿Y qué diablos hace aquí?

—Te digo que no tiene nada que ver —la sombra de Lerrant se volvió a medias hacia las otras dos que se acercaban—. Y di a esos animales que se queden donde están.

—¿Y si no?

No hubo respuesta. Sólo un silencio pesado y grave, elocuente.

—Estás loco —dijo al fin el inglés—. Hay demasiado en juego.

—Largaos —replicó Lerrant.

—Te digo que...

—Largaos de aquí.

Permaneció callado Taplow: un largo silencio. Al cabo emitió un resoplido de despecho y apagó la linterna.

—Si algo va mal, será tu funeral... —cambiaba de tono, moderándolo al hablar de nuevo—: ¿Cuándo sales?

—A media mañana, si me dejáis tranquilo de una vez.

—Te veré en Cagliari, entonces. Dentro de semana y media.

—Allí estaré.

Se apartó la sombra del inglés, uniéndose a las otras dos.

—Tu funeral —repitió mientras se alejaban.

Hacia levante empezaba a despejarse el cielo: un color que primero fue azul oscuro y luego anaranjado se imponía en el horizonte, recortando en su contraluz creciente los palos de los barcos amarrados en el puerto. Las gaviotas madrugadoras descendían de la montaña surcando el aire con planeos y graznidos. Y en aquella penumbra todavía indecisa, Cal pudo reconocer los rasgos del hombre que tenía delante: el pelo corto y crespo, el mentón sin afeitar, la mirada oscura que parecía indagar en el muchacho, silenciosa y reflexiva.

—Se llama Lerrant...

—Sí —repuso éste con sencillez.

—¿Y tiene un nombre propio?

—Asier —otra vez el amago de sonrisa que nunca llegaba a materializarse del todo—. ¿No figura en esas cartas que leíste?

—No... La amiga de mi madre siempre escribía *él*. Sin nombre ninguno.

—Pues ahora ya lo sabes.

Lo consideró Cal brevemente: Asier Lerrant. Tanteó las gafas sobre la manta y se las puso. Por suerte no se habían roto durante el zarandeo del inglés.

—Es un nombre raro —decidió.

—No más que cualquiera —el hombre mantenía el apunte de sonrisa—. De todas formas, tuve otros.

Asintió Cal, mordaz.

—Eso no me sorprende, con el mal rollo que lleva y la gente con que se ve.

La insolencia no tuvo efecto alguno. El hombre seguía observando al muchacho, pensativo, con la bolsa bajo el brazo. La miró de pronto como si hubiera olvidado que la tenía allí, y pareció desvanecerse la sonrisa. Entonces señaló el velero.

—Creo que nos irá bien un buen desayuno.

El aroma del pan tostado, la tortilla de atún en conserva, el café y la leche caliente se mezclaban con el tenue olor a humedad de la camareta. Ésta era espaciosa, más de lo que Cal imaginaba en un velero: mesa central de alas plegables, asientos en forma de banco en cada banda, mesa de cartas rodeada de instrumentos electrónicos y una pequeña cocina junto a la escalera que comunicaba con la bañera central de la cubierta, donde estaban el timón y la bitácora. Todo era de madera barnizada. En los mamparos había atornillados un barómetro y un reloj marinos, y también estantes que debían de contener, calculó, más de un centenar de libros.

—¿De verdad no quieres café?

—Odio el café.

Bebía el muchacho su vaso de leche tibia, calentada en el microondas, y rebañaba del plato los restos de tortilla. Había comido con apetito mientras Lerrant lo observaba silencioso, dando cortos

sorbos a la taza que sujetaba entre las manos. Las tenía endurecidas, callosas. Le faltaban una falange del meñique izquierdo y dos uñas de la mano derecha.

—¿Quiénes son esos tíos? —preguntó Cal cuando hubo terminado.

El hombre tardó en responder.

—Tú lo dijiste antes —bebió un poco más de café—. Mala gente.

—¿Y usted es mejor que ellos?

—Depende del punto de vista.

Miró Cal en torno. Había huecos en las bandas del barco: armarios con cabos, linternas y herrajes, banderas multicolores cuidadosamente enrolladas en un compartimento de madera y otros efectos navales. También, entre la mesa de cartas y el tambucho que comunicaba con la cubierta, un cuchillo grande, de aspecto militar, sujeto con bridas al pasamanos de la escalera. Se imaginó a sí mismo pulverizando con ese cuchillo a oleadas de enemigos en plan hack and slash, desde la Urbe en Llamas a la enfermiza Hedertina.

—¿Es verdad que se va hoy?

—Sí.

Cal recordó lo que había oído decir al inglés.

—¿A Cagliari?

El hombre no dijo nada. Había acabado su café, así que llevó la taza al fregadero con el plato y el tenedor que había utilizado Cal, y lo limpió todo. Todavía sentado junto a la mesa, el muchacho conservaba el vaso de leche en las manos.

—¿Dónde está Cagliari?

Tampoco esta vez obtuvo respuesta. Tras cerrar el grifo y ponerlo todo a secar sobre un paño, Lerrant se había vuelto y lo miraba.

—¿Qué harás ahora?

Cal no necesitó pensarlo mucho.

—No tengo ni idea —confesó.

—¿Volverás a casa, con tus abuelos?

—No puedo volver todavía, creen que estoy en un campamento.

—¿Y?

—Pues eso, que no sé qué hacer. Pensaba que... Bueno. Yo qué sé.

—¿Estar más tiempo aquí?

—No sé, no tengo un plan. Quería venir. Quería...

—¿Conocerme?

—Sí.

—Pues ya me conoces.

Cal había terminado su leche. El hombre se acercó a tomarle el vaso vacío, retornó al fregadero y abrió el grifo de nuevo. Todo, observó el muchacho, lo hacía con la minuciosidad lenta, metódica, de quien no deja ningún cabo suelto ni detalle al azar. Le hacía pensar en Solid Snake, pero rechazó la idea porque el personaje de *Metal Gear* le caía simpático.

—¿Cómo te fue este curso, en el colegio?

—Mal.

—Lo creo. Tienes aspecto de que en el colegio te vaya mal.

—Tenía otras cosas en la cabeza.

—Sí... También tienes el aspecto de los que tienen otras cosas en la cabeza.

Había puesto el vaso limpio con el resto y se secaba las manos con un trapo de cocina.

—¿Qué esperabas de mí, chico?

—Le dije que no me llame chico.

El apunte de sonrisa inacabada volvió a rozar los labios de Lerrant.

—¿Qué esperabas, Cal?

—Comprender.

—Lo de comprender, sea lo que sea, siempre es un propósito muy ambicioso.

—Nadie me explicó por qué nací.

—¿De verdad no recuerdas nada de tu madre?

—Murió cuando yo tenía ocho meses. Lo mío fue complicado, nunca se repuso del todo.

—¿Qué te contaron tus abuelos?

—Mis abuelos no sabían nada, o eso dicen.

Pensó en eso, recordando sus años de infancia y adolescencia con aquel desasosiego creciente, yermo y vacío. El hueco insondable en el corazón y la memoria que no podían llenar ni el afecto de los abuelos, ni los libros leídos, ni las cosas imaginadas. Y al cabo, un

día, en plena infelicidad adolescente, el descubrimiento de parte de sí mismo o del camino que conducía a ello: el hallazgo casual, en lo alto de un armario, de una maleta con el viejo teléfono, las cartas y algunos objetos personales —pulsera de plata, pendientes en forma de pequeños aretes de oro, frasquito de cristal lleno de arena, tapón de una botella de vino griego, concha marina con una fecha escrita en su interior— que habían pertenecido a la mujer, la joven en realidad, muerta casi dieciséis años atrás. Y el inmenso rencor, feroz, desconocido hasta entonces, que todo eso hizo estallar de pronto en su cabeza. El odio hacia el hombre al que decidió buscar. Su propio asalto a la Montaña Tenebrosa.

—Tengo derecho a saber.

Sonó firme cuando lo dijo, decidido y hostil. Lerrant lo miró con ecuánime curiosidad.

—Supongo que sí. Que lo tienes.

Había encendido un cigarrillo y fumaba sentado en la escalera del tambucho, con un cenicero sobre un peldaño entre las perneras de los vaqueros parcheados en las rodillas. Cal volvió a fijarse en los tatuajes de sus brazos, tan desvaídos que parecían viejos, cual si le superasen la propia edad. Afuera y arriba, sobre sus hombros y cabeza, el cielo ya era completamente azul. Alborotaban en él las gaviotas.

—Largo amarras en tres o cuatro horas... ¿A dónde irás cuando me vaya?

—Me arreglaré.

—¿Tienes dinero? ¿Cuánto llevas encima?

—Ni tan mal. Llevo suficiente.

—Eres un joven orgulloso, por lo que veo.

—¿Y eso es malo?

—Puede ser bueno y puede ser malo. En la vida todo depende de las circunstancias... Son ellas las que hacen a los hombres héroes o villanos.

—¿Y usted qué es?

Se insinuó ligeramente la sonrisa.

—Yo he sido de todo, Cal.

Dio el hombre un par de chupadas al cigarrillo con aire reflexivo. Miraba la bolsa que le había entregado Taplow, ahora en uno de los bancos de la camareta. Al fin hizo un ademán desgano, señalando con la mano del cigarrillo un horizonte invisible. Tenía una cicatriz larga, como de quemadura, en el interior del antebrazo izquierdo.

—Cagliari está en Cerdeña... ¿Sabes qué es Cerdeña?

—Pues claro. Una isla italiana.

—Antes, de camino, pasaré cerca de un lugar donde pueden hablarte de tu madre... Está a un día de navegación, más o menos. Depende del viento. Y quizá pueda desembarcarte mañana allí.

Contuvo Cal el aliento, sobrecogido. Aquello superaba cuanto había estado tejiendo su imaginación. Y ésta era mucha. De improviso, el rencor se veía mezclado con una insólita esperanza.

—¿Eso es que puedo ir?

—¿Te mareas en el mar?

—Ni idea... Nunca subí a un barco.

Vio al hombre entornar los párpados con el cigarrillo humeante en la boca, como si considerase lo probable y lo improbable; y después, tras un momento de pensativa inmovilidad, apagarlo en el cenicero con mucho cuidado para asegurarse de que la brasa quedaba extinguida. Seguía pareciéndose a Solid Snake, pensó Cal con fastidio.

—Puedo llevarte hasta ese lugar... Y de camino hablaríamos un poco.

Todavía no se había repuesto el muchacho de su asombro.

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué va a llevarme?

—Tú mismo lo has dicho antes. Tienes derecho a saber.

Largaron amarras a mediodía, después de que Cal recogiese su ordenador y su móvil, diese las gracias a la camarera del restaurante y tomase con un vaso de agua un comprimido de biodramina. Soplaban una brisa suave, insuficiente para izar las velas, así que el *Nostos* —un Hallberg-Rassy de cuarenta y seis pies de eslora— dejó el puerto y pasó a motor entre las farolas verde y roja de la bocana;

y tras rodear el acantilado de la montaña, dando prudente resguardo a ésta, puso proa hacia el este cortando con limpieza la marejadilla. Lerrant estaba al timón, pendiente de la maniobra, cubierto con un viejo y deshilachado jersey gris. Vigilaba el mar ante la proa, inexpresivo y atento al rumbo, que marcaba 85° en el compás de la bitácora. No había despegado los labios excepto para pedir a Cal que recogiese las defensas que colgaban de las bandas, cuatro a babor y cuatro a estribor. Sin nada más que hacer, el muchacho fue a sentarse en el banco de la bañera mientras intentaba acostumbrarse a los primeros balanceos. El color del mar iba del verde esmeralda al azul oscuro, y tras la estela blanca y recta del velero la costa se alejaba cada vez más, empañada por una ligera línea de bruma baja.

Y de ese modo, por primera vez en su vida real, Cal Gadea experimentó la extraña sensación, mezcla de incertidumbre y vago alivio, de quien pierde de vista la tierra firme.

II. La playa

*No sabía ganar; pero en cambio,
sabía perder.*

W. SOMERSET MAUGHAM

A media tarde se levantó un viento moderado del sudeste — jaloque, lo llamó Lerrant— que permitía utilizar las velas. Desde la bañera, Cal lo vio ocuparse de la maniobra. Lo hizo con movimientos precisos y seguros, que era obvio había hecho antes infinidad de veces: primero izó la mayor con ayuda de un winche eléctrico y después desplegó un foque grande en el enrollador situado más a proa y apagó el motor. Aquello estabilizó el barco inclinándolo a la izquierda; y el movimiento, incómodo por los bandazos de la marejadilla, se volvió más confortable.

No habían hablado mucho hasta entonces. Atento al horizonte, que recorría a intervalos con miradas circulares, Lerrant se había limitado a darle a Cal algunas instrucciones básicas: no salgas de la bañera sin mi permiso, mantén siempre que te muevas una mano lista para sujetarte al barco, si te ordeno algo hazlo inmediatamente sin rechistar, y recuerda —esto lo acompañó con uno de sus extraños amagos de sonrisa— que un barco no es una democracia. En cuanto a posibles emergencias, éste es tu chaleco salvavidas: se infla por sí mismo al estar en el agua, y se sujeta así y así. En caso de que por accidente caiga yo al agua, no hagas nada excepto parar el motor si está encendido, o mover el timón proa al viento y soltar las escotas de las velas y esa driza azul para que caiga la mayor. Después te quedas quieto y esperas a que vuelva a nado.

—¿Y si no vuelve?

Había apuntado de nuevo la sonrisa con la respuesta.

—No te preocupes por eso. Yo vuelvo siempre.

A Cal le irritó aquella seguridad.

—¿Y si esta vez no ocurre así?... ¿Pantalla de game over y ya está?

—Pues en ese caso, bajas a la radio, pulsas el intercomunicador y dices que estás solo en un velero. Sin duda alguien se ocupará de ti.

Era una de las pocas conversaciones largas que habían mantenido hasta entonces, pues el resto fueron sólo instrucciones básicas y denominaciones del barco, con términos que Cal oía por primera vez y lo fascinaban por su sonido y significado: babor, estribor, amura, aleta, través, ceñir, descuartelar...

—¿Sólo hay una palabra para cada cosa?

—Es la manera más segura de evitar errores y que cuanto se diga a bordo esté claro. Por eso en un barco no existen sinónimos.

Le gustó mucho aquello: sólo una palabra para cada cosa. En una cabeza como la suya, adiestrada en la incertidumbre del Camino Oscuro, del enemigo imprevisto —y por eso mismo, previsible—, de la habilidad adquirida y del objeto salvador, la sencillez de términos y conceptos resultaba seductora, tranquilizante incluso. Ayudaba en algo que él perseguía desde que cinco o seis años atrás descubrió el mundo de los videojuegos, el control táctico y estratégico de las probabilidades y del azar.

Se quedó un buen rato meditando eso. Hasta la sensación de avance, de movimiento hacia una meta determinada, de que importase menos la llegada que el camino, era inusualmente intensa a bordo del *Nostos*. Mientras el velero cortaba limpiamente el agua impulsado por un viento que marcaba doce nudos de velocidad en la corredera —cada nudo, acababa de saber Cal, equivalía a los 1.852 metros de una milla marina—, el muchacho disfrutaba del mar, el balanceo, la sensación de libertad y soledad que la navegación proporcionaba. A veces, como respuesta al interrogante silencioso de su mirada, Lerrant explicaba en pocas palabras el sentido de una situación o una maniobra. Ocurría en ese momento, con un barco mercante acercándose por el lado de estribor.

—Tenemos prioridad porque vamos a vela, pero nunca se sabe. Mejor estar atentos.

—¿Hay forma de asegurarse?

—Relativa... Haz una cosa: márcalo con referencia a ese candelero, por ejemplo. ¿Ves dónde está ahora? Pues dentro de un par de minutos lo haces otra vez. Si ves que se mantiene en el mismo lugar pero más cerca, es que llevamos rumbo de colisión.

—¿Y lo llevamos?

Miraba Lerrant el mercante. Era un portacontenedores de casco rojo, muy cargado.

—Nos pasará a media milla por la proa, en unos veinte minutos.

—¿Cómo lo sabe?

—He visto pasar muchos... Pero ven, baja.

Lo condujo a la mesa de cartas de la camareta. La mayor parte de los instrumentos estaban apagados. Pulsó una tecla en uno de ellos y se iluminó la pequeña pantalla.

—Esto es el AIS... ¿Lo ves? Marcamos el barco y nos dice su nombre, rumbo, velocidad y puerto de destino. También la distancia y el momento en que se cruzará con nosotros. Ése se llama *Alborán Tres* y va a Tánger.

Atendía Cal con asombrado interés. Tras comprobar los datos del barco, advirtió que coincidían con los que Lerrant había mencionado antes.

—Está guapo —concluyó—. Parece útil.

—Lo es. Se utiliza desde no hace mucho tiempo.

Señaló el muchacho los otros instrumentos.

—¿Por qué están casi todos apagados?

—Los enciendo a veces, como ahora. Pero no suelo necesitarlos.

—¿Por qué?

—No me hacen falta.

Se asombró de nuevo Cal. No había presunción en aquellas palabras, sino una seguridad tranquila, casi fatalista. La propia de cualquier veterano curtido en viajes malditos y mazmorras oscuras.

—¿Es capaz de adivinar lo que hacen otros barcos?

—No se trata de adivinar —movía la cabeza Lerrant con aire distraído—. Es que tengo costumbre de mirarlos.

—¿Lleva mucho tiempo en el mar?

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—Sí, claro... Algún tiempo llevo.

—¿Cuánto?

Apagó Lerrant el AIS e hizo ademán de volver a cubierta.

—Unos dos mil años, más o menos.

Parecía una broma, decidió Cal. Estaba convencido de que sólo era una broma.

Seguía el *Nostos* navegando hacia el este con el sol cada vez más bajo por su popa mientras Cal observaba a Lerrant con sentimientos contradictorios. El viejo rencor, acentuado en los últimos tiempos, seguía afilando su mirada, agriando la manera de considerar a quien había abandonado a su madre y, como consecuencia, lo había abandonado a él. Lo confundía, sin embargo, la actitud de aquel hombre extraño. Además de ciertas alusiones crípticas que no llegaba a descifrar, y que atribuía a un peculiar sentido del humor, Lerrant no traslucía —o él no era capaz de advertirlo— intentos de justificación ni trazas de remordimiento. Se mantenía rutinariamente tranquilo, encajando las miradas hoscas del muchacho con naturalidad, cual si nada grave pendiera entre ambos. En otra persona habría parecido indiferencia; sin embargo —era lo desconcertante del asunto—, Cal advertía que el patrón del velero posaba los ojos en él con seco interés, como si lo estudiase fríamente en busca de una señal, un gesto determinado, un rasgo revelador de carácter. En ocasiones, sentado Cal en su banco de la bañera y situado el otro detrás de la bitácora y el timón —aunque llevase conectado el piloto automático, se mantenía pendiente de todo—, los dos se miraban, serio y desafiante el joven, con pensativa curiosidad Lerrant. De algún extraño modo, resolvió Cal, éste le hacía pensar en don Jenaro, profesor de ajedrez que había tenido siete años atrás, en el colegio; individuo adusto, severo, nunca mostró simpatía por el niño obstinado, mediocre jugador, que una y otra vez se sentaba tenazmente al otro lado del tablero, pero

en cierta ocasión dijo a los abuelos: «En los treinta años que llevo dando clase he conocido a muchos que no saben ganar, pero a ninguno que sepa perder como él».

Sin embargo ahora Cal era bueno, aunque no se tratase ya de piezas blancas o negras. Lo sabía de sí mismo, y de muchas cosas estaba inseguro menos de aquélla. Cuando miraba atrás, al niño que había sido con ocho o nueve años, comprendía que de modo inconsciente pero de forma deliberada, intuitiva, había buscado una y otra vez la derrota. Perder reiteradamente al ajedrez —juego que, pese a su propia torpeza, aún lo fascinaba— lo había adiestrado temprano en el fracaso dándole tenacidad, disposición continua para no rendirse nunca y empezar de nuevo. Para reiniciar la partida. De ahí su actual habilidad con los videojuegos, pues traía a ellos la experiencia de innumerables desastres anteriores, el saberse siempre en el filo de ser vencido, la certeza de que en cualquier escaque del tablero, en cualquier esquina, en cualquier corredor sombrío, acechaban el azar, el error propio o la añagaza ajena. Primero con la Play 4, luego con la Switch y ahora con el ordenador portátil y Steam, Cal había aprendido a moverse con soltura por paisajes hostiles y mazmorras lúgubres, matar a enemigos, criaturas infernales, zombis y monstruos de toda condición, recolectar objetos que luego servirían para defender la vida, abrir puertas selladas y culminar itinerarios imposibles. Y como una revelación primero intuida y luego manifiesta, había descubierto que las derrotas eran mucho más educativas que las victorias.

Un poco más tarde, cuando el sol casi tocaba el horizonte, Lerrant acortó la vela mayor. Tomar un rizo, llamó a eso mientras trincaba en la botavara la parte de lona sobrante. Mejor ahora con luz que de noche si refresca el viento, comentó. En el mar, un rizo de más siempre es un mal rato de menos.

—¿Nunca tiene miedo? —aventuró Cal.

Lo miró largamente el otro.

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero.

—Pero yo soy el patrón de este barco. Establezco el orden de las cosas.

Reflexionó el muchacho, admitiéndolo.

—De pequeño tuve pesadillas. Aún las tengo.

—Sé qué es eso... Y tú eres un chico imaginativo. Eso crea monstruos durante el sueño.

—No sólo durante el sueño —opuso Cal, seguro de sí—. Hay cosas que se mantienen cuando estás despierto. Como cuando un juego va a trompicones y sabes que va a petar.

Permaneció un momento callado, recordando. Dudaba entre continuar o no.

—Hacerse mayor —se decidió— es como desbloquear miedos nuevos. Algunos vienen de serie y otros se te instalan como virus.

—Puedo entender eso.

—Hasta hace poco, cuando volvía del colegio me estuvo pasando algo malo... La casa de mis abuelos es un edificio viejo, con un zaguán oscuro en el que hay dos puertas que siempre están cerradas. Nunca he sabido lo que esconden.

—Hay muchas puertas así.

—Por supuesto, millones. Los videojuegos están llenos. Pero ésas fueron las primeras.

—Y te asustaban mucho.

No era una pregunta, e hizo Cal una mueca de sorpresa.

—¿Cómo lo sabe?

—No es difícil adivinarlo. Pero eso que has dicho está muy bien... Hacerse mayor es desbloquear miedos nuevos.

Calló el muchacho. Lo que Lerrant no podía imaginar era lo que había hecho durante años al pasar ante aquellas puertas. Cuando era más pequeño, apenas cruzado el umbral corría hacia la escalera intentando llegar con la mayor rapidez posible. Soñó muchas veces que las puertas se abrían a su paso y seres extraños y maléficos, brujas, trasgos y diablos, lo arrastraban hacia el interior, donde hervían calderas infernales. Hasta que un tiempo más tarde, cumplidos los once y avergonzado del miedo a sus propias pesadillas, tomó la decisión de cruzar el zaguán muy despacio,

dientes apretados y músculos en tensión, conteniendo el pavor que lo impulsaba a apresurarse. Así lo había estado haciendo hasta que ese miedo se desvaneció poco a poco; y ni siquiera después, cuando estuvo en condiciones de averiguarlo, quiso saber a dónde daban esas puertas. Estaba superada la prueba, y era suficiente. Del mismo modo que en esa misma época, al conocer lo que solían considerarse supersticiones, se había forzado a desafiarlas: pasar por debajo de escaleras, romper espejos de bolsillo, dejar tijeras abiertas o gorras encima de la cama. Aún hacía eso.

—Sé lo que es temer a cosas —se limitó a decir.

Asentía Lerrant contemplando el mar.

—También yo tuve miedo durante muchos años —dijo al fin—. Todo el tiempo.

Lo miró Cal con curiosidad.

—¿Y ahora?

—Sí, bueno... Algo queda.

—No parece de los que tienen miedo. Ya se lo dije.

—Pues tengo, te lo aseguro.

—¿A qué? —se atrevió un poco más.

El patrón del velero pareció dudar. Al cabo, lentamente, retornó el apunte de sonrisa.

—A la colina de las almas errantes.

La respuesta desconcertó al muchacho. Tras un momento abrió la boca para pedir que le aclarara eso, pero Lerrant se había metido en la camareta. Desde abajo llegó su voz.

—¿Te apetece cenar unos fideos chinos y una lata de sardinas?

La noche era cerrada, sin luna: no había más luz en el mar que dos pequeñas lámparas, una verde y otra roja, en el balcón de proa del *Nostos* y otra amarillenta a popa. El resto era cielo convertido en bóveda negra cuajada de luces infinitas y minúsculas. Cal limpió los cristales de las gafas —sólo las necesitaba para ver de lejos— y volvió a ponérselas. Ni siquiera una RTX 5090 de última generación, ni tampoco el más sofisticado videojuego alcanzarían a conseguir

aquella impresionante potencia gráfica. Nunca había visto tantas estrellas, y las contemplaba con asombro. Algunas se veían tan agrupadas, espesas y cercanas que parecían hallarse a pocos kilómetros de distancia. La oscuridad silenciosa, turbada sólo por el rumor de la proa del *Nostos* al hendir el mar, le transmitía una prolongada sensación de paz, de distanciamiento de cuanto a muchas millas de allí sostenía la tierra invisible y lejana. El balanceo de la embarcación hacía oscilar la sombra algo más clara de las velas desplegadas, ocultando algunas de las estrellas que el joven, sin éxito, intentaba identificar. Tras un larguísimo y huraño silencio —no había despegado los labios en la última hora— la curiosidad se impuso a su talante hostil.

—¿Dónde está la Polar?

El bulto oscuro que estaba a su lado, detrás de la bitácora y el timón, tardó en responder.

—Mira a babor, un poco a tu izquierda... ¿Ves esa especie de cuadrado que forman las estrellas?

—Lo veo.

—Es el Carro. Si trazas una línea entre las dos que están abajo y cuentas cinco veces la distancia que las separa, encontrarás la Polar.

—La veo... Genial. ¿Es verdad que todo el tiempo señala el norte?

—No siempre fue así, y con el tiempo dejará de hacerlo. Pero por ahora está en el lugar adecuado. Y si te fijas, todas las demás estrellas parecen girar muy despacio en torno a ella.

—¿Y cuál es aquella otra que brilla tanto?

—Capella. Y un poco más allá está Aldebarán, junto a las Pléyades.

Un breve resplandor indicó que Lerrant encendía un cigarrillo. El viento suave llevó hasta Cal el olor del humo de tabaco.

—Hubo un tiempo —prosiguió— en que los marinos no tenían instrumentos para orientarse, ni siquiera aguja magnética. Sólo el sol durante el día y las estrellas por la noche.

Rió el muchacho, despectivo.

—Estaban locos para navegar de esa manera.

—No siempre podían elegir —la brasa del cigarrillo se avivó dos veces a la altura del rostro en sombra—. El mar era aventura de

algunos, pero también necesidad de otros: una forma de ganarse la vida. Para muchos todavía lo es, como los de ese pesquero con el que nos cruzamos al anochecer y casi se nos echa encima.

El pesquero. Cal recordaba, todavía con estupor, aquel otro barco a toda máquina, acercándoseles por babor sin intención de maniobrar, y a Lerrant impávido y sin inmutarse, ni una exclamación ni una palabra, cual si hubiese previsto de antemano cuanto iba a ocurrir, dando un golpe de timón para detener el *Nostos* con las velas contra el viento mientras el otro pasaba a escasos veinte metros de la proa, tan cerca que sin los prismáticos podía leerse el nombre pintado en la caseta del puente: *Hermanos Lamet*.

—A pesar de eso me caen bien los pescadores —opinó Cal—. ¿Y a usted?

—Ni bien ni mal, o más mal que bien... La vida que llevan no los hace mejores, sino a veces peores. Son crueles y egoístas, como todos los seres humanos; pero la dureza del mar extrema esas cosas.

Sintió el joven el impulso o la necesidad de mostrarse mordaz.

—Supongo que así es como se ve desde un bonito velero.

—No siempre lo vi desde un bonito velero —repuso Lerrant tras un silencio—. Algunas veces fui uno de ellos.

—¿Pescador? —se sorprendió Cal.

—Sí... En este mar viví muchas cosas, no siempre agradables.

—¿Por ejemplo?

—Remé durante dos batallas navales.

El joven estaba atónito.

—¿Dice que remó?

—Sí.

—Venga ya... O se burla de mí o es un mentiroso.

El punto rojo del cigarrillo osciló con el movimiento del barco.

—Puede que tengas razón en ambas cosas... Quizá sea un mentiroso que se burla de ti.

Siguió otro silencio, turbado sólo por el discurrir del agua a lo largo del casco y los crujidos tenues de los cabos y las velas en la arboladura. Poco después, Cal vio la brasa del cigarrillo describir un arco sobre la borda y desaparecer en la oscuridad.

—¿Cómo te va con tus abuelos? —le preguntó inesperadamente Lerrant.

—Bien —tardó en responder—. Son buenas personas. Me han querido mucho, siempre.

—Parece que te educaron de forma adecuada: tienes carácter y maneras. Ni siquiera caes en el tuteo, tan común en los chicos de tu edad.

Sintió de nuevo el muchacho la necesidad de ser mordaz.

—Habría preferido que el carácter y las maneras me las enseñara mi madre.

—No fue culpa mía —Lerrant pareció dudar un momento—. Murió, eso es todo. Como suele ocurrir.

—Demasiado pronto y por haberme hecho nacer. Quizá usted no sea culpable, pero sí responsable de eso. Y de mí.

El bulto oscuro permanecía inmóvil. Cuando callaba, sin voz que lo situara, parecía no encontrarse allí.

—Te equivocas, chico. Yo no soy responsable de ti.

—No vuelva a llamarme chico.

Oyó Cal como una risa seca, contenida. Desprovista de humor.

—¿Y qué harás?... ¿Arrojarme por la borda?

—No vuelva a hacerlo.

De nuevo el silencio, las estrellas, el rumor ligero del barco y el mar. Inesperadamente, Lerrant habló de nuevo.

—¿A qué se dedican tus abuelos?

Tardó Cal en dar una respuesta.

—Él es profesor de Filosofía jubilado; y ella, de Latín y Griego. Todavía da clases en un instituto.

—*Andra moi ennepe, Mousa, polytropon...* ¿Sabes algo de latín y griego antiguo?

—¿Y usted?

—Bueno, ya lo ves. Algo sé.

—¿Qué más idiomas habla?

—Los normales hoy en día y alguno más: árabe, turco, hebreo...

Por alguna razón, al muchacho no le sorprendió eso.

—Diga algo en turco.

—*Az günün adam olmamak.*

—¿Y en árabe?

—*Hada-da mdalam bez-zaf.*

—¿Y en...?

—Vale. Déjalo ya.

Era extraño, pensó Cal. Había advertido que a veces Lerrant utilizaba palabras antiguas, en desuso, y en ocasiones introducía giros de otras lenguas en la conversación. Se preguntó cuál sería realmente su lengua materna.

Buscó algo que le devolviese el aplomo.

—Conozco la *Ilíada*, la *Odisea* y la *Eneida* —dijo al fin.

—¿Has leído esos libros?

—Más bien mis abuelos me los hicieron leer. Pero hace tiempo que no pueden obligarme a nada.

—¿No están satisfechos contigo?

—Parece que fastidio sus esperanzas.

—Mal alumno...

—Los hay mejores. En cualquier caso, estoy cocinado.

—¿Cocinado?

—Jodido. He perdido este curso por completo.

Flameó ligeramente el foque: sonaba como si hubiera menos viento o la dirección de éste variase un poco. El bulto oscuro dejó de estar inmóvil y se recortó en el cielo estrellado. Sonó uno de los winches eléctricos tensando la escota de la vela.

—Videojuegos, dijiste.

—Lo dije.

—¿Es lo que más te gusta en la vida?

—Es lo que mejor hago. Cuando juego, entiendo las reglas y las aprendo... Lejos de ahí, en la vida de afuera, a veces llega un parche sin avisar y te cambia la misión.

La voz de Lerrant sonaba realmente interesada.

—¿Qué haces cuando juegas?

—Ganar. Subir de rango, respetarme a mí mismo. Que mi clan, mi equipo si lo tengo, no sea un desastre.

—¿Y cuando te quedan pocos puntos de vida, o como se llame eso?

—Me cubro. Busco un botiquín. Pido ayuda o me retiro.

—¿Y cuando te equivocas?

—Reinicio... O si la he cagado, si estoy en tilt, sigo la partida y pierdo más.

Permaneció un momento callado, escuchando el rumor inconcreto del mar.

—Quiero dedicarme a eso —añadió—. A jugar e inventar, a crear mis propios juegos... A escribir guiones para esas historias y luego hacerlas realidad.

—¿Son tus sueños?

—Es el lugar en que deseo vivir. Construir mi propio mundo.

—Ajeno al otro, al real..., ¿no?

—Me interesa poco el mundo que todos llaman real, ahí todo está roto. La única realidad es la mía.

—Pero la gente...

—La gente no tiene lo que yo tengo en la cabeza.

Alzó Cal el rostro hacia las estrellas. A cinco veces la distancia entre las dos más bajas del Carro, localizó sin esfuerzo la Polar. Eso lo hizo sentirse orgulloso de sí mismo.

—Crearé mi propia misión —añadió—. Quiero inventarla yo, así que ir contra ella sería ir contra mí.

—¿Y qué papel juego yo en esos planes tuyos?

—La última cuenta pendiente. Cuando la tenga clara seré libre.

—Vaya... Eres afortunado. Qué suerte que tu libertad sólo dependa de eso.

Calló Cal, confuso. Miraba otra vez el cielo para serenarse. Había otra constelación sobre la banda de estribor que llamaba su atención: una especie de X con dos estrellas brillantes y un cinturón de algunas más tenues. Habría preguntado por ella, pero en ese momento no quería mostrar más curiosidad ni ignorancia. Sin embargo, otras dudas le rondaban la cabeza.

—Acláreme algo... Lleva casi todos los instrumentos apagados y no lo he visto usar nunca la brújula, que también va sin luz. ¿Cómo sabe que seguimos la ruta adecuada?

—No es difícil —repuso Lerrant con sencillez—. Hice este viaje cientos de veces.

—¿Cientos?

—Bueno, eso quizá no es exacto... Tal vez sean miles.

Durmió bien, como nunca habría creído posible a bordo de un barco. Había conciliado el sueño como solía hacerlo, ocupada la mente en imaginar respuestas, soluciones, tácticas adecuadas para el videojuego del que se ocupaba en ese momento —la última versión de *Apocalipsis Zombie III*—. Era tal la concentración que podía alcanzar en esos casos, tan extremo el interés, que no había preocupación, inquietud alguna, problema exterior que sobrevivieran a eso. Porque no se trataba sólo de avanzar en el mundo imaginario propuesto por cada episodio que se movía simultáneamente en su ordenador y en su cabeza, sino también de acumular experiencias, situaciones, posibilidades, herramientas que algún día serían útiles para desarrollar su propia aventura, el juego propio con el que soñaba: una exploración orientada a objetivos todavía desconocidos, regida por reglas estrictas que dificultaran conseguirlos. A los dieciséis años y como buen gamer que era, Cal Gadea sabía que las reglas de las mejores aventuras nunca estaban del todo claras y era preciso jugar para aprenderlas. Y que la victoria real, la verdadera meta del videojuego perfecto que aspiraba a construir, no consistiría en alcanzar el objetivo final, sino en llegar a ser un master: conocer todas las reglas. O, mejor todavía, dejar ocultas, aunque a la vista de los más astutos, las reglas complejas.

Estaba en el camarote de proa y lo despertó el ruido de la cadena del ancla bajando al mar. El barco apenas se movía, comprobó sorprendido. Un rayo de luz diagonal que entraba por el portillo superior lo deslumbró al abrir los ojos. Se incorporó frotándose los ojos y pisó descalzo las tablas del suelo. Había dormido con un pantalón corto, desnudas las piernas largas y el torso flaco, y así cruzó la camareta y subió a cubierta. Lerrant todavía estaba en la proa, más allá de la zódiac trincada ante el palo mayor, asegurando la cadena. No se veía ningún otro barco cerca. Detrás, a unos doscientos metros de donde se encontraba el *Nostos*, la costa se alargaba dorada y parda, baja en una extensión de arena próxima, más

elevada y rocosa detrás. El sol aún no se encontraba alto, el cielo era azul y el mar, color esmeralda. En la distancia se veían una antigua torre en ruinas y un faro pintado con franjas negras y blancas.

—Formentera —dijo Lerrant.

Sin añadir nada pasó junto a Cal y bajó a la camareta. Al poco rato los dos desayunaban en la mesa plegable de la bañera: café el dueño del velero, leche y pan con mermelada el muchacho. Miraba éste por encima del hombro de Lerrant, hacia el norte, más allá del faro lejano.

—¿Aquello es Ibiza?

—Lo es.

Había algunas gaviotas posadas en el agua. Cal les arrojó un trozo de pan y dos de ellas levantaron el vuelo de inmediato, atrapándolo en el aire para disputárselo entre graznidos.

—Parecen simpáticas.

Entornaba Lerrant los párpados como si las aves le trajeran recuerdos desagradables.

—Nunca lo fueron.

No se atrevió el joven a preguntar por qué. Tras un momento se volvió otra vez hacia el norte, donde Formentera terminaba en una estrecha franja de mar.

—¿Aquello es una isla?

—Sí.

—¿Y tiene nombre?

—Isla de los Ahorcados.

Había respondido Lerrant sin mirar atrás. Parecía tener aquel paisaje, o todos los paisajes, impresos en la memoria.

—Vaya forma chungu de llamarse para una isla.

—Era algo más que una isla. Durante algún tiempo también fue cadalso.

—No sé qué significa *cadalso*.

—El lugar donde se ejecutaba a la gente... Colgaban ahí a los piratas apresados en estas aguas, dejándolos a la vista para escarmiento de malhechores.

La imagen cortó el aliento del muchacho. Casi podía ver los cuerpos pendientes de las horcas, pudriéndose picoteados por las gaviotas a las que acababa de arrojar pan. No son simpáticas, había dicho Lerrant.

—¿Hubo aquí piratas?

—Pues claro, como en todas partes donde hay mar... Durante un tiempo fueron berberiscos y turcos, y después holandeses e ingleses —apuntó con el mentón hacia el sur—. La costa de África está a sólo dos días de navegación.

Señaló Cal la torre en ruinas, a espaldas de su interlocutor.

—¿Aquel castillo era para protegerse de ellos?

Tampoco ahora se volvió Lerrant a mirar atrás.

—En cierta forma, sí... Era una atalaya, una torre de vigilancia para dar la alarma cuando se avistaban velas sospechosas. Toda la costa mediterránea está llena de ellas. También por eso muchos pueblos se construyeron en las alturas, a fin de defenderlos mejor.

Continuaba Cal admirando la torre.

—Parece haber sido muy grande. Por eso la tomé por un castillo.

—Era la mayor de esta zona. Y hubo un tiempo, más tarde, en que tuvo un par de cañones cuyos disparos alcanzaban hasta aquí.

Lo había dicho señalando un lugar del agua con tanta seguridad y precisión que el muchacho sintió deseos de reír.

—Ni que la hubiera visto disparar con sus propios ojos...

Seguía Lerrant sin mirar la arruinada atalaya, el aire abstraído. Al fin, encogiéndose de hombros, bebió el resto de su café.

Habían bajado la zódiac al agua y ahora estaba a popa, amarrada con un cabo. Lerrant acababa de colocarle el motor y apretaba las palomillas de éste.

—Venga, sube... Vamos a que conozcas a alguien.

—¿A quién?

—Sube y lo verás. Pero mejor ponte una camiseta, o algo. Y cálzate.

Obedeció el muchacho. Lerrant arrancó el motor y se dirigieron a una zona baja y rocosa, junto a la playa. Había allí un viejo embarcadero de tablones y pilares oxidados; y encima, sobre una pequeña loma, una torre pintada de blanco, con una terraza, una cubierta de cañizo y sillas colocadas sobre las mesas.

—¿Qué es ese lugar?

—Un restaurante de la playa... Se llama La Baliza.

—¿No es pronto para comer?

—No vamos a eso.

Amarraron la zódiac al embarcadero y bajaron a tierra, experimentando Cal la sensación, después de veintidós horas a bordo, de que lo que se movía bajo sus pies era el suelo. Siguió a Lerrant por un sendero que ascendía entre rocas que durante años, o tal vez siglos, los embates del mar habían esculpido con formas caprichosas que hacían pensar en un paisaje lunar. Había en ellas pequeños charcos dejados por algún reciente oleaje, y el muchacho alcanzó a ver cangrejos diminutos que se movían en el agua. Miró con especial atención, pues siempre le habían interesado los animales y su entorno: tenía en casa de sus abuelos una pequeña colección de conchas marinas, insectos y curiosidades naturales. Lo habría intentado con Biología de no interponerse su afición por los videojuegos, su escaso interés por los estudios y su nula capacidad para las matemáticas.

Aún no era mediodía; el restaurante estaba cerrado y las mesas sin disponer, pero Lerrant parecía conocerlo bien. Seguido por Cal, cruzó bajo el cañizo y se asomó a la cocina. Había allí un empleado de aspecto árabe y una mujer de mediana edad, morena, aún vagamente atractiva: llevaba el pelo recogido en una larga trenza, vestía unos vaqueros cortos y bajo la camiseta blanca de tirantes mostraba la piel bronceada de los hombros y los brazos.

—Hola, Flavia —dijo Lerrant.

Miró la mujer hacia la puerta, abrió mucho los ojos y puso cara de asombro.

—Asier —dijo.

—Sí.

—¿De dónde sales?

—Del mar... ¿De dónde, si no?

Había familiaridad entre ambos, apreció Cal. La mujer tenía un acento que parecía italiano. Estudiaba al muchacho con curiosidad y siguió haciéndolo después de secarse las manos con un paño y abandonar la cocina. Salieron a la terraza, y de camino ella cogió tres latas de Mahou de un armario frigorífico, ofreció una a Lerrant y otra a Cal, y cuando éste se negó con un movimiento de cabeza la devolvió a su lugar.

—¿Prefieres una cocacola?

—Ahora no, gracias.

Quitó la mujer la lengüeta a su lata y bebió un sorbo. Miraba a Lerrant.

—Casi un año desde la última vez —dijo.

—Sí.

—¿Por dónde anduviste?

—Oh, ya sabes. Por ahí.

Advirtió Cal que Lerrant sostenía su cerveza sin decidirse a abrirla. Lo vio hacerlo al fin, con un pequeño brote de espuma y, tras llevársela a los labios, beber largamente, igual que si pretendiera —pensó el muchacho de modo absurdo— saciar una sed eterna.

—¿Quién es el chico? —quiso saber la mujer.

—Se llama Caleb, y lo llaman Cal.

—¿Qué hace contigo? —los miraba alternativamente y parecía confusa—. Porque no es habitual que tú lleves...

—Es el hijo de Irene —la interrumpió Lerrant.

Estaban sentados a la sombra del cañizo, Cal y la mujer llamada Flavia. Conversaban, o más bien era ella la que ponía las palabras y la mayor parte del tiempo el muchacho se limitaba a formular preguntas y a escuchar. Fuera del cañizo, a una veintena de pasos y ajeno a la conversación, Lerrant miraba el mar. En la amplia ensenada de aguas casi transparentes bajo la luz cenital, el *Nostos* parecía suspendido en el aire sobre un fondo de arena esmeralda.

—Ella tenía diecinueve años cuando apareció por La Baliza. Era muy joven y aún aparentaba menos edad... Tanto que Gianluca, mi entonces pareja, dudó en darle el trabajo de camarera. Estudiaba, nos dijo, y quería ganar algún dinero.

—¿Cómo llegó aquí?

—De vacaciones, con un amigo con el que terminó entendiéndose mal. Su amigo acabó por irse y ella decidió permanecer en la isla.

Se refirió Cal a Lerrant, que seguía inmóvil bajo el sol, sentado en una roca:

—¿Y él?

La mujer tardó en responder. Miraba al dueño del velero, pensativa.

—Apareció más tarde, cuando el gran desastre de aquel año —dijo al fin—. La ensenada estaba llena de barcos fondeados y un inesperado temporal de poniente, rápido y terrible, con vientos de cincuenta nudos, levantó una mar enorme y arrojó muchos contra la costa... Hasta se nos llevó el techo del restaurante.

Cal seguía observando a Lerrant.

—¿También su barco?

Él, contó Flavia, lo hizo ese día mejor que otros. Un yate que estaba cerca había garreado el ancla y se le fue encima, impidiéndole poner motor y salir a alta mar, que era la maniobra correcta. Pero tuvo la presencia de ánimo suficiente para dejarse ir hacia el único lugar de la ensenada donde no había rocas: la playa que Cal podía ver abajo. Varó en la arena, tumbado sobre una banda, sin grandes daños a bordo.

—¿Y mi madre?

—Bajó a la playa cuando aflojó el temporal... Fue a mirar, y así se conocieron.

Permaneció callado Cal, imaginándolo todo. Observaba el paisaje con detenimiento e intentaba reconstruir la escena que era origen de su propia vida: la ensenada revuelta por la furia del mar, el oleaje y el viento huracanado, los barcos encallados en la costa. Y la joven Irene Gadea —diecinueve años, sólo tres más de los que Cal tenía ahora—, contemplando el barco tumbado en la playa y al hombre que tratando de salvarlo se encontraba a bordo.

—¿Cómo era ella? —quiso saber, estremecido por su propia pregunta.

—Era buena y dulce —Flavia inclinaba afectuosa la cabeza—. Guapa, o mejor dicho guapísima. Esbelta, elegante de aspecto. Llevaba el pelo muy corto, y como te he dicho parecía aún más joven de lo que era. También era muy prudente, sensible, incluso tímida. Hacía pensar en uno de esos animales tiernos y delicados, un cervatillo o una gacela —sonrió evocadora—. Mi pareja, Gianluca, la llamaba Bambi.

Volvió el muchacho a fijarse en Lerrant: seguía mirando el mar, inmóvil, estoico bajo el sol vertical como si éste no le afectase. Pero había manchas oscuras de sudor en su espalda y bajo las axilas.

La joven Irene, prosiguió Flavia, siempre estaba leyendo. A cada momento libre, a todas horas, cuando no trabajaba, leía. Solía sentarse en cualquier lugar con un libro en las manos. Ella y su pareja le prestaban algunos, incluso en italiano, que leía con avidez: Lampedusa, Malaparte, Conrad, Stendhal, Agatha Christie...

—Era una chica introvertida y soñadora, un poco ausente del mundo real. En cierta ocasión le pregunté qué le gustaría hacer en la vida. Se me quedó mirando como si le hubiera planteado una obviedad y respondió: «Leer».

Dirigió Flavia una mirada escrutadora a Cal. Había simpatía en ella y también una singular cautela, cual si buscara con delicadeza la manera de contarle algo muy difícil de contar.

—¿Te gustan los libros?

—Algo he leído —repuso él con estudiada indiferencia—. Pero ahora me interesan otras cosas.

Un ferry procedente del norte pasaba a lo lejos, dejando una estela recta y blanca. El agua era más oscura en la distancia, advirtió el muchacho. No parecía el mismo mar de la orilla.

—Se enamoró, y eso lo resume todo —dijo súbitamente Flavia—. Lo vio en su barco, varado en la playa, y se enamoró. Le transfirió sus lecturas, sus sueños y su vida.

—¿Y él lo merecía?

Había admiración en la forma en que la mujer miró ahora al muchacho.

—Haces buenas preguntas, Cal.

No respondió a eso. Seguía contemplando el mar, y después al hombre inmóvil bajo el sol. A cada momento se afirmaba la certeza de que su vida, su propia existencia, estaba estrechamente vinculada a ese Mediterráneo y a aquel hombre extraño que parecía navegarlo desde hacía mucho tiempo.

—¿Sabes que te pareces a tu madre? —dijo afectuosa Flavia—. Tienes los mismos ojos y la misma boca. Y eres flaco, alto y esbelto como lo era ella.

El muchacho seguía mirando a Lerrant.

—¿La merecía? —insistió.

La mujer movió la cabeza.

—No lo sé... Nunca supimos demasiado sobre él. Iba y venía con su barco, haciendo pequeños trabajos y embarcando a turistas que lo alquilaban en los meses de verano.

—¿Aún hace eso?

—Así parece.

—Lo he visto tratar con gente sospechosa.

Oyó reír a la mujer.

—Todo en él es sospechoso. Desde siempre.

Estuvieron un rato callados. La brisa, que rolaba hacia otra dirección, hizo moverse despacio el velero fondeado hasta que lo dejó con la proa apuntando a la playa.

—Ella se embarcó con él —dijo Flavia—. No por mucho tiempo. Apareció de nuevo por aquí, sola, varios meses más tarde, para despedirse. Tuvimos una larga conversación. Después la acompañé al puerto, subió a un ferry y no volví a verla. Me escribió algunas cartas y nos llamamos por teléfono. Supe luego de tu nacimiento y de su muerte.

—¿Él siguió viniendo por aquí?

—Sí, aunque no mucho... Media docena de veces en estos diecisiete años.

—¿Nunca habló de mi madre?

—Jamás.

—¿Supo que ella me tuvo?

—No lo sé. Nunca hablamos de ti, ni tampoco volvimos a hablar de Irene. Al principio, cuando yo la mencionaba, él se quedaba callado, con la mirada vacía. Y luego hablaba de cualquier otra cosa.

—¿Vino después con otras mujeres?

—No. Nunca.

Siempre quieto bajo el sol, ajeno a todo, Lerrant encendía un cigarrillo. Cal lo vio inclinarse un poco, protegiendo la llama del encendedor en el hueco de las manos.

—¿Quién es él?

Esta vez Flavia tardó mucho en responder.

—Tu madre tenía ideas sobre eso —dijo al fin—. Un poco absurdas, pero las tenía.

—¿Qué clase de ideas?

—Conservo sus cartas y quizá te las dé a leer... ¿Te interesan?

—Pues claro que me interesan.

Seguía inmóvil Lerrant, mojada de sudor la camisa, moviendo sólo una mano para acercarse de vez en cuando el cigarrillo a los labios. La brisa se llevaba el humo con rapidez.

—¿Qué hace realmente? —inquirió Cal—. En ocasiones parece que tenga muchas vidas dentro de la suya.

—Sí —admitió Flavia—. Es la impresión que da.

—¿Por qué mi madre quiso que yo naciera?... Hay muchas maneras de no tener niños.

—Te tuvo porque quiso tenerte.

—Vaya. Gran argumento, nivel tutorial.

—No hubo nada inesperado en eso, si es lo que piensas, o temes.

—Yo no temo nada. Sólo quiero comprender por qué. Cerrar la partida e irme.

Los dos miraban ahora a Lerrant, y por primera vez reparó Cal en que el patrón del velero no llevaba reloj de pulsera. También en eso el paso del tiempo parecía serle indiferente.

—Un día desaparecerá —dijo Flavia—. Creo que acostumbra a desaparecer de los lugares, y quizá falte poco para que también lo haga esta vez. Pero te ha traído en su barco, y alguna razón habrá para eso. ¿No crees?

—Es posible.

—Pues a ti, más que a nadie, corresponde averiguarlo. ¿Te quedarás en Formentera?

Cal seguía mirando a Lerrant.

—No... Creo que iré con él hasta Cagliari.

El resto de la tarde, fondeado el *Nostos* en la ensenada y mientras el sol descendía sobre el horizonte de un mar color de vino, Cal permaneció en su camarote leyendo las cartas que le entregó Flavia d'Alesio. Había reconocido la letra en cuanto la tuvo delante, idéntica a la de otras cartas, cuadernos y anotaciones que los abuelos conservaban de su madre. Aquella escritura le era muy familiar; pero esta vez, al enfrentarse a ella, experimentó un sentimiento nuevo al revisar la caligrafía redonda, franca y casi escolar de Irene Gadea, trazada con bolígrafo azul, mayúsculas desproporcionadas y pequeños círculos a modo de puntos sobre las íes.

Leyó y relejó hasta el anochecer en el camarote, tumbado boca arriba en la litera a la luz decreciente del portillo que estaba sobre su cabeza: algo parecido a descifrar lenta, dolorosamente, un mensaje codificado y extraño del que cada clave descubierta, cada referencia intuida o por fin iluminada, suscitaba una melancolía, una ternura y una desolación tan conmovedoras que le turbaban el corazón y la cabeza. Porque aquellas cartas escritas antes de que él naciera hablaban de amor y soledad, del niño que estaba por llegar y del hombre que ya se había ido: el mismo al que ahora Cal oía al otro lado de la puerta haciendo cosas en la camareta, o moviéndose por la cubierta para comprobar el fondeo y asegurar la zódiac izada a bordo.

Para su íntima sorpresa, odió a ese hombre como nunca había imaginado que pudiera odiar a nadie: con inaudita violencia. Sintió crecer su indignación y su furia en cada línea repasada una y otra vez; y por primera vez en su vida, siempre pacífico hasta entonces, indiferente a la forma física y a los ejercicios con que muchos compañeros de colegio —en su opinión ruidosos fanfarrones— endurecían el cuerpo, Cal deseó ser lo bastante vigoroso y atlético

para, dejando el camarote, emprenderla a golpes con él hasta arrojarlo al agua a puñetazos.

Lo desconcertaba, sin embargo, el tono de las cartas de su madre. La extraña manera en que aludía a Lerrant. En las confidencias allí escritas no había recriminaciones ni rencor. Al contrario, cada palabra traslucía un profundo afecto. El hombre al que amaba la había abandonado o la había hecho separarse de él; pero en vez de entregarse al lamento y al desgarró, ella lo veía alejarse con desolada serenidad, comprensiva ante su marcha. Justificándola. Agradecida, incluso, por lo que él dejaba en su vida y sus entrañas.

Aquello era un misterio de apariencia irresoluble, y al muchacho le llevó largo tiempo, en las sucesivas relecturas, descubrir determinados indicios e internarse en ellos como quien desvela claves ocultas. Fue así abriéndose camino hasta conclusiones que su razón rechazaba, pero que aquellas cartas, descifradas en parte, parecían establecer de modo turbador. Algunas de las palabras leídas se incrustaban en su cabeza igual que disparos de sombra, y entre ellas había una frase especialmente enigmática: *Sé que en veinte siglos he sido su única pérdida. Su único verdadero dolor.*

No puede ser verdad, dedujo al fin, cuando la claridad exterior decrecía tanto que no pudo continuar la relectura. Con las páginas manuscritas sobre el pecho, mirando el cuadrado del portillo donde la luz viraba del cárdeno al violeta, Cal se estremeció de incredulidad y asombro al comprender lo que su madre creía haber comprendido.

III. El viaje

*Soy aquél que camina y no se
detiene nunca. Soy aquél a
quien están negados el amor y
la muerte.*

JEAN D'ORMESSON

Pasaron los freus entre Formentera e Ibiza al amanecer, a motor por la ausencia de viento, con la mar tranquila y la claridad del nuevo día asentándose en la proa. Poco a poco la orografía montañosa de la isla fue quedando atrás por la aleta de babor, y tres horas más tarde se encontraron en mar abierto, con el compás de la bitácora señalando los 88º este.

Cal apenas había despegado los labios. Estaba sentado a popa, en la cubierta de madera de teca. Miraba y pensaba. A su espalda, en un pequeño mástil, se movía débilmente una bandera griega descolorida y deshilachada que de vez en cuando le rozaba la cabeza. Ondeaba otra más pequeña en la cruceta del palo del velero, tan vieja como la otra, con un león sobre fondo que había sido rojo. Había preguntado por ella el día anterior, y era la bandera de la ciudad de Venecia.

En la bañera, junto a la bitácora, Lerrant contemplaba el mar; había advertido Cal que podía permanecer inmóvil durante ratos muy largos. En ocasiones parecía dormido, aunque cuando el muchacho pretendía confirmarlo comprobaba que mantenía los ojos abiertos y la mirada en algún lugar del horizonte. En la última hora lo había visto moverse sólo una vez para observar brevemente, con los prismáticos, el rumbo de un pesquero que se había acercado por babor y que ya era un punto en la distancia.

El sol estaba más alto y Cal sentía calor. Se puso en pie y, sujetándose a la barandilla de popa, orinó en el mar. Recordaba el consejo que el patrón del velero le había dado el día anterior:

—Siempre una mano para ti y otra para asegurarte al barco... La mitad de los ahogados que sacan del agua tiene la bragueta abierta.

Se quitó el jersey y fue a dejarlo en el camarote. El ruido del motor era más intenso bajo cubierta. Había observado que Lerrant era muy estricto con el orden a bordo: todo estaba en su lugar, debidamente colocado; y cuando Cal, con el descuido propio de su edad, dejaba algo en desorden, el dueño del velero le dirigía miradas que, sin necesidad de palabras, le hacían recogerlo en el acto.

Huroneó un poco en la camareta, mirando primero la mesa de cartas, donde casi todos los instrumentos seguían apagados y no había ningún ordenador portátil, y después los libros situados en los estantes. Repasó con curiosidad los nombres de los autores: Chateaubriand, Mommsen, Gibbon, Gracián, Montaigne, Cervantes, Shakespeare, Séneca, Plutarco, San Agustín, Dante, Homero, Virgilio... Excepto la *Ilíada*, la *Odisea*, la *Eneida* y un poco del *Quijote* en el colegio, Cal no había leído nada de ellos. La peculiaridad — aunque su capacidad de asombro se había visto desbordada en las últimas cuarenta y ocho horas— era que los de Homero y Virgilio eran ediciones en lengua original: griego y latín. Los otros, todos muy sobados y viejos, estaban en varios idiomas. Incluso había un Corán en caracteres árabes, un Nuevo Testamento en latín y una Biblia en hebreo.

Cuando regresó a la bañera seguía sin haber viento. El dueño del velero contemplaba unas nubes lejanas, deshiladas y altas, que empezaban a formarse hacia el norte. Se detuvo Cal con medio cuerpo fuera del tambucho, mirándolo.

—He leído las cartas que mi madre escribió a Flavia —dijo al fin.

Lerrant permaneció inmóvil sin dejar de observar las nubes, durante tanto tiempo que el muchacho llegó a pensar que no había oído el comentario. Después, lentamente, sus ojos negros y opacos se fijaron en él. Pero no dijo nada. Sintió Cal avivarse en su interior la cólera y el desconcierto cuajados en las últimas horas.

—¿Quién eres?

El tuteo surgió de modo natural, espontáneo. Lerrant, que seguía mirándolo impasible, no pareció inmutarse por eso.

—¿Qué dicen esas cartas? —inquirió tras un momento.

Buscaba Cal las palabras, inesperadamente difíciles de formular.

—Que vives desde hace mucho tiempo. Y que no eres del todo humano.

El amago de sonrisa que nunca llegaba a concretarse rozó la boca del hombre.

—Soy demasiado humano, Cal... Demasiado humano.

Se atrevió éste un poco más. La pregunta le quemaba la lengua.

—¿Cuándo naciste?

—Hace más tiempo del que puedes imaginar.

—Estás loco —movía el muchacho la cabeza, incrédulo—. Y mi madre también debía de estar loca para creer eso.

Lerrant no respondió. Parecía centrar su atención en un barco, todavía muy lejano, que empezaba a distinguirse en el horizonte por la amura de estribor.

—¿Has leído libros, chico? —dijo de improviso.

—Te he pedido varias veces que no me llames así.

—¿Has leído?

—Claro que sí.

—¿Cuánto?

—Suficiente para mi edad, me parece... Más de lo que suelen leer mis amigos.

—¿Tienes muchos amigos?

—No de los que crees —titubeó Cal—. Tengo amigos online, gamers como yo.

El amago de sonrisa retornó a los labios de Lerrant.

—Una comunidad internacional, ¿no?... Con sus propios códigos.

—Algo así.

—Como los monjes antiguos, medievales, que viajaban y se alojaban unos con otros y se entendían en latín.

Reflexionó Cal. No le desagradaba la idea.

—Eso nunca lo había pensado.

Lerrant volvió a fijarse en el barco, un mercante que se acercaba. Echó otro vistazo por los prismáticos y, tras un momento, pulsó las

teclas del piloto automático para modificar 20° el rumbo.

—Mejor le busquemos la popa —dijo.

Había dejado los prismáticos bajo una toalla para protegerlos del sol y ahora miraba a Cal.

—¿Conoces bien la historia de este lugar?

Tardó el muchacho en responder, pues intentaba establecer con exactitud a qué se refería. Había dicho *lugar*, no *mar*. Cual si aquella extensión de agua que los rodeaba contuviese muchas más cosas en su seno y sus orillas de las que estaban a la vista.

—Algo sé: griegos, fenicios, romanos...

Mostraba Lerrant una seca aprobación. Igual que un profesor al obtener la respuesta correcta.

—Romanos, sí, eso es —dijo—. Y todos los que llegaron después.

—¿Y qué tiene que ver con mi madre?

—Tiene que ver contigo.

Volvió Lerrant a observar las nubes lejanas: parecían alargarse en bandas paralelas, blanqueando el cielo.

—Va a bajar el barómetro. Sin duda ya está bajando —señaló el tambucho—. ¿Quieres echar un vistazo para comprobarlo?... Te irá bien fijarte en esas cosas.

Descendió Cal a la camareta y comprobó el barómetro atornillado al mamparo. Era de los antiguos, de aguja. Regresó a la bañera.

—Marca mil nueve.

—Baja rápido, cuatro milibares en tres horas —Lerrant miró de nuevo, con naturalidad, las nubes lejanas—. De aquí a mañana tendremos mal tiempo.

—No pareces preocupado, ni sorprendido...

—Las sorpresas no existen. Sólo la falta de previsión.

El mercante estaba tan cerca que a simple vista podía leerse el nombre *Zurmother* pintado en la amura. Iba a pasarles a un centenar de metros ante la proa. Era de mediano tamaño, negro con grandes puntales amarillos.

—¿Has leído la Biblia, Cal?

—Parte de ella. Mis abuelos tienen una en casa.

—¿Y los evangelios, el Nuevo Testamento?

—También —respondió aún desconcertado por las preguntas—. Están en la Biblia, ¿no?

Pulsó Lerrant las teclas del piloto para volver al anterior rumbo.

—¿Quieres que te cuente una antigua historia?... ¿Algo que no has leído en los evangelios y que en cierta forma tiene que ver contigo?

—¿Conmigo? —se sorprendió el muchacho.

—Eso he dicho.

Vaciló, desorientado. Notaba un repentino vacío en el estómago, igual que si acabara de asomarse a un lugar insospechado y oscuro. Quizás, pensó, estoy empezando a marearme.

—¿Sabes qué es una hipótesis, Cal?

—Pues claro que lo sé... Suponer algo para sacar de ahí una consecuencia.

—¿Y a qué se refiere ese algo?

—Pues a lo posible y lo imposible, ¿no?

Asintió Lerrant aprobador, igual que había hecho antes.

—Hay un principio básico muy útil en el mar y en la guerra: prepararlo todo según la hipótesis más probable, pero adoptar las medidas de seguridad según la hipótesis más peligrosa. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—¿Estás dispuesto a afrontar una y otra?

—Literal.

—¿También las posibles consecuencias?

—Sí... Necesito saber.

Miró Lerrant el barco que se alejaba por la banda de babor, volvió a observar las nubes alargadas del horizonte, y tras un momento de inmovilidad encendió un cigarrillo y empezó a contar.

Polvo y sol vertical, zumbido de moscas. Hace calor en la ciudad. La gente se agolpa en los soportales y bajo los toldos, ante las fachadas de madera reseca y piedra amarilla, para ver pasar a los sentenciados. El silencio sólo es roto por el arrastrar de pies calzados o desnudos, los golpes de los maderos que los tres hombres cargan

al resonar contra el suelo o las esquinas de las casas. A veces, cuando se demoran o caen, resuena la imprecación de un esbirro o el restallar de un latigazo.

El zapatero está a la puerta de la covacha, como sus vecinos. Todos miran y callan. Unos se compadecen en silencio de los que van camino del suplicio y otros presencian la escena con avidez de espectadores satisfechos; pero nadie expresa sus sentimientos porque los soldados romanos que escoltan a los reos intimidan con su aspecto y sus armas: son una docena de veteranos de la Décima Legión, soldados profesionales hoscos, mal encarados, con larga reputación de crueldad y violencia.

Ladrones y alborotadores, murmura la gente. Sobre todo, el galileo que camina último, ensangrentados el rostro y las rodillas, doblado bajo el madero que oprime sus espaldas descarnadas a latigazos: el enajenado, el blasfemo, el loco que gozó de breve fama en la ciudad haciéndose pasar por rabí y por hijo de Dios antes de caer de esa fama al oprobio, como no podía ocurrir de otra manera. El supuesto mesías abandonado por quienes antes lo vitoreaban, que hoy paga con la pena de crucifixión su insensata audacia.

El hombre que mira como los demás curiosos se llama Ashverus ben Uriel. Tiene cuarenta y tres años. De pie en la puerta del taller, donde se apilan zapatos y sandalias junto a las herramientas y el taburete de su oficio, ve pasar la comitiva camino de las afueras y del monte Gólgota. Como suele trabajar en el portal, pues la covacha es demasiado oscura, tiene cerca una tinaja y un cazo de madera. Precisamente acaba de beber un poco de agua para quitarse el polvo que levanta el gentío y que se mete, molesto, en la garganta.

En ese momento, el tercer condenado trastabilla y está a punto de vencerse bajo el peso del madero. Perdido el equilibrio, da unos pasos desorientados y acaba por caer de rodillas justo delante del zapatero. Retrocede éste, impresionado por el rostro deshecho de dolor, los cuajarones rojos entre el cabello apelmazado y la barba sucia, la rota túnica que se pega a la espalda por la sangre a medio coagular, atormentada por las moscas. Y de rodillas ante él, mientras intenta incorporarse sin conseguirlo y los esbirros acuden para

forzarlo a latigazos, el galileo alza los ojos hacia Ashverus y murmura una súplica: una sola palabra, *maia*, que en arameo significa agua.

Se compadece el zapatero, alcanza el cazo y lo sumerge en la tinaja, y va a acercarlo a los labios del suplicante cuando advierte que el centurión que manda la escolta se aproxima, colérico, porque se retrasa la marcha. Al verlo venir con una mano en la empuñadura del gladio que lleva al cinto, cubierto el rostro de cicatrices bajo el casco que con la cota de malla y cuero lo hace sudar copiosamente, Ashverus se paraliza de miedo. Por eso, frente a los ojos mismos del infeliz que ya entreabre los labios para recibir el agua, vacía el cazo en el polvo del suelo y lo devuelve a la tinaja. Y antes de que el centurión agarre por el cuello al falso mesías y lo empuje hacia el centro de la calle en pos de los que se alejan, los ojos turbios de dolor se clavan en los del zapatero con una fijeza y una intensidad tales que hacen a éste estremecerse con un frío tan súbito como si el sol se ocultara de pronto. Y una voz ronca, quebrada de fatiga, que parece provenir del Más Allá hacia donde se encamina el sentenciado, murmura ocho palabras que suenan como una sentencia inapelable: «Pasarás sed hasta el final de los días».

Siguió un silencio tan prolongado que parecía que ni Cal ni Lerrant volverían a hablar jamás. Por fin éste miró el cigarrillo, tan consumido entre sus dedos que la brasa parecía quemarlos. Lo hizo inexpresivo, impasible, cual si no le importara sentir dolor.

—Eso dijo: hasta el final de los días. No *tus*, sino *los*. No se refería a los míos.

—Intentas decir...

—No intento decir nada. Te lo estoy diciendo.

Cal estaba estupefacto.

—¿Le negaste agua a Dios?

—Tú nunca has visto de cerca a un centurión romano.

La ironía irritó al muchacho.

—¿Y tú sí?

—A ése, desde luego, lo vi —se encogía Lerrant de hombros—. Y también a un arráez turco que degollaba cautivos, y a un cruzado con las tripas fuera pidiendo que lo remataran, y a un veneciano colgando de una verga despellejado y relleno de paja, y a trescientos hombres volando por los aires con su navío para desaparecer como si no hubieran existido nunca, y a chicos un poco mayores que tú saliendo de trincheras mientras les disparaban con ametralladoras...

Lo dijo sin énfasis, en tono monótono, igual que si recitara una relación tan obvia que no necesitara matices ni detalles. Al cabo se contempló las manos marcadas de cicatrices y los desvaídos tatuajes de los brazos.

—Vi todo eso y algo más —añadió con sencillez—. He sido valiente o cobarde según las circunstancias... También traicioné y delaté muchas veces. No por miedo a la muerte, sino por miedo al dolor.

Movió el muchacho la cabeza, incrédulo. Había leído varias veces las cartas deteniéndose en cada línea y cada palabra; pero su razón seguía rechazando las conclusiones.

—Es imposible —opuso—. No me trago que mi madre se creyera todo eso.

De nuevo llegó el apunte de sonrisa, que parecía más cansada esta vez.

—¿Eres muy infeliz, Cal?

La pregunta, inesperada, dejó al muchacho sin habla.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo al recobrarse.

—Porque no es cierto que juventud equivalga a felicidad... Los chicos de tu edad suelen sentirse desgraciados, ya que las ideas impuestas por la educación se derrumban en contacto con la vida real.

—¿Y qué, si es así?

—Pues que os volvéis hoscas al sentir os víctimas de un engaño, y poco a poco debéis reconstruir lo perdido. Por eso es una época difícil, sobre todo para los imaginativos, los soñadores y los idealistas. Como tú.

—No sabes una mierda de mí —sentía el ansia de revolverse, aunque sin tener claro exactamente contra qué—. Nada, hasta que

fui a verte.

Miró Lerrant de nuevo el cigarrillo que aún humeaba entre sus dedos, cual si pensara en cosas muy lejanas. Al fin, volviéndose a medias, lo arrojó por sotavento.

—Una vez —entornaba los ojos al recordar— conocí a un hombre que ahora lleva mucho tiempo muerto y que escribió algo interesante: *Todos soñamos, pero no en la misma forma*. La mayor parte se despierta, comprende que soñó y eso es todo. Pero hay hombres y mujeres que sueñan con los ojos abiertos; y éstos son especiales, incluso peligrosos, porque intentan hacer realidad lo que soñaron.

Atendía Cal, fascinado a su pesar.

—¿Por qué me dices todo eso?

—Porque reconozco a un soñador en cuanto lo veo... Tu madre lo era. Tú también lo eres.

No me voy a dejar, pensó el muchacho, irritado por su propia atención. Ni lo que dice, ni el tono en que lo dice cambian las cosas: mi percepción de todo esto, las cartas entregadas por Flavia d'Alesio, la melancolía de mis abuelos, la madre a la que no puedo recordar... Dejé de escuchar con un esfuerzo violento, casi físico.

—Es imposible lo que me has contado antes —insistió—. Lo del hombre al que negaste agua y lo demás. Todo es una sarta de mentiras.

Asintió Lerrant con tranquila indiferencia.

—Por supuesto que es imposible. Límitate, por tanto, a la hipótesis más probable: a considerarme un enorme embustero.

Tras el desconcierto, sentía Cal retornar el rencor y la ira. Aquel hombre era tan fácil de odiar como el videojuego *Darkest Dungeon*, por lo difícil que era desbloquear cada obstáculo en él. En ese instante, de nuevo, se sintió audaz. No le importaba golpear ni ser golpeado.

—Engañaste a mi madre —exclamó—. Maldito cabrón.

El insulto resbaló en el rostro inalterable de Lerrant.

—Eso tendrás que averiguarlo tú.

Contemplaba las nubes lejanas, pensativo. Después de un momento miró en la dirección en que la brisa hacía ondear el

pabellón veneciano de la cruceta del palo y volvió a observar las nubes. Por un segundo Cal creyó verlo fruncir el ceño. El gesto se le antojó extraño, de todas formas. Era semejante al de quien divisa de lejos a un conocido, o a un enemigo.

—¿Has visto alguna vez un temporal en el mar, Cal?

Se había vuelto hacia él y su curiosidad parecía sincera. Respondió el muchacho con un ademán suficiente, aparentando indiferencia.

—Sí, en *Poseidon War*.

Advirtió la perplejidad de Lerrant y decidió ser más explícito.

—Es un videojuego —añadió.

—Ah... Suenas interesante.

—Lo es. Debes conseguir recursos para armar una flota submarina, dotarla con tropas y llegar hasta el Reino Profundo.

—Supongo que no será fácil conseguirlo.

—No, desde luego —se animaba el muchacho—. Los aquark, una raza de seres anfibios, intentan impedirlo. Hay que enfrentarse a ellos. Por cada victoria consigues material útil para el próximo enfrentamiento.

—¿Y mueres si las cosas salen mal?

—A veces... Pero puedes recuperar vidas y empezar de nuevo.

Lerrant escuchaba con atención que parecía sincera. Eso infundió en Cal una agradable sensación de superioridad. De orgullo elitista. Sabía cosas que aquel hombre mentiroso y embaucador ignoraba, y por un instante casi le pareció simpático.

—Es un juego avanzado, para expertos —precisó, pavoneándose un poco—. No para noobs.

—¿Noobs?

—De *newbie*, ya sabes. Los novatos o los fanfarrones que creen controlar un juego pero no aciertan ni con la habilidad especial.

—Oh, ya. Comprendo... Los gamers compartís un lenguaje específico. Algo parecido a lo que dije del latín medieval.

—Hay variantes. Un jugador de *Call of Duty* no usa exactamente el mismo vocabulario que el de *League of Legends*. Pero en lo general nos entendemos todos. En especial porque el inglés es la base.

—¿Y qué tal *Poseidon War*?

—Un juego triple A de los mejores, con gráficos impresionantes... Funciona online, con equipos. Yo formaba parte de uno con un chino, una australiana y dos norteamericanos. Mi avatar era el de siempre, Kowalski.

—¿Herrero? —se sorprendió Lerrant—. ¿Un apellido polaco?

—También es el nombre de un pingüino de la película y la serie *Madagascar*... ¿Las conoces?

—No. Sé poco de eso.

—Da igual. Para ganar *Poseidon War* debes conseguir victorias y superar pruebas. Una muy difícil es sobrevivir a un temporal en el Mar Oscuro.

Lerrant se mostraba de verdad interesado.

—¿Y lo superaste? ¿Sobreviviste a ese temporal?

—Sí, al tercer intento: cuando comprendí que era mejor olvidarme del equipo y actuar solo, pegado a la costa para protegerme del viento y evitar las olas...

—Buena táctica —aprobó Lerrant.

—De cinco que éramos, fui el único en superar esa fase. Después previne a los otros de cómo hacerlo, pero ya no era lo mismo y se quedaron atrás. Seguí en plan solo hasta el final.

—Llegaste al Reino Profundo, entonces.

—Claro que llegué. Soy bueno en eso.

—Poseidón no es buena gente, ¿verdad? Es de los peores por ahí abajo, bruto y cruel.

—Literal —se asombró Cal—. Ni que lo hubieras jugado.

La vaga sonrisa rozó los labios de Lerrant.

—En cierto modo lo hago... ¿Y qué sentiste con la victoria?

Lo pensó el muchacho un momento.

—Cansancio —resolvió—. Y también un chute de felicidad.

—¿Y cómo te fue con el malvado Poseidón?

—Ni tan mal. Pude robarle el tridente y conseguí su tesoro, que estaba en un galeón hundido.

El patrón del velero volvía a contemplar el mar. Su mirada se perdía en la intensa luz.

—Enhorabuena... Creo que a partir de ahora te llamaré Kowalski.

A media mañana el viento, débil hasta entonces, ganó en intensidad: primero vino de frente y después roló al nordeste y aumentó su fuerza, moviendo olas cortas que levantaban rociones de espuma en la amura de babor. Para entonces habían apagado el motor, desplegado un foque e izado la vela mayor, y el *Nostos* navegaba firme y seguro, con siete nudos de velocidad en la corredera. El barómetro, que seguía cayendo, registraba 1.003 milibares.

—Hay que prepararse, porque viene fuerte —dijo Lerrant.

Había bajado a encender la radio en el canal 16, tendido después dos líneas de vida de proa a popa, una a cada lado de la bañera, y empleado los últimos veinte minutos en explicar a Cal cómo asegurar en ellas el mosquetón del chaleco salvavidas y cómo utilizar, en caso necesario, las bengalas, la balsa salvavidas y los sistemas de emergencia. También le había hecho ingerir otra biodramina y entregado una navaja marinera que ahora el muchacho llevaba en el bolsillo.

—Cuando empiece a soplar en serio, te pones el chaleco. Y no salgas de la bañera sin mi permiso.

En el anemómetro el viento señalaba veinte nudos y las salpicaduras eran cada vez más fuertes. De pie en el borde de la bañera, abiertas las piernas para mantener el equilibrio, Lerrant hizo bajar algo la vela para tomar un rizo y reducir el tamaño de ésta, asegurando la lona sobrante en la botavara. Al poco rato también acortó el foque con unas vueltas del enrollador. Aun así, el velero no redujo la velocidad: seguía surcando la marejada a siete nudos, aunque ahora la inclinación de la cubierta era menor.

—Ponte el chaleco.

Obedeció Cal, ajustándose las cinchas. Empezaba a preocuparse. El sonido del viento en la vela y la jarcia era más fuerte y siniestro, el anemómetro marcaba veintisiete nudos y los rociones de la proa proyectaban agua pulverizada y fría sobre el quitavientos de la bañera y por encima de sus cabezas. Las nubes deshiladas seguían

lejos y el cielo continuaba azul, pero el mar adquiría tonos oscuros y las crestas de las olas se cubrían de borreguillos blancos.

—¿Qué va a pasar? —preguntó el muchacho, cada vez más inquieto.

—Nada que no haya pasado antes.

Lerrant fue a tomar un segundo rizo y después metió completamente el foque y desplegó otra vela más estrecha en el segundo enrollador.

—Trinqueta —se limitó a decir.

Apenas cambiaban más palabras que las necesarias. El viento superó los treinta nudos y el mar, cada vez más revuelto, se veía surcado por fuertes rachas de espuma.

—Engancha el mosquetón de tu chaleco.

—¿Y tú por qué no te lo pones?

—No es asunto tuyo.

La proa del *Nostos* cabeceaba macheteando la marejada con un constante sube y baja que en cada descenso crispaba el estómago de Cal. Procuraba éste parecer despreocupado, sin mostrar incomodidad ni temor por los zarandeos del barco y los embates del mar. Sin embargo, a hurtadillas estudiaba a Lerrant: lo desconcertaban su calma, la metódica rutina de cada maniobra, la aparente familiaridad, en mitad del temporal creciente, de quien parecía haberse enfrentado a eso mismo en numerosas ocasiones.

—Aquí viene tu *Poseidon War*, Kowalski —dijo éste.

Meditaba Cal si debía mostrarse ofendido porque Lerrant lo llamara así, y decidió que no. Incluso le gustaba, aunque se abstuvo de manifestarlo. De cualquier manera, resolvió establecer de nuevo la distancia perdida.

—¿Navegó mi madre contigo?

Había conseguido que la pregunta no sonara a curiosidad, sino a reproche. Contemplaba Lerrant el oleaje que venía por barlovento, entre ojeadas a los secos impulsos con que el piloto automático movía el timón. Ya había tomado el tercer rizo.

—Sí —respondió—. Durante algún tiempo.

—¿Y por qué desembarcó?

—Porque tú venías de camino.

Se indignó el muchacho con aquello.

—Y sabiéndolo, conociendo su estado, ¿la dejaste marchar?

—Era nuestro acuerdo.

—¿Acuerdo? —no daba crédito a lo que oía—. ¿De qué estás hablando?

No hubo respuesta. Pasado el mediodía, las nubes distantes se acercaron por fin y el paisaje se hizo más sombrío y gris. Para entonces el viento había subido a cuarenta y tres nudos y aullaba ensordecedor, las olas eran enormes y el velero avanzaba escorado a estribor, subiendo y bajando las crestas blancas y los senos oscuros.

—Casi fuerza nueve —dijo Lerrant como respuesta a una muda interrogación del muchacho.

—¿Eso es mucho viento?

—Algo es.

Tenían que gritar para oír lo que se decían. Cal se mantuvo encogido bajo el quitavientos; pero Lerrant, de pie tras la bitácora, estaba mojado de la cabeza a los pies y el agua corría por su rostro y la cazadora negra puesta sobre la camisa y los vaqueros. Aun así se mantenía impassible, sin indicios de frío o cansancio.

—Principio de la calma básica —dijo al advertir que lo observaba—. Si tiene solución, búscala... Si no, resígnate.

Había desconectado el piloto automático y gobernaba a mano, atento al timón, poniendo una y otra vez proa al elevado mar que se acercaba por la amura y dejándose caer luego con un golpe de rueda decidido y preciso que deslizaba el *Nostos*, casi de costado, por el otro lado de cada ola hasta que recuperaba el rumbo anterior.

—Nunca había imaginado que el Mediterráneo fuera tan cabrón —dijo Cal.

—El mar no es culpable de nada —otra vez un apunte de sonrisa en el rostro sin afeitar, salpicado de agua—. Es el viento el que lo vuelve malvado.

Permaneció Cal pensando en lo que acababa de oír cuando una sucesión de estallidos resonó en el foque enrollado a proa. De pronto quedó libre allí un poco de vela, que empezó a flamear azotando las escotas con golpes siniestros que nada bueno anunciaban. Confuso, buscó una explicación en Lerrant y vio que

éste observaba el foque, miraba el cielo fosco y profería unas palabras que no llegaron hasta sus oídos. Después conectó el piloto automático y salió de la bañera, agachado, sujetándose con una mano a la línea de vida. Iba sin engancharse a ésta y sin chaleco salvavidas, y el muchacho sintió una oleada de pánico al pensar que podía caer por la borda y dejarlo solo. De pronto notó un miedo específico, concreto: la sospecha de que no saldría vivo de aquel barco y de aquel temporal.

Lo que ocurrió después fue más extraordinario todavía: arrodillado junto al tambor del enrollador, el patrón del velero intentaba resolver el problema mientras el barco, sostenido a rumbo por el piloto automático, cabeceaba con violencia, sumergiendo una y otra vez la proa, que a cada machetazo hundía a Lerrant en el mar hasta el pecho. Y en un momento determinado, cuando al alzarse de nuevo emergió éste chorreante de agua, levantó el rostro al cielo, gritando palabras que llegaron entrecortadas hasta Cal pero de las que, gracias al viento que las traía, pudo escuchar algunas:

—¿Es todo... lo... tienes... hijo de...?

Volvía a clavar la proa en el mar y emergía con Lerrant agarrado al enrollador, encarado de nuevo hacia lo alto.

—¡Quieres... el chico... a bordo...! ¡No... suficiente...! ¡Te... conozco!

Y de pronto, al comprender lo que sucedía, a Cal lo sacudió un estremecimiento de pavor y asombro. En mitad del temporal, aquel hombre estaba desafiando a Dios. Como Kratos en *God of War*.

Fue una noche dura y larga. Zarandeado por el oleaje en el camarote de proa, que retumbaba con los pantocazos del barco, Cal rodaba de un lado a otro de la litera, intentando mantenerse en una posición cómoda para descansar. A veces, extendiendo abiertos brazos y piernas, lograba una precaria estabilidad que le permitía dormitar un rato, hasta que otra serie de vaivenes lo despertaba de nuevo. Por fortuna, la biodramina hacía efecto. Había evitado además, por consejo de Lerrant, ingerir nada dulce: la cena —si

como tal podía calificarse la sobria colación hecha al anochecer— había consistido en un poco de fiambre con pan de molde y un trozo de bonito en salazón que, tras mucho insistir, el patrón del velero le hizo comer. Es bueno para asentar el estómago, había dicho. La sal aleja el mareo.

Durante aquellas horas en la incómoda oscuridad del camarote tuvo Cal mucho tiempo para pensar. Habría dado media vida —a su edad, una vida era todavía algo dilatado e inabarcable— por disponer de cobertura wifi para el ordenador portátil y emprender en él la búsqueda que le quemaba la punta de los dedos y la turbada cabeza: demasiada información, demasiadas emociones durante los últimos días. Necesitaba ordenar y encajar las piezas del *Tetris*, el rompecabezas o lo que fuera aquel extraño reto, o quest: las misiones que, en jerga gamer, una persona o grupo debía cumplir para progresar en las etapas del juego.

Tenía a favor, aunque era consciente de que eso alteraba la percepción de lo real, su familiaridad con lances de imaginación: aventuras en territorios incógnitos, avatares diversos y recorridos por itinerarios fantásticos. El hábito de moverse por mundos virtuales, para los que su experiencia como jugador lo dotaba de herramientas intelectuales prácticas, hacía aceptables situaciones que en la vida real —resultaban imprecisas las fronteras entre una vida y otra— no lo eran, o parecían no serlo. Su intenso adiestramiento en videojuegos le permitía enfrentarse a lo desconocido, al azar de sorpresas y asechanzas inesperadas —y, por tanto, esperables—, con la sangre fría del experto que verdaderamente era. Desde ese punto de vista, la imposible historia de Lerrant se convertía en posible si la trasladaba a la pantalla de un ordenador, a una videoconsola o a su propia cabeza.

Comprendió así, entre los zarandeos del velero y escuchando los golpes de mar en el casco y el rugir del viento en cubierta, parte de lo que traslucía la insólita figura de aquel individuo extraño, las confidencias de Irene Gadea a su amiga Flavia y cuanto podía establecerse del personaje. El enigma gravitaba sobre el propio Cal, su existencia y su presencia casual a bordo del *Nostos* —aunque toda aparente casualidad en un videojuego era establecida por un

programador—. Conformaba, en suma, un laberinto de imposibles opuestos a la razón. Y eso lo reducía todo a dos únicas posibilidades o hipótesis: la más probable, que Lerrant fuese una descomunal mentira; y la más peligrosa, que fuese una increíble verdad.

Cal había conocido videojuegos con menos expectativas y menos emoción que todo aquello. Y como era un joven inteligente, comprendió con un relámpago simultáneo de angustia y de placer que, para resolver sus fases y llegar al final, no existía otro camino que descifrar las reglas. Que todas las respuestas se ignoraban hasta que alguien hacía las preguntas.

Amaneció con menos viento y el mar algo más tranquilo. Cuando se asomó a cubierta pudo ver que el cielo estaba casi despejado, con nubes y grandes claros, que el nordeste de la víspera había rolado a estribor y que el *Nostos* navegaba más cómodo, otra vez con todo el trapo arriba a excepción de un rizo en la vela mayor, y entre cinco y seis nudos de velocidad en la corredera.

Lerrant seguía sentado junto a la bitácora, y Cal se preguntó si habría llegado a dormir mientras él intentaba hacerlo en el camarote. El patrón del velero permanecía quieto e impassible, cual si no se hubiera movido de allí; pero había marcas de fatiga en el rostro salpicado con restos de la sal que le cubría, seca y blanquecina, el pelo y la ropa.

Tras desayunar algo de fiambre, pan y un vaso de leche fría, Cal fue a acomodarse en la bañera. Lerrant no preguntó cómo había pasado la noche. Nada dijo, y sólo cuando el muchacho quiso saber dónde estaban hizo un ademán ambiguo en dirección al mar y al sol ascendente que iluminaba el velero.

—Unas ochenta millas al sudoeste de Menorca.

—¿Y cuándo llegaremos a Cagliari?

—En tres días, si todo va bien.

—¿Qué vamos a hacer allí?

Señaló Lerrant la camareta.

—Debo entregar algo antes de seguir viaje.

—¿Qué, y a quién?

—No es asunto tuyo.

Titubeó Cal.

—¿Y yo?

—Puedes desembarcar, si lo deseas... Te pagaré el billete de vuelta.

Se preocupó el muchacho, pues no había pensado en eso. Hasta entonces la aventura se antojaba indefinida, sin fecha de caducidad. Y había demasiadas incógnitas pendientes.

—¿Qué pasa si prefiero quedarme?

—Puedes hacer lo que quieras, Kowalski... No molestas a bordo.

Siguió un silencio muy largo. Después, Lerrant señaló a Cal los prismáticos que estaban junto al tambucho.

—Echa un vistazo de vez en cuando y avísame si ves algún barco.

Dicho eso, recostó la cabeza y cerró los ojos.

IV. El mar

*Viajero solitario, había dejado
tras de sí más luto, más
desesperación, más desastres y
más muertes que los ejércitos de
cien conquistadores ebrios de
devastación.*

EUGÈNE SUE

Navegaban hacia levante con viento y mar razonables, y por primera vez desde la partida Cal empezó a disfrutar de la situación. Se sentía orgulloso de no marearse y adaptar el cuerpo a los movimientos del barco, aprovechando los balances para desplazarse de un sitio a otro. Como la marejada era menos intensa, Lerrant había dejado que se quitara el molesto chaleco salvavidas, que le laceraba el cuello y la nuca, para sustituirlo por un arnés que, mediante un mosquetón, permitía ir de proa a popa siguiendo la línea de vida. Había pasado así un largo rato sentado en la aleta de sotavento mientras contemplaba la cubierta inclinada a babor y las velas desplegadas arriba, con el mar azul oscuro, casi violeta, abriéndose a uno y otro lado del casco que lo surcaba dejando una estela recta y blanca.

El muchacho no sabía de aquello sino lo aprendido en los últimos días, pero estaba convencido de que el *Nostos* era un buen barco y de que su propietario podía gobernarlo como si fuera parte de sí mismo. A veces veía a Lerrant quedarse inmóvil, atento a algo que Cal era incapaz de establecer: un sonido o un cambio apenas perceptible en el movimiento de la embarcación. Parecía entonces que el barco realmente hablara a su propietario, comunicándole deseos o necesidades que acto seguido éste satisfacía con una

maniobra concreta, un toque de timón que alteraba el rumbo unos grados, un leve ajuste en las escotas de las velas. Lo singular era que todo eso lo hacía de forma automática, sin necesidad de pensar. Con la costumbre aparente de toda una vida, o de muchas.

También experimentaba Cal un sentimiento nuevo. Durante la hora larga en la que el patrón del velero durmió en la bañera, él había vigilado en solitario el mar, atento al horizonte que escudriñaba con un movimiento circular de los prismáticos. También levantaba la vista para comprobar que las velas seguían correctamente dispuestas al viento que hacía tremolar la bandera de la cruceta y la de popa. Todo aquello, sentirse a cargo del velero mientras el patrón dormía, le había inspirado una felicidad desconocida hasta entonces: la de sentirse a los dieciséis años responsable de un barco y dos vidas, y también la propiciada por el viento, el balanceo, la brisa con olor a mar, el horizonte desierto y azul, que suscitaban en él una embriagadora sensación de libertad y aventura, la de intuir que la tierra y sus problemas quedaban lejos y que, de proponérselo quienes iban a bordo, contradiciendo el sentido del propio nombre —en la antigua Grecia, *Nostos* significaba regreso—, podrían seguir navegando siempre, sin acercarse jamás a ninguna costa, hasta el final de los días y la consumación de los tiempos.

Había bajado a la camareta para quitarse el jersey, pues tenía calor, y mientras se ponía de nuevo el arnés echó otro vistazo a los libros alineados en los estantes, sujetos por un listón de madera horizontal que impedía se cayeran con los bandazos del barco. Algunos, confirmó, se veían muy viejos y usados. Uno atrajo su atención: *Publii Virgilii Maronis Opera*, y al hojearlo vio que estaba fechado en 1745. Junto a él había otro de aspecto moderno, en español: *La guerra de los judíos*, de Flavio Josefo. Ignoraba quién era el tal Josefo, pero el título estimuló su curiosidad, pues quizá hablaba de Israel y la guerra de Gaza, o algo semejante, y la palabra *guerra* era sugerente para un gamer como él. Sin embargo, al abrirlo comprobó que el libro se refería a una mucho más antigua, ocurrida en el siglo I después de Cristo. Y había líneas subrayadas a lápiz:

Tenían como consuelo de esta necesaria matanza el pensamiento de los males que habrían sufrido al caer en manos de los romanos. Al final ninguno se amedrentó en aquella audacia y todos fueron matando a sus más queridos familiares...

Tras leer aquello con espantada avidez, Cal descubrió líneas abajo otro subrayado:

Echaron suertes para elegir a diez que fueron los verdugos de todos. Cada uno se tumbó junto a su mujer y sus hijos, que yacían muertos, se abrazó a ellos y entregó sumiso el cuello a los encargados de la funesta tarea. Después de que éstos degollaran a todos sin inmutarse, siguieron la misma norma del sorteo entre ellos, de modo que el que fuera elegido matara a los nueve restantes y después se suicidara.

Un rato después, devuelto el libro a su lugar, subió a la bañera y fue a sentarse junto a Lerrant.

—¿Qué pasó en Masada? —preguntó.

El patrón del velero le dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Por qué preguntas eso?

—Acabo de encontrarlo en un libro, ahí abajo. Y el libro suelta spoilers rarísimos.

Pensativo, Lerrant seguía contemplando al muchacho.

—Ocurrió —dijo al fin— que una vez más, Dios abandonó a su pueblo.

—¿De qué Dios me hablas?

—Yahvé... El de los judíos.

—¿Y por qué tienes eso subrayado en un libro?

—¿Cómo sabes que lo subrayé yo?... Los libros suelen pasar por muchas vidas.

—Ése no es viejo.

Lerrant se inclinaba, cubriéndose con las manos ahuecadas para encender un cigarrillo.

—Conocí a alguien que estuvo allí.

—¿En Masada?

—Sí, allí mismo.

Se echó Cal a reír con descaro. Otra vez se adentraban en el disparate.

—Pues sería romano —repuso burlón—. Ningún judío sobrevivió, según el libro.

Al incorporarse Lerrant, el viento se llevó con rapidez la bocanada de humo. Sus ojos estaban fijos en Cal aunque parecía no verlo, cual si mirasen a través de él hacia un pasado sombrío e imposible.

—Nunca creas del todo lo que dicen los libros... Y aprende a leer lo que no dicen.

Ha sido un prodigio de la ingeniería militar del enemigo: en lo alto de la roca, ante la ciudad que ya no es inexpugnable, la torre de guerra domina la muralla, y las piedras arrojadas por las catapultas caen en el recinto. Después del largo asedio, incapaces de rendir la ciudad rebelde por hambre o sed, los romanos están cerca de abrir brecha en los muros. Se lucha con feroz desesperación, causando terribles pérdidas a los atacantes; pero ya no hay victoria posible y los judíos sólo combaten para aplazar el final. Lo que espera es sabido por todos: matanza, saqueo, esclavitud para los supervivientes.

Morir es fácil; y si hay empeño en ello, resulta más fácil todavía. Un final que asombre a los vencedores y empañe su triunfo. En total son novecientos sesenta, incluidos mujeres y niños. Aunque el suicidio es contrario a la tradición judía, tomada la decisión todo se lleva a cabo con implacable eficacia. El día decimoquinto del mes de Jántico, después de prender fuego a casas y enseres, algunos jóvenes, los más audaces, se lanzan a pecho desnudo contra el enemigo, otros se precipitan al vacío desde lo alto del acantilado. Los demás guerreros, cumpliendo lo acordado, besan y abrazan a sus familias, les dan muerte y luego se matan entre sí. Los diez elegidos por sorteo van de grupo en grupo, espada en mano,

acabando la tarea. Sus sandalias dejan huellas de sangre en el suelo.

El antiguo zapatero —han pasado cuarenta años desde el día de Jerusalén— es uno de ellos. Acaba de degollar a una muchacha que se debatía queriendo escapar a su destino y a un niño que sonreía creyendo que se trataba de un juego. Entre el humo de las casas incendiadas, los últimos diez hombres vivos de Masada se miran unos a otros, las manos ensangrentadas, los rostros cubiertos de salpicaduras rojas, crispados por el horror de lo que han visto y han hecho, indecisos, preguntándose quién empieza el final. De pronto uno se arrodilla, ofrece el cuello y otros cinco lo imitan. Inmóvil, Ashverus ve cómo tres de sus compañeros los degüellan. De los tres, dos son hermanos; acabada su tarea, se abrazan y se matan entre sí. El otro que sigue en pie es muy flaco, menudo, cetrino. Hace un momento pasó al filo de la espada a su mujer y a tres hijos. Ahora tira al suelo el arma, encoge los hombros y se vuelve, alzada la vista para mirar el cielo azul de Judea. Ashverus se le acerca y con un golpe seco, procurando ser certero y rápido, le hunde la punta de la espada en la base del cráneo.

Cuando los primeros legionarios penetran en la ciudad no hay otro sonido que el crepitar de los incendios, el zumbido de las moscas en los charcos de sangre y el graznar de los cuervos que empiezan a congregarse en las alturas. Un humo acre y grasiento lo inunda todo y se alza en espirales rebasando los muros. Sentado en la escalera de una casa que arde, Ashverus ve a los romanos, que avanzan recelosos al principio, horrorizados luego, pese a ser hombres duros y curtidos por la guerra. Y mientras se aproximan entre los cadáveres que cubren la explanada, temerosos todavía de una emboscada o una trampa, el antiguo zapatero mira la espada manchada de sangre que sostiene en la mano y la deja caer a sus pies, resonando en los peldaños de piedra. Sabe que no va a morir, y eso le suscita una serena desolación. Una desesperada calma.

—No te creo —dijo Cal cuando Lerrant terminó su relato.

—Me da igual que lo creas o no.

—¿De verdad quieres convencerme de que no puedes morir?

—No tengo interés en convencerte de nada. Tú viniste a mí y eres quien hace las preguntas.

—¿Mi madre te creyó? ¿Se tragó ese cheat del sistema?

—Has leído sus cartas. Respóndete tú mismo.

—Pero eso significaría que no envejeces. Que tu aspecto siempre es igual.

Se miró Lerrant los tatuajes y las viejas cicatrices de los brazos y las manos.

—Hay modificaciones —dijo—. Pero en general, sí... Lo es.

Pensaba Cal en la fotografía del teléfono. Había sido tomada dieciocho años atrás, y aunque Lerrant estaba demasiado lejos en ella para apreciar posibles diferencias, lo cierto es que no parecía haber cambiado desde entonces.

—¿Por qué mi madre, y no otra?

—Hubo otras.

Se removió incómodo el muchacho.

—¿También hubo más como yo? Quizás no sea edición limitada.

—No... De eso no hubo nunca.

—¿Y por qué ella?

Hizo Lerrant el ademán resignado, fatalista, de quien es incapaz de cambiar el pasado, el presente o el futuro.

—Yo seguía varado en la playa, con el *Nostos* sobre una banda, intentando sacarlo de allí. Preparaba unos cabos para que me remolcaran, cuando levanté la vista y la vi en lo alto de una roca, cerca de donde nosotros fondeamos hace dos días. Estaba de pie, inmóvil, y me miraba.

—¿Cómo era?

La reverberación del sol, que aclaraba el rostro de Lerrant, pareció suavizar un instante su mirada. O al menos eso creyó Cal.

—Tan joven que parecía una niña... Con su pelo corto y un vestido ligero azul con florecitas, suavemente movido por la brisa.

Tras decir eso, Lerrant miró el mar y el destello se desvaneció en sus ojos.

—Tenía diecinueve años —añadió, seco—. Sólo tres más que tú.

Un barco lejano, que navegaba con rumbo sur, atrajo un momento su atención. Después volvió a mirar al muchacho.

—¿Recuerdas la *Odisea*?

—Pues claro. Te dije que la leí.

—¿Te acuerdas de cuando Odiseo sale desnudo del mar después de uno de sus naufragios y, tapado con unos arbustos, se acerca a Nausícaa y sus doncellas?

—Perfectamente.

—Pensé en Nausícaa cuando vi a tu madre. Habría podido ser ella... O lo era.

Tras decir eso, Lerrant entornó los ojos y murmuró unas palabras. Lo hizo en griego, con entonación gutural y rítmica, y sonó como *stedanta sjomene ode mermerisen Odiseus*... Luego se quedó en silencio hasta que, al comprobar que Cal lo miraba perplejo, compuso un ademán parecido a una disculpa.

—Se mantuvo erguida ante él, y Odiseo dudaba —tradujo.

—¿Y ocurrió? —Cal comprendía por fin—. ¿Llegaste a dudar?

Le sostenía Lerrant la mirada, pensativo.

—Mucho anduve por el mundo, pero nunca había visto nada semejante.

—Se enamoró de ti.

—No sabría decirte... Quizá se enamoró de lo que creyó ver. También, en casa de tus abuelos, ella había leído a Homero.

Entre el dolor y la fascinación por cuanto escuchaba, Cal se sentía de nuevo audaz.

—No me rayes. ¿Te enamoraste tú?

Esta vez el silencio fue tan largo que creyó que Lerrant no iba a responder. Y en realidad no lo hizo.

—Tienes buenas preguntas —se limitó a decir.

Tras comprobar la aguja del compás y la altura del sol, el patrón del velero pulsó cinco veces un botón del piloto automático y la proa se movió ligeramente a babor. El barco que navegaba a lo lejos había desaparecido ya del horizonte.

—A mí no me ocurren ciertas cosas —dijo Lerrant de pronto.

—¿Y ya está? —sentado en la bañera, encogidas las piernas, Cal se rodeaba las rodillas con los brazos—. Vuelvo a preguntarte por

qué ella. Por qué yo.

Hizo el otro un gesto ambiguo. Su vida no era una sola, respondió, sino una sucesión de vidas. Por razones que ahora no podía explicar a Cal, se daba una serie de situaciones que debían cambiar en plazos fijos de tiempo: otros lugares, nuevas identidades, diferentes circunstancias.

—Antes era más fácil —concluyó—. El mundo actual lo vuelve todo más complicado. Que hayas dado conmigo lo prueba.

—¿Por qué tienes que irte de los sitios?

—Otros envejecen, pero yo no. Eso acaba llamando la atención.

—¿Mi madre no podía envejecer a tu lado?

—No podía.

—Pero en las cartas contaba que quiso hacerlo.

—No se lo permití. Eso carecía de sentido.

La pregunta llevaba un rato quemando los labios del muchacho.

—¿Y fui yo la compensación?

Tampoco respondió Lerrant a eso. Se limitaba a mirarlo sin decir nada.

—Dices que no ocurrió nunca antes —insistió Cal—. Que no hubo otros como yo.

—Jamás.

Sonó tan rotundo que el muchacho vaciló.

—Luego sí la amabas —dijo—. O al menos...

Se detuvo ahí, pues no sabía cómo continuar. Lerrant lo miraba con un interés que parecía nuevo. Tal vez era respeto, y al suponerlo sintió Cal que su mezcla de curiosidad, ira y rencor empezaba a enturbiarse. Se sentía agitado por sentimientos distintos, confusos. Incluso contradictorios.

—Si es verdad lo que dices, ¿cada cuánto tiempo debes cambiar de lugar, de nombre y de vida?

—Cada diecinueve años —respondió con naturalidad Lerrant.

—¿Por qué esa cifra, y no quince, o veinte?

—Nunca lo he sabido. Me la impusieron y debo cumplirla. Son las reglas... Tú sabes de reglas, ¿no?

Se mostró Cal indiferente a la sugerencia de complicidad.

—¿Quién te las impuso?

—Alguien que tenía poder para eso.

—¿Y si no cumples? ¿Si faltases a ellas?

—Me sancionarían.

—¿Cómo?... ¿Dónde?

—En la colina de las almas errantes. La mencioné el otro día.

Sonaba siniestro, y Cal no pudo pasarlo por alto.

—¿Qué lugar es ése?

De nuevo hubo un silencio como respuesta, pero en esta ocasión era distinto. Por primera vez desde que se conocían, Cal veía inmutarse a Lerrant. Sólo fue un cortísimo rictus sombrío, apenas perceptible, pero que al muchacho, atento como estaba, no le pasó inadvertido.

—¿Cuántas vidas diferentes has vivido? —quiso saber.

La expresión y el tono de Lerrant volvían a ser los de antes.

—Varias docenas.

Soltó Cal un resoplido.

—Me tomas por idiota.

—En absoluto.

—Pero ¿qué edad tienes realmente?

—Más de la que puedes concebir.

—De ser verdad lo que dices, cuando lo de Jerusalén debías de tener...

—Cuarenta y tres años.

Se quedó callado Cal mientras hacía cálculos imposibles.

—Ahora tendrías dos mil treinta y cinco —concluyó, incrédulo.

—Vaya, Kowalski... Creí que eras malo en matemáticas.

Descendía el sol entre las nubes dispersas, hacia la popa, y ya no deslumbraba la vista. Cal llevaba puesta una gorra vieja que le había dado Lerrant, el cual, indiferente a eso como a tantas otras cosas, soportaba el sol con la cabeza descubierta, sin apariencia de malestar o fatiga. Un rato antes, al preguntar el muchacho por la ruta que seguían, el patrón del velero lo había llevado abajo y, tras sacar de debajo de las literas una gran carpeta de viejas cartas

náuticas, había extendido una sobre la mesa. Amarilleaba ésta por el paso del tiempo y tenía manchas de humedad y huellas de trazos a lápiz, líneas y cifras ya borradas. Cubría el Mediterráneo occidental desde la costa de España hasta la de Grecia, incluyendo el norte de África.

—Ahora estamos en este lugar, ¿ves?... Aproximadamente cien millas al sudeste de las Baleares —deslizaba un dedo sobre la carta—. Nos movemos de aquí a aquí, hacia el sur de Cerdeña. Al cabo Spartivento.

—El que divide los vientos —interpretó Cal, satisfecho de poder hacerlo.

Asintió aprobador Lerrant.

—Exacto, sí. Es el nombre y se ajusta a la realidad. Los antiguos marinos bautizaban los lugares con sus propias experiencias: cabo de las Tormentas, puerto Seguro, isla Decepción... —indicó un punto en la costa norteafricana—: Ésta, por ejemplo, se llama bahía de las Naves: *Sinus Navium*. En el siglo dos hubo ahí una gran batalla naval.

Estudiaba Cal la carta.

—Pues tiene otro nombre —advirtió—. Skikda, dice.

—Eh, sí... Es posible. Los árabes, más tarde. Por supuesto.

Miraba la carta con indiferencia y Cal comprendió que no se trataba de un error, sino de un recuerdo.

—¿Estuviste allí? —aventuró, incómodo con su propia pregunta.

Permaneció Lerrant un momento callado.

—Acostumbran —comentó al fin— a pensar en la historia con los ojos de quienes la narran, que con frecuencia hablan de poderosos, héroes, reyes y generales.

—¿Y no se trata de eso?

—No exactamente, porque no toda la humanidad vivió en palacios ni se codeó con Atila o Napoleón... La mayoría conoce el mundo desde abajo, y pocas veces se cuenta desde su punto de vista, donde las grandes palabras, la trascendencia y la gloria se diluyen bastante.

—¿Y en qué lugar estuviste tú?

—Entre los de abajo, siempre. Pisé más barro y miseria que casas ricas, y cuando anduve por éstas nunca eran mías. Pocos ilustres me honraron con su trato, si es lo que piensas.

—Yo no pienso ni creo nada —se picaba Cal.

—No se ve igual el incendio de Roma desde la torre de Mecenas que desde el Trastévere.

—Y ahora me dirás que también viste eso...

El patrón del velero no parecía reparar en el sarcasmo. Se limitó a un ademán vago, medio resignado.

—Sí, algo vi.

—¿Me tomas por idiota?

Indiferente, Lerrant volvió a poner un dedo sobre la carta.

—Reinando el emperador Adriano, en esa bahía que ahora se llama Skikda se enfrentaron dos flotas: una romana y otra de naves piratas que encontraban refugio en esas costas. La batalla duró dos días, se hundieron muchos barcos y otros quedaron en llamas. No hubo vencedores.

Cal no pudo reprimir otra impertinencia.

—No me digas que mandabas una de esas naves —ironizó de nuevo.

—No, en absoluto... Llevaba ocho años remando en una trirreme romana, y todavía seguí otros dos encadenado al mismo banco.

El muchacho se había quedado sin aliento. Estupefacto primero, escéptico después.

—Para, para... ¿Has sido esclavo en una galera?

—No sólo en ésta.

—¿Y en dónde más?

Vio aflorar muy lenta, inmune a su ironía, la siempre inconclusa sonrisa de Lerrant.

—¿Te suena Lepanto?

Otra vez se quedó el muchacho boquiabierto.

—Pues claro que me suena —consiguió decir.

—Esa vez me tocó el bando ganador, a bordo de una galera española.

Lo había comentado tranquilo, sin énfasis: un hecho objetivo, a modo de simple recuerdo. Se indignó Cal.

—Me troleas —reaccionó—. Me tomas el pelo.

—En absoluto.

—Eso ya no puedo creerlo. Paso de ti. Eres un embaucador y un...

Sin decir nada más, Lerrant se quitó la camisa y Cal pudo ver el torso fuerte y duro, tostado de sol: había marcas más o menos antiguas en la piel, unas recientes y otras medio borradas por el tiempo. Y cuando se volvió para mostrar la espalda, ésta apareció surcada por una red, ya casi imperceptible, de antiguas cicatrices.

Tardó Cal un buen rato en recobrar el uso de la palabra.

—¿Es en serio?... ¿De verdad te han azotado?

—Hace mucho que no.

Sintió el muchacho un escalofrío en los incisivos. Fuera cierto o falso, lo angustiaba imaginar el chasquido de latigazos en la carne.

—Hostia —murmuró—. Cómo debe de sonar eso.

Lerrant había vuelto a ponerse la camisa. Miraba el mar con aire absorto, viendo en él sucesos que Cal no era capaz de imaginar.

—Bueno, hay sonidos peores... Como el griterío de los hombres que se ahogan encadenados a un remo mientras la nave se hunde bajo sus pies.

Movió el cursor y éste se desplazó por la pantalla. Los detalles de la carta electrónica se mostraban en distintos niveles señalando sondas, marcas y perfiles de las costas, y Cal se entretuvo navegando por el sistema. Lerrant le había permitido encender los aparatos electrónicos que solían estar apagados. Nada explicó de su manejo, pero el muchacho tenía experiencia en teclas y cursores, y le fue fácil hacerse con ellos. Además de la radio VHF y los displays de información general, había un radar cuyos ecos amarillos lo fascinaron —sólo había visto uno, virtual, en *Naval Warfare*—, un plotter que permitía moverse por todas las cartas náuticas del Mediterráneo, y el sistema llamado AIS con el que podían identificarse otros barcos y establecer a qué hora y distancia cruzarían sus rumbos con el *Nostos*. Menos de dos horas bastaron a Cal para familiarizarse con todo aquello, que le pareció de utilidad

para la navegación. Por eso resultaba sorprendente que Lerrant apenas lo necesitara, como si cuanto la moderna electrónica facilitaba lo tuviese impreso en la memoria y le bastara una ojeada al sol y al mar para saber dónde estaba y hacia dónde se dirigía.

Curioseó después por la camareta, echando otro vistazo a los libros y luego al contenido de los pañoles: herramientas, bengalas, linternas, repuestos, radio portátil, una pistola de señales, un sextante. Detrás de la caja de éste descubrió la bolsa que el hombre llamado Taplow, aquel inglés de aspecto y maneras desagradables, había confiado a Lerrant antes de que soltaran amarras. Dirigió una ojeada al tambucho para asegurarse de que éste no lo veía desde la bañera, y llevado por la curiosidad abrió la bolsa.

Su decepción fue grande. Había esperado encontrar algo sospechoso o ilegal, como dinero, droga o incluso armas; pero allí, envuelta en papel burbuja, sólo había una talla de madera policromada de casi tres palmos de alto: una Virgen con un niño en brazos, de tosco aspecto. La Virgen tenía una sonrisa hierática, distante, y el niño era regordete y con la cabeza desproporcionada, más bien feo. En algunos lugares la pintura estaba un poco desconchada.

Tras un rato mirándola envolvió de nuevo la talla y la introdujo en la bolsa, dejándola como estaba. Después de quedarse inmóvil, pensativo, subió por la corta escala y al llegar arriba se vio deslumbrado por el sol cada vez más bajo. Lerrant estaba sentado como solía, junto a la bitácora y la rueda del timón, contemplando el mar.

—¿Qué tiene esa escultura de particular? —preguntó Cal a bocajarro.

El patrón del velero le dirigió una mirada larga y silenciosa.

—Me parece —dijo al cabo— que husmeas donde no debes.

—¿Y qué pasa con el tal Taplow?

Seguía mirándolo Lerrant como antes. Por fin alzó una mano con ademán ambiguo.

—Él y yo tenemos intereses comunes.

—Pues no parecen muy honrados, por lo que vi en el puerto.

—Son negocios, Kowalski, y eso da dinero... De algo hay que vivir.

—¿Y cuál es el negocio esta vez?

Levantó la vista Lerrant para comprobar las velas y la dirección del viento. Decrecía la marejada y el *Nostos* navegaba más cómodo ahora, con todo el trapo arriba y amurado a estribor.

—Llevo y traigo cosas de vez en cuando. Un velero es un medio de transporte lento, pero el sistema es bueno.

Sentía Cal el deseo de ser mordaz.

—Quieres decir que es discreto, ¿no?... Que llama poco la atención.

—Eres un chico listo.

—Traficas.

—Sí.

—Con mercancías ilegales.

—A veces.

—Vale. Dime al menos que no vendes drogas.

—No, nada de eso. No me gustan las drogas.

El sol, ya cercano al horizonte, proyectaba la sombra de Lerrant sobre Cal. Por momentos el balanceo del barco hacía aparecer su resplandor detrás, y el muchacho entornaba los ojos.

—Taplow es una especie de anticuario —prosiguió Lerrant—. Arte, libros, objetos... Nos conocemos desde hace mucho. Yo le llevo cosas y él me paga.

—¿Es valioso lo que tienes ahí abajo?

—Sí, bastante.

—¿Y qué tiene de particular?

Dudó el patrón del velero, aunque sólo un momento.

—Es una talla del siglo catorce —dijo.

—¿Cuánto vale?

—Trescientos mil euros, más o menos.

Cal estaba confuso. Nunca habría imaginado que una cosa antigua pudiese costar tanto dinero.

—¿De dónde viene?

—De una iglesia del Pirineo aragonés.

—¿Y por qué la llevas tú? ¿Por qué no Taplow en avión, por ejemplo?

—Él tiene su manera de hacer las cosas... En los aeropuertos lo registran todo, y eso no le gusta.

A Cal no le gustaban sus propias conclusiones.

—¿Es algo que han robado, y tú lo llevas?

Lerrant no respondió a eso. Observó de nuevo la altura del sol, comprobó la fuerza y dirección del viento y el estado del mar, que pasaba de marejada a marejadilla. Al fin se puso en pie, abandonó la bañera y empleó quince minutos en arriar cuatro palmos de vela, tomando un rizo a la mayor. Después de aferrar el sobrante de lona a la botavara, volvió a sentarse junto a la bitácora.

—Por eso quería Taplow —dijo entonces Cal— que te acompañara uno de los suyos, para asegurarse.

—Hay que entenderlo, Kowalski. Se trata de mucho dinero.

—Genial... Me metes en una misión suicida sin preguntarme. Entre mafiosos.

—Te metiste solo.

—Venga ya.

A su espalda, el sol casi tocaba el horizonte. La luz era cada vez más anaranjada e iluminaba el rostro del muchacho. Se reflejaba en los cristales de las gafas.

—No lo mires —sugirió Lerrant—. Es malo para los ojos.

Lo estudiaba Cal con dureza, a la espera. El patrón del velero se encogió de hombros.

—En Cagliari se harán cargo, y eso será todo... Alguien desea tener esa talla allí. A partir de ese momento no va a ser asunto mío, ni tuyo.

—¿Hacías esto cuando navegaste con mi madre?

Lerrant dejó de mirar el mar y se volvió hacia Cal.

—No —dijo con sequedad—. Nunca.

—¿Cuál es la diferencia?

—De vez en cuando se complican las cosas, y a ella jamás la habría puesto en peligro.

—Supongo que con una obra de arte robada me pones en peligro a mí. Porque si alguien...

—Lo tuyo es distinto —lo interrumpió Lerrant—. Viniste para hacer preguntas, y la única forma de responderlas es que me acompañes

en este viaje.

—¿Hasta dónde?

—Eso depende, porque después de Cagliari seguiré navegando; hay cosas que debo hacer. Si desembarcas o sigues a bordo, será asunto tuyo.

Se quedó callado Cal ante la silueta en contraluz. Detrás, a popa del velero, el cielo viraba del naranja al rojo y el mar se teñía de cárdeno oscuro.

La noche era una inmensa lámina negra bajo una bóveda cuajada de astros. Las únicas luces terrestres eran el rojo y verde del balcón de proa y la blanca del tope de palo, visible cuando éste oscilaba con el balanceo. Y el sonido, en las largas pausas de la conversación, se limitaba al rumor del agua que se abría en los costados y dejaba una estela de suave fosforescencia detrás del velero.

—Los navegantes fenicios fueron los primeros en orientarse así —dijo Lerrant—. Lo hacían con la que llamaban *Foinike* y nosotros Osa Menor.

—¿No era con la Osa Mayor?

—Por ésa se guiaban los romanos.

Otra vez hablaban de estrellas. Cal ya era capaz de identificar algunas y el patrón del velero lo ayudaba con otras: Casiopea, Andrómeda, las Pléyades. Gigantescas esferas de gas incandescente, las había llamado mientras las nombraba una por una. Era asombroso, pensó el muchacho, el número de ellas que conocía Lerrant, la mayor parte de las cuales él no había oído nombrar en su vida.

—Aquélla es la Vía Láctea. ¿Ves cómo se espesan allí?... Parece que formen una ruta o un camino en la noche.

Se ayudaba Cal en la observación con los prismáticos.

—Flipante. ¿Y esa estrella roja?

—No es una estrella, sino un planeta... Es Marte, el dios de la guerra. Y la luz que ves no es suya; se limita a reflejar la luz del sol

que no vemos, pero que está ahí, al otro lado de la noche y de la Tierra.

—¿De dónde viene la palabra *planeta*? Nunca lo había pensado.

—Significa estrella errante, aunque ni son estrellas ni vagan por el cielo. Es un antiguo concepto.

Se admiraba Cal, sincero. A su pesar.

—Sabes mucho de estrellas y planetas.

—Eran la única referencia de que se disponía antes. Para viajar resultaba imprescindible conocerlas, y tuve oportunidades para aprender.

—¿Muchas noches como ésta?

—Sí, demasiadas. Y a veces menos agradables.

—¿Sólo navegas por el Mediterráneo?

—No me interesan las orillas donde no hay pan, vino y aceite. Este mar ofrece dos mil millas, de Gibraltar a Beirut, para navegar entre islas sin agua y viejos templos, vides y olivos... Es como hacerlo por la propia memoria.

—¿No conoces otros lugares?

Pareció ensombrecerse el tono de Lerrant.

—En algunos estuve.

—¿Sí?... ¿En cuáles?

No hubo respuesta y siguió otro silencio. El viento, que se mantenía del sudeste, había bajado de intensidad, aunque bastaba para que el velero avanzara en la marejadilla. Pasado un buen rato, Lerrant habló de nuevo:

—A ella le gustaba observar el cielo. Me preguntaba nombres y situaciones de estrellas. Tenía un cuaderno donde las dibujaba.

Se quedó Cal sin palabras, un nudo de tristeza en la garganta. Él había visto ese cuaderno, lo conservaba en casa. Apareció entre los objetos de su madre que los abuelos guardaron para él. Nombres de estrellas escritos con aquella caligrafía redonda, casi escolar, y constelaciones dibujadas en rojo y azul con líneas que las unían. La mirada de una muchacha hacia el cielo nocturno que, como Cal ahora, descubría por primera vez.

Contempló la sombra inmóvil a su lado, silueteada en la bóveda celeste, pero no dijo nada sobre el cuaderno. De nuevo volvía el

viejo rencor lento y firme, bien asentado. Ninguna estrella podía borrarlo.

—¿Qué significa Lerrant?

—El que camina.

Se levantó el patrón del velero, bajó a la camareta y apagó las luces de navegación. El *Nostos* era ahora sólo otra sombra que navegaba en absoluta oscuridad. Todo negro abajo, y todo astros arriba. Un destello de luz, como un relámpago luminoso, surcó el cielo y se extinguió tras unos segundos.

—¿Qué fue aquello? —quiso saber Cal.

—Un alma que pasa.

—Hablo en serio.

—Te he respondido en serio. Antigüamente, la gente creía eso.

—Pero no lo es, ¿verdad?

—Claro que no. Era una estrella fugaz: un meteorito que se incendia y se destruye al entrar en la atmósfera.

Durante un rato, Cal acechó el cielo en espera de que se repitiese el fenómeno, sin éxito. No hubo más almas errantes.

—¿Te pusieron el nombre o lo elegiste tú?

—¿Asier Lerrant?... Me lo impusieron. Siempre lo hacen.

—¿Quiénes?

—Ya te dije: quienes pueden hacerlo.

—No te creo.

La sombra inmóvil parecía no estar allí o no ser humana. Como si formara parte del barco.

—Pues voy a contarte otra historia de ésas que nunca crees.

Un siglo terminó hace unas horas y otro empieza este mismo día, cuando al hombre custodiado por guardias cubiertos de hierro y acero lo hacen entrar en el palacio situado en la colina del Vaticano. Huele a cerrado, a incienso y cera vieja, a tapices polvorientos colgados en las paredes. En un pequeño altar, bajo una talla en madera de Cristo crucificado, arden cuatro lamparillas de aceite. Resuenan los pasos en el corredor iluminado por estrechas ventanas

y al extremo se abre la puerta de una estancia no demasiado grande: un *scriptorium* donde un anciano de barba cana, vestido con dalmática roja bordada con una cruz, deja en un atril el libro que leía y presta atención al recién llegado.

Eres ése del que hablan, comenta el anciano. Y el hombre escoltado por los guardias se lo queda mirando sin responder, muy quieto, caídos los brazos a lo largo del cuerpo. No hay en su expresión, advierten todos, asombro ni temor por encontrarse ante Gregorio, miembro de la Orden de San Benito, doctor de la Iglesia, *pontifex maximus* de Roma. Eres ése, repite pensativo el papa mientras lo estudia. Aún dice lo mismo una tercera vez, y al cabo el otro hace un gesto que igual puede ser afirmativo que indiferente: movimiento de cabeza y de hombros en el que no hay desaire, pero tampoco respeto.

Ordena el anciano salir a todos los demás y se queda a solas con el hombre silencioso. Conoce que se hace llamar Ashverus, pues está bien informado sobre él: primero rumores y luego evidencias. Ahora, tras mucho meditar y orar, sabe a qué atenerse. Por eso empieza a hacer preguntas precisas, serenas, amables: nombres, lugares, fechas. Lo hace cambiando de lenguas: del latín al arameo y después al griego. El hombre ha dejado de callar y responde pausado, escueto, pasando sin dificultad de una lengua a otra. A todo cuanto se le pregunta responde sin énfasis ni vacilaciones; y el papa, que es un hombre sabio —siglos después la historia lo conocerá como Gregorio Magno—, lo advierte con admirada facilidad. Si el que tiene delante, concluye, es un embaucador, un impostor o un loco, lo es de una solvencia extraordinaria.

Dicen que viste el incendio de Nerón y la erupción del Vesubio. Que estuviste en Panonia y en el Danubio con la Decimotercera Legión. Que hace ciento cuarenta y cinco años participaste en el saqueo de Roma con los bárbaros de Genserico después de matar a pedradas en la calle al emperador Máximo. Dicen, dicen, dicen... Asiente a todo el hombre extraño con la misma calma, impávido. La enormidad de todo aquello, cierto o falso, no parece gravitar sobre sus hombros. Estudia el papa el rostro, que no refleja remordimiento ni temor, ni nada en absoluto; los iris tan oscuros que parecen

fundirse con las pupilas como negros discos opacos, cual si éstas no existieran. La historia de seis siglos —hoy es 1 de enero del año 600 después de Cristo— parece resbalar sobre la expresión impasible como gotas de aceite que no dejan rastro, y lo mismo ocurre cuando las preguntas se vuelven más comprometidas. ¿Has robado? Sí. ¿Has incendiado? Sí. ¿Has asesinado? Sí. ¿Has violado? Sí. Y por fin, tras mucho interrogante y mucha respuesta escueta, piensa Gregorio que nada actúa contra la naturaleza, pues todo sucede por voluntad divina y es deseo de Dios todo lo creado. Entonces lanza la pregunta que reserva para el final, a la que lleva días dando vueltas. La auténtica, última razón de que haya hecho traer al desconocido a su presencia.

—Si de verdad lo viste ante ti..., ¿cómo era?

Y ahora, por primera vez, aquel hombre asombroso decide ir más allá. Todavía duda un momento, cual si calibrase la pertinencia de la pregunta o la respuesta, y parece concluir que el anciano que tiene delante merece algo más que monosílabos. Habla, al fin, en un arameo tan fluido, suelto y natural que el papa, al que le cuesta seguirlo, se estremece.

«Pasarás sed hasta el final de los días», concluye. Y cuando pronuncia esas últimas palabras, Gregorio Magno, que tiene sesenta y cuatro años y es el sexagésimo cuarto pontífice de la Iglesia de Occidente, después de quedarse paralizado en su silla se levanta con los ojos arrasados de lágrimas y abraza al hombre que está ante él. Que recibe el abrazo inmóvil, imperturbable, tan frío como su vida y su destino.

Cuando Lerrant dejó de hablar, Cal se quedó un buen rato en silencio. Estaba impresionado, a su pesar. En ese momento era incapaz de diferenciar lo que acababa de escuchar de lo que imaginaba. Resultaba imposible separar la verdad de la mentira en el torbellino que su cabeza añadía a todo aquello, y el desconcierto lo enmudecía.

—¿Qué hicieron contigo? —inquirió una vez dueño de sí.

La sombra permanecía quieta en la oscuridad, balanceada sólo por el movimiento del velero en el mar.

—Nada en especial... Me dejaron ir.

—¿Así, por las buenas?

—No exactamente. A partir de ahí hubo reglas.

—¿De qué clase?

Tardó Lerrant un momento en responder.

—Por lo general no crees lo que digo... ¿A qué viene ese interés por mis mentiras?

Buscaba Cal una respuesta adecuada.

—Cuentas bien las cosas —replicó al fin—. Eres divertido.

—¿Divertido, dices?

—Sí.

—No estoy seguro de que sea la palabra correcta.

Llegó de barlovento una racha más fuerte y el *Nostos* respondió con nobleza. En la arboladura, las siluetas claras de las velas se tensaron bajo el cielo salpicado de estrellas y el barco pareció aumentar la velocidad.

—Me asignaron una determinada forma de vivir —dijo Lerrant—. Mi existencia era un escándalo, y si se hacía pública tendría efectos perniciosos para mí y para todos. Así que se reguló de una manera discreta, controlada... Hoy sigo siendo un legajo secreto en los sótanos del Vaticano.

—No puedo creer que te dejaran libre sin más.

—¿Qué podían hacer?... ¿Matarme?

—Tenerte en prisión, como al personaje de la Máscara de Hierro.

—¿Leíste ese libro?

—Obvio. También es un personaje que aparece en *World Conspiracy*... En cuanto a inmortales, los he tratado en *Assassin's Creed* y en *Diabolic City*. Sé bastante sobre ellos.

Se interesó Lerrant, sin ironía. Su tono parecía sincero.

—¿Son unos buenos juegos?

—Regular, no del todo malos... En *Diabolic* arrojas a un inmortal a un lago, metido en una jaula de hierro, y pasa la eternidad ahogándose una y otra vez.

—Vaya... Qué desagradable.

—Supongo.

—¿Y te gustaría hacer eso conmigo?

—No lo sé.

Lerrant permaneció callado un momento.

—Cada diecinueve años —dijo al fin— debo cambiar de nombre y de lugar... Acudir a un lugar establecido para firmar en un libro y recibir instrucciones para el siguiente período. Tales fueron las condiciones.

—¿Lo haces todavía? —se sorprendió Cal.

—Sí, lo hago... No siempre ese lugar tiene fácil acceso, pues el mundo cambia y ocurren cosas desagradables como guerras y catástrofes, pero siempre consigo llegar a tiempo.

—¿Dónde es?

—Da igual donde sea.

—Ya, vale, lo pillo. Qué intenso: lugar secreto, coordenadas ocultas. Un clásico... Vuelves a decir mentiras.

—Probablemente.

Hacía cálculos el muchacho, a regañadientes. Diecinueve años de plazo cada vez, y él tenía casi diecisiete. Lerrant había conocido a su madre un año antes de que él naciera.

—¿Ya te toca? —aventuró.

—Sí.

—¿Y nos dirigimos a ese lugar?

—Más o menos. Sin prisa.

—¿Nunca faltaste a la cita?

—Nunca.

—¿No puedes desconectar el servidor?

—No me dejan.

—¿Y qué ocurrirá si alguna vez no vas?

—Seré sancionado.

Se echó a reír Cal, escéptico.

—Qué más te da, si eres un vagabundo inmortal.

Lerrant se mostró impenetrable al sarcasmo.

—Hay formas adecuadas de sancionarme —repuso.

—¿Por ejemplo?

—A ese videojuego tuyo no le falta razón. El mayor castigo es el deseo de morir, y no conseguirlo.

Se quedó Cal estupefacto.

—¿Y tú?... ¿Es que deseas morir?

—Hace siglos que sueño con eso.

V. El barco

*Nos hemos extraviado en un
siglo que no era el nuestro.*

JEAN LARTÉGUY

Abandonó la litera al despertarlo el sol que entraba por el portillo, se lavó la cara para quitarse las legañas y desayunó un zumo de naranja, un tazón de leche y media docena de galletas. El barco navegaba escorado a la banda opuesta de cuando se había dormido. Se puso las gafas, asomó medio cuerpo por el tambucho y vio a Lerrant sentado a popa, en la aleta de estribor. En algún momento de la madrugada había rolado el viento y ahora toda la vela mayor estaba recogida en la botavara. Henchido por un poniente que marcaba de diez a doce nudos en el anemómetro, el foque impulsaba el *Nostos*, que hendía la marejadilla a través de un mar color violeta y un cielo azul con algunas nubes.

Se miraron el muchacho y el patrón del velero sin decir nada. Después Cal volvió abajo, abrió el portillo para airear su camarote y ordenó la litera. Los aparatos electrónicos de la mesa de cartas seguían interesándole mucho, así que tomó asiento y encendió el radar, el AIS y el plotter. En la pantalla de este último, el punto que indicaba la posición del velero había recorrido ya dos terceras partes de la distancia entre Formentera y la isla de Cerdeña: 38° 50' N / 5° 40' E eran las coordenadas de latitud y longitud. Satisfecho de poder manejar con soltura aquello, llevó el cursor hasta el cabo Spartivento: 95 millas. Miró el reloj atornillado junto al barómetro — Lerrant había dicho que era necesario añadir una hora a la que

señalaba, que era la de Greenwich— e hizo cálculos. Considerando la velocidad media a la que navegaba el velero, estarían ante el cabo sobre las 12.00 del día siguiente.

Subió satisfecho a cubierta. Llegaremos a mediodía, anunció con contenida presunción, procurando no darse excesiva importancia. El patrón del velero lo miró sin decir nada y acabó por asentir despacio. Sólo más tarde, cuando Cal se puso la gorra y fue a sentarse en la otra aleta, Lerrant se volvió a mirarlo.

—Te manejas bien en un barco, Kowalski.

El elogio lo hizo ruborizarse de placer. Le gustaba sentir la aprobación de aquel hombre, por mucho que lo detestara. Era incluso mejor que verse el primero en la pantalla final de su multijugador preferido.

—Me gusta —dijo.

Lo observaba reflexivo Lerrant.

—Quizá haya llegado el momento de que conozcas algunas maniobras.

—Sé lo que te he visto hacer. Pero hay cosas que no comprendo para qué son.

Afloró a la boca de Lerrant el apunte de sonrisa.

—¿Qué es para ti un videojuego?

—Tomar una serie de decisiones interesantes.

—¿Plantear hipótesis y resolverlas?

—Sí, ya lo hablamos el otro día.

—Pues navegar es lo mismo... De hecho, vivir es exactamente eso: prepararse para lo más probable, pero organizar la seguridad sobre lo más peligroso. El mar es una buena metáfora de la vida.

Comprobó Lerrant la altura del sol haciendo visera con una mano. Un avión volaba muy alto hacia el noroeste, dejando una larga y recta estela de condensación.

—No es difícil, sino cuestión de práctica —siguió diciendo—. En un velero hay tres objetivos: saber dónde estás, utilizar el viento en tu provecho y mantener la quilla lejos de tierra.

—¿Podrías enseñarme?

Sonó esperanzado y se arrepintió en cuanto lo dijo. Pero Lerrant apoyaba las manos en las perneras del pantalón para ponerse en

pie.

—Llevo días haciéndolo, aunque no te des cuenta. Pero podemos ir más allá.

Trabajaron en eso durante el resto de la mañana: nomenclatura elemental, uso de winches, diferencias entre cabos y drizas, nudos marineros, ángulos del viento, funciones y maniobras de foque, trinqueta y vela mayor, que izaron cuando el viento fue de nuevo favorable. Durante casi una hora Lerrant hizo que el muchacho tomase el timón y gobernara a mano para sentir lo que el *Nostos* transmitía, sus necesidades e incomodidades.

—Confía en él, porque es un buen barco y sabe más que tú. Si permaneces atento acabarás entendiendo su lenguaje. Sabrás lo que pide: que acortes o des más lona, que rectifiques el rumbo... Sobre todo, nunca trates de engañarlo. Se da cuenta de eso y te lo hace pagar.

Escuchaba Cal con un interés que le habría parecido imposible días atrás. Realmente, confirmó, le gustaba aquello. A bordo del velero se respiraba una insólita libertad, y había momentos en que la tierra firme y sus asuntos se le antojaban lejanos, indiferentes.

—¿Cuándo hay que tomar un rizo a las velas?

—Justo cuando te preguntas si convendría tomarlo.

Después de comer, Lerrant le enseñó el uso de la radio y se mostró sorprendido de la soltura que el muchacho había adquirido por su cuenta con la electrónica de a bordo. Y al atardecer, después de nociones básicas sobre las bengalas, la balsa salvavidas y el uso del sextante si fallaba el GPS —en una guerra reciente, dijo, habían apagado los satélites y la radio enloqueció con gente incapaz de situarse—, cenaron latas de perdiz estofada; tranquilo como de costumbre el patrón del velero, cansado y satisfecho Cal, mientras el sol enrojecía de nuevo el horizonte.

—Harás la primera guardia —anunció Lerrant—. Yo bajaré a dormir durante tres o cuatro horas. Ya me despertarás si hay novedades.

Se quedó mudo el muchacho.

—Demasiada responsabilidad —dijo cuando pudo reaccionar—. No sé si seré capaz, a oscuras.

—Es una buena manera de averiguarlo —observó Lerrant el sol, que ya tangenteaba el horizonte, antes de alzar el rostro para mirar las velas—. Ahora ayúdame a acortar la mayor. Se hace de noche.

—La hipótesis más peligrosa —rió Cal, casi feliz.

Limpió el cristal de las gafas para quitar la humedad, aunque no le servían de gran cosa. Aquello era moverse por otro mundo, un espacio distinto a cuantos había conocido hasta entonces. La bóveda celeste arriba, telón negro acribillado de puntos luminosos, y la oscuridad absoluta abajo, sin otra referencia que las luces roja y verde de la proa horadando tinieblas. La ausencia de visión, el avanzar a ciegas, el rumor del agua que se deslizaba por los costados del barco imprimían en Cal una sensación contradictoria, de miedo e insólita embriaguez: temor a dar con algo desconocido, objeto flotante, barco a oscuras, peñasco o porción de tierra no previstos, y emoción al sentir el velero navegar con normalidad bajo su exclusiva vigilancia. Incertidumbre y placer se alternaban y superponían en su cabeza, y el resultado era una nueva confianza en sí mismo: euforia tranquila, madurez mental y física. No había videojuego que conociera, decidió, comparable a gobernar el *Nostos* en mitad del mar y la noche. Nunca hasta entonces había imaginado una soledad tan satisfactoria y perfecta. El tiempo dejaba de existir en su cabeza, y sintió que podría prolongar indefinidamente aquella situación. Seguir navegando por todos los mares hasta el final de sus días.

Consultar el radar le daba más confianza. Ya lo manejaba con facilidad, y de vez en cuando desenganchaba el arnés del chaleco salvavidas —Lerrant se había mostrado intransigente con eso— y bajaba a la mesa de cartas para comprobar que todo seguía despejado ante el velero. El barrido sobre la pantalla negra no mostraba absolutamente nada: ningún eco amarillo próximo desde que una hora antes un barco, cuyas luces observó de lejos con los prismáticos y luego identificó en el AIS como el buque de carga *Berta Mesa*, pasara a una distancia de cinco millas por la banda de

estribor. Antes de irse a dormir, Lerrant le había advertido: el rumbo de un barco puede averiguarse a simple vista por las luces de navegación, verde estribor, roja babor, blanca baja a proa y blanca más alta hacia popa; excepto en los cruceros turísticos, que son verbenas flotantes y no hay manera de averiguar sus luces.

Pensaba en sí mismo, y el mar le ayudaba a hacerlo de lejos o desde fuera con bastante ecuanimidad. Recordaba su infancia, el colegio, la envidia ante las madres que acudían a buscar a sus hijos a la salida de clase. En eso se turnaban los abuelos, con más frecuencia ella que él. Y después, al crecer, fueron las caminatas solitarias de ida o vuelta al autobús, con la mochila a la espalda. También llegó el tiempo de los primeros amigos dignos de ese nombre, primeras decepciones, primeras injusticias, primeras traiciones. No era Cal un muchacho socialmente brillante, aunque su inteligencia rápida, su sentido del humor resignado y fatalista, estimulado por una experiencia lectora superior a la media, insolente, incómodo para sus profesores, lo habían hecho popular entre algunos —muy pocos— de los compañeros más despiertos de ambos sexos. Solitario, introvertido, tímido cuando no estaba en su elemento, se llevaba mejor con las chicas que con los chicos: tenía un par de buenas amigas del colegio con las que iba a comer hamburguesas o al cine, y que compartían su pasión por el mundo del gaming y los e-sports. Las dos eran gamers eficaces estilo ADC, muy *attack damage carry*, capaces de vencer a monstruos mutantes, vérselas con enemigos de toda calaña, machacar Némesis o al Joker y salir indemnes de un apocalipsis zombi. Chicas duras que lo apreciaban. Habría querido tener más amigos varones a los que dedicar idéntica lealtad, virtud que valoraba en los seres humanos y cuya ausencia o flaqueza lo hacían sufrir, aunque se guardase de manifestarlo. A sus dieciséis años, Cal Gadea podía definirse como una lealtad en busca de una causa.

Un roce en la escala del tambucho, una silueta recortada contra la bóveda celeste y la mancha pálida de las velas. La llama de un

mechero iluminó medio rostro de Lerrant, que encendía un cigarrillo.

—Hola, Kowalski... ¿Cómo ha ido tu guardia?

—Bien. Sin novedad.

—Tendrás sueño, imagino.

—No mucho.

—¿Y frío?

—Con el jersey estoy bien.

El patrón del velero fue a sentarse junto a la bitácora. La brasa del cigarrillo se avivó tres veces antes de que hablara de nuevo. Ahora parecía mirar las estrellas, y tras un momento pronunció unas palabras que a Cal le sonaron a griego: *Oudé ou Hipnos epi blefaroisin epipte...* Y a continuación recitó en voz queda, como para sí mismo:

*No acudió el sueño a sus párpados
pues observaba las Pléyades y el Boyero,
que se oculta tarde,
y la Osa, conocida como el Carro,
que gira inmóvil acechando a Orión
y es la única que no se sumerge en el mar.
Pues le aconsejó Calipso, divina entre las diosas,
que la mantuviese siempre en la banda de babor.*

—¿Sabías que es en la *Odisea* donde se habla por primera vez de navegar orientados por los astros?

—No —respondió el muchacho.

—Pues ahora ya lo sabes... Al menos desde hace tres mil años, los hombres cruzan el mar observando casi las mismas estrellas que ves tú.

—¿Cuándo aprendiste esos versos?

—Hace más de lo que puedo recordar.

Escuchaba Cal con extrema atención, pendiente de cada palabra, siempre indeciso entre el escepticismo, la duda y el asombro.

—¿Siempre te llamaste Lerrant?

—Oh, no. Eso cambia. Tuve nombres hebreos, griegos, turcos, alemanes, italianos... Landstreicher, por ejemplo. Y Lapatrius,

Vagaterra, Yürük, Apatros, Mazanatos, Yursitz...

—¿Y todos significaban algo?

—Casi todos, o la mayor parte. Como Lerrant: el hombre que viaja. A veces también uso nombres falsos, naturalmente. Pero los de verdad, los que figuran en pasaportes y documentos, no los elijo yo.

—¿Te los imponen?

—Eso es.

—¿En ese lugar misterioso al que te diriges?

—Allí, sí —repuso Lerrant con naturalidad.

—¿Y cuántas veces has cambiado de nombre y de lugar hasta hoy?

—De lugar, infinitas veces. De nombre, setenta y cuatro.

—¿Siempre en el Mediterráneo?

—Casi siempre.

—Venga ya... Paso. Demasiado extraordinario, ¿no?

—Lo extraordinario siempre se lo parece a quienes sólo conciben lo ordinario.

Cal no supo qué replicar a eso. Se avivaba el punto rojo del cigarrillo. Luego siguió un silencio.

—Guerras, viajes y naufragios... —comentó Lerrant al cabo de un rato—. El mundo es un territorio extenso, pero este mar es la cuna de casi todo lo que importa.

—Hay muchos sitios interesantes —se animó a objetar el muchacho—. Otras culturas distintas.

—Sí, claro. Conocí algunas de ellas, pero no son la tuya ni la mía... Este mar y los libros que lo cuentan son nuestra verdadera patria.

A Cal le gustó el plural explícito en el *nuestra*, aunque se abstuvo de manifestarlo. A su pesar, se sentía halagado cada vez que el patrón del velero lo incluía en su extraño mundo.

—¿Siempre estuviste aquí? —quiso saber.

—Casi siempre. No podía alejarme demasiado de algunos lugares.

—Supongo que durante todo ese tiempo —aventuró Cal—, sea el que sea, habrás mantenido cierta esperanza.

La pregunta pareció sorprender a Lerrant.

—¿En qué?

—No sé... ¿En la vida?... En tener más y mejores cosas —en ese momento recordó algo oportuno—. Al fin y al cabo, el ser humano es más lo que espera que lo que es... Aprecia más lo que desea que lo que tiene.

Lerrant seguía mostrándose sorprendido.

—Vaya, Kowalski. Eso es muy bueno.

—Lo leí en algún sitio.

—Pues tienes buena memoria, y hay pocas verdades como ésta.

La brasa del cigarrillo desapareció en la oscuridad de la borda, a sotavento.

—Eres un tipo ingenioso, y eso no siempre gusta a los demás. Estoy seguro de que por cada idea inteligente que expresas te haces unos cuantos enemigos.

—A veces —admitió Cal, fatalista.

—No lo vas a tener fácil con las chicas, o chicos, o lo que te llegue a tocar... Pocos estarán a tu altura.

Tras decir eso, Lerrant estuvo un momento callado, sin moverse.

—Voy a hacerme café —dijo al cabo—. Y tú deberías dormir un buen rato. Te lo has ganado.

Bajó a la camareta y el muchacho lo oyó trajinar en ella. Quince minutos después el aroma de café recién hecho llegó hasta él. Seguía sentado en la bañera cuando Lerrant subió de nuevo.

—¿Qué es la colina de las almas errantes? —preguntó Cal.

La sombra del patrón del velero pasó por su lado y fue a instalarse junto a la bitácora. Lo oyó sorber de la taza.

—Creo que has leído mucho —dijo Lerrant después—. ¿Conoces la historia de Sísifo?

—¿El que empuja una piedra ladera arriba, pero ésta siempre rueda cuesta abajo y nunca consigue llegar?

—Así es... ¿Sabes por qué le pasa eso?

—No.

—Sísifo es rey y fundador de Corinto. Y lo de la piedra es un castigo.

Dudó Cal.

—No me acuerdo de lo que hizo mal, o no lo supe nunca.

—Zeus lo condenó a eso para la eternidad, por revelar al río Asopo el rapto de su hija Egina.

—Era Zeus un poquito cabrón, me parece... Y mujeriego, y todo eso.

—Lo era.

Llegó desde proa el gualdrpear del foque, y la sombra de Lerrant se acercó a un winche para cazar la escota.

—Lo de esa colina no es del todo un mito —dijo después—. Existe de verdad.

Se irritó Cal al escuchar aquello. De nuevo su incredulidad ganaba terreno al asombro.

—¿Ya vuelves a tus mentiras?

—Tómalas como quieras —repuso Lerrant con calma—. Pero hay una colina cerca del Hades donde las almas condenadas empujan una roca.

—¿Condenadas a qué?

—A no morir. A seguir vivas hasta el Juicio Final.

—¿Cómo lo sabes? —se burló Cal—. ¿Has estado en ese lugar, para verlo?

—No he estado, pero lo sé.

—¿Y qué ocurre si consiguen llegar arriba con su piedra?

—Que mueren por fin. Que descansan... Pero creo que no es frecuente.

—¿Quieres decir que hay más como tú?

—No puedo saberlo —sonó otro sorbo al café de la taza—. Te he dicho que jamás estuve. Pero nunca creí ser el único.

—¿Encontraste algún inmortal en todo este tiempo?

—No. Pero eso no demuestra nada, ni lo desmiente.

—Corta el drama. ¿Me estás contando que si incumples las reglas que te impusieron irás condenado a ese lugar? ¿Físicamente?... ¿Que sería tu nuevo castigo?

Tardó un buen rato Lerrant en contestar.

—Sí —repuso tras unos segundos—. Y deja que te diga algo... Por muy fatigado que me tenga esta clase de vida, siempre será mejor que pasar la eternidad en la colina de las almas errantes...

Pareció titubear, como si fuera a añadir algo, pero no lo hizo y se encerró en un hosco silencio. Sólo mucho más tarde, cuando Cal creía que ya no iba a decir nada más, añadió unas pocas palabras:

—A menudo, cuando duermo, sueño que estoy allí... Y no me gusta.

No bajó Cal a su camarote. La conversación reciente, con sus increíbles referencias, le daba vueltas en la cabeza. Se mantuvo tan callado como Lerrant, sin moverse más que para beber agua y comer unas galletas; y poco después, ponerse una vieja trenca Montgomery —*Gloverall Royal Navy*, se leía en la etiqueta interior— que el patrón del velero tenía en un armario. La prenda olía a humedad, pero era cálida y confortable, con una capucha que protegía del relente nocturno que mojaba la teca de la cubierta.

—¿No tienes frío? —preguntó a Lerrant.

—Claro que tengo... Como tú y como todo el mundo.

Lo recordó Cal descubierto e inmóvil bajo el sol, igual que ahora en plena noche.

—¿Y por qué no te abrigas más?

—Qué más da.

Sintió el muchacho, de nuevo, la tentación del sarcasmo.

—¿Qué pasa?... ¿Las almas errantes no tenéis frío ni calor?

Siguió un silencio. Después sonó, tranquila, la voz de Lerrant:

—¿Nunca te partieron la cara, Kowalski?

Enrojeció Cal. Por suerte todo seguía estando oscuro. Hizo un enorme esfuerzo de voluntad para responder firme, sin balbucear.

—Alguna vez me peleé en el colegio, si te refieres a eso.

—No me refiero a eso.

Brilló de nuevo la llama del mechero. Encendía otro cigarrillo, y en esa breve luz Cal vio que los ojos opacos no miraban a ninguna parte. Se extinguió la llama.

—La prudencia es una virtud —se limitó a decir Lerrant.

—¿Y cuáles son las otras virtudes, para ti?

Parecía pensarlo.

—El valor, tal vez —dijo al fin—. Y la lealtad.

No pudo Cal disimular su interés.

—¿Has conocido a hombres valientes y leales?

—Sí, a unos cuantos. Cobardes o valientes, leales o desleales. Según las circunstancias.

—Háblame de ellos.

—Bien... Escucha.

Llega la muerte para los afortunados. A otros aguardan la humillación y la esclavitud. No hay rendición posible, pues se combate palmo a palmo, piedra a piedra. Después de semanas de asedio a la última fortaleza del reino de Jerusalén, el ejército del sultán al-Ashraf ha logrado abrir brecha en la muralla de San Juan de Acre. Por ahí penetran millares de mamelucos, y con ello se pone fin a ciento noventa y dos años de presencia cruzada en Palestina. Algunos consiguen llegar al puerto y abordar los últimos barcos que logran escapar de la ciudad. Del resto, mujeres, niños y ancianos se agolpan en los sótanos antes de acabar, los que sobrevivan, en los harenes o en los mercados de esclavos. Y en los lugares que todavía resisten, entre los baluartes, las calles y las casas en llamas, los hombres que aún se encuentran en estado de combatir mueren matando.

Treinta mil guerreros cristianos caen uno tras otro: Guillermo de Beaujeu, el gran maestre del Temple, ya ha muerto; el mariscal del Hospital, Mateo de Clermont, desaparece dando espadazos entre una turba de mamelucos; Juan de Grailly yace herido y Otón de Grandson intenta alcanzar las últimas naves tras reunir con él a un puñado de caballeros y peones. La resistencia en la Torre Maldita se ha vuelto imposible, y los últimos defensores se retiran como pueden hacia la puerta de San Antonio, donde templarios y hospitalarios aún combaten codo con codo. Resuenan los tambores y címbalos de los atacantes, que acuden en densas oleadas, y se lucha entre la humareda de aceite incendiado que cubre la tierra negra, las piedras caídas de las almenas deshechas, los enjambres de saetas

que zumban surcando el aire espeso y caliente. *Alahu Akbar*, gritan los atacantes, enloquecidos por el intenso degüello, por la perspectiva del saqueo. *Bismillah al-Rahman al-Rahim*. En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso.

El caballero hospitalario, en otro tiempo y otra vida llamado Ashverus ben Uriel, se llama ahora Skuteo Soulié. Lleva dos días y medio peleando sin descanso, y bajo la cota de malla y la sobreveste negras de humo, suciedad y sangre, tiene el torso empapado de sudor. Se ha retirado un momento del combate, apoyado en un muro para recobrar el aliento. Le duelen los miembros como si se desgajaran del cuerpo, y el brazo que empuña la espada apenas conserva fuerza para mantenerla en alto. Ha perdido el escudo y tiene un virote de ballesta clavado en un muslo. Bajo el yelmo de acero abollado de golpes, sus ojos oscuros, donde los iris negros se confunden con las pupilas, observan a los compañeros que luchan como lobos acosados, con la terca resolución de quienes ya sólo buscan vender caros los instantes que les queden de vida.

Skuteo Soulié, sin embargo, sabe que no va a morir y envidia ferozmente a los que pueden hacerlo. Una y otra vez desde que empezó la lucha, como en tantas otras ocasiones, ha tentado su destino poniendo la cabeza al tablero, pero sólo obtiene a cambio desesperación y agotamiento. La pierna herida le duele mucho y está cansado de matar y de que no lo maten.

De pronto, el cruzado toma una decisión: se aparta del muro, da la espalda a la escena del combate, se aleja cojeando y camina solitario por las calles estrechas que bajan en cuesta hacia el puerto. Las casas incendiadas dejan densa humareda, chisporrotean las llamas y crujen las vigas que se desploman ardientes. Por todas partes hay cadáveres de cristianos y mamelucos mezclados, tantos que encharcan de sangre el suelo y a veces dificultan el paso.

Al cabo de un rato, Skuteo Soulié se quita el yelmo, dejándolo caer al suelo, y unos pasos después hace lo mismo con la espada. Un perro asustado, que gemía en un portal lamiéndose una pata herida, alza las orejas al verlo pasar, e incorporándose como puede le va detrás, pegado a sus talones. Y así, cojeando uno y otro,

caminan hombre y perro entre el humo aceitoso y negro que los envuelve como un sudario.

Antes de romper el alba cayó el viento, así que el patrón del velero encendió el motor y se dispuso a recoger el foque.

—Échame una mano —ordenó—. Y ten cuidado con el cabo en el winche, no te aplaste los dedos a oscuras.

A Cal le costaba regresar al presente. Tenía en la cabeza, nítidas como si fueran tuyas, o tal vez de verdad lo eran, las imágenes turbadoras que Lerrant había introducido allí. Todo era una sarta de mentiras —tenía que serlo por fuerza—, pero el muchacho jamás había oído contar mentiras que sonaran tan reales. Tan estremecedoramente ciertas.

Hizo un esfuerzo para concentrarse en lo que Lerrant le decía.

—¿Te ha pasado alguna vez? —preguntó—. ¿Que te pilles los dedos?

—Varias, en los últimos treinta años. Los winches eléctricos son prácticos, pero peligrosos.

—Llevas ahí una manivela.

—Ya, no importa. Pulsa el botón, pero mantén las manos a salvo.

Hizo girar Cal el enrollador y la mancha blanca de la lona de proa se redujo hasta desaparecer. Aunque la vela mayor se mantenía arriba, con un rizo, el barco navegaba ahora menos templado y la marejada le hacía dar bandazos.

—¿Qué rumbo llevamos, Kowalski?

Consultó Cal el compás de la bitácora, iluminado por una débil claridad roja.

—Ochenta y cuatro grados... Me parece.

—¿Te parece, o los llevamos?

—Los llevamos.

—Pues corrige cinco a estribor.

Pulsó Cal cinco veces la tecla verde del piloto automático. Cuando alzó los ojos y miró otra vez hacia proa, vio parpadear una luz lejana.

—¿Es un barco? —preguntó mientras se quitaba las gafas, buscando a tientas los prismáticos.

Se movió un poco la otra sombra en la bañera.

—El faro de la isla del Toro.

Miraba Cal por los prismáticos intentando adaptar la visión al balanceo del velero: destellos blancos y rojos, a intervalos cortos.

—¿Es Cerdeña, ya?

—Si vemos la luz es que estamos a diez millas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

Cuatro horas más tarde, ya con el sol arriba, el viento suave poco favorable y todavía a motor, el *Nostos* dobló el cabo Spartivento y tras modificar 40° el rumbo —fue Cal quien lo estableció en la mesa de cartas después de consultar el plotter— puso proa al golfo de Cagliari. Desfilaba la costa parda, rocosa y árida a media milla por la banda de babor mientras el muchacho manejaba el timón, pues había redes y palangres en la zona y Lerrant le había dicho que permaneciera alerta para esquivarlos y no enredar la hélice.

—Cuando veas una baliza, pásala por sotavento, hacia donde se incline. Si hay algo debajo, ahí estará menos tenso que por el otro lado.

Planeaban en torno las gaviotas, zambulléndose en el agua en busca de desayuno. Había mucha luz, el mar viraba al color esmeralda al disminuir la profundidad, el cielo estaba cubierto de nubes sólo en una cuarta parte. Era un bonito día y hasta Cal llegaba, traído por la brisa, el olor a tierra, tomillo y resina de la costa cercana.

Un ferry de la Grimaldi pasó cerca en dirección sudoeste, con rumbo opuesto, y la ola turbulenta que levantaba su estela se acercó al velero. Con intención de evitar el zarandeo, por mero instinto, Cal giró el timón para tomarla de proa; y pasada ésta, tras varias violentas cabezadas, volvió al curso anterior. Por el rabillo del ojo comprobó que Lerrant había seguido con atención la maniobra.

—Bien hecho —le oyó decir.

Se estremeció de orgullo. Oponía, contradictorios en su cabeza, el rencor largamente acumulado hacia aquel hombre y el deseo simultáneo de obtener su aprobación. Para salvaguardar el rencor —sentía que lo necesitaba como algo precioso y útil— pensó en su madre.

—¿También ella cogía el timón?

Como acostumbraba a hacer, Lerrant no respondió en seguida. Continuaba observándolo, pensativo.

—Sí —dijo al fin—. Y lo hacía tan bien como tú.

—¿Le gustaba el mar?

—Mucho —afloró el apunte de sonrisa—. De ser posible, habría seguido navegando eternamente.

—Contigo.

Lerrant pareció prestar poca atención a lo amargo del comentario.

—Conmigo —respondió.

—Pero no dependía de su voluntad, ¿verdad?

—Ni de la suya, ni de la mía.

Había ante la proa, cada vez más cerca, un flotador de plástico balizado con un banderín rojo. Hizo girar Cal el timón para dejarlo en la amura de babor.

—¿Por qué nació? —preguntó al concluir la maniobra—. ¿Por qué yo, y no otro, o ninguno?... Según lo que sé o lo que me has dicho, siempre procuraste que nada así ocurriera —el sarcasmo brotó de forma natural—. Lo impediste, ¿no?, durante tus miles y trillones de años empleados en vagar por el mundo y todo eso.

—Ya lo dije —repuso con calma Lerrant—. Ella te quiso, deliberadamente. Me lo pidió y se lo di.

—¿Así, tal cual?... Dame un hijo antes de irte, ¿eso fue lo que dijo?

—Sí, exactamente.

—¿Y por qué ella y no otra?... De ser verdad lo que dices habrás conocido a muchas, supongo... ¿Qué tenía mi madre de especial?

Se había vuelto hacia Lerrant con una dureza insolente y agresiva. Alzó éste el rostro, indiferente a eso, para mirar la bandera roja de la cruceta. Tras un momento la señaló con un movimiento del mentón.

—La compramos juntos en una tienda de efectos náuticos de Venecia. O para ser exactos, la compró ella para mí el último día que pasamos juntos.

Permaneció inmóvil un poco más, contemplando la bandera, y luego se volvió a Cal.

—Era dulce y muy buena, de una inocencia conmovedora: una especie de milagro, como una niña que no hubiera crecido del todo y se hubiera convertido en un ángel. Un trocito delicioso de vida y ternura... Nunca conocí nada igual; y de poder hacerlo, habría permanecido con ella hasta la consumación de los tiempos.

Atendía Cal, atrincherado en su defensiva incredulidad.

—No me hagas frases, joder.

Lo miró Lerrant con fría fijeza. Después señaló el mar.

—Te estás pasando de listo —se limitó a decir—. Vigila la proa y cierra el pico.

Una lancha de la Guardia di Finanza se acercó por estribor y durante un trecho navegó en paralelo al velero, mientras desde el puente los observaban con prismáticos. Pensó Cal, inquieto, en la talla escondida en la camareta.

—Mantén el rumbo y ni sonrías ni saludes —dijo Lerrant—. No te hagas el simpático.

—No soy simpático.

—No, realmente no lo eres.

—Apuesto a que puedo serlo cuando quiera.

—Tienes aspecto de quererlo poco.

Tres minutos después, la patrullera viró a estribor para alejarse con rugido de motores.

—Por tu madre transgredí buena parte de las reglas —dijo Lerrant cuando la vio lejos—. Al menos, las que podía transgredir.

A Cal lo ensombreció el retorno a la anterior conversación.

—Pero te fuiste, ¿no?... La dejaste atrás.

—Aunque estaba dispuesta a seguir conmigo, nunca se lo habrían permitido. Y mucho menos, si mi camino se torcía, acompañarme a la colina de las almas errantes... Caronte se negaría a llevarla en su barca hasta la otra orilla.

Se quedó callado de pronto, detenido en algo imposible de penetrar. La mirada opaca se deslizaba absorta por la costa cercana.

—La amaba, Cal —dijo de pronto.

No le pasó inadvertido al muchacho que esta vez Lerrant había utilizado su nombre, pero hizo como que no se daba cuenta. Buscaba con urgencia, entre sus recursos, algo que oponer a eso.

—La palabra amor suena fea en tu boca —replicó por fin, hostil—. No encaja en el personaje que me vendes.

—La amaba —oyó repetir.

Conmovido pese a él mismo, Cal miraba el mar aparentando indiferencia, aunque cada palabra se le deslizaba en el corazón con la densidad de una gota de mercurio. Entonces Lerrant habló de nuevo, y sonaba ronco. Parecía que su voz se abriera paso a través de una sed tan seca y áspera como la arena.

—Muchas veces, durante siglos, me levanté sigiloso, dejando en la cama a mujeres dormidas, y cerré la puerta sin mirar atrás. Pero en esta ocasión no ocurrió de ese modo... El último día, ella se marchó antes de que yo despertara. O creyéndome dormido.

Se indignó Cal.

—¿La dejaste ir sola, embarazada de mí y sin dinero?

—No seas imbécil, Kowalski.

El muchacho sentía dolorida la garganta. Sorbió por la nariz. Las lágrimas le rondaban los ojos, pero no quería que aquel hombre tramposo y embustero lo viese llorar.

—¿Y cómo fue, entonces? —se limitó a decir, intentando mantenerse sereno.

Lerrant encendió otro cigarrillo y le contó cómo fue.

Llueve igual que en las orillas de Troya cuando zarpaban las naves: hace frío, salpica la mañana un agua fina y suave que tarda en calar la ropa y cubre de reflejos las viejas piedras. No hay viento, ni otro sonido que el del motor del velero. Reluce la cubierta húmeda cuando el hombre que está a bordo recoge las amarras mojadas y muy despacio, con la hélice girando a pocas revoluciones,

emboca el canal. A su izquierda, cercana, la ciudad parece dormida, reacia a despertar en la llovizna que la define con una paleta de monótonos colores azulado y gris. Se parece, cree recordar —con frecuencia las imágenes se mezclan unas con otras, poco nítidas—, al lienzo que, amaneciendo un día de hace un siglo, vio pintar en ese mismo lugar a un hombre llamado Claude Monet, y que medio siglo más tarde reconoció al verlo colgado en no recuerda qué sala de no recuerda qué museo.

Es una hermosa ciudad para despedirse. Eso había comentado ella, y seguramente tenía razón. Lo dijo anoche mientras, por última vez, cenaban pasta y vino en el piso de arriba de una pequeña trattoria de San Giacometto, mirándose uno a otro con las certezas tan claras en los ojos que era superfluo pronunciarlas. Para despedirse, había insistido. La oyó repetir las últimas dos palabras en voz baja, pensativa, con un aplomo antes imposible. Con una madurez reciente, llena de melancólica ternura, que no le sorprendió, pues la había visto fraguar de modo continuo en las últimas semanas.

Ahora, cuando navega por la margen izquierda del canal con el muelle Zattere a cincuenta metros de la banda de babor, el hombre del velero recuerda los minutos finales de lo que deja atrás: la luz imprecisa del alba entre las cortinas y a ella moviéndose por la habitación sin hacer ruido, semejante a un ratoncito tímido. Recogiendo sus pocas cosas, metiéndolas en la pequeña bolsa de viaje que llevaría consigo. Y mientras él se mantenía inmóvil, la cabeza en la almohada, y fingía dormir, ella abría el armario para sacar la gabardina del hombre, su documentación y mil quinientos euros que él había introducido en su pasaporte en previsión de lo que iba a ocurrir. Después sintió cómo lo cerraba con sumo cuidado, y pudo oír los pasos cautos saliendo de la habitación y el sonido de la puerta sobre su última huella.

Piensa en eso el hombre del velero mientras todavía navega cerca del muelle, camino del mar abierto. Y es entonces cuando mira a la izquierda y la descubre: está inmóvil, de pie sobre el último puente como un centinela fiel a una consigna silenciosa. Permanece allí, aguardando bajo la llovizna, y cuando ve acercarse el velero no hace

nada. Lo mira pasar sin moverse todavía, y cuando ya rebasa el lugar, con el hombre que maneja el timón sin apartar los ojos de la mujer, ésta empieza a caminar a lo largo del muelle, descubierta la cabeza, las manos en los bolsillos de la gabardina mojada que le viene grande, muy ceñida a la cintura por el cinturón. Y continúa caminando así, siguiendo al *Nostos* durante un largo trecho, hasta que el muelle termina en la punta de la Aduana y ella se detiene allí, imposibilitada de ir más allá, cada vez más pequeña en la distancia brumosa y gris. Viendo cómo se aleja el judío errante con el que, de haber sido posible, habría navegado hasta el final de sus días.

VI. La ciudad

*En mis genes duermen las
tempestades y las voces
desconocidas de innumerables
antepasados sin nombre.*

JOSEPH ROTH

Fijó Cal la amarra como le había enseñado Lerrant, con una vuelta mordida en forma de ocho; se aseguró de hacerlo bien, y cuando alzó la vista vio a Elliot Taplow en el muelle, a veinte pasos, con la espalda apoyada en la caseta de la Aduana. Estaba solo, vestía el mismo traje de lino beige que en el puerto anterior, y su piel rojiza y pelo color de paja, pegado al cráneo, tenían aspecto de no haberse lavado desde entonces.

A diferencia de Cal, el patrón del velero no se mostró sorprendido por la presencia del inglés. Cuando el muchacho se volvía a él, desconcertado, en busca de una explicación, lo vio mirar a Taplow con mucha calma antes de seguir ultimando la faena de amarre del *Nostos*. Para cuando todo estuvo en orden, el otro se había acercado despacio. Amarraban de costado entre dos barcos más grandes, frente al muelle pesquero. Cal estaba en la popa recogiendo el cabo sobrante y Lerrant de pie a un lado de la bañera, mientras cubría con una funda de lona la vela aferrada en la botavara.

—Al final trajiste un marinero —comentó el inglés, sarcástico.

Lerrant no dijo nada; seguía sujetando la funda. Taplow posaba en Cal sus ojos color de ostra cruda.

—¿Por qué viene contigo?

—No es asunto tuyo —repuso Lerrant al fin.

Se quedó callado el inglés y parecía evaluar la situación, calcular pros y contras. Todavía estudió un momento al muchacho y luego hizo un ademán entre resignado e indiferente.

—¿Cómo fue todo? —preguntó—. ¿Está sin novedad el paquete?

Lerrant no respondió en seguida; terminaba, con parsimonia, de atar los cabos que cerraban la lona. Cuando lo hubo hecho observó cómo había dejado Cal las amarras e hizo un leve gesto de aprobación. El inglés aguardaba paciente en el muelle.

—Me sorprende verte solo, Elliot, es como si fueras desnudo... ¿Qué has hecho con tus sicarios?

Puso mala cara el otro.

—No les gusta que los llames así.

—Ya.

—A mí tampoco me gusta.

—Ya, ya.

Señaló el inglés los edificios que se alzaban en la parte baja de la ciudad, al otro lado de la avenida jalonada de palmeras.

—Los tengo en el hotel, descansando. Ha sido un maldito viaje en taxi desde el aeropuerto de Alghero: polvo y suciedad.

—Sí, desde luego... Tú la suciedad la llevas mal.

Pestañeó Taplow sin acritud, como si fuera él quien se compadecía de Lerrant.

—Quizá un día te corten esa lengua.

—Ya lo intentaron antes. De todas formas, la uso poco.

Taplow, suspicaz, volvía a mirar a Cal.

—¿De verdad has traído desde allí al chico?

—Tú mismo lo dijiste, ¿no?... Me iba bien un marinero.

—No es un marinero.

—Ahora sí lo es.

Aquello gustó a Cal porque no era un halago: el patrón del velero lo había afirmado en tono seco, ecuánime, sin margen a la discusión o la duda. Era la simple enunciación de un hecho. Vio que Taplow le dedicaba una ojeada de pensativa curiosidad antes de dirigirse de nuevo a Lerrant.

—Bueno... ¿Me entregas el paquete? —se palpó con descuido un bolsillo de la chaqueta—. Acabo de hablar por teléfono con el cliente

y viene desde Porto Cervo, en la otra punta de esta asquerosa isla donde no conocen la línea recta. Como es natural, tiene prisa.

—Ya conoces el método —replicó con calma Lerrant—. Te lo entrego en cuanto me pagues.

Parpadeó la mirada gris del inglés.

—No hay problema con eso, pero como puedes comprender no llevo el dinero encima —reflexionó un momento—. ¿Te parece bien esta noche?

—¿Dónde?

—¿En mi hotel?

—No.

—¿Aquí, en el barco?

—Tampoco.

—No me lo pongas tan difícil.

—Te lo pongo lo suficiente para asegurarme de que todos jugamos limpio.

Se llevó el otro al pecho una mano de uñas demasiado largas, donde relucía el sello de oro.

—Me ofendes... Llevamos diez años trabajando juntos.

—Por eso lo digo.

La sonrisa de Taplow, con sus dientes menos blancos que amarillos, lo hacía parecer aún más peligroso que cuando estaba serio, y Cal consideró que era un sujeto muy capaz de apuñalar a alguien sin perder esa misma sonrisa. Con una camisa de fuerza y cara de loco, habría podido ser un recluso del Arkham Asylum.

—Además, me conviene tenerte contento —le oyó decir—. Hay otro encargo en marcha.

—¿De qué clase?

—Te lo contaré luego... Es con el mismo cliente y te va a interesar.

Se quedó pensando Taplow, que se hurgaba la encía con una uña. Parecía dudar sobre si añadir algo.

—Por cierto —se decidió al fin—, el cliente quiere verte.

Se extrañó Lerrant.

—No es lo usual.

—Eso le dije yo. Que no hacía falta, que yo me encargaba de todo, que eres un simple transportista... Pero insistió en eso.

—Supongo que tampoco se fía por completo de ti.

—Ni de mí ni de nadie.

Al decir eso mostró los dientes amarillos, emitiendo un sonido agudo y corto que a Cal le era familiar; había oído reír así a las hienas en los documentales de National Geographic.

—Quien paga manda. Ocupa una suite enorme en el Palazzo Tirso, con terraza discreta y cómoda —miraba a Lerrant esperanzado—. ¿Te vale así?

—Me podría valer.

—Pues deja que arregle los detalles —moduló Taplow una mueca burlona—. ¿Sigues sin tener teléfono móvil?

—Sigo.

Sonó en inglés forzado una blasfemia española: *I shit on God*.

—Estás mal de la cabeza, o me mientes.

—Estoy mal de la cabeza y te miento.

—Algún día...

Se interrumpió el otro a causa de la mirada que le dirigía el patrón del velero. Era evidente que lamentaba la ausencia de los dos hombres a quienes no les gustaba que llamasen sicarios.

—Bueno —dijo tras un titubeo—. Ya te diré a qué hora.

Se había vuelto hacia Cal, que permanecía inmóvil en la popa, atento a la escena. Escupió al agua bajo el muelle sin dejar de observarlo.

—Oye, Lerrant...

—Dime.

—No llevarás al chico, ¿verdad?

—¿Por qué no, si le apetece venir?

—Cristo, Cristo. Cómo te gusta tocarme las pelotas.

—Con guantes, Elliot... Las tuyas sólo las tocaría con guantes de goma.

Suspiró el inglés, resignado. Miraba a Cal de reojo.

—¿Seguro que esta criatura es de fiar?

Se había vuelto Lerrant hacia la bandera veneciana que colgaba flácida de la cruceta. Parecía distraído, absorto en otras vidas y otros mundos.

—Completamente —respondió.

Estaban sentados en la terraza de un bar del puerto, esperando. Cal bebía una cocaola y Lerrant, frente a él, tenía las piernas estiradas bajo la mesa y se recostaba en el respaldo de la silla, fijos los ojos en el vaso de cerveza que aún no había tocado.

—*Tmsanti* —murmuró en una lengua desconocida por el muchacho.

—¿Qué significa?

No hubo respuesta. Declinaba el día, oculto el sol desde hacía un momento, y el reflejo del cielo en el agua serena era cada vez más rosado y más violeta. En la avenida que discurría bajo las palmeras separando el puerto de la ciudad empezaban a encenderse las farolas y las primeras luces de automóviles.

—¿De verdad te acompañaré esta noche? —preguntó Cal, todavía sorprendido.

Asentía Lerrant sin humor aparente.

—Pues claro... Eres mi hombre de confianza.

—Ya te vale, no me tomes el pelo.

—No te lo tomo en absoluto. Tú y yo estamos juntos en esto.

Lo pensó seriamente el muchacho.

—Todavía no he cumplido los diecisiete. Quizá me pongas en peligro.

Se pasó Lerrant una mano por el mentón recién rasurado. Se había afeitado un rato antes mientras tarareaba una canción melancólica que Cal nunca había oído antes: algo sobre amores viejos de los que no quedaba nada, o algo así. Ahora llevaba los mismos pantalones vaqueros remendados y los zapatos náuticos, pero se había duchado y vestía una camisa limpia, remangada hasta los codos.

—¿Qué clase de peligro?

—No sé. La policía y todo eso.

—¿No hay policías en tus videojuegos?

—A veces. Pero tú y esa gente cometéis delitos de verdad.

—¿Y qué?... Te creía un tipo duro, Kowalski. Has peleado con nazis, con orcos y con toda clase de bichos, ¿no?... Sabes sobrevivir a un apocalipsis zombi y al tridente de Poseidón.

—Eh, paso —se echó atrás en la silla, molesto—. Para ya, anda.

Lerrant seguía contemplando el vaso intacto de cerveza. La espuma blanca que disminuía de espesor y el vidrio aún empañado.

—Tómalo como parte de tu aprendizaje —dijo de pronto—. Además, me gusta fastidiar a Taplow.

La alusión al inglés desagradó al muchacho.

—Tienes unos conocidos raros —dijo, ceñudo—. Apenas sé nada, pero flipo con ellos.

La sonrisa vaga de Lerrant no alcanzaba sus ojos.

—Cuando quieras saber de alguien y no tengas suficiente información, observa a quienes lo rodean... Eso puede ayudar más que la observación directa.

—Más que amigos parecen tus enemigos.

—Bueno... *Enemigo* no es forzosamente *inimicus*, ni en griego *ejzrós*: uno a quien odias. Taplow es más bien un *hostis* o un *polemós*: alguien que se cruza en tu camino, ¿comprendes?... Una especie de adversario mecánico.

—¿Mecánico?

—Sí.

Se aclaró la expresión de Cal.

—Eso sí puedo entenderlo —asintió—. Pero ¿quién es de verdad ese tío?

—Ya lo has visto: un buscavidas con pocos escrúpulos... Puede ser mala persona, según le sople el viento.

—¿Tanto como Trevor?

—No sé quién es ése.

—El loco de *GTA V*.

Para sorpresa de Cal, que lo había planteado como provocación, Lerrant parecía considerar la idea en serio.

—Tal vez, es posible —concluyó—. ¿Ese Trevor es un personaje muy malvado?

—Full. Impredecible a tope. Muchísimo.

—Entonces sí se parece a Elliot Taplow.

—¿Y por qué te relacionas con él?

—Todos tenemos ideas e intereses diferentes, y sólo un tonto puede esperar que coincidan con los suyos... El inglés me hace ganar dinero, y el dinero es útil.

—Haciendo cosas ilegales.

Sin dejar de mirar el vaso, Lerrant recobró su inconcreta sonrisa.

—Tiene gracia que un gamer veterano diga algo así. Imagino que tus videojuegos estarán llenos de cosas ilegales.

Se removió Cal, incómodo.

—No es lo mismo.

—¿Estás seguro?... ¿No tomas en serio tus propios juegos?

El muchacho se quedó pensando. Le fastidiaba coincidir con Lerrant, pero no tenía más remedio. Buscó un recurso digno, lateral.

—Es raro oírtelo decir.

—¿No estás de acuerdo?

—Claro que lo estoy —replicó—. Tomarlo en serio es importante. Pero me sorprende que lo digas tú.

—No sé de qué te sorprendes. Los niños y los jugadores de ajedrez, por ejemplo, juegan con toda seriedad. Y los de fútbol, y los de billar... Considerar el juego sólo como una forma de escape o una diversión es un error. Supongo que estás de acuerdo.

—Podría estarlo —concedió a regañadientes Cal.

—Incertidumbres, sanciones, premios, derrotas, victorias... Hasta los pensadores antiguos analizaban la filosofía y la guerra como si fueran juegos. Y es que, además de *homo faber*, *homo sapiens* y *homo occisor*, el ser humano es *homo ludens*.

Había cogido el vaso y lo sostenía un poco en alto, cual si lo mirase al trasluz.

—Hace tiempo —añadió— conocí a un hombre, un holandés, que escribió un libro con ese título: *Homo ludens*.

Bebía al fin. Después apartó el vaso de los labios y lo miró como antes.

—Todo juego tiene reglas, ¿no?

—Literal —confirmó Cal—. Sin ellas no hay juego.

—Y las reglas ordenan el caos, ¿verdad?

Lo pensó el muchacho.

—Pues claro —respondió.

Volvió a beber Lerrant. Esta vez dio un trago lento y largo, muy prolongado. Parecía que fuese a emplear horas, semanas o meses en él.

—Una sola patria, extranjero, es el mundo que habitamos —dijo—. El caos nos engendró a todos.

—No eres tan raro como crees, Kowalski —dijo Lerrant un poco más tarde—. No eres tan incomprendido ni estás tan solo.

Arrugó el ceño el muchacho, despectivo, sintiéndose superior. Aquel hombre, fuera o no realmente un redomado embustero, estaba tan cerca de saber de él como Cagliari lo estaba de China, o todavía más lejos. Siglos de años luz.

—No lo estoy —opuso—. Tengo trillones de amigos.

—En el colegio no, me parece.

—No me refería a eso.

—Sí, ya sé... Tienes a tus otros monjes medievales que hablan inglés: una suma de soledades dispersas que se unen sobre el tablero. Lealtades lejanas, más fáciles de sostener que las próximas.

Tras decirlo, Lerrant acabó el resto de cerveza y puso el vaso en la mesa.

—Sé lo que es estar solo —dijo.

Se revolvió irritado Cal. Rechazaba la complicidad inherente en aquello.

—¿Tú?... Qué puedes saber de...

—Sé lo que es —lo cortó con dureza.

Miraba ahora el puerto, los barcos amarrados, el agua que viraba a tonos oscuros.

—Puedes estar bajo un bombardeo, a dos pasos de una docena de hombres, y sentirte completamente solo.

Calló un momento tras decir eso. Apenas quedaba un resplandor en el cielo malva, sobre el que se recortaban las formas de los barcos y los edificios, cuyas ventanas se iluminaban poco a poco.

—Las reglas, decíamos —prosiguió—. Frente a ellas no cabe escepticismo alguno, porque si se vulneran se acaba el juego, ¿verdad?... Se deshace el mundo.

A su pesar, Cal se vio reflexionando al respecto. Los siglos de años luz entre China y aquella ciudad, o entre Lerrant y él, parecieron reducirse un poco.

—El juego ordena el mundo, es lo que quieres decir —concluyó—. El mundo es un lugar desordenado y el juego lo ordena... ¿Se trata de eso?

Asintió el otro.

—Eres un tipo listo, ¿sabes?... Ella estaría orgullosa de ti.

De nuevo la irritación sacudió al muchacho, pero eso le trajo un retorcido consuelo. Aliviaba sentir rencor.

—No la metas en esto —dijo con sequedad súbita.

—Está dentro. Ella está en ti... En nosotros.

El inesperado plural desarmó al muchacho. Otra vez los sentimientos encontrados, insólitos, incómodos.

—Ya no lo sabremos nunca —opuso.

—Yo sí lo sé.

Bebió Cal lo poco que quedaba de coca cola diluida con el hielo del vaso.

—Estábamos hablando de ese Taplow y de tu relación con él —dijo para salir de aquello—. Tu juego es poco ético... Es toneladas de sucio.

Lerrant lo contemplaba con súbita curiosidad.

—¿Eres tú quien dice eso? ¿Alguien que mata monstruos, alienígenas o lo que mates, se apodera de tesoros, abre puertas misteriosas y viaja por inframundos oscuros?... Todo juego está fuera de las normas éticas convencionales. Tiene las suyas propias, no es bueno ni malo.

Cal no estaba de acuerdo.

—Hay normas, verdades que no se pueden discutir.

—Nada es indiscutible... Una verdad sólo es verdad mientras resiste los intentos por refutarla.

Se frotó el muchacho la nariz. De nuevo necesitaba con urgencia algo para interponer entre el patrón del velero y él. Un recurso que

devolviese el rencor a su lugar y las cosas a su sitio.

—Dijiste que en Cagliari podría decidir sobre seguir contigo o irme a casa —planteó al fin.

—Sí, eso dije.

—¿Pagarás el billete de avión si me voy?

—Naturalmente —Lerrant lo miraba con su acostumbrada calma—. ¿Ya lo has pensado?

—Todavía no. ¿Debo marcharme?

—Eres un hombre libre... Nadie te obliga a nada.

—¿Qué harás tú después de esto?

—Seguiré navegando.

—¿A dónde?

Hizo Lerrant un ademán que no apuntaba a ninguna parte.

—Hacia levante.

Se quedó callado el muchacho mientras daba vueltas a todo. Para su asombro, no había videojuego tan excitante como aquella aventura: el extraño personaje y su velero, sus obras de arte robadas, sus amigos y enemigos, que en realidad eran los mismos... Aunque quizás algo sí se le aproximaba bastante: la primera vez que jugó a *Uncharted*.

—¿Te paga bien Taplow? —preguntó de pronto.

Tardó el otro en responder, cual si considerase la oportunidad del asunto. Por fin lo resolvió con un aire de indiferencia.

—Suficiente —repuso—. Está contento conmigo, aunque a veces no lo parezca. Como te dije, el *Nostos* es un medio de transporte discreto, bastante seguro.

—Sí, ya.

El patrón del velero lo miraba con sorna.

—¿Qué pasa, Kowalski? ¿Estás considerando la posibilidad de dedicarte a esto?

Cal hizo caso omiso de la burla.

—Esos dos que van con Taplow... Kingpin y Slender Man. ¿Qué pintan aquí?

Vio despuntar la sonrisa inconcreta de Lerrant.

—¿Los llamas así?

—Me recuerdan a villanos que conozco.

—Pues le hacen un poco de todo: ayudantes, chóferes, guardaespaldas... Son razonablemente profesionales en lo suyo. Saben cómo dar una paliza, y cosas de ese estilo.

—Pues no parece tenerles miedo.

—Bueno, ya te conté... Yo tengo miedo a varias cosas, pero no exactamente a ésta.

Tras decirlo se quedó callado pensando un momento, o parecía hacerlo. A veces Cal tenía la impresión de que todo en su interlocutor había sido pensado ya, y que sus aparentes reflexiones no eran más que la elección entre varios argumentos posibles. Incluso —y eso era lo más perturbador— contradictorios.

—No siempre el miedo es por ti mismo —prosiguió Lerrant al fin—. Con frecuencia, lo que te hace vulnerable es el miedo por los otros.

Movía Cal la cabeza, desconcertado.

—No comprendo ese rollo.

—Pues escucha, y puede que comprendas algo.

La ciudadela berberisca se ve a lo lejos, blanca de casas y parda de murallas bajo el sol cenital que elimina las sombras, al extremo de la playa donde siguen arribando las barcas desde las naves fondeadas en la bahía. Echan a tierra los marineros a la gente que transportan, sin miramientos, a empujones, a veces con el agua por el pecho, y los infelices se ven obligados a vadear hasta la orilla cargados con sus bultos, llevando a los niños en alto para que no se ahoguen, azotados por la marejada que los empapa y les arranca las pertenencias, que deshace el abrazo de las familias. Ríen e insultan los marineros desde las barcas y se regocijan los hombres armados que se han ido congregando en la playa, semejantes a una manada de lobos crueles que se relamen ante el espectáculo de las presas indefensas.

Los exiliados son judíos, y eso lo justifica todo. Raza maldita, insolente, presa legítima para asentarle la mano, el hierro o la hoguera. Reyes ingleses y franceses, príncipes alemanes e italianos llevan doscientos años persiguiéndolos y expulsándolos de sus

tierras. Hasta hace poco, Castilla y Aragón eran un anacronismo que escandalizaba al mundo cristiano: se les permitía vivir según sus propias leyes, vestir a su manera y mantener su culto religioso. La inscripción de la tumba del rey Fernando III, autoproclamado rey de las tres religiones, está en cuatro lenguas: castellana, latina, árabe y hebrea. Y la reina Isabel llegó a decir, tajante: «Hasta el último judío de mis reinos es mío y está bajo mi protección y amparo».

Todo eso, sin embargo, ha terminado. Granada, último enclave musulmán en la Península, ha caído en manos cristianas, y los reyes hispanos afirman la unidad territorial y religiosa. Los frailes de la Inquisición avivan el fuego, aprietan los cordeles y todo está consumado: noventa mil judíos han dejado sus casas, vaciado aljamas y sinagogas, recorrido caminos entre la hostilidad del populacho excitado contra ellos desde los pulpitos de las iglesias. Maltratados y robados, dispersan ahora su suerte por tierras y mares hostiles, como los trescientos veinte a los que hoy han echado en esta playa norteafricana igual que ovejas indefensas entre alimañas. Habían creído alcanzar un refugio, pero encuentran el infierno. Según van llegando, los moros los rodean y acosan sobre la arena, despojándolos de cuanto de valor llevan encima, deshaciendo los bultos de equipaje para averiguar si tienen oro o plata escondidos. A quien se resiste, defendiendo sus pertenencias o a sus familias, lo apalean o acuchillan sin miramientos.

Ashverus ben Uriel, que ahora tiene por nombre Isaac Apatros, está sentado en una roca, mojado y sucio de arena. Contempla el espectáculo. Ve cómo desnudan a los recién llegados, apalean o matan a quien se resiste, les hurgan en los orificios del cuerpo para averiguar si algo llevan oculto. A un rabino que sostenía en alto una Torá exigiendo respeto, con varios desgraciados agrupados en torno en busca de protección, le arrancan de las manos el rollo sagrado y lo arrastran tirándole del pelo y la barba, entre carcajadas. Algunas mujeres y muchachos son arrebatados a sus familias y llevados tras las rocas y los arbustos para ser allí forzados. Resuenan gritos de angustia, horror y desesperación.

Lamenta Isaac Apatros haberse relacionado con sus compañeros de viaje, desde que juntos dejaron la judería de Córdoba hasta que

embarcaron en Málaga y luego durante el viaje por mar. Deplora las conversaciones inevitables, las confesiones, la confianza depositada en él. Mira en torno y comprende una vez más, con cruel ecuanimidad, que la indiferencia es el único lenitivo posible ante los males del mundo; lo único que permite soportar, indemne, el peso de la vida. El ser humano, confirma de nuevo —lleva catorce siglos haciéndolo—, es más libre cuanto menos ama, cuanto menos aprecia, cuanto menos suyo se quema en la hoguera que el destino, el azar, la violencia expresa o implícita, las reglas implacables que rigen el caos natural, no terminan de apagar jamás.

Unos alarbes se le acercan con malas intenciones. No carga con él bulto alguno y sólo posee la ropa que lo cubre; pero los merodeadores muestran intención de comprobar si oculta algo de valor. Uno es joven, todavía imberbe, y dos son de mediana edad, barbudos, con chilabas y babuchas. El que parece de más edad tiene al cinto un alfanje corto. Se plantan los tres ante Isaac Apatros y le hablan en lengua berberisca, que él conoce perfectamente. Le están ordenando que se levante y se quite la ropa, pero los mira sin despegar los labios, como si no comprendiera lo que le dicen o le diese igual comprender o no. Insisten los moros, y el del alfanje apoya la mano en la empuñadura para mostrarse más convincente. Hace un rato vio a los tres arrastrar a una muchacha detrás de los arbustos.

Por un momento piensa en obedecer, levantarse y dejar que lo registren. Realmente le da igual. Al fin, tras meditarlo un poco, resuelve que está más cómodo sentado que de pie. Y entonces, con un ademán fatigado, tan lento que parece inacabable, aparta un poco la camisa holgada que lo cubre a modo de túnica, justo para descubrir la daga de dos palmos que oculta debajo, metida en el cinto, y que compró a un marinero con su última onza de oro. Hace eso y mantiene el arma a la vista sólo un momento, antes de dejar caer de nuevo el faldón de la camisa y llevar su mirada perdida, absorta en sí misma, hacia el mar y las naves que ya levan ferro y se alejan.

Cuando se vuelve hacia los tres alarbes, éstos siguen donde estaban, sin moverse. Pero ya no parecen tan amenazadores como

antes. Sólo el joven hace amago de decir o hacer algo, pero el del alfanje, que mantiene los ojos fijos en el hombre sentado en la roca, le pone una mano en el brazo para aquietarlo. Después escupe al suelo y se aleja seguido por los otros.

Aún permanece Isaac Apatros un buen rato sin moverse mientras contempla lo que ocurre alrededor. Escuchando los gritos y los lamentos. Al fin se pone en pie, y vuelta la espalda a la playa, al mar y al sol, camina tierra adentro hasta que su sombra se alarga tanto que parece hacerse eterna ante sus pasos.

La terraza de la suite del Palazzo Tirso era amplia, elegante, con una vista espléndida sobre las luces del puerto. El suelo de madera, los parasoles de lona cruda y los muebles de diseño moderno hacían pensar en la cubierta de un yate lujoso. Una iluminación indirecta, muy cuidada, creaba entre los frondosos maceteros un agradable ambiente de claridades y penumbras.

Para sorpresa de Cal —Lerrant no parecía sorprendido en absoluto—, el cliente de Elliot Taplow, desvelado al fin, era una mujer: morena, pequeña, ligeramente regordeta, más hacia los sesenta que sobre los cincuenta. También más elegante que atractiva, con un punto de atrevimiento en ropa y estilo inequívocamente italiano. Se llamaba Mariagrazia Ritter, y el nombre había sido pronunciado sin reparo, cual si nada en su identidad hubiera que esconder. Ni siquiera la presencia del muchacho, sentado en un rincón sin abrir la boca, parecía incomodarla. Se había limitado a estudiarlo con detenimiento de arriba abajo cuando Lerrant, sin otras explicaciones, lo presentó como Kowalski, compañero de viaje. En cuanto a los dos hombres de Taplow, aguardaban fuera de la suite, sentados en el vestíbulo del ascensor privado.

La señora Ritter parecía satisfecha por la entrega. La talla estaba desembalada sobre una mesa, con el estofado de su antigua policromía reluciendo suavemente.

—Impecable —dijo en un español al que el acento italiano confería cierta distinguida vulgaridad—. Tal como estaba en origen.

—Nuestro amigo es de toda confianza —apuntó obsequioso Taplow—. No es la primera vez.

Lerrant, la mujer y él estaban sentados en torno a la mesa, con la talla en el centro. Seis pisos más abajo, entre las copas oscuras de palmeras y jacarandas, las luces del puerto iluminaban los barcos amarrados y la extensión negra del agua, cerrada en la distancia por los destellos rojos y verdes de las farolas que balizaban la embocadura.

La señora Ritter se inclinó hacia un lado y al incorporarse puso un bolso de medianas dimensiones encima de la mesa.

—Aquí está lo que acordamos —dijo.

Había empujado el bolso hacia el inglés. Lo contempló éste expectante, y tras abrirlo y echar un vistazo a su contenido se pasó la lengua por los labios. Después extrajo de él unos fajos de billetes —que, desde su lugar de observación, Cal advirtió eran dólares y euros—, retiró las gomas que los sujetaban y empezó a contarlos.

—Sabía, Elliot —dijo la mujer, sarcástica—, que no ibas a resistirte a esa ordinariez.

Se mojaba Taplow los dedos en la lengua y seguía contando, impasible.

—Ya me conoces, Mariagrazia. Los negocios son los negocios.

—Oh, sí. Desde luego... Los negocios.

Mientras el inglés contaba, la mujer sacó de otro bolso, con apariencia de ser muy caro, una cajita de oro que, al abrirla, resultó estar llena de pequeños caramelos de color violeta. Miró un momento a Cal, que seguía quieto en su silla con la boca cerrada, y acabó por detenerse en Lerrant.

—¿Le han dicho que hay otro asunto? —preguntó.

Asintió el patrón del velero. Con mucha parsimonia, la señora Ritter se metió un caramelo en la boca y devolvió la cajita al bolso antes de hablar de nuevo.

—¿Está dispuesto a hacerse cargo?

—Depende de qué se trate.

Pasándose el caramelo de un lado a otro de la boca, la mujer miró valorativa la talla sobre la mesa.

—Algo parecido a esto. Pero ahora un tríptico de finales del siglo quince...

—¿De origen dudoso, como es habitual? —pareció interesarse Lerrant.

—Más o menos.

—¿Y dónde se me entregaría?

—Aquí, en Cagliari.

—¿Destino?

—Atenas.

Taplow había terminado de contar los billetes. Lo volvió a meter todo en el bolso, satisfecho, menos un fajo grueso que le pasó a Lerrant empujándolo sobre la superficie de la mesa. Para sorpresa de Cal, éste lo cogió y, sin apenas mirarlo, se lo arrojó a él, que tuvo la presencia de ánimo de atraparlo al vuelo. Se quedó el muchacho con el dinero sobre las rodillas, sin saber qué hacer. Pero Lerrant ya no lo miraba.

—Se trata de un encargo importante, todavía más que esta talla —decía la señora Ritter—. ¿Puede transportarlo?

—Eso es —intervino Taplow—. ¿Te decides?

—Saber más detalles puede ayudar a que me decida.

Miró el inglés a la mujer, dejándole la iniciativa. Apoyaba ésta un codo en la mesa, acariciándose la barbilla con los dedos de uñas largas muy cuidadas, pintadas de rosa pálido.

—¿Ha oído hablar del maestro de Castelsardo, señor Lerrant?

—Quizás.

—Hay un retablo que se le atribuye, *El Expolio*. Está en...

—La iglesia de Santa María de Sassari.

Le dirigió ella una breve mirada de extrañeza.

—No exactamente.

Desde su punto de observación, todavía con el fajo de billetes sobre las rodillas, Cal observó que Lerrant titubeaba. Sólo fue un instante de brevísimo desconcierto, casi imperceptible, pero el muchacho ya estaba habituado a estudiar al patrón del velero. A interpretar muchos de sus gestos y silencios. Por su parte, tras el desconcierto inicial, la señora Ritter modulaba una sonrisa aprobadora.

—En realidad tiene razón, aunque no del todo —añadió—. O su información adolece de cierto retraso... Ese retablo estuvo, en efecto, en el altar mayor de Santa María de Sassari, pero hace sesenta años que lo trasladaron al Museo Diocesano.

Lerrant permanecía impasible.

—Ah —se limitó a decir.

Intervino Taplow, visiblemente complacido:

—Disfruto viendo cómo te pasas de listo.

Ni lo miró Lerrant.

—Me ocurre con frecuencia.

La señora Ritter masticó el resto del caramelo, que sonó entre sus dientes con un suave crujido.

—Por razones que no es necesario explicar, procederemos a un traslado particular de *El Expolio*. Son tres tablas de dimensiones fáciles de ocultar: una de cincuenta por treinta y siete centímetros, que muestra a Jesucristo siendo despojado de las vestiduras al pie de la cruz, y dos más pequeñas: una con San Juan, la Virgen y las santas mujeres, y otra con los comitentes de rodillas y orando.

—¿Busca la policía el retablo?

—No... Al menos, todavía no. Está en un taller de restauración de Cagliari, pero en disposición de cambiar de manos con cierta facilidad. Tardarían una semana en descubrir su ausencia.

—¿Y cuándo puedo tenerlo a bordo?

—Mañana por la noche o pasado mañana. ¿Le acomoda?

—Me podría acomodar.

La señora Ritter miraba ahora a Taplow, que tomó la palabra:

—Tarifas habituales —comentó—. Lo mío es lo mío y lo tuyo, lo tuyo, Lerrant. Un tercio ahora y dos tercios a la entrega, como siempre.

—¿De cuánto hablamos esta vez?

—Veinte mil limpios.

—¿Euros?

—Dólares.

Estupefacto, Cal vio que Lerrant se volvía a medias para señalarlo a él.

—Ahora tengo un socio... Necesito treinta mil por el viaje.

Abrió la boca el inglés más de lo corriente.

—¿Socio?

—Eso he dicho.

—Bueno, oye, no... —miraba confuso a Cal—. Es demasiado dinero.

—Más sueles llevarte tú, pero el riesgo es mío —otra vez señaló Lerrant al muchacho—. Y de Kowalski.

Intervino la señora Ritter.

—Veinticinco mil —propuso.

Encogió Lerrant los hombros.

—De acuerdo. Pero quiero el adelanto ahora.

Miró la mujer a Taplow y éste, sombrío, abrió el bolso. Contó un fajo de billetes y volvió a deslizarlo sobre la mesa.

—Ahí tienes ocho mil.

Igual que había hecho antes, sin mirar el dinero, Lerrant se lo arrojó a Cal. Esta vez cayó al suelo, a sus pies, y el muchacho tuvo que inclinarse a recogerlo. Todavía le costaba creer lo que estaba ocurriendo, y que él formase parte de ello.

—¿Qué lugar de Atenas? —inquiría Lerrant.

—Iré a buscarlo a El Pireo. En persona, con mi gente —Taplow había recalcado lo de *mi gente*—. ¿Cuándo podrás estar allí?

—En seis o siete días, si no se interpone el mal tiempo.

Se puso Lerrant en pie y Cal lo imitó torpemente, con un fajo de billetes en cada mano. La señora Ritter los miraba sin moverse de su asiento.

—Permítame una advertencia —dijo.

Se detuvo Lerrant. Con un codo sobre la mesa, la mujer volvía a acariciarse la barbilla. Pensativa.

—Tiene usted fama de cumplir sus compromisos, y yo también la tengo... La diferencia es que me muevo en ambientes donde incumplirlos desacreditaría mucho mi imagen profesional. No sé si me explico.

—Se explica perfectamente.

—La talla que ha traído es importante; y mañana mismo, con toda discreción, estará en manos de alguien capaz de apreciarla y de pagarla... Pero el retablo del maestro de Castelsardo es más

importante y valioso. Cualquier percance maltrataría mi prestigio, además de mi bolsillo... ¿Me sigo explicando?

—Como un libro abierto.

Los ojos de la señora Ritter se habían endurecido, cual si el marrón de los iris se tornara sólido y frío. Señaló a Taplow.

—A Elliot y sus ayudantes —prosiguió— no los vincula a usted la simpatía, sino el respeto por su eficacia. Así que confío en que todos sigamos siendo eficaces y el respeto se mantenga —dirigió una corta ojeada a Cal—. Me refiero a usted, señor Lerrant, y a su joven amigo... ¿Me entiende?

Se estremeció el muchacho oyendo aquello. Había descubierto a una mujer distinta bajo la que creía haber visto hasta entonces. Y lo intimidaba más que la primera.

—¿Qué vas a hacer con todo este dinero?

—En parte es tuyo, Kowalski. Te corresponden seis mil euros... Diez mil si continuas el viaje.

—Qué barbaridad —se escandalizó Cal.

—No es ninguna barbaridad. Sólo es dinero.

—Yo no he hecho nada para ganarlo.

—Pues claro que has hecho. Vienes conmigo y corres riesgos.

Caminaban por el Lungomare dejando atrás el hotel, entre la ciudad y el puerto. El muchacho llevaba un fajo de billetes en cada bolsillo del pantalón, y los bultos casi le entorpecían el andar.

—Todo esto es ilegal —dijo al cabo de unos pasos.

Asentía Lerrant, inmutable.

—Eh..., sí —concedió—. Claro que lo es.

—¿No te importa quebrantar la ley?

Había poca luz, pero el muchacho creyó advertir la sonrisa que no cuajaba nunca.

—Te asombraría lo mucho que he quebrantado la ley en los últimos veinte siglos.

—No empieces otra vez con eso.

—Eres tú el que pregunta. Y sigues aquí, conmigo.

—¿No te da reparo mezclarme en esto? —procuró Cal extremar su indignación, que era sincera—. Tengo dieciséis años.

—¿Por qué habría de dármelo?... Fuiste tú quien vino a mí. Elegiste embarcar en el *Nostos*. He visto a chicos más jóvenes que tú pelear por dinero, por su patria o por sus vidas. También los he visto morir.

Lo pensó Cal un momento.

—Yo he muerto muchas veces —dijo.

Notó que Lerrant le dirigía una ojeada de repentino interés: de pronto parecía sorprendido, aunque se limitó a permanecer de ese modo, sin decir nada. Eso alentó al muchacho.

—Me pasa lo contrario que a ese personaje tuyo que te inventas —prosiguió—. Muero todas las veces hasta que al final no lo hago.

Se había detenido Lerrant y miraba hacia la derecha, a la ciudad. Parecía distraído con otras cosas, pero de pronto asintió con vigor.

—Eso es muy bueno, Kowalski.

A su pesar, Cal sintió que se ruborizaba de orgullo. Tras un momento sintió un golpecito en la espalda, invitándolo a cruzar la avenida. Se tocó los bolsillos, preocupado.

—Llevamos todo esto encima... ¿No convendría dejarlo antes en el barco?

—Da igual. Nadie va a robarnos esta noche.

—¿Estás seguro de eso?

—Lo estoy. Además, sólo se trata de dinero.

—Joder... Me siento como en la intro de *Red Dead Redemption*.

—¿Es un juego de los tuyos?

—Sí, del Oeste. Al principio no te explica nada y apareces en mitad de un pueblo, tal cual. Por la cara.

—¿Y?

—Pues nada, que me noto así de raro.

—Ah.

Cruzaron entre el tráfico sin ir hasta el paso de peatones más cercano, que estaba a treinta metros, indiferente Lerrant a los coches que pasaban. Al llegar al otro lado tomó una calle perpendicular al puerto y luego torció a la derecha. Lo hizo sin vacilar, igual que si hubiera hecho el trayecto docenas de veces. En

ocasiones miraba en torno como si recordara cosas que ya no estaban allí.

—Esa gente del hotel —dijo Cal, que llevaba un rato considerándolo— no son adversarios mecánicos, como dijiste... Yo sí los veo como enemigos.

El patrón del velero parecía divertido.

—¿Y qué conclusión sacas?

—Que conviene considerar lo probable y lo improbable, ¿no crees?... Dar por seguro que cualquiera puede tener contraefectos, como la capacidad de atacar de improviso y de responder a tus golpes.

—Ya veo... ¿Quieres decir que el problema no son las sorpresas, sino la falta de planificación?

—Literal.

—Vaya, Kowalski —Lerrant parecía realmente admirado—. Al final va a resultar que eres un guerrero nato... Uno de verdad.

Hizo Cal un ademán de estudiado desdén mientras buscaba una respuesta apropiada.

—Lo que cuentan son las ganas —concluyó, solemne—. Ganar o perder son sólo consecuencias.

Lerrant volvía a observarlo, pensativo.

—¿Sabes? —apuntó al fin—. Estoy convencido de que, como gamer, tienes que ser un adversario temible. No me gustaría enfrentarme a ti en la pantalla de un ordenador.

De nuevo se sintió halagado el muchacho, pero no dijo nada. Tenía experiencia en detectar trampas y emboscadas, en enfrentarse a aterradoras encarnaciones de sus propias debilidades, y no estaba dispuesto a dejarse seducir por táctica alguna. Eso incluía a Lerrant. Necesitaba mantener intacto, en lo posible, el impulso que lo había llevado hasta él. Su viejo y necesario rencor.

El patrón del velero seguía observándolo.

—¿Tienes hambre?

—Un poco tengo, sí —respondió Cal—. Quizá es hora de cenar algo.

—Ven por aquí.

Mientras caminaban sintió el muchacho, mirando en torno, que en ciudades como aquélla el pasado respiraba en cada calle estrecha, en la sombra de un edificio, en la piedra gastada de un zaguán o en el olor penetrante de las macetas de balcones y ventanas.

—Mediterráneo —comentó Lerrant adivinándole el pensamiento—. Es igual estar en Cagliari que en Argel, Alejandría, Beirut, Barcelona o Nápoles.

Callaba Cal, interiorizando aquello. Llegaron así ante una trattoria de aspecto modesto. *Lillicu*, leyó en el rótulo.

—Ésta —dijo Lerrant con sorna— no se la han llevado al Museo Diocesano.

Entraron. Era un local sencillo, típico mediterráneo, de aire antiguo. Un adusto camarero les facilitó el paso a una sala donde todas las mesas estaban vacías. Pidieron pasta con almejas, agua y cocaola.

—¿Tienes vello en el sexo, Kowalski? —inquirió súbitamente Lerrant.

Se quedó Cal inmóvil, muy sorprendido.

—¿Por qué preguntas eso?

—Considéralo una cuestión técnica.

—Pues claro que tengo.

Miraba el otro su vaso de agua, demorándose en beberla. Permaneció así un buen rato, sin hacer nada, las manos en la mesa. Al cabo cogió el vaso y lo vació de un lento y largo trago, hasta la última gota.

—Antes hemos hablado de chicos jóvenes que peleaban o morían —puso el vaso sobre el mantel y miró a Cal—. A veces, en ciertos lugares, a la hora de matar a prisioneros se comprobaba si tenían vello o no... Ésa era la diferencia entre los que se consideraba niños o adultos.

—¿De cuándo me hablas?

—De siempre.

Intentaba el muchacho procesar aquello.

—¿Y si tenían vello, incluso con mi edad? —preguntó tras un momento.

—Se les suponía adultos.

—¿Y?

No hubo respuesta. Lerrant se limitaba a mirar el vaso vacío.

—¿De verdad viste hacer eso? —insistió Cal, impresionado a su pesar.

—Algunas veces.

—¿Cuándo fue la última?

—Hace treinta años, en los Balcanes.

—Joder... Vuelves a mentir.

—Probablemente.

—Corta el drama, ¿vale?

Trajo el camarero los dos platos de pasta con almejas. Humeaban y tenían un aroma muy agradable. Cal cogió el tenedor y enrolló un ovillo de espaguetis ayudándose con la cuchara.

—¿Sabes quién era Galileo? —le preguntó Lerrant.

—Pues claro.

—Veía satélites, lunas, allí donde otros sólo veían manchas sobre Júpiter.

—¿Y?

—Pues que a veces uno percibe cosas que otros no ven. También cosas que no le gustaría ver.

Cal seguía con el tenedor y los espaguetis enrollados en alto.

—¿Y tú ves lo que puede pasarme mientras estoy contigo? —bajó la voz, aunque seguían estando solos—. Porque yo sí lo veo... ¿Te importa que viva, muera, o pueda ir a prisión?... ¿O que alguien compruebe si tengo vello en el sexo?

—Deseo que vivas y que no te encarcelen y que nadie te mire el vello nunca.

—Pues me lo estás poniendo difícil.

—Ocurren las cosas que deben ocurrir.

Masticó Cal los espaguetis, que estaban muy buenos. Lerrant aún no había tocado su plato.

—¿Qué hay de mi billete de avión? —preguntó el muchacho.

—¿Sigues queriendo irte?

No hubo respuesta. Cal bajó los ojos y separó algunas almejas de sus conchas. Eran grandes y sabrosas.

—Piénsalo bien esta noche —dijo Lerrant—. Mañana podemos ocuparnos de eso.

Enrolló Cal otra gruesa madeja de pasta.

—Si me voy, ¿podré llevarme algún dinero?

—Ya he dicho que una parte es tuya.

—¿Y si me quedo?

—Vendrías conmigo hasta El Pireo, al menos.

—¿Y después?

—Los después se resuelven después.

Tras decir eso empezó a comer sus espaguetis. Se lamentó Cal, medio en broma y medio en serio:

—Dios mío... Has hecho de mí un delincuente.

Lerrant enrollaba la pasta sin necesidad de cuchara, con la soltura de un italiano.

—Es posible —admitió—. Pero reconoce que, como juego, es más divertido que los que manejas en tu ordenador.

VII. Caramelos de violeta

*A pesar de la muerte, tendrás
que vivir. Su guadaña nunca
podrá segarte.*

PIERRE DUPONT

Esta vez Ashverus se encuentra en el bando de los vencedores. Se llama ahora Selim Yürük, y es el único que queda vivo de los cuatrocientos ochenta y dos bachibuzuks que el sultán Mehmed ha lanzado al filo del alba, como carne de cañón del Gran Asalto, contra la puerta situada entre Blanquerna y las murallas de Teodosio, en Constantinopla. Agotado de fatiga, sucio de sangre turca y cristiana, Selim Yürük se ha retirado al resguardo de un adarve, alfanje en mano y espalda contra el muro; y mientras recobra el aliento ve cómo los jenízaros, la tropa de élite del sultán, toman el relevo y avanzan implacables, segándolo todo a su paso como una guadaña mortal, y que los enemigos, ya sin esperanza en este día de luto y horror para la cristiandad, huyen a ninguna parte o venden caras sus vidas, conscientes de que para ellos no habrá cuartel.

Recobradas las fuerzas, Selim Yürük se une a los hombres que avanzan. Se mueve con ellos entre escombros y cadáveres, sofocado por el humo de las casas que arden. Implacables, disciplinados, sin entregarse todavía al saqueo, violaciones y captura de esclavos en una ciudad que no se rinde, sino que es tomada por asalto, alentados por tambores, címbalos y gritos de guerra, los jenízaros pelean ferozmente por cada calle, casa, palmo de tierra que les niegan los tenaces defensores de la ciudad. Corren voces de victoria

asegurando que el emperador Constantino ha muerto luchando, que venecianos y genoveses huyen hacia Gálata y el puerto de Pera, que los catalanes luchan hasta el último hombre en el Hipódromo y la plaza Vieja. Todo eso llega entre el fragor del combate, los gritos con que los combatientes se animan, el gemir de los que caen muertos o heridos, los *Alahu Akbar* que vocean los vencedores.

Selim Yürük ya no mata. Está cansado de hacerlo hoy. Acompaña a los jenízaros, pero no levanta el alfanje, que sigue empuñando en la mano derecha. Sólo mira y piensa y recuerda. Cuanto ocurre le es familiar, lo ha visto cientos de veces en el pasado y sabe que volverá a verlo en el futuro: se repite con la precisión metódica de una tragedia que en realidad siempre es la misma, bucle eterno bajo la apariencia —equívoca apariencia— de diferentes actos y siglos. Y este 29 de mayo de 1453, en Constantinopla y ante sus ojos fatigados, a medida que decrece el combate, se repite por centésima vez el antiguo horror vinculado a la victoria y la derrota. Cincuenta mil bizantinos quedarán hoy a merced del vencedor; y al tiempo que se extingue la última resistencia de los defensores, los asaltantes vuelven ya los ojos al botín, que es inmenso. El sultán Mehmed —un joven culto que además del turco domina el árabe, el griego, el latín, el persa y el hebreo— ha prometido el Paraíso para los muertos y las riquezas para los vivos, con los tres días de saqueo que otorga la tradición islámica; sin embargo, los excesos, el embate depredador, la violencia y la crueldad son tan desmedidos que el propio sultán les acabará poniendo fin antes de la puesta de sol. Mientras tanto, las calles de Constantinopla son un lodazal de sangre, se arrancan los marcos de oro y plata de los iconos ortodoxos, se queman los libros sagrados cristianos, se asesina a los sacerdotes, se roba, se viola, se masacra, se empala a mujeres, muchachos y niños refugiados en las iglesias. Los más viejos, los enfermos y los inútiles son degollados en el acto; y al resto, multitud de cautivos, los agrupan a latigazos para conducirlos como rebaños asustados a los campamentos, para que la soldadesca se los reparta o haga con ellos lo que quiera.

Entre todo eso vaga Selim Yürük, todavía con el alfanje en la mano, mirando en torno con una suerte de curiosidad hastiada, casi científica. Como en una confusa pesadilla, las imágenes que ahora

se imprimen en sus retinas se superponen y mezclan con otras más antiguas, asombrosamente —aunque tal vez la palabra *asombro* quede fuera de lugar a tales alturas— próximas a éstas. Porque a medida que en él se acumulan los siglos, esa confusión de recuerdos es cada vez mayor. En su larga vida hay momentos, demasiados ya, en que se interroga sobre dónde se encuentra de verdad, dónde estuvo y dónde estará: instantes en los que el presente y la memoria se traban en un laberinto inextricable de vidas distintas entre sí, pero también, paradójicamente, parecidas unas a otras.

Y mientras todo eso se agita en la cabeza del antiguo zapatero de Jerusalén, Selim Yürük mueve los labios mecánicamente, acompañando el rezo triunfal de los hombres victoriosos que lo rodean. Proclamando el nombre santo de Alá, el Clemente, el Misericordioso. Porque no hay otro dios que Dios y Mahoma es su profeta.

Cuando Lerrant terminó el relato, Cal se lo quedó mirando, incapaz de pronunciar palabra.

—Estás loco —reaccionó al fin—. Y quieres volverme loco a mí.

Seguía callado el patrón del velero. Miraba a lo lejos como si estuviera solo, perdidos los ojos en el tráfico de la avenida contigua al puerto. Habían desayunado en una terraza recién abierta, café uno y leche el otro, bajo las palmeras inequívocamente mediterráneas. El primer sol de la mañana, superando ya los edificios próximos, iluminaba el Lungomare.

—Me bombardeas con millones de embustes —se lamentó exasperado Cal—. ¿Hacías lo mismo con mi madre?

Lerrant dejó de mirar la avenida. Muy despacio, como si regresara de un lugar lejano, el negro opaco de sus ojos se acabó posando en el muchacho.

—En alguna ocasión —dijo tras un momento— golpeé o maté a chicos de tu edad.

A Cal se le secó la garganta.

—¿Qué quieres decir con eso? —logró articular.

—Que no sería la primera vez, así que no fuerces la suerte... Cuando se tiene edad para ser insolente, se tiene para encajar las consecuencias.

Se irguió Cal en la silla. La ira le infundía valor.

—¿Me estás amenazando?

Afloró otra vez la sonrisa nunca consumada.

—Pues claro que te estoy amenazando.

Dicho eso, Lerrant dejó un billete de diez euros sobre la mesa, se puso en pie y anduvo sin mirar atrás. Después de una breve duda, Cal fue tras él. Cruzaron la avenida uno en pos del otro en dirección a la ciudad vieja, remontando las calles adoquinadas y estrechas entre antiguos edificios. Poco a poco, mientras ascendían entre la muralla y los bastiones, el muchacho fue acortando la distancia, y al llegar ante la catedral de Santa María caminaban juntos, aunque ninguno de los dos decía nada.

—¿Te vas o te quedas, Kowalski? —inquirió súbitamente Lerrant.

Hizo el muchacho un ademán indiferente.

—Aún no lo he decidido.

—Tienes el día de hoy para hacerlo. Si todo sale según lo previsto, largaré amarras de madrugada.

—Lo pensaré hasta entonces.

—Pues sí... Piénsalo.

Con las manos en los bolsillos, inmóvil, contemplaba Lerrant el triple frontón de la fachada de la catedral.

—Ella estuvo aquí —añadió de improviso, indicando el suelo bajo los pies de Cal—. Detenida en el mismo lugar donde tú estás ahora.

Se estremeció el muchacho a su pesar.

—¿Qué hacía en Cagliari?

—Nada en especial... Navegaba conmigo, igual que hizo todo el tiempo hasta que nos separamos.

Seguía el patrón del velero mirando el suelo, ahora su propia sombra. Como ocurría con frecuencia, advirtió Cal, parecía que desconfiase de tenerla pegada a los pies, o que le sorprendiera conservarla.

—Veníamos de Sicilia —añadió Lerrant— y un temporal nos retuvo durante seis días. Paseábamos por las mismas calles que hemos

recorrido ahora... Le gustaba esta ciudad.

—¿Qué sientes cuando piensas en ella? —aventuró Cal.

—Ternura, supongo —lo vio alzar la vista—. Mucha.

—¿Y remordimientos?

—Algunos.

Echó a andar de nuevo y el muchacho fue tras él. La pregunta llegó inesperada, repentina:

—¿Te enamoraste alguna vez, Kowalski?

—No lo sé.

—¿De chicas?... ¿De algún chico?

—Tampoco lo sé.

Meditó un poco más. Hasta aquel día nunca se lo había planteado de forma tan exacta como las preguntas de Lerrant le obligaban a hacer.

—Me gusta Jill Valentine —dijo.

—¿Quién es?

—Un personaje de la saga *Resident Evil*... Una policía experta en medicina, electrónica y artes marciales.

—¿Guapa?

—Eso es lo de menos. Pero sí, lo es.

—¿Y te gusta alguna otra?

Volvió a reflexionar Cal.

—Jade, de *Beyond Good and Evil*.

—Me refería a la vida real.

—Ésa es mi vida real.

Le pareció advertir en Lerrant una chispa de complicidad o de respeto, pero éste lo miraba sin decir nada. Pasado un momento de silencio, Cal hizo un ademán ambiguo.

—El sexo es algo que no acabo de comprender del todo —confesó.

—Dale tiempo... Al sexo y a la vida.

—Hay dos o tres amigas del colegio con las que me llevo bien... Son más interesantes que ellos. Quiero decir que estoy a gusto con los amigos, ya sabes, aunque no son muchos los que tengo: suelen fallar cuando los necesitas.

—No conviene ponerlos a prueba, ¿verdad?

—Supongo que no. Aunque ellas son distintas. Están de tu parte o no lo están, pero las que sí están suelen ser constantes. Quiero decir que son más fieles.

Asentía comprensivo Lerrant.

—Los compañeros de vida son fáciles de hallar, pero los de muerte escasean... Como dicen los griegos, *ti na kanoume*: las cosas son así.

Aquello sonaba bien. Lo analizó detenidamente el muchacho.

—Creo que es una gran verdad —concluyó.

Se quedó pensativo y tras un momento encogió los hombros. El patrón del velero seguía observándolo con mucha atención.

—Cuando vas en plan equipo es diferente —resolvió Cal—. Lo bueno de las misiones en solitario es que no dependes más que de ti mismo.

—Te bastan tu sable y tu caballo, ¿no?

Lo miró el muchacho como si buscara una barra de vida sobre su cabeza. Había momentos en que creía estar a punto de verlo desaparecer si giraba la cámara.

—A veces hablas como un gamer... Igual que si hubieras jugado.

La sonrisa nunca consumada cruzó fugaz la boca de Lerrant.

—Es que lo he hecho, Kowalski.

Dejando atrás la catedral llegaron a una pequeña plaza desde cuyo mirador podían contemplar la parte oriental de la ciudad y el mar, que se extendía azul y violeta en la distancia. Lerrant miró silencioso el paisaje, y Cal tuvo la impresión de que había en su gesto algo a punto de empezar, o quizás de concluir.

—¿Piensas en el futuro o recuerdas? —quiso saber.

—Las dos cosas.

Se fijó el muchacho en un anciano sentado ante una mesa en la que había un tablero de ajedrez con las piezas dispuestas para empezar el juego. *1 partida 5 €*, indicaba un cartelito junto al tablero. Lerrant siguió la dirección de su mirada.

—¿También juegas al ajedrez?

—Jugaba.

—¿Ya no lo haces?

—Soy mediocre delante de un tablero.

—Ningún mediocre reconoce serlo.

—Pues yo lo reconozco. Siempre pierdo.

Metió Lerrant una mano en un bolsillo trasero del pantalón, sacó la cartera y le entregó un billete de cinco euros.

—Prueba, Kowalski; sólo es una partida... Déjame verte perder.

Titubeó Cal con el dinero en la mano. Decidiéndose por fin, se acercó a la mesa y puso los cinco euros sobre el tablero. Los cogió el otro con indiferencia, sin apenas mirar al muchacho, y apoyó los codos a la espera de que tomara asiento. Tenía un rostro tallado de arrugas, el pelo cano demasiado largo y una descuidada barba le llegaba casi a los ojos. Bajo la chaqueta, arrugada y rozada en las mangas, se veía una camisa sin cuello, no demasiado limpia.

Señaló Cal una de las manos que el hombre ofrecía con un peón oculto en cada una. Le tocaba jugar con blancas. Inició el juego con una apertura elemental: peón de rey, caballo, peón. Jugaba el otro de forma mecánica, rápido, sin necesidad de meditar los movimientos. Ni siquiera miraba al adversario. Tampoco hacía concesiones. Ocho movimientos después le había comido dos peones y situado un alfil peligrosamente cerca del rey blanco. Jugaba Cal a la defensiva, sin otra esperanza que resistir cuanto fuera posible. Sin embargo, la cercanía del tablero, el tacto de las piezas lo situaban próximo a la paz con el mundo y consigo mismo. Cada vez que alargaba la mano para tocar una pieza, su memoria de ajedrecista infortunado retornaba de una manera ecuánime, serena. Llevaba cinco años sin acercarse a un tablero. Hacerlo ahora le devolvía la sensación de afrontar la previsible derrota con ánimo imperturbable, y esa perspectiva resultaba menos incómoda que feliz, más nutritiva que descorazonadora. El gamer eficaz se había forjado antes en el ajedrecista mediocre.

Cuando acabó la partida —el rey blanco acorralado por un alfil, un peón y un caballo—, el de la barba gris alzó, casi por primera vez, los ojos hacia Cal, interrogándolo silenciosamente sobre una

eventual revancha. Pero éste se levantó, dando la espalda al tablero. De pie y con las manos en los bolsillos, Lerrant lo observaba con aire divertido.

—Sí, eres mal jugador —dijo cuando el muchacho se acercó a él.

Cal no respondió a eso. Se dirigieron a la barandilla sobre la cortadura para ver el panorama.

—En ajedrez, conmigo basta esperar —dijo después de un momento—. Soy bueno suicidándome en el tablero.

—Demasiada imaginación —opinó Lerrant, y al muchacho le sorprendió lo apropiado del término.

—Es posible.

—Un buen ajedrecista siempre tiene algo de psicópata... La obsesión concentrada en eso.

Sacó Lerrant un cigarrillo y se lo puso en la boca. Miraba el paisaje.

—En cierta ocasión —añadió— conocí a un gran maestro ruso, uno de los mejores del mundo... Un par de días después lo vi desayunando en un hotel, inmóvil, sin apenas pestañear, contemplando durante quince minutos un huevo pasado por agua.

Inclinaba el rostro para proteger en el hueco de las manos la llama del mechero.

—Al rato comprendí lo que hacía... Estaba jugando al ajedrez contra un huevo pasado por agua.

Sonrió Cal al oír aquello. Él era malo jugando al ajedrez, pero podía entender al ruso. Lo observaba Lerrant con el pitillo en la boca, los ojos entornados por el humo.

—Tú no eres de éstos, Kowalski. Te lo he dicho antes: demasiado imaginativo. Estoy seguro de que prefieres intentar una jugada brillante o bonita que se te acabe de ocurrir antes que ganar la partida... ¿Me equivoco?

—Tal cual. En eso aciertas.

Miró los tejados de las casas que se escalonaban ante su vista, las copas verde oscuro de los árboles.

—Me gustaría diseñar mi propio videojuego —confesó—. Crear uno, o varios.

—¿Dedicarte a eso?

—¿Por qué no?... Unos hacen películas o escriben novelas, pero eso huele a viejuno. El futuro es virtual... De lo que se trata es de inventar historias para mí o para otros, aventuras que también puedas vivir mientras las desarrollas o las juegas.

—¿Lo has intentado ya?

—Hay una plataforma llamada Roblox que deja programar y jugar cosas tuyas o hechas por otros. Yo creé un par que no funcionaron mal, juegos de combate y supervivencia en territorios hostiles... A uno lo llamé *Foxfruits* y a otro *Ghostvaz*.

Lerrant parecía realmente interesado.

—¿Gustaron?

—Ni tan mal: doce mil jugadores uno y casi ocho mil el otro está bien... Pero crear un videojuego serio triple A, potente de verdad, exige un motor gráfico como Unreal y un PC tocho, que están fuera de mi alcance. Son medios muy caros, que yo no tengo.

Se detuvo una vez dicho eso, insatisfecho.

—Que todavía no tengo —matizó—. Aunque podría ser que algún día encuentre el respaldo de un publisher en plan potente que me permita hacerlo.

—¿Y cómo imaginas tu videojuego, si lo consigues?

—Diálogos mezclados con la acción y que te obliguen a elegir caminos, cámaras en primera y segunda persona, una banda sonora tan buena como la de *Valiant Hearts* y que todos los sonidos afecten a la jugabilidad...

—Suenan impresionantes.

—Lo será. Apuesto a que sí.

—¿Y qué hay de los enemigos?

—Tiene que haber de todo: mercenarios humanos, monstruos, zombis, vampiros de los que necesitas munición especial y por lo menos cinco disparos para liquidarlos. Y también un supervillano que al principio no sepas que lo es. Uno difícil de matar.

—Vaya... Un mundo complejo y peligroso, por lo que veo.

—Es el único mundo que me interesa.

Tras esa afirmación el muchacho guardó silencio. Acababa de caer en la cuenta, estremecido por una avidez repentina, de que el viaje que hacía con el patrón del *Nostos* era un sólido eje de trama: un

buen asunto a desarrollar, susceptible de convertirse en recorrido de aprendizaje y supervivencia donde cada fase superada afirmase al personaje, mejorando su personalidad y habilidades para la etapa siguiente.

En ese momento, recordando las lecturas de la *Odisea*, se le ocurrió el título del videojuego: *Telémakhos*. Pero miró de reojo a Lerrant y no le dijo nada.

La arteria del herido está seccionada por un mosquetazo, y al ayudante Andrés Camino —en otro tiempo y lugar llamado Ashverus ben Uriel— le es imposible taponarla. Hurga insistente, introduciendo los dedos entre la carne desgarrada, para que el cirujano tenga tiempo de controlar la situación, pero es inútil. La sangre sigue derramándose y el hombre tendido sobre la tabla de la enfermería de la galera *Marquesa* deja de agitarse, palidece más, pone los ojos en blanco y se le enfrían los miembros. Andrés Camino levanta la vista hasta el rostro fatigado del cirujano y éste hace un ademán de resignación. Después se vuelve hacia los otros auxiliares que aguardan y ordena apartar el cuerpo, al montón con los demás, en espera de que el combate amaine y poder arrojarlos por la borda.

Mientras traen al siguiente herido, Andrés Camino se seca en la camisa el rojo de las manos, y recurriendo a una damajuana con vino aguado bebe un largo trago; menos para calmar la sed, mucha e interminable, que para aliviar el olor a carne abierta, vísceras y sangre —este último metálico, inconfundible, familiar— adherido a su nariz, su paladar y su garganta. Y mientras lo hace escucha el estrépito de arcabucería en la cubierta, los gritos de los hombres que matan y mueren, el retumbar de los cañonazos, el quebrar de la palamenta y los golpes del casco de la galera al chocar con las naves enemigas.

Traen los auxiliares a un nuevo herido para acostarlo sobre la tabla que acaban de baldear con agua de mar. En la breve pausa, Andrés Camino cambia otra mirada con el cirujano, al que ve ojeroso, muy cansado, tanto como él mismo: es un hombre enjuto,

de pelo ralo y barba gris, ni torpe ni hábil, ni mejor ni peor que otros que conoció. Ejerce el oficio con costumbre y pulso razonable, más bien burdo de maneras, descartando tras un vistazo a los que no van a vivir, haciendo cuanto puede por los que tienen alguna posibilidad. Limpia, amputa, cose sin descanso, sucio hasta los codos, pasándose el dorso de una mano por los ojos para desvanecer los vapores de sangre y fatiga que enturbian su vista.

Al antiguo zapatero le gusta ese cirujano porque no es mal hombre y lo trata bien. Es la suya una relación de apenas dos meses, pero suficiente para establecer cierto vínculo entre ambos. El forzado Andrés Camino, remero del cuartel de popa de la *Marquesa*, juega al ajedrez. Lo advirtió el cirujano cuando, fondeados en Messina, libraba una partida a la sombra de un toldo, junto al banco donde aquél estaba herrado, contra el alguacil de la galera. Apoyado en su remo, el galeote seguía la partida, y en un par de ocasiones sorprendió el cirujano en su mirada alguna advertencia respecto a jugadas dudosas. Eso despertó su interés. Entabló más tarde conversación, y tras averiguar que el galeote era diestro en el tablero, obtuvo permiso para desherrarlo de tanto en tanto. Acabó éste, en los ratos de ocio y cuando no había boga, jugando al ajedrez con el cirujano, el alguacil y algún otro cabo de la galera, lo que le daba ciertos privilegios pese a sus ocho años de sentencia al remo —un hombre apuñalado en Palermo—. Y cuando a mediodía del 7 de octubre de 1571 la armada española, veneciana y pontificia avistó a la turca junto a la costa griega, trabándose combate en el golfo de Lepanto, el cirujano había pedido que se le asignara a Andrés Camino para sustituir al barbero de a bordo, su ayudante principal, muerto de un saetazo otomano.

En cubierta decrecen, aunque no terminan, el estruendo y el griterío. Parece que se rechaza el abordaje que desde hace rato intentan dos galeras turcas. Indiferente a ello, como si el único mundo que le importara estuviese entre los baos y mamparos de la enfermería ensangrentada, en la pila de cadáveres y en los heridos que esperan gimiendo al pie de la escala que baja de cubierta, el cirujano se inclina sobre el hombre al que acaban de tumbar en la tabla: un soldado joven, con apenas algo más que un apunte de

bigote y barba. Descubre el vendaje improvisado sobre la herida, quita con los dedos los cuajarones de sangre y sondea lo profundo. No hay tiempo ni medios para cocimientos ni calmantes, así que el soldado debe soportarlo a carne viva y sin alivio, tiritando de dolor y frío, mientras Andrés Camino lo sujeta para que no se mueva demasiado. La herida es fea, de arcabuz, entre el hombro y el brazo izquierdo —la pelota de plomo, tras hacer su destrozo, siguió camino —, tan arriba que, por fortuna o desdicha para el herido, resulta imposible amputar. Habrá, por tanto, que limitarse a limpiar y lavar con vino y trementina, confiando en que ningún fragmento de hueso, suciedad o ropa quede dentro, y que después la naturaleza misma —se trata de un mozo de pocas carnes pero buen aspecto— haga su labor benéfica y supere, tras las fiebres habituales, la infección inevitable.

Y así, sujetándolo mientras interviene el cirujano, tras introducir en la boca del herido un trozo de cuero para evitar que grite, se rompa los dientes o se muerda la lengua, Andrés Camino intenta consolarlo deslizándolo en su oído palabras de aliento. No te vamos a amputar, le dice, tranquilízate. Quizá te quede estropeado el brazo izquierdo, susurra, pero tienes sano e intacto el derecho. Mira alrededor y comprobarás que eres un hombre afortunado. Consérvate, pues, vivo, échale ganas y voluntad. Porque si sales de ésta, de aquí a poco podrás de nuevo empuñar armas, acariciar a una mujer, escribir poemas o novelas. Quizá tu verdadera vida, soldado, te llames como te llames, va a empezar ahora.

Mariagrazia Ritter sacó un caramelo violeta de la cajita y se lo metió en la boca. Después miró el carísimo reloj que llevaba en la muñeca derecha.

—En veinte minutos —dijo.

Estaban sentados en la terraza de la suite del Palazzo Tirso. A su derecha, el sol empezaba a descender sobre los bastiones y la parte alta de la ciudad. A la izquierda, la gran lámina de agua del puerto, ribeteada de muelles, pantalanos y barcos de todas clases, se veía

limitada por los diques y rompeolas que la separaban del mar abierto. Del Lungomare, a espaldas del hotel, ascendía el ruido del intenso tráfico callejero.

—¿Cuánto tardarán en llegar a El Pireo? —preguntó la mujer.

Cal vio que el patrón del velero encogía los hombros. Delante, en la mesita baja, tenía éste un cóctel de champaña que no había probado. La señora Ritter, sin consultarles, había pedido al servicio de habitaciones una copa para ella —que había despachado en medio minuto—, otra para Lerrant y un Aquarius de naranja para el muchacho. Parecía, dedujo Cal, acostumbrada a ordenar esa clase de cosas y algunas otras que prefería no imaginar.

—Una semana, si no hay mal tiempo —respondió Lerrant.

—¿Por Messina y el canal de Corinto?

—Más o menos.

—Hace años pasé por el canal de Corinto con mi segundo marido —la mujer enarcaba las cejas, nostálgica—. Teníamos un yate precioso.

Le dirigió Lerrant una mirada vagamente cortés.

—¿Ya no lo tienen?

—Ni el marido ni el yate. A mi tercero no le gustaba el mar.

Contemplaba la copa vacía, moviendo el caramelo a uno y otro lado de la boca.

—Me planté después del tercer matrimonio —añadió—. Como en el bacarrá.

Lerrant asentía, comprensivo.

—Prudente decisión... ¿También hubo divorcio?

La señora Ritter dejó de mover el caramelo para emitir una risita seca.

—Accidente de automóvil, carretera de Amalfi, cuarenta metros de acantilado y una zorra topmodel en el asiento contiguo... Pero me dejó el apellido, el negocio y el dinero.

—Enhorabuena.

—Sí.

Miró la mujer en dirección al puerto, donde un ferry de la ruta Cagliari-Palermo se apartaba despacio del muelle.

—Mi difunto esposo —añadió—, me refiero al último, era marchante de arte antiguo. No demasiado escrupuloso, todo sea dicho.

—Buen maestro, entonces.

—Ah, sin duda. En eso fue el mejor.

—De ahí viene la actividad, imagino.

—Correcto. De ahí.

Tocó su copa vacía, deslizando por ella las uñas barnizadas de rosa pálido como si pensara en pedir otra. Después se recostó en el respaldo acolchado del sillón de teca.

—No le cae simpático a Elliot Taplow —dijo.

—Es un sentimiento mutuo.

—Sin embargo, él sostiene que es usted fiable. Un hijo de puta fiable, es la definición exacta.

—Aplicada a Taplow, la primera mitad de la definición también es correcta.

—Pero trabaja con él desde hace años.

—Con alguien hay que hacerlo.

—¿Desde cuándo se dedica a esto? —la mirada que la mujer dirigía a Lerrant era descaradamente curiosa—. Me refiero a llevar y traer cosas en su barco.

—No sé. Desde hace algún tiempo.

—¿Qué hacía antes?

—Viajar.

—Usted da la impresión, si permite que lo diga, de estar capacitado para cosas más...

—¿Complicadas?

—Importantes.

Lerrant parecía considerar aquello con mucha seriedad.

—Un velero es algo importante —concluyó tras unos segundos.

—¿Es su único modo de vida?

—Ahora sí lo es.

Volvió a tocar la mujer la copa vacía. La de él seguía intacta.

—Me pregunto de dónde saca ese aplomo —dijo ella—. Toma las cosas como si realmente no le importaran, o como si las hubiera

previsto de antemano. Creo que es más sabio de lo que quiere aparentar.

—Yo no quiero aparentar nada, señora Ritter.

—Sí, posiblemente sea eso. Que no pretende nada.

La mujer se cambió de lado el caramelo en la boca. Ahora le abultaba en la mejilla izquierda. Cal, que sorbía en silencio el resto de su bebida, observó que contemplaba a Lerrant de modo distinto. Tal vez amablemente irónica, o no del todo.

—A diferencia de Elliot —dijo ella—, a mí sí me agrada. Incluso el aspecto que tiene —pareció pensarlo un poco más—. Cuando esa clase de asuntos me alteraban el pulso, no me habría importado serle infiel con usted a alguno de mis tres maridos, sobre todo al último.

Apuntó Lerrant la sonrisa que nunca concluía del todo, y no dijo nada. Transcurrido un momento, la mujer volvió a mirar el reloj. Cuando habló de nuevo, el tono era distinto. Preciso y seco.

—Ya deben de estar a punto... Una vez tenga el paquete a bordo, no conviene que se quede mucho tiempo en el puerto.

—No vamos a hacerlo. Saldremos en seguida.

Cal, que había terminado su bebida, sintió los ojos de la mujer posarse en él con renovada curiosidad. Aquel plural seguía intrigándola.

—¿Qué hay de este jovencito?

—¿Qué debe haber? —inquirió Lerrant.

—Reconozca que no es usual... Resulta extraño verlo con usted. Ayer se refirió a él como socio.

—Es que lo es... Realmente es mi socio.

La señora Ritter no parecía convencida del todo.

—No puede cometer errores en este viaje —opuso—. Hay demasiado en juego, y no tolero incumplimientos.

La amenaza resbaló sobre el rostro impasible de Lerrant.

—De las tolerancias e intolerancias me ocupo yo. Para eso me paga.

—Y no le pago mal.

Ella seguía mirando a Cal. Una ojeada larga, suspicaz y pensativa.

—¿Qué haces en este asunto, chico? —lo interrogó al cabo.

—No le gusta que lo llamen chico —terció Lerrant—. Su nombre es Kowalski.

—Sí, ya me lo dijo ayer. Un apellido extraño... Polaco, ¿no?

—Posiblemente, pero es el suyo.

—¿Por qué navegas con él? —la señora Ritter seguía dirigiéndose al muchacho—. Según nuestro amigo Elliot, os habéis conocido hace poco. Y el señor Lerrant no tiene fama de ser muy sociable... Además, como te habrás dado cuenta, corres riesgos.

—Me he dado cuenta —dijo Cal, hosco.

—¿Y no te importa?... ¿Tan valiente eres?

—Está creando un videojuego —intervino Lerrant—. Es un gamer experto. Y estos días le sirven de aprendizaje.

Parecía, por fin, prestar atención al cóctel de champaña, que continuaba intacto sobre la mesa. Tras un momento alargó una mano, lo llevó a sus labios y bebió lentamente hasta apurar la copa.

—Individuos como Taplow y sus sicarios pueden inspirarlo para crear personajes de villanos —dijo mientras dejaba la copa vacía sobre la mesa.

—¿Y usted? —después de hacer esa pregunta, la mujer miró a Cal—. ¿Te inspira algo él?

Le sostuvo el muchacho el gesto, sin responder. Al cabo de un momento la vio sonreír de golpe, cual si una idea siniestra acabara de pasar por la cabeza de una bruja un poco regordeta, elegante y peligrosa.

—Me encantaría figurar en tu videojuego. De mujer malvada, por supuesto... ¿Te va bien una villana que come caramelos de violeta?

—Ya está dentro —replicó Cal muy sereno.

Parpadeó la mujer. Primero sorprendida y luego con cierto respeto.

—Vaya, señor Lerrant —dijo—. Sigo sin saber qué hace este joven a bordo de su barco; pero de lo que no cabe duda es de que es discípulo aventajado. Empiezo a creer que el aplomo de usted puede ser contagioso.

Había abierto la cajita de caramelos y la ofrecía a Cal.

—Prueba uno de éstos, Pilduski, o como te llames... Son deliciosos. Nunca los comparto con nadie, así que puedes considerarlo un honor.

Observó el muchacho la cajita y tras un momento de indecisión se puso en pie, fue hasta la mujer y se metió un caramelo en la boca. Era realmente bueno. Y mientras lo saboreaba, no sin orgullo, sintió fija en él la mirada divertida de Asier Lerrant.

Elliot Taplow se sonó la nariz con un pañuelo de papel arrugado y mugriento y volvió a guardarlo en un bolsillo.

—Te veré en Atenas —dijo.

—Es posible —repuso Lerrant, socarrón.

—Más te vale.

Desde la cubierta del *Nostos*, donde adujaba unos cabos, Cal asistía al diálogo. Taplow y el patrón del velero estaban de pie en el muelle, y los dos sicarios —Kingpin y Slender Man—, un poco más lejos, manos en los bolsillos y como atornillados al suelo, seguían la conversación sin intervenir en ella.

—Te digo que más te vale —repitió Taplow recalcando el adverbio.

Tras decir eso, por encima del hombro de Lerrant, el inglés dirigió una ceñuda ojeada al muchacho.

—¿En serio lo vas a llevar contigo?

Lerrant no respondió en seguida. Se giró a medias para dirigir una breve mirada a Cal, que seguía ordenando los cabos, y después volvió a encararse con su interlocutor.

—No lo llevo. Es él quien decide venir conmigo.

—Estás mal de la cabeza, oye, de verdad. Eres un jodido, cabrón y puto zumbado —se atusó con una mano el grasiento pelo rubio—. ¿Qué tenéis que ver el uno con el otro?

—Él cuida de mí y yo cuido de él.

—Pero si es un crío...

—Sabe pelear con una espada nodachi japonesa, ha estado en el inframundo, ha matado nazis y zombis, ha rescatado a la princesa Zelda...

—¿A quién?

—A la princesa Zelda. Que no debemos confundir con la princesa Peach.

Hurgaba Taplow en su nariz con la uña de un meñique.

—No sé de qué coño me hablas.

—Yo tampoco, pero él sí lo sabe. Y si dice que ha rescatado a un par de princesas, explorado mazmorras, conseguido llaves que abren puertas secretas y cuanto quiera contarme, yo lo creo.

Escuchar aquello dejó a Cal estupefacto: esa inesperada lealtad. Callaban un momento los dos hombres. Por la jarcia del velero se deslizó el rumor del viento agitando drizas y banderas.

—Oye, Lerrant.

—Dime.

—¿Sabes lo que menos me gusta de ti, entre las miles de cosas que no me gustan de ti?

—Sorpréndeme.

—Que tienes tendencia a tomarme por gilipollas. Que me hablas como si estuvieras de vuelta de todo. Que te crees...

—¿Qué hora es?

Se trabó el otro.

—¿Cómo?

—La hora, Elliot. Te estoy preguntando la hora.

—Nunca llevas un maldito reloj, ni un maldito teléfono, ni un...

—No me gustan los relojes.

—Pues bien que preguntas cuando los necesitas. Podrías comprarte uno.

—¿Me dices la hora, o no?

Echó atrás el inglés la manga izquierda de la chaqueta, dando un vistazo.

—Hora de que te largues.

—A eso me refería. Adiós, Elliot.

—Deberías...

Dejando a Taplow con la palabra en la boca, dio media vuelta Lerrant para subir al velero. Irritado por el desplante, hizo aquél un impulsivo ademán para retenerlo agarrándolo por un brazo. Y entonces Cal, que no perdía detalle de la escena, vio a Lerrant reaccionar con una celeridad precisa y asombrosa: en un solo movimiento giró medio cuerpo y sin alterarse apenas, sin aparente esfuerzo, liberó el brazo para enviar al otro, que dio un traspiés, a

tres metros de distancia. Y sin embargo, consideró estupefacto el muchacho, ni siquiera parecía haberlo tocado.

Ya ha hecho eso antes otras veces, pensó Cal. Muchas.

Resonó una pintoresca blasfemia medio inglesa y medio española —*bloody Saint jodida puta Mary bitch*— sobre la relativa virginidad de María. Pese a ser anglicano, Taplow manejaba bien los recursos clásicos. Impulsados por idéntico resorte, coreográficamente coordinados, Kingpin y Slender Man movieron los pies y entraron en escena, amenazadores, acortando distancia. El primero, ancho y bajo, tenía un aspecto más rudo, consideró Cal; pero el otro, el alto y flaco —su experiencia de gamer no lo engañaba en eso—, era sin duda el más peligroso. En cuanto a Lerrant, se había vuelto tranquilamente hacia ellos y aguardaba con los brazos caídos y las manos ligeramente separadas del cuerpo.

—Estaos quietos, joder —los detuvo Taplow—. Estamos llamando la atención.

Señalaba el inglés a la gente que circulaba por el paseo marítimo y también la caseta próxima de la Aduana. Tenía la cara congestionada de cólera, pero sabía contenerse.

—Ya habrá ocasión —volvió a hurgarse la nariz y frotó el dedo en el faldón de la chaqueta—. Por Dios que la habrá.

Se habían detenido los sicarios, indecisos. Y así, quietos de nuevo, vieron cómo, tras un momento inmóvil ante ellos, Lerrant les volvía la espalda y se dirigía a los norays donde estaba amarrado el *Nostos*.

—Enciende el motor —le dijo a Cal.

Obedeció éste, y con la palanca desembragada giró la llave de contacto bajo la bitácora. Vibró suavemente el velero mientras Lerrant, tras soltar la amarra de proa y echarla en la cubierta, se ocupaba de liberar la de popa. Al fin subió a bordo.

—Sácalo tú —dijo—. El viento viene de tierra.

Cal había aprendido lo suficiente para ejecutar la maniobra. Casi solemne, halagado por la confianza, mantuvo el barco paralelo al muelle mientras el viento lo separaba despacio. Después movió la rueda a babor, pasó la palanca a punto muerto y la empujó un poco. Aplicado, atento a cada detalle, latía su corazón de gozo, pues sentía

la mirada de Lerrant a su espalda y todo estaba saliendo muy bien. Los cien caballos del motor aumentaron el sonido, empujando hacia la bocana del puerto las treinta y cinco toneladas del velero. El muelle desfilaba por la banda de estribor. Las figuras siniestras de Elliot Taplow y sus hombres se empequeñecían en la distancia, bajo las palmeras del puerto y las casas escalonadas de la ciudad alta, cuyos colores ocre, blanco, amarillo, rosa y azul empezaban a fundirse en tonos dorados bajo la luz de la tarde.

Un crucero enorme entraba en ese momento: *Costa Petunia* era el nombre pintado en la amura. Cruzaba la ruta del velero, aunque Lerrant, que se mantenía silencioso detrás de Cal, no dijo nada. Sintió éste desbocársele el pulso mientras pensaba qué hacer. Resolvió darle la banda de estribor, aunque pasaría muy cerca. Movi6 la rueda al nuevo rumbo y un momento después la enorme mole del crucero, semejante a una altísima pared blanca, estuvo a menos de treinta metros del *Nostos*. Las cubiertas hormigueaban de turistas contemplando Cagliari, y el muchacho vio que algunos se asomaban para mirar y fotografiarlos.

Aparent6 indiferencia mientras se mantenía impasible con las manos en el tim6n, atento a la proa como si no diera importancia a la escena. A punto ya de cruzar entre las farolas de la bocana, olía próximo el aire salino del Mediterráneo, sentía la presencia de Asier Lerrant a su espalda y experimentaba el orgullo íntimo, solitario, de sentirse marino.

VIII. El mar Tirreno

*Ha bajado muy al fondo del
corazón humano y,
naturalmente, ha llegado al
infierno.*

G. T. DI LAMPEDUSA

Comprobó los datos en el plotter de la mesa de cartas. Había adquirido mucha práctica en eso y le era fácil hacer los cálculos: estaban setenta y cuatro millas al este-sudeste del cabo Carbonara, navegando con rumbo 100º en dirección al estrecho de Messina. El cielo se veía despejado, aunque empezaban a aparecer pequeñas nubes dispersas a sotavento, semejantes a copos de algodón. El viento que el *Nostos* recibía por la amura de babor permitía al velero navegar en ceñida y a buena marcha, surcando un mar azul oscuro salpicado por leves crestas de espuma blanca.

Lo anotó en el cuaderno de bitácora que le había comprado Lerrant en Cagliari: rumbo, velocidad, mar, viento, hora exacta. Le gustaba registrar la posición del barco y las incidencias de la singladura. Era ésa, había leído, una práctica habitual en tiempos menos dependientes de la electrónica. Seguía sorprendiéndole que el patrón del velero mantuviera apagados casi todos los aparatos cual si le fueran indiferentes o innecesarios. Era como si tuviese la información registrada en la cabeza y le bastaran un vistazo al mar y al cielo, la altura del sol o el relieve de una costa lejana para saber dónde estaba y a dónde se dirigía. Toda la ciencia del mar, había dicho respondiendo a una pregunta del muchacho, consistía en establecer la posición del barco y los peligros que lo amenazaban.

Por eso los problemas de latitud y longitud, el compás, el levantamiento cartográfico de mares y costas, habían sido obsesión de los navegantes durante muchos siglos.

Cerró el cuaderno, echó un último vistazo al AIS —le encantaba manipular ese aparato para identificar barcos y seguir sus movimientos— y subió a la bañera. Lerrant estaba sentado donde solía, junto a la bitácora y la rueda del timón.

—Un mercante nos pasará a media milla dentro de cuarenta y cinco minutos —informó Cal—. Se llama *Gerard Marin* y va de Bizerta a Nápoles.

Señaló Lerrant hacia el sur con el mentón.

—Vigila entonces esa banda.

—Claro.

Cogió Cal los prismáticos y barrió el horizonte por estribor. El mercante, ya visible, era una mota oscura en el ondular lejano de la marejada.

—Sí, ahí está. Por ir a vela tenemos preferencia de paso, ¿no?... Acabará por maniobrarnos.

Compuso Lerrant una mueca ambigua.

—Sólo en teoría, así que no te fíes nunca. Vigílalo de vez en cuando, e imagínate todo el tiempo a un ruso borracho en el puente.

Sonrió el muchacho.

—¿La saludable incertidumbre del marino?

—Sí, ésa.

—Joseph Conrad —añadió Cal, satisfecho de sí mismo—. Tienes un par de sus libros ahí abajo... Les eché un vistazo.

Volvió a mirar por los prismáticos y habló sin retirarlos de la cara.

—Siempre la hipótesis más peligrosa —dijo tras un momento.

—Siempre —confirmó Lerrant.

Recordó Cal el paquete escondido bajo un panel del suelo de la camareta: el retablo robado, bien envuelto en papel burbuja y tela impermeable, tal como lo había entregado Elliot Taplow, y que debían devolverle en El Pireo.

—En cuanto a hipótesis probables o improbables..., ¿de verdad no te importa ponerme en peligro?

Había dejado los prismáticos. Lerrant lo escrutaba, inexpresivo.

—Realmente no —dijo.

Su calma irritó a Cal.

—¿Todo lo ves de esa manera tan fría?

—Tienes vello en el sexo, Kowalski, o al menos eso me dices.

—¿Quieres decir que ya soy degollable?

—Digo que tienes edad para asumir tus decisiones y sus consecuencias.

Reflexionaba Cal, y no le gustaban sus propias reflexiones.

—Podríamos acabar en la cárcel. Apuesto a que acabaremos allí.

—Ya estuve en cárceles, y no son tan malas como parecen —Lerrant se tocó la cicatriz interior del antebrazo izquierdo—. Hay sitios peores.

—¿Peores? ¿Qué puede ser peor?

No hubo respuesta, sólo aquellos ojos opacos errando por el mar. Puede que ni haya oído la pregunta, pensó Cal.

—Bueno, a ver... Oye, parece que hayas conocido millones de cárceles.

—Más de las que recuerdo.

—Otra vez vuelves con tus mentiras.

De nuevo un silencio. El malestar de Cal se trocaba en cólera.

—¿Le mentías tanto a mi madre?... ¿Fue así, con tus embustes, como pudiste convencerla para que embarcase contigo?

De nuevo lo miró el patrón del velero cual si pensara en otras cosas. Se inclinaba el muchacho hacia él, curioso a su pesar.

—Si es verdad que estuviste en cárceles, ¿qué es lo que más deseabas estando allí?... La libertad, supongo.

—No. Lo que más deseaba era agua para lavarme y para beber.

—Pasarás sed hasta el final de los días —Cal no pudo evitar el sarcasmo—. ¿Te refieres a eso?

Hizo Lerrant un gesto tan fatigado que pareció envejecer varios siglos.

—Ojalá no sepas nunca lo que es de verdad tener sed.

Avistaron ballenas por la tarde, casi a medio camino entre Cerdeña y Sicilia. Incrédulo al principio, estupefacto después, Cal vio el chorro de una de ellas a poca distancia del velero, y luego el de otras.

—¡Mira! —gritó entusiasmado, poniéndose en pie—. ¡Son ballenas!... ¡Ballenas de verdad!

Asentía Lerrant mientras le pasaba al muchacho los prismáticos.

—Rorcuales. Vienen del mar de Liguria y en esta época viajan hacia el sur.

Eran por lo menos media docena. Las aletas dorsales aparecían y desaparecían en la superficie, lentas y majestuosas, y de vez en cuando el movimiento de una enorme cola sacudía el agua. Cal las observaba entusiasmado.

—Hay alguna más pequeña, me parece.

—Ésos son recién nacidos, aunque pesan casi dos toneladas.

—Se nos acercan mucho... ¿Es bueno o malo?

—Las verás mejor. Se mueven así porque los rorcuales tienden a nadar hacia la derecha: seguramente tienen alguna presa debajo. Hay ballenas zurdas y ballenas diestras.

—¿En serio?

—Las ballenas azules, por ejemplo, suelen moverse en estos casos hacia la izquierda.

Dejó Cal los prismáticos.

—Pareces saber mucho de ballenas.

—Las cacé en otros tiempos.

Tardó el muchacho en recobrar el uso de la palabra.

—No me trolees... ¿De verdad fuiste capaz de esa bestialidad?

—Lo fui.

—¿Con arpones y lanchas balleneras y lo demás?

—Así se hacían antes las cosas.

Un titubeo juvenil. Una duda razonable.

—Pero eso era una canallada...

—Lo es. Aún hay gente que lo hace.

Contemplaba Lerrant a las ballenas cada vez más lejanas, entornados los párpados ante alguna clase de recuerdo ingrato.

—Es uno de mis remordimientos —dijo inesperadamente—. Y no el mayor.

Advirtió Cal que se miraba las manos igual que si estuvieran sucias.

—Era una manera más dura de ver el mundo —añadió—. De vivir la vida.

Las ballenas habían desaparecido. Lo último que Cal vio de ellas fue un chorro de agua y vapor en la distancia.

—Es peligroso mirar el pasado con los ojos del presente —dijo Lerrant—. Te arriesgas a no entender nada.

—Leí *Moby Dick* en la biblioteca de mis abuelos... Era un libro de mi madre y tenía su nombre escrito dentro.

—¿Te gustó?

—No. Demasiado largo y demasiado antipático. Me aburrió y me horrorizó al mismo tiempo.

—Te comprendo. Para ti, el animal es el héroe en esa novela, ¿verdad?... El sujeto positivo del relato.

—Así me lo pareció.

—Nada tiene que ver con lo que pretendía contar el autor. Para él, la ballena blanca era el Mal, el diablo... Pero es que hubo un tiempo en que los seres humanos ignorábamos demasiadas cosas.

Había dicho, reparó el muchacho, *ignorábamos* en vez de *ignoraban*. Lo vio mirar hacia popa, por donde había desaparecido la manada.

—Tampoco es que el mundo haya mejorado mucho —añadió Lerrant.

Cal no estaba de acuerdo.

—Creo que ha cambiado desde hace un siglo, o desde hace miles de años.

—Cambiar no es mejorar, Kowalski.

Mientras decía eso, Lerrant alzó la vista hacia un rumor de las velas. El viento rolaba una cuarta y hacía batir el foque. Ordenó a Cal que cazara la escota y lo hizo éste con diligencia, haciendo girar la manivela del winche hasta que la lona estuvo tensa de nuevo.

—El problema de ver cambiar el mundo —dijo Lerrant concluida la maniobra— es que no siempre resulta fácil adaptarse a él. Por eso

es bueno morir cuando caducas. Cuando tu tiempo pasa.

Arrugaba Cal el ceño reflexionando sobre siglos, caducidad y cetáceos.

—¿Y hay solución para cuando no mueres?

Lo dijo más en broma que en serio, y le sorprendió que Lerrant reflexionara sobre ello. Esta vez la respuesta tardó en llegar.

—Una mirada indiferente, que ponga cierta distancia de por medio... Pero ésa no es una solución, sino una consecuencia.

Todavía permaneció Lerrant un momento pensativo. Después, una mueca amarga torció su boca.

—Conocí situaciones parecidas a tus videojuegos.

Octubre del año 1704. El cabrero a quien todos llaman Simón Media Legua se asoma sobre la roca que lo oculta y mira hacia la ladera del peñón. El sol, que ya está alto y hace correr sudor por su cara, ilumina las casacas rojas de los ingleses que entre humo de disparos ascienden hacia la torre del Hacho. Se trata del último ataque, pues a los españoles, que sólo traían tres cargas de pólvora por hombre, no les queda munición. Resignados a su suerte, los que siguen vivos —gente dura, soldados escogidos— se limitan a persignarse y calar bayonetas. Los enemigos son muchos y traen naturales ansias de venganza. Los alertó un joven que subía con comida para su padre y encontró los cadáveres de los británicos que guarnecían el puesto degollados durante la noche.

El plan no era malo. Simón Media Legua, por un sendero que conoce de pastorear cabras en la ladera oriental de Gibraltar, debía conducir a los encargados de adueñarse de la cima del peñón mientras por tierra, desde las posiciones de asedio, se llevaba a cabo el asalto general. Al principio todo fue según lo previsto: la marcha nocturna por el paso del Algarrobo, la espera en la cueva de San Miguel y el ataque silencioso al romper el alba. Pero, tomada la torre, para angustia de los asaltantes nadie vio movimiento abajo, en el campo español. Pasaron las horas y nada ocurrió en las trincheras mientras los ingleses subían cada vez en mayor número

para recuperar la posición. Después se sabrá que por celos entre generales se canceló el ataque terrestre, y los de la torre del Hacho han sido abandonados a la venganza de los ingleses.

El cabrero Simón, tras disparar la última carga, rompe el trabuco golpeando la culata contra la roca y arroja lejos los pedazos. Luego saca la navaja que lleva en la faja y la abre con calma. En torno a él, furiosos por los cadáveres degollados de sus camaradas, los ingleses liquidan a los últimos españoles, que se defienden como fieras sin esperanza. No hay, ni la aguarda nadie, piedad para los vencidos. Heridos o sanos, los prisioneros son muertos a bayonetazos o los arrojan vivos por el acantilado.

Simón Media Legua no siente miedo, sino curiosidad. Tiene la certeza de que tampoco será hoy. Sabe que en ningún caso va a morir, y se pregunta cómo ocurrirán las cosas. Su cuerpo, carne, huesos y sangre, no resistiría verse despeñado desde aquella altura, así que eso queda fuera de lugar. Tampoco el plomo, el acero o el fuego —los acumula el vértigo de la memoria— pueden sino imprimir huellas que el tiempo diluirá en su piel. Es algo parecido a moverse entre las reglas de un insólito juego donde los sucesos adversos nunca descartan al jugador: itinerario trucado de antemano que siempre es posible empezar de nuevo. Partida eterna, oscura, irracional, librada contra las leyes naturales, en la que tanto las piezas blancas como las negras están en manos del mismo ajedrecista.

Mira el cabrero la navaja y tras un momento de reflexión la arroja entre los arbustos, como si con eso aumentara su desafío a lo inmediato. Después se incorpora y queda al descubierto, pulgares en la faja que ciñe su cintura. Los ingleses que se acercan traen rostros sudorosos y manchados de pólvora, casi tan rojos como las guerreras. *No quarter, no quarter*, vocean. Miran aviesos, empuñan bayonetas, lo insultan en su lengua, vienen como lobos impacientes. Acaban de arrojar a los últimos españoles por la cortadura. Simón los ve acercarse, las manos todavía en la faja, sin cambiar de postura. Observa los rostros hoscos y brutales cada vez más próximos. Su curiosidad por lo que pueden y no pueden hacerle es tan intensa que debe reprimir el impulso de animarlos a que se

apresuren. La tentación de enfurecerlos aún más con una palabra o una carcajada.

Al fin los ingleses llegan hasta él, lo agarran, lo zarandean, le dan culatazos. Se encoge el prisionero bajo los golpes: la inmortalidad no lo hace inmune al dolor. La sangre que gotea desde su nariz y su boca mancha las manos que levanta para protegerse la cara. Uno se dispone a clavarle la bayoneta, pero otros lo convencen de que espere, y entre todos lo empujan hasta el borde del acantilado. Contempla Simón la arqueada línea parda de la costa y luego se vuelve hacia el mar, que desde aquella enorme altura, bajo un cielo sin nubes, se muestra extenso y luminoso en dirección a levante, con el sol multiplicado por los reflejos en el cabrileo de la superficie. Sería un hermoso día y un buen lugar para morir, piensa. Aunque sabe que eso no ocurrirá.

Por supuesto, no ocurre. Sujetándolo por la ropa, las manos que lo aprisionan lo empujan y retienen al mismo tiempo, a un paso del vacío. Quieren que pida clemencia, que grite de terror, verlo descompuesto antes de precipitarlo con los cuerpos que motean las rocas al pie del acantilado. Pero Simón se limita a callar hasta que —inesperadamente para los ingleses, no para él— restalla a su espalda una voz de mando. Una seca orden. A tales alturas de su existencia, el hombre que en otro tiempo se llamó Ashverus ben Uriel conoce del idioma inglés lo suficiente para saber qué grita el oficial: necesitamos a alguien para interrogar, y ése no lleva uniforme. Traedlo, que ya lo ahorcaremos luego.

Y una vez más, como es su costumbre, el zapatero de Jerusalén se resigna a seguir vivo.

—¿De dónde sacas las historias que me cuentas? —preguntó Cal.

Tardó en responder el patrón del velero, que encendía un cigarrillo.

—¿Las crees o no las crees? —respondió tras un momento.

—A veces me parece que sí. Y casi me convences. Pero luego lo pienso y sé que es imposible.

—Tú no *sabes* que es imposible —lo corrigió Lerrant—. Sólo *crees* que lo es.

Reflexionaba Cal.

—Si fuera cierto lo que dices, ¿hasta cuándo tendrías que seguir así?

—Hasta el final de los días... Eso fue lo que dijo el galileo.

—¿El fin del mundo?

—O algo parecido. Antes se le llamaba a eso el Juicio Final, pero el término pasó de moda.

—¿Crees que el mundo acabará algún día?

—Tal vez.

—¿Podrías descansar al fin?... ¿Morir de verdad?

—Al menos eso espero.

Miró el muchacho la línea del horizonte, el cielo y las nubes lejanas. Era una hermosa tarde. Limpió los cristales de las gafas y volvió a mirar.

—A mí lo de vivir siempre no me parece tan mal —dijo.

—Tendrías que probarlo —Lerrant dio una chupada al cigarrillo y dejó que la brisa se llevara el humo—. Es todo menos cómodo.

—¿Lo has intentado?... Quiero decir a propósito: morir o que te maten.

—Muchas veces, al principio. Pero acabé resignándome.

—¿De verdad querrías morir ahora?... ¿Ahora mismo, si pudieras?

—En este mismo instante.

—¿Me estás diciendo que la muerte hace afortunados a los seres humanos?

—Y no sabes hasta qué punto.

Fruncía el ceño el muchacho.

—¿Qué has hecho más en tu vida, o en tus vidas? ¿Cosas malas o cosas buenas?

—Malas, sin duda. No me enorgullezco de mis vidas, como tú las llamas.

—Esos Taplow, Kingpin y Slender Man parecen peores que tú. Hasta la tía de los caramelos lo parece.

—Lo de malos y buenos siempre es relativo, Kowalski. La maldad es una zona de grises.

Seguía reflexionando Cal: personajes, situaciones, enigmas. Y siempre el rostro impenetrable, la esfinge, el misterio que tenía ante él. Debía de haber una clave en alguna parte, pero no lograba dar con ella. Su madre sí parecía haberlo hecho: no había en las cartas una gota de hiel ni de rencor, sólo una dulce y resignada melancolía. Amor, era seguramente la palabra. Tan insólita si se relacionaba con aquel hombre extraño, prodigioso o farsante.

—¿Cómo puede ser que no les tengas miedo a todos esos?

Le dirigió el patrón del velero una ojeada de repentino interés.

—¿Se lo tienes tú?

—Confieso que algo tengo. Pero te vi desafiar a Dios, cuando el temporal. ¿No temes...?

—¿Temer...? —parecía Lerrant a punto de soltar una carcajada, pero se le congeló el gesto—. ¿Que un rayo del cielo me aniquile?

—No, pero está esa colina de la que me hablaste. La de las almas errantes.

—Mientras cumpla con las reglas me mantendré lejos de ese lugar. Algo de ello me espera al final de este viaje.

Se había tocado la frente con el dedo índice, como si las reglas estuvieran registradas dentro. Se intrigó Cal.

—¿Qué es lo que te espera?

—Lo verás si sigues conmigo para entonces.

Dio Lerrant una última chupada al cigarrillo y lo arrojó por la borda, a sotavento.

—En cuanto a tu miedo —añadió—, y me refiero al miedo físico, el que puedan dar Taplow y los suyos, métete una cosa en la cabeza: tú puedes ser tan peligroso como cualquiera. Los lobos se ceban con las ovejas, pero suelen tener cuidado cuando tratan con otros lobos...

Alzó la vista para observar las nubes lejanas, abundantes y pequeñas como copos blancos en la penúltima luz de la tarde.

—Esas nubes traen lluvia —dijo—. ¿Ha bajado el barómetro?

—Sí, un poco.

—Échale un ojo de vez en cuando. Creo que nos mojaremos antes de pasar el estrecho de Messina.

A popa del *Nostos*, el sol se acercaba a la superficie del mar. Lerrant miró las velas.

—Se acaba el día... ¿Me ayudas a tomar un rizo?

—Claro.

Trabajaron durante quince minutos aferrando la lona sobrante en la botavara. Cal actuaba con mucha soltura, satisfecho de sí mismo, sin mirar al patrón del velero, pero le gustaba su atención silenciosa y aprobadora. Acabada la maniobra, volvieron a sentarse en la bañera.

—Tienes que hablarme de ese videojuego que proyectas —dijo Lerrant—. Quizás con el dinero de este viaje puedas ponerlo en marcha...

—No creo —hizo una mueca escéptica—. Es mucho más caro que eso.

Cenaron ensalada de tomate y carne comprada el día anterior en Cagliari. Cal lavó los platos y regresó a la bañera. Había estado pensando mientras fregaba.

—Te vi con Taplow en el muelle. ¿Podrías enseñarme a pelear?

Le dirigió Lerrant una mirada de sorpresa.

—Ya sabes pelear, Kowalski —dijo tras un momento—. Has aniquilado a muchos enemigos y villanos, ¿no es verdad?

—A millones. Pero no me refiero a eso. Quiero decir en serio. A... Bueno... No sé.

—¿A mantenerte vivo frente a los Taplow del mundo?

—Sí, afirmativo.

—¿Nunca te has pegado en el colegio con un compañero?

Asintió Cal. En su expediente escolar constaban un par de visitas a tutoría, con las correspondientes sanciones.

—Pero una vez, el curso pasado, fue con una chica —dijo.

—Oh, vaya. Explícame eso.

Lo explicó. Su clase era mixta, y una jovencita solía meterse con él.

—Quizá le gustabas y era su manera de enfocarlos.

—No creo. Me fastidiaba siempre, y yo a ella... Era la listilla del curso, la feminista. Mandona que flipas. Los tenía a todos intimidados.

—¿Guapa?

—Regular.

—¿Inteligente?

—Las conocí más tontas.

Siguió contando. Después de una discusión en clase sobre un trabajo escolar, fuera ya del colegio, esperando el autobús y ante testigos, Clara —así se llamaba la chica— le había dado una bofetada. Respondió él con una patada que le costó otra visita a tutoría, una buena bronca y dos semanas de expulsión. A ella no le reprocharon nada.

—Mucho repetir que somos iguales, pero fui el único al que sancionaron.

Afloraba en Lerrant la sonrisa inacabada.

—El mundo es un lugar injusto, Kowalski.

—Y que lo digas.

—Lo que se gana por un lado se pierde por el otro.

—Sí.

—Y ellas pueden ser peligrosas.

—Mucho... Y lo que las hace más peligrosas es saber que pueden serlo.

Enarcó Lerrant las cejas.

—Tienes una buena cabeza, ¿eh?

—Las hay mejores.

—Por eso es buena. Porque sabe que las hay mejores.

Un ligero cambio del viento atrajo la atención de Lerrant, que miró en torno. Las nubes lejanas se multiplicaban despacio, como si empedrasen el cielo.

—En cuanto a la violencia por la que preguntas, la de verdad, se trata de algo muy distinto... Existen maneras y maneras; pero sobre todo es necesaria la intención de hacer daño.

—¿Y no la tienen todos? —se sorprendió Cal.

—No, para nada. La mayoría no tiene intención real, o no se toman en serio a sí mismos. Vocean y amenazan más que actúan... La violencia eficaz es deliberada, precisa y tranquila. Los habituados saben reconocer a quien la practica; y eso, paradójicamente, evita muchos problemas.

—¿Igual que dos bandos con armas nucleares que tienen mucho cuidado el uno con el otro?

—Exacto.

—Quiero saber cómo hacerlo. Cómo hacer que te respeten... O que te teman.

—Será útil para tus videojuegos, supongo.

—Y también para mi vida.

Lo observaba Lerrant como si atisbara en él otros Cal en los que no había reparado hasta entonces.

—Bien, tal vez puedas aprender algo —concluyó—. Un par de trucos útiles. Hablaremos algún día de eso.

Le sostenía el muchacho la mirada, sorprendido de lo seguro de sí mismo que se sentía en ese momento.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. No te creo, pero a veces sí te creo.

Lerrant había bajado a dormir y Cal se encargaba de la primera guardia. Sentado junto a la bitácora, con el chaleco autoinflable asegurado por un mosquetón a una de las líneas de vida extendidas a uno y otro lado de la cubierta, veía apagarse el postrer rastro de luz. Sólo oía el rumor ligero del agua hendida por la roda. Mar y cielo se confundían ya sin línea de horizonte, en una penumbra azulada y gris donde aún era posible percibir algunas formas. Y a través de esa última claridad incierta se movía el velero, impulsado por la brisa hacia la oscuridad que venía desde levante.

Miraba hacia la proa y las bandas cada diez minutos, vigilando por si aparecía alguna luz. Media hora antes había comprobado con el AIS y el radar que todo estaba claro en un radio de dieciséis millas; pero en los días que llevaba a bordo había acabado por hacer suyo, a instancias de Lerrant, el principio marino de la saludable incertidumbre. De vez en cuando se ponía en pie, apoyaba los codos en la parte superior del quitavientos, y con los prismáticos pegados a la cara dirigía una mirada semicircular de través a través. Todo parecía despejado, pero eso lo tranquilizaba sólo hasta cierto punto, pues sabía que podían toparse con cualquier objeto semihundido,

flotante o peligroso: desde redes o palangres sin balizar hasta contenedores perdidos a causa del mal tiempo.

Comenzaba a hacer frío. Pensó en bajar a por la trenca y un gorro de lana, y se disponía a hacerlo cuando algo que vio en la proa, una diminuta luz verde, lo puso alerta. Recurriendo de nuevo a los prismáticos, pudo percibir sobre esa luz una sombra algo más oscura, vertical y larga, que se acercaba casi en la misma línea que el rumbo seguido por el *Nostos*. Tras un poco más de observación, acostumbrados los ojos al balanceo, identificó la presencia de una vela henchida por la brisa. Entonces el corazón del muchacho empezó a latir con rapidez. Una lona y aquella pequeña luz, que a veces se acompañaba de otra roja que aparecía y desaparecía, sólo podían significar una cosa: un velero venía de vuelta encontrada, en dirección opuesta, y los rumbos iban a pasar muy cerca uno de otro. Demasiado, quizás. Por un momento pensó en despertar a Lerrant, pero se quedó quieto, mirando. No era difícil resolver aquello, y se sentía capaz de hacerlo solo. Tras otra minuciosa observación para asegurarse de que era la luz verde la que se veía todo el tiempo, pulsó 10º a babor la tecla del piloto automático, dando aún más resguardo al otro barco. Verde con verde y roja con roja, le había insistido siempre el patrón del velero.

Se mantuvo de ese modo, muy tenso y con una mano apoyada en el timón, dispuesto a maniobrar en caso necesario, mientras veía acercarse la silueta del barco, cada vez más próxima, cada vez más definida surgiendo de la noche. Al fin los dos cruzaron sus rumbos pasando uno cerca del otro, verde con verde, dos sombras silenciosas en la última penumbra. Y justo cuando Cal pensaba que alguien estaría observándolo desde el otro velero, de guardia como él, vio brillar la luz de una linterna, una, dos, tres veces, enviándole un silencioso saludo. Entonces, emocionado, apartando apresuradamente las bengalas del cofre lateral de la bañera, cogió la linterna, apuntó hacia el barco que se alejaba por la aleta de estribor y pulsó tres veces, enviando tres destellos idénticos como respuesta: buena suerte y buen viaje. Después, absorto en su contemplación, lo vio sumirse en la oscuridad que ya se adueñaba de todo. Mientras lo hacía llevó una mano a la cara y se quitó las gafas, incómodo porque

se le habían mojado los ojos y sentía deslizarse una lágrima inesperada. No estaba solo en el mar ni en la vida, pensó de pronto. Había otros como él, hermanos sin rostro, de lealtad silenciosa, capaces de reconocerlo como a uno de los suyos. De enviarle unos destellos de linterna, a modo de saludo, cuando sus barcos se cruzaban en la noche.

Cal Gadea había pasado dieciséis años anhelando que alguien le enviase esos destellos.

Hubo otro encuentro al día siguiente por la mañana. Lerrant intentaba enseñarle el uso del sextante cuando algo llamó su atención por la proa.

—Hay un barco allí —dijo.

Navegaban a motor en un mar calmo, a palo seco, pues el viento era flojo y de proa. Las nubes como copos seguían rondando el horizonte sin adueñarse de él, y el sol cenital volvía añil el cielo y cobalto el mar. Era una buena luz que iluminaba lo que primero fue un punto oscuro, inmóvil en la distancia, y más tarde, a medida que se acercaban, una embarcación de color gris con un motor negro y grande a popa.

—¿Pescadores? —preguntó Cal.

Negaba Lerrant con la cabeza mientras miraba por los prismáticos.

—No hay nadie a bordo —dijo tras un momento.

—Puede que estén buceando.

—Nadie hace eso aquí.

Ya estaban cerca, y modificaron un poco el rumbo para aproximarse más. Era una lancha descubierta, vacía y a la deriva. Miraba Lerrant manejando la rueda del timón, y Cal señaló unas letras y números burdamente pintados con espray.

—¿Qué significan?

—Es una patera... Inmigrantes del norte de África. Venían de Túnez, probablemente.

—¿Y dónde están?

—Fueron rescatados. ¿Ves las marcas?... La guardia costera italiana se hizo cargo de ellos.

—¿Y dejaron aquí la embarcación?

—Remolcarlas da problemas burocráticos y de toda clase. Una vez rescatada la gente, suelen abandonarlas.

—¿Ni se las llevan, ni las balizan, ni las hunden?

—Eso es.

—Pero supone un peligro. Pudimos haber chocado con ella de noche.

—En el mar siempre hay peligros. Éste es uno más.

—Pues me parece indignante.

—Protesta entonces —a Lerrant parecía divertirle la idea—. Tu inglés es bueno y abajo tienes la radio... Llama a la costera de Palermo, señala el encuentro y la posición, y císcate en sus muertos.

—Desde luego que voy a hacerlo, más rápido que deprisa.

Bajó a la mesa de cartas y sintonizó en la radio VHF el canal 81: identificador del velero, latitud y longitud. Hallazgo de una embarcación de emigrantes vacía y a la deriva, sin señalizar y sin aviso a navegantes. Le respondió una voz masculina amable e indiferente. Muchas gracias, mensaje recibido, despeje el canal, por favor. Subió a la bañera más indignado que al bajar.

—Esto es el Mediterráneo —lo consoló Lerrant—. Un mar de orillas viejas, culto a diferencia de otros mares bárbaros, estoico, resignado a sí mismo. A sus encuentros y desencuentros múltiples.

Miraba Cal alejarse la patera por la popa.

—¿Siempre fue así?

—Sí... La primera globalización, palabra que ahora está de moda, nació aquí. Luego se desmoronó a causa de una catástrofe que, naturalmente, vino por el mar.

—¿La Atlántida y todo eso?

Asintió Lerrant, aprobador.

—Estás pasando el examen con buena calificación —dijo.

Se sintió halagado Cal, aunque no dijo nada. Procuraba mantener el gesto huraño. Miraba el patrón del velero hacia la popa.

—El caso —prosiguió— es que el vaivén se repitió durante siglos. Más que un mar, el Mediterráneo es una memoria —se volvió hacia

Cal—. ¿Sabes quién fue San Isidoro?

—Ni idea.

—Escribió una enciclopedia de su época. Sería útil para tu videojuego, porque menciona monstruos y criaturas extrañas. Cuando habla de este mar lo llama *Mare Magnum* y añade: *In conparatione eius minora sunt...* Que comparados con él, todos los otros mares son pequeños.

—Qué tontería.

—No tanto. En el siglo sexto la información geográfica era limitada, pero él se refería a otra cosa: menos a su extensión que a su carácter... Lo que hizo posible y lo que todavía contiene.

Cal estuvo un buen rato pensando en eso.

—¿Has navegado por otros mares? —preguntó al fin.

—Por alguno más. Pero siempre acabo regresando a éste. Es mitad hogar, mitad prisión.

Lo vio el muchacho hacer un gesto con el mentón, señalando a lo lejos.

—El amable azul —añadió Lerrant—. Así lo llamaba un pintor francés al que conocí. Aquí empezó todo y aquí acabará todo.

—¿Hablas de ti?

—Como he dicho, hablo del Mediterráneo.

—No veo gran diferencia entre él y tú.

Le dirigió Lerrant una larga y silenciosa ojeada.

—Eres un tipo singular, Kowalski —dijo entonces—. Me resulta interesante tu manera de mirar el mundo... Casi educativa.

—No te burles.

—No lo hago.

—Dudo que necesites aprender nada.

—Te equivocas. Llevo una eternidad aprendiendo cosas.

Contemplaba Cal la línea del horizonte.

—¿Ya estamos cerca de Sicilia?

Señaló Lerrant hacia el sur por la banda de estribor.

—A unas treinta millas de Trapani, más o menos.

—¿Qué es Trapani?

—Una ciudad que fundaron hace treinta siglos. Cerca hay un templo, o lo hubo...

Se había interrumpido, arrugado el ceño. Parecía esforzarse en recordar.

—¿Lo hay o lo hubo? —preguntó Cal.

—No recuerdo si aún sigue ahí... Lo cierto es que los fenicios, y después los griegos y los romanos, veneraban en él a la diosa de la fertilidad, que primero se llamó Astarté, luego Afrodita y más tarde...

—Venus —atajó Cal, satisfecho de poder hacerlo—. Algunos libros sí los he leído.

El patrón del velero le dirigió otro ademán de aprobación. Lo miraba el muchacho entre escéptico e interesado.

—Habrás estado en Sicilia con los romanos, claro —hizo una pausa sarcástica, con mala intención—. Según tú.

—Sí, desde luego —asintió con naturalidad Lerrant—. Y con los árabes y los normandos y los españoles... Incluso con Garibaldi.

—¿Quién es Garibaldi?

—Da igual. Uno.

—¿Y a qué te dedicabas todas esas veces?

—Cosas diversas: comercio, pesca de atún, coral, vino, aceite... En ciertos momentos con unos; y en otros, con otros.

Señaló Cal las cicatrices y tatuajes desvaídos que Lerrant tenía en las manos y los brazos.

—¿También fuiste soldado?

—En ocasiones lo fui y en otras lo sufrí —se miraba pensativo la falange mutilada del meñique izquierdo—. Lo malo de pelear con las manos son las lesiones que te quedan.

—¿Te daba igual un lugar que otro, ser una cosa o la opuesta?

—La verdad es que sí. Me daba igual.

—¿Qué pasa?... ¿Nunca creíste en nada?

Había cogido Lerrant el sextante del banco de la bañera y movía, distraído, la alidada y los filtros.

—Con el tiempo olvidé todo aquello en lo que creí.

—Ni siquiera aparentas creer en la muerte.

No hubo respuesta a eso. Metía Lerrant el sextante en su caja, cerrándola con delicadeza.

—Volviendo a lo de antes —dijo tras un momento—, este mar no se parece a ningún lugar ni a ninguna otra civilización. Todo pasa y

regresa, se añade y se mezcla: egipcios, minoicos, micénicos, fenicios, hebreos, griegos, cartagineses, romanos, cristianos, musulmanes...

Torcía el gesto Cal, escéptico de nuevo.

—Vuelves a hablar como si los hubieras conocido a todos.

—A alguno conocí, como he dicho. Y cuando lo piensas, adviertes que poco ha cambiado —miró alrededor—. De la guerra de Troya a las barcas de inmigrantes.

Le dio la caja del sextante a Cal.

—Llévalo abajo, anda. Con cuidado. Además del compás, es el instrumento más precioso que llevamos a bordo.

—Eso era antes —opuso Cal—. Ahora, con el GPS y la electrónica...

—La electrónica puede irse al diablo, como casi todo en este mundo. Pero el sol y las estrellas seguirán ahí.

Obedeció el muchacho. Cuando estuvo de vuelta en la bañera, Lerrant seguía contemplando el mar.

—Supongo que hasta la luz influye —dijo como si no hubieran interrumpido la conversación—. Aquí se creyó en dioses, no en los fantasmas, duendes y trols del brumoso norte de Europa... También se mató mucho, no por órdenes superiores, sino por pasiones auténticas: por ambición, por lujuria, por envidia... Por viejo y sólido odio meridional.

—¿También eres un experto en eso?

—Bueno... Menos que en tus videojuegos, pero algo maté.

Se miraba Lerrant otra vez, absorto, las marcas de los brazos. Al fin dirigió una ojeada circular al horizonte.

—Curiosa paradoja, ¿no crees?... El Mediterráneo, con sus orillas mestizas y puertos semejantes de Gibraltar a Estambul, fue colonizado por extranjeros que llenaron sus costas de acero, cemento y cristal. Pero ahora, por otros caminos, vuelve a ser él —señaló hacia popa, por donde había desaparecido la patera—. Esos que lo cruzan y desembarcan en todas partes están unificándolo en lo que antes fue... Un caos de lenguas y culturas.

—No entiendo eso de que vuelve a ser él —confesó Cal.

—Quiero decir que la Historia es paciente en sus venganzas. A pesar de los cruceros que vomitan masas de turistas donde antes había trirremes y corsarios, a pesar de que en vez de sangre las aguas se manchan de crema solar y residuos plásticos, este mar sobrevivirá a lo que llaman Europa... Estaba aquí hace diez o veinte mil años, antes que ella, y estará cuando ella acabe de morir.

—¿Acabe?

—Europa agoniza, Kowalski, igual que tarde o temprano ocurre con todo... He visto muertes semejantes.

Lo vio Cal reprimir un bostezo, como si lo aburriera su propio razonamiento.

—Aunque temo —añadió mientras encogía los hombros— que también yo seguiré estando aquí, como este mar y sus orillas.

De nuevo la necesidad de insolencia acudió a la lengua del muchacho.

—¿Incluso para matar, como dices que has hecho otras veces?

—Sí... Es muy posible. También para eso, o para ver cómo lo hacen.

El mar lame tranquilo, con suave ir y venir, la playa de San Andrés de Málaga. Es temprano y en la distancia puede verse el campanario encalado de un convento. En esta fría jornada de diciembre de 1831 todavía no despunta el sol, aunque el cielo se presenta claro y la grisura del paisaje adoptará pronto los colores del día. La fila de uniformes azules, culata de fusil apoyada en tierra, aguarda a que a los sentenciados les venden los ojos. Los cuarenta y nueve hombres que van a morir tienen en sus rostros, demacrados y pálidos por el trance que afrontan, las huellas de la fatiga de las jornadas anteriores y el insomnio de la última noche. Son lo que la política de la época define como revolucionarios, y entre ellos hay militares, políticos, aristócratas, gente del pueblo, un voluntario inglés y un grumete de barco. Procedentes del exilio, han querido cambiar con un golpe de audacia la suerte de una nación sometida a un rey perjuro e infame; pero es la propia suerte, la de cada uno de ellos,

la que se muestra esquiva: un viaje azaroso por mar, un intento clandestino de desembarco, una delación, una emboscada que ahora, sin juicio previo, va a costarles la vida. Pero en realidad, piensa uno de los hombres que los miran, sólo va a verterse un poco más de sangre que se diluirá, al instante, en las aguas de ese mar que tanta sangre ha conocido.

El que con las manos en los bolsillos contempla la escena es uno de los actores secundarios de la tragedia: muy secundario, en realidad. Tripulante de un jabeque maltés —en realidad contrabandista— fondeado ante la playa, Doménico Vagaterra fue traído hace un par de horas con otros marineros para cavar la fosa común donde irán a parar los ejecutados después de que los frailes carmelitas que los asisten se aparten de ellos y el pelotón de soldados dispare sobre sus espaldas, final reservado a los culpables de alta traición. Recelosos de sus compatriotas, de que el castigo se convierta en símbolo para la revolución liberal, los ejecutores han preferido encomendar a extranjeros la tarea de sepultarlos.

Doménico Vagaterra —es innecesario señalar que hace mil setecientos noventa y ocho años se llamaba Ashverus ben Uriel— observa a los hombres que van a morir. Lo hace porque a alguna parte hay que mirar. No siente curiosidad, pues desde que tiene memoria ha visto morir a cientos y a miles de seres humanos: resignados, reacios, silenciosos, vociferantes, de golpe o despacio, con las tripas fuera o las tripas dentro. A algunos incluso dio muerte él mismo, y ninguna variedad le es desconocida o ajena. En este amanecer, como en otras horas grises que vivió antes, Doménico Vagaterra envidia a los que dentro de un momento, tirados en la arena, descansarán hasta la resurrección de la carne, si es que tal resurrección —al antiguo zapatero ni siquiera le queda esa certeza— tiene lugar alguna vez en alguna parte. Se limita a observar, más por costumbre que por verdadero interés, a los hombres a los que en ese momento vendan los ojos. Están alineados hombro con hombro, vestidos unos con ropa humilde, propia de campesinos o gente de mar, y otros de clase alta con redingote o levita y cuellos abiertos; despeinados, ojerosos, pálidos todos. Unos escuchan sumisos las

palabras de los frailes que intentan confortarlos, y otros las rechazan altivos, volviendo la cara.

El primer grupo, una docena, se encuentra listo para el sacrificio. Uno de ellos, de quien se comenta que es el jefe, debe de andar por los cuarenta años: tiene el pelo desordenado, la frente despejada y noble, y alguien ha dicho que luchó en la guerra contra las tropas de Napoleón y alcanzó el grado de general de brigada con sólo veintitrés años de edad. Hasta en el último trance sus compañeros lo tratan con respeto, e incluso el oficial que manda la tropa le muestra cierta deferencia, aunque le haya negado el deseo de dar él mismo, como antiguo militar, la orden de fuego al pelotón que va a ejecutarlo.

Grita el oficial las voces de mando, y la tropa encara los fusiles. Se apartan los frailes. Algunos de los sentenciados agachan el rostro, otros se arrodillan rezando. En el último instante, el jefe, alzada la cabeza, ciegos los ojos bajo la venda que los cubre, vuelto hacia el cielo que ya no puede ver, extiende los brazos y sujeta con afectuosa firmeza las manos de los hombres que tiene a uno y otro lado: uno muy delgado, de aspecto elegante, y otro de más edad, vestido de oscuro y con el pelo cano. Y de ese modo reciben, todos, la descarga cerrada que los derriba.

El aire huele al humo de pólvora que la brisa disipa despacio. Mientras los soldados alinean al siguiente grupo, la arena de la playa absorbe la sangre de los fusilados. El jefe yace de espaldas, asido todavía a la mano de uno de sus compañeros. La venda resbaló de su frente y descubre los ojos entreabiertos, vidriosos, fijos en la nada. Contemplándolo, Doménico Vagaterra piensa que ese rostro tal vez le sea familiar: puede haberlo visto antes en alguna parte; haberse cruzado con él en Cartagena, Marsella, Ceuta o el Cádiz asediado por los franceses del duque de Angulema en el año 23. Montijo, podría ser el nombre. Algo parecido. O tal vez se llame Torrijos.

Ojalá pudiera él mismo, concluye con añeja fatiga, encontrarse donde ese hombre y sus compañeros se encuentran. Tumbarse para siempre con los ojos abiertos o cerrados, y descansar.

Acaba de sonar la segunda descarga y la sangre de otros doce caídos por tierra empapa la arena. Rezan los frailes mientras los soldados alinean al tercer grupo.

Un siglo más tarde, con tranquila melancolía, Doménico Vagaterra —que entonces se llamará de otra manera— reconocerá la escena en un cuadro visto en un museo de Madrid.

IX. La lluvia

*Con lento caminar, como si fuera
un sueño, su espíritu volaba tras
los pasos del hombre que se iba.*

APOLONIO DE RODAS

Dejaron atrás las islas Eolias y pasaron el estrecho de Messina adentrándose en una mañana lluviosa y gris, a motor por la ausencia de viento. El mar era una lámina color de plomo y las orillas de Sicilia y Calabria, alejándose una de otra mientras el *Nostos* navegaba hacia el sur, desaparecían despacio en la bruma húmeda del horizonte.

—Escila y Caribdis —recordó Cal.

Se protegía con un impermeable marino, reluciente de agua, que le había prestado Lerrant. Sentado donde acostumbraba, indiferente al mal tiempo, el patrón del velero permanecía descubierto. La lluvia le mojaba el jersey y los pantalones, goteándole del pelo por el rostro.

—Has leído los libros adecuados —dijo.

—Sólo algunos de ellos.

—*De ese modo cruzamos el estrecho remando temerosos, pues a babor estaba Escila y a estribor la divina Caribdis...*

Se admiró el muchacho.

—¿Te la sabes entera?

—No... Sólo fragmentos. ¿Y tú?

—Algo recuerdo —hizo memoria, voluntarioso—. *Tragando y vomitando el salado mar.*

—Sí, correcto.

Señaló Lerrant la forma imprevista de un ferry que surgía de la cortina gris a poca distancia de la popa. Otro les había pasado por la proa hacía sólo unos minutos.

—Sigue siendo un lugar difícil de navegar, aunque ahora los peligros sean diferentes.

Miraba Cal alrededor sin disimular su interés.

—¿Aquí fue donde las sirenas acosaron a Odiseo?

Indicó Lerrant la popa.

—Tal vez cuatro o cinco millas más arriba, antes de embocar el estrecho.

Inclinó un poco la cabeza, como para recordar, y tras un momento habló de nuevo:

—*Primero llegarás donde las Sirenas, que hechizan con sus voces a todos los hombres que se acercan a ellas...*

Contuvo Cal las ganas de reír. Se sentía bien. Era agradable estar allí, mecido por el leve oscilar del palo y la cubierta del velero mientras surcaban el agua tranquila, bajo la lluvia que sonaba suavemente en la capucha del impermeable y goteaba de la vela aferrada a la botavara.

—No te has atado al mástil, ni me has tapado con cera los oídos —apuntó.

—Eres demasiado joven para que te seduzcan los cantos de las sirenas, y no eres lo bastante viejo para que los añores... De momento pareces a salvo.

—¿Y tú?

—Agoté mi cupo de naufragios.

Se ensombreció Cal.

—¿Y de sirenas?

—También.

Miró en torno el muchacho, buscando pensar en otras cosas.

—Asusta imaginar ese islote rodeado de huesos podridos de marineros —dijo.

—No estaban preparados para la hipótesis más peligrosa.

Hizo Cal un movimiento afirmativo, satisfecho por conocer los códigos.

—Odiseo sí lo estaba —respondió.

—Tenía una Troya ardiendo a su espalda, y algo se aprende de eso. Poseía la falta de escrúpulos de quien conoce las consecuencias de una derrota... Además, lo previno Circe.

Tras decirlo, Lerrant hizo amago de sonreír; pero, como de costumbre, la sonrisa no llegó a sus ojos. Se pasó una mano por el pelo mojado y la secó en una pernera del pantalón.

—Nunca tomes a la ligera la advertencia de una mujer.

Asentía lento, para sí mismo. Tras un instante hizo un ademán vago.

—Siempre *la mujer*, querido Watson —añadió.

—También leí eso.

Vio que Lerrant le dirigía una ojeada aprobadora.

—Me gustas, Kowalski... Eres un chico culto.

—Te he pedido muchas veces que no me llames chico.

—Pues disculpa, compañero.

Otro ferry apareció en el horizonte, a media milla. Sin decir nada, el patrón del velero se limitó a observar cómo Cal lo marcaba visualmente con uno de los winches, calculando rumbo y velocidad hasta comprobar que la demora no se mantenía constante. El otro barco iba más rápido.

—Me gustaría —dijo el muchacho, relajándose— meter una situación como la de las sirenas en mi videojuego.

—Ah... Sin duda sería una buena escena.

—Antes de superar la prueba, o de enfrentarse a ella, el héroe deberá sobrevivir en la isla de Circe.

—¿Y evitar que lo conviertan en cerdo?

—Buena idea.

—Es fácil que nos conviertan en cerdos.

Esta vez Cal no pudo evitar reír un poco. Disimuló mirando el ferry, que después de pasarles ante la proa desaparecía en la lluvia, hacia el oeste. Se quitó las gafas salpicadas de agua y las guardó en un bolsillo.

—Ahí el personaje encontrará las cosas necesarias para superar la prueba de las sirenas, y también la de Escila y Caribdis.

—Suená bien —admitió Lerrant—. Puede ser un gran videojuego.

Sacó un arrugado paquete de cigarrillos y encendió uno, procurando esquivar la lluvia.

—Todo ha sido vivido y escrito ya —el humo de la primera bocanada pareció suspenderse en el aire gris—. El talento consiste en adaptarlo al mundo en que uno vive. Al tuyo, por ejemplo. Cambian los soportes: oral, libros, cine, juegos... Pero las historias siempre son las mismas. Los antiguos griegos las imaginaron y pensaron casi todas.

—¿Quieres decir que lo que parece nuevo es, en realidad, lo que hemos olvidado?

—Probablemente sí —señalaba alrededor—. Por eso es tan importante este lugar, Kowalski... Porque, como te dije, aquí todo ya ocurrió muchas veces. Y en tu caso, conocerlo es comprenderte a ti mismo.

—¿Y tú?

—Yo, bueno... Hace dos mil años que formo parte de este mar y sus orillas —le mostró el cigarrillo húmedo de lluvia—. Cuando fumo al atardecer, bebo un vaso de vino y saboreo una aceituna, también soy el Mediterráneo.

Seguía lloviendo cuando avistaron un solitario pez espada: grande y plateado, reflejos de acero, saltaba una y otra vez con impulso de atleta, rompiendo la monotonía de la superficie plana y gris acribillada de gotas de agua. A Cal le pareció que gozaba con la lluvia. Se lo señaló a Lerrant y éste estuvo observándolo en silencio.

—Es joven, está lleno de vigor —dijo tras un momento—. Disfruta de una ducha agradable.

—¿Son felices los peces?

—En los dibujos animados, sí.

Aquello hizo gracia a Cal. Dibujos animados. Pocos utilizaban ya ese término.

—¿Y en el mundo real?

—Supongo que, como cualquier animal racional o irracional, cuando los peces tienen salud, se aparean o sienten el estómago

lleno, están a gusto en el mundo donde les ha tocado vivir.

—Puede que la felicidad sea eso. Estar a gusto.

—Sí, puede.

Seguía saltando el pez espada, cada vez más lejos.

—He visto que nunca pescas —dijo Cal.

—Es verdad.

—¿Por qué?... Pasas tiempo en el mar. ¿Tampoco cazas cuando estás en tierra?

—No, tampoco. Hace mucho que no.

—Yo estoy contra la caza y la pesca, ya lo sabes.

—Eso te honra.

—Me parecen una infamia. Un atentado contra el planeta.

—Es posible.

Repiqueteaba mansa la lluvia en la capota de lona que habían puesto sobre el tambucho para protegerlo del agua. Más suave desde hacía un rato.

—Y si lo hiciste antes, ¿por qué no ahora?

—No me gusta matar... Ya maté lo suficiente.

—Qué raro. No dices *demasiado*, sino *suficiente*.

—Sí.

—¿Nunca es demasiado?

—No hay límites para eso. A veces, hasta las ideas matan.

Siguió un silencio. Cal intentó ver de nuevo al pez, pero éste ya no saltaba, o se había perdido de vista.

—Dijiste que también eras pescador en alguna de esas otras vidas que te inventas...

Indiferente al sarcasmo, el patrón del velero se limitó a mirarlo durante medio minuto.

—¿Sabes qué es una almadraba? —preguntó al fin.

—No muy bien.

En otros tiempos, dijo Lerrant, en el Mediterráneo había muchos peces espada y de todas clases, y también muchos atunes. Ahora esas especies estaban casi exterminadas, pero antes llenaban el mar y daban de comer a infinidad de gente. Emigraban en grandes grupos según la época del año, siempre por las mismas rutas. Un

complicado sistema de redes, tan antiguo como los fenicios, conducía los atunes hasta un copo final.

—Y allí los esperabais —dedujo Cal.

Tardó un momento Lerrant en hacer un signo afirmativo.

—Sí, en efecto. Allí se les esperaba... La *mattanza*, lo llamábamos.

Parece hervir de espuma el agua, que pasa del azul morado, a causa de la piel de los atunes, al rojo de la sangre. Malla a malla, tirando con las manos de la red desde las barcas que forman el cerco, los pescadores han ido alzando el copo para reducir su hondura. Es lo que llaman *sollevata*, o levantada de la almadraba: atrapados en apenas dos metros de agua, un centenar de enormes peces enloquecidos colean y chocan entre ellos mientras les clavan en las agallas los cloques, los ganchos de hierro atados a la muñeca; y aprovechando los espasmos de los animales al sentirse heridos, con el mismo impulso tiran de ellos y los meten en las embarcaciones que los rodean.

Como a sus compañeros sicilianos, a Baldassare Sbaglia le corre la sangre por el brazo que maneja el gancho. Llega caliente, más que la temperatura del mar y casi tanto como la de los seres humanos. El que fue zapatero en Jerusalén tiene la ropa empapada del agua que levantan los coletazos, las convulsiones, los estremecimientos agónicos de los pesados cuerpos que engancha y sube a bordo con tirones violentos, cayendo en ocasiones de espaldas por el peso y la fuerza de alguno de ellos, que una vez arriba se desliza al fondo de la embarcación con los demás atunes que, unos sobre otros, cada vez en mayor número, se agitan y boquean desesperados.

Mientras estrechan el círculo de la red, gritan los pescadores para animarse, cantan la *aiamòla* —la antigua saloma árabe mezclada con invocaciones a San Agapeno—, vocean de júbilo por la abundante captura o maldicen a las presas que se resisten y revuelven entre la espuma del agua agitada y roja. Muchos ejemplares son enormes, lo que anuncia buena pesca en la almadraba de Vendicari, próxima al pueblecito de Avola. Las familias vivirán, hasta la próxima captura,

de la codiciada carne que van a vender fresca, ahumada, salada o envasada con aceite. Son muchos los ancianos, mujeres y niños que dependen de que la captura sea abundante, y de que los animales que en el fondo de las barcas se estremecen con las últimas convulsiones llenen los mercados, valgan buen dinero, resuelvan por esta temporada la subsistencia de quienes, como ellos, viven del mar: gente dura en un Mediterráneo antiguo y cruel que nada concede fácil a los parias de sus orillas. Donde hay que arrancar el sustento cada día. Donde las tierras se riegan con sudor y las aguas sepultan vidas.

La red ya está levantada. Tan estrecho es el círculo que apenas queda de profundo un metro de agua en el copo donde se revuelven, colean, luchan los últimos atunes. Para alcanzar a los más alejados, algunos hombres se meten hasta el pecho, caminan sobre las mallas para engancharlos y, peleando con ellos, arrimarlos a las barcas donde otros los izan a bordo. Baldassare Sbaglia es de los que entran en el agua roja, gancho en mano. Sabe que el arráez de la almadraba, un viejo pescador llamado Pippo Bontate, lo está mirando. Ese arráez —aquí todavía lo llaman *rais*, como cuando en Sicilia estaban los moros— es un hombre justo, y quienes se esfuerzan suelen cobrar algunas monedas extra al repartirse la paga. Ya ocurrió otras veces, tanto en las almadrabas como en los palangres para pez espada donde Baldassare Sbaglia faena desde que el azar lo trajo a esta tierra y estas aguas en el verano de 1843, hace once años.

Un atún de cuarenta arrobas colea con furia entre la espuma roja, resistiéndose a morir. Caminando sobre el fondo de la red casi a flor de agua, Baldassare Sbaglia se acerca al animal, que se debate violento. Aferrándose a la piel resbaladiza lo sujeta con la mano izquierda por una aleta, que le lacera los dedos, y con la otra busca la manera de clavarle el gancho bajo las agallas. Lo hace agarrándose al animal lo más estrechamente que puede, manejando el hierro con urgente precaución; pues si causa un desgarró en la carne, el valor de la pieza disminuirá al llegar a la lonja. Se revuelve el atún, grande, corpulento, vigoroso en el intento por zafarse, y sus espasmos y coletazos lastiman los brazos y el costado del hombre

que con él lucha. Así, a violentos tirones, empujando con las manos y el gancho, cubierto de la sangre que se diluye en el mar, cegados los ojos por el agua salada, Baldassare Sbaglia consigue llevarlo hasta la barca más próxima, donde otros clavan los ganchos y lo izan a bordo; no antes de que un último coletazo recibido en pleno rostro haga caer a su captor de espaldas, zambulléndolo en la espuma roja. Y por un momento, al emerger de nuevo a manotazos en busca de aire, el hombre caído se siente lejos en el tiempo y el lugar; y la sensación inmediata del animal debatiéndose, reacio a morir, se mezcla en su memoria con la de seres humanos que se debatían del mismo modo, luchando por sus vidas, mientras él mismo, solo o en compañía de otros, oficiaba de lobo carnicero solitario o en manada, según el caso, acuchillándolos hasta la muerte.

Un par de horas después, concluida la matanza, alzada del todo la red, con las velas al viento y de regreso a Avola, Baldassare Sbaglia cruza la vista con Pippo Bontate, y en la mirada aprobadora del *rais* comprende que tiene aseguradas unas monedas más a la hora de hacer el reparto. Le vendrán bien, pues sabe que su tiempo allí ha terminado y en los próximos días emprenderá hacia levante el viaje que cada diecinueve años debe hacer para mantenerse lejos de la colina de las almas errantes; para cumplir con las reglas insoslayables que hace casi trece siglos un pontífice de la Iglesia le impuso en la colina del Vaticano. Una cuarta parte del dinero ganado en la almadraba lo va a reservar para el viaje y el resto irá a manos de la mujer con la que ha pasado los últimos seis años: viuda de pescador, tres hijos anteriores a medio criar, silenciosa como acostumbra las sicilianas, hermosa para aliviarse y tener compañía, mesa donde comer, lecho bajo el consabido crucifijo y estampas de santos en la alcoba de una humilde casa junto al mar. Y que en pocos días acabará, como cuantas la precedieron, sumiéndose en el olvido.

Tumbado al sol sobre la borda para que se le seque la ropa, cansado, soñoliento, Baldassare Sbaglia se palpa un costado, que le duele mucho: quizá tenga un par de costillas rotas. Sin rencor, contempla a los atunes que boquean en los últimos estertores,

hacinados en el fondo de la embarcación entre la sangre diluida en el agua que va y viene con el balanceo de la marejada. El más grande, último que capturó, está casi al alcance de su mano también dolorida, muerto desde hace rato. El único ojo visible, frío e inmóvil, parece fijo en él como un reproche o una advertencia.

Despertó Cal después de una breve siesta, mecido por el balanceo del *Nostos*. Vibraba el motor, seguía sin haber viento y el mar continuaba tranquilo. Aún era de día —el reloj del mamparo señalaba las cinco y cuarto de la tarde— y una claridad cenicienta entraba por los portillos. Se desperezó poniéndose en pie, bebió un sorbo de agua y, acercándose a la escala, echó un vistazo por el tambucho. Lerrant seguía junto a la bitácora y el timón, donde solía. Ahora llevaba su vieja cazadora negra, pero la lluvia le mojaba la cabeza descubierta y las perneras del remendado pantalón vaquero.

Se estaba bien en la camareta. La luz sucia y el agua no invitaban a subir, así que Cal se quedó abajo. Cogió unas galletas y las mordisqueó mientras miraba los libros alineados en los estantes. Ya lo había hecho otras veces, hojeando alguno en los momentos de inactividad. Había un libro de tapas azules en el que se detuvo al azar: *Argonáuticas* era el título impreso en el lomo. Apolonio de Rodas. Lo abrió mecánicamente, como había hecho con otros. Era una edición bilingüe, en griego clásico y en español, maltratada por el uso. Amarilleaba el papel. *Comenzando por ti, Febo, evocaré las hazañas de los antiguos héroes...* El inicio no parecía malo, así que pasó unas páginas al azar. Algunas tenían anotaciones y párrafos subrayados a lápiz o a tinta, y se detuvo en un par de ellas. *Pusieron en sus cabezas los yelmos de bronce de temibles destellos y se agitaron las rojas cimera*s era uno de los subrayados. Leyó alguno más hasta llegar a otro donde se detuvo, paralizado: *Aunque navegara hasta el Hades para liberar a Ixión de sus cadenas de bronce, yo lo ampararía con cuanta fuerza hay en mis brazos*. Pero no fue el fragmento lo que hizo que se detuviera allí —había un videojuego llamado *Hades*—, sino una anotación escrita en el

margen de esa página. Porque reconocía, por los circulitos a modo de puntos sobre las íes, la letra redonda, casi escolar, de su madre:

Moriría por él. Moriría con él. Me dejaría morir sin él.

Fue a sentarse, aturdido, con el libro en las manos. Le costaba mantenerse en pie. Algo desgarrador había estallado en su interior, junto al corazón, y pugnaba por salir fuera, subiendo incontenible de la garganta a los ojos. Su madre había leído aquel mismo libro, había escrito en él. Había dejado allí sus trazos, sus palabras, sus pensamientos, antes de cumplir con lo escrito y navegar hasta el Hades. Pero lo había hecho conmovedoramente sola.

Releyó el párrafo subrayado y la nota al margen. Lo hizo muchas veces mientras la desolación daba paso a la cólera; pero hasta que vio caer lágrimas sobre la página no fue consciente de que estaba llorando.

Subió a la bañera, bajo la lluvia que repiqueteaba en cubierta. Lerrant, que había ido a adujar unos cabos a popa, le dirigió una ojeada de curiosidad cuando lo vio aparecer pálido y furioso, pero no dijo nada. Se limitó a permanecer inmóvil, observándolo. Cal llevaba el libro en la mano.

—Mi madre —dijo.

Agitaba el libro en alto, mostrándolo. Se lo habría arrojado a la cara, y a punto estuvo de hacerlo.

—Mi madre escribió aquí.

—Lo sé —respondió Lerrant.

—Dijo que moriría, y murió... Me dejaría morir sin él. Son sus palabras. Es su letra.

Seguía quieto Lerrant, sin decir nada. Eso enfureció más a Cal.

—Ella no murió de manera natural. Fue culpa tuya. Por tu causa se dejó morir. De tristeza.

—No es cierto —opuso Lerrant al fin—. Tus abuelos hablaron con Flavia, ella estaba mal. Fue un parto difícil y nunca se recuperó del

todo.

—Ah, bien, vale... O sea, que fui yo quien la mató.

—No he dicho eso.

—Eres un hijo de puta.

El insulto resbaló sobre un rostro impasible. Golpeaba Cal el libro con la otra mano.

—Se extinguió por ti. Sin ti. Aquí lo pone.

Seguía mirándolo Lerrant sin decir nada.

—Ella te amaba, maldito seas —insistió Cal—. La dejaste sola y eso la mató.

Lo vio despegar al fin los labios.

—No podía...

—Ojalá pudiera matarte yo —lo interrumpió el muchacho.

Dio la espalda con un arrebato, y descendiendo por la escala regresó a la camareta. Iba ciego de furia. Arrojó el libro sobre la mesa de cartas mientras miraba alrededor con desesperada avidez. Quería golpear, romper cosas, desahogar la angustia y el odio que lo estremecían. Durante tres segundos miró el cuchillo colgado junto a la mesa de cartas. Habría hundido el *Nostos* en ese momento, de saber cómo hacerlo, para arrastrar con él a Lerrant al fondo del mar, a la nada, al infierno. Para vengar el recuerdo de su madre y las lágrimas que seguían corriéndole por la cara.

De pronto tuvo una idea. Lo asaltó causándole un violento placer anticipado, vengativo: una amarga satisfacción desesperada y brutal. Fue hasta el panel del suelo bajo el que se escondía la bolsa con el retablo de Santa María de Sassari envuelto en su interior. Retiró el panel, abrió la bolsa, cogió de la gambuza cinco latas de conserva grandes y pesadas, las metió en la bolsa y volvió a cerrarla. Con ella en la mano regresó a la bañera.

—¡A la mierda todo! —dijo.

Y arrojó la bolsa por la borda.

Lerrant se mantenía quieto en la popa. No hizo ningún movimiento para detenerlo, ni pareció alterado. Se limitó a ver cómo la bolsa quedaba atrás y se hundía en el agua, siguiéndola con la vista hasta que desapareció de la superficie. Tras un momento se volvió hacia Cal. Lo miraba colérico el muchacho, que se había acercado por la

cubierta porque sentía el impulso, el deseo, la necesidad de empujar también al patrón del velero y arrojarlo al mar. Lo habría hecho si hubiera podido, pero era obvio que no podía; así que se mantuvo ante él, desafiante en su impotencia, de pie bajo la lluvia que los mojaba a los dos. Esperando su reacción.

—Eso es un problema —dijo Lerrant con mucha calma.

—Pues te jodes con tus problemas.

Asintió el otro lentamente, como si lo pensara. No había expresión alguna en su rostro: sólo el agua que goteaba desde el pelo mojado. Por fin, sin cólera ni ensañamiento, con una precisión calculada, fría, golpeó a Cal: primero en el plexo solar, lo que hizo que el muchacho se encorvara sin aliento, y luego con un golpe lateral de derecha a izquierda en la cara, ni muy fuerte ni muy flojo, entre bofetada y puñetazo, que lo derribó sobre la cubierta.

Se quedó Cal tumbado de espaldas, más estupefacto que dolorido. La lluvia le caía en la cara. De pronto lo sacudió un arrebato de humillación y furia.

—¡Maldito cabrón! —dijo, incorporándose.

Se lanzó ciego de ira contra Lerrant, cabeza baja y puños por delante, dispuesto a empujarlo y a precipitarse al mar con él si fuera preciso.

—¡Cabrón! —repitió.

Dejándolo llegar, sin alterarse ni mover los pies de la cubierta, tan calmado como si estuviera haciendo una tarea rutinaria, Lerrant lo golpeó de nuevo. Esta vez fue en la mandíbula, y Cal vio extrañas luces de colores al caer otra vez sobre la teca mojada. Se removió mientras recobraba el control de los sentidos. Lo curioso, pensó asombrado, era que no sentía dolor. Sólo la necesidad de levantarse y pelear de nuevo.

Lo hizo. Primero con una rodilla en el suelo, ayudándose con las manos. Por fin estuvo de pie. Ignoraba si el vaivén de su cuerpo se debía a los golpes recibidos o al movimiento del barco. *Pusieron en sus cabezas los yelmos de bronce de temibles destellos*, recordó. *Y se agitaron las rojas cimeras*.

Volvió a lanzarse contra Lerrant intentando alcanzarlo de alguna manera, pero éste lo detuvo con otro puñetazo, esta vez en el

estómago, que lo dejó sin respiración, derribándolo de nuevo.

—Para ya —oyó decir, confuso.

Estaba mojado de la cabeza a los pies y la lluvia seguía sobre él, cegando sus ojos cuando los abría. Ahora sí empezaba a sentir dolor en la cara y el pecho. Tras un momento, reuniendo las fuerzas que le quedaban, rodó hasta los guardamancebos, y agarrado a ellos pudo ponerse de pie. Se tambaleaba como un boxeador sonado, y a punto estuvo de caer al mar. Lerrant seguía sin moverse en el mismo lugar que al principio, mirándolo atentamente. Casi con curiosidad técnica, o eso parecía. Cal respiró hondo tres veces para llenar los pulmones con el aire húmedo y acometió de nuevo.

Esta vez el golpe lo alcanzó en la sien izquierda. Cayó de espaldas y ante sus ojos el gris de la lluvia se veló de penumbra morada. Había en ella pequeños relámpagos y estrellas minúsculas que acribillaban sus retinas, y se vio invadido por la necesidad de permanecer inmóvil, abandonarse a esa penumbra y dormir. Iba a hacerlo cuando recordó el libro, el párrafo subrayado. *Aunque navegara hasta el Hades, yo lo ampararía con cuanta fuerza hay en mis brazos.* Y la nota al margen, con aquellos circulitos sobre las íes. *Me dejaría morir sin él.*

Como si el recuerdo lo despertara de un sopor engañoso, gimió con sobresalto mientras intentaba incorporarse. Se sentía dolorido y exhausto, con la lluvia cayéndole en la cara. Cerraba los puños esforzándose por levantar el torso, otra vez resuelto a pelear. Pero una mano apoyada en su pecho se lo impidió. Abrió los ojos y vio a Lerrant muy cerca, inclinado sobre él. Se vislumbraba un brillo de admiración o de respeto en la dureza de sus iris muy oscuros. Casi sonreía.

—Tranquilo, Kowalski. Lo has hecho muy bien... Mantente tranquilo.

Durmió un par de horas en su camarote después de que Lerrant lo llevase hasta allí, le quitara la ropa mojada y lo friccione a fondo con una toalla. Y al despertar lo encontró sentado en el borde de la

litera, contemplándolo. Tenía el patrón del velero un aire fatigado, y la barba de varios días le sombreaba el rostro.

—Creo que lo siento —murmuró débilmente Cal.

Lo sentía de verdad, calmada ya la cólera. Pero Lerrant no parecía mostrar enfado, sino curiosidad.

—¿Crees?

—Bueno... Lo siento.

Lerrant siguió un rato como estaba, silencioso. Al cabo hizo un ademán resignado.

—Se impone un cambio de planes —dijo.

—Yo no pretendía eso...

—Sé lo que pretendías.

En tono tranquilo, sin darle dramatismo al asunto, el patrón del velero expuso la situación. Perdido el retablo, resultaba impensable atenerse al plan original. Nada tenían ya que hacer en El Pireo, y lo más sensato era poner mucho mar de por medio entre ellos y Mariagrazia Ritter, Taplow y su gente. Descartada la ruta por Grecia y el canal de Corinto, se desviarían al sur, cruzando el mar Jónico hasta pasar entre el norte de Creta y las islas del Egeo oriental.

—¿Por qué seguir adelante? —quiso saber Cal.

—Tengo una cita a la que no puedo faltar.

—¿Dónde?

Miró Lerrant hacia el mamparo de proa, señalando un punto imaginario.

—Allí, en la orilla de levante.

—Sí, pero ¿dónde?... ¿Con quién?

—Lo sabrás cuando lleguemos.

—¿Te refieres a la cita que, según dices, tienes que cumplir cada equis años?

—Esa misma. Debo firmar en un libro, y el libro se encuentra en ese lugar.

—Y si no...

—Si incumplo, ya lo sabes. Me espera la colina de Sísifo.

Se agitaba Cal en sus adentros, desconcertado. A veces, sobre todo en los últimos días, su escepticismo se cuarteaba ante el aplomo con que Lerrant dejaba caer sus mentiras, o lo que fueran:

aquella serenidad inmutable que impregnaba cada uno de sus actos, palabras y silencios.

—Lo del retablo... —quiso justificarse de nuevo.

El patrón del velero movió indiferente la cabeza.

—No te preocupes por eso. Te asombraría la cantidad de retablos, cuadros, libros y cosas hermosas que he visto desaparecer... —permaneció absorto un momento—. Sólo es una más.

—Pero esa gente se pondrá furiosa cuando no lleguemos. Seguro que van a buscarnos.

—Oh, sí, conozco a Taplow. Lo hará.

—¿Y entonces?

—El Mediterráneo es grande y no saben a dónde nos dirigimos. Vamos a ser muy cautos: nada de radio y poca electrónica encendida, porque no la necesitamos. En el Egeo siempre hay islas a la vista y es fácil situarse. Seremos astutos.

Sintió Cal deseos de sonreír, pero se contuvo.

—Astutos como Odiseo —se limitó a decir.

—Exacto —Lerrant tocó con un dedo el libro que estaba sobre la litera—. O como el argonauta Jasón, hábil en embustes.

Aquella noche durmió mal. Se despertaba dando vueltas en la litera y acabó por encender la pequeña luz situada sobre su cabeza. Afuera debía de haber cambiado el tiempo, pues ya no se oía repiqueteo de lluvia. También el motor había dejado de sonar: el *Nostos* navegaba escorado a estribor, y a través del casco se deslizaba rumor de agua surcada limpiamente por la roda. De vez en cuando, hasta Cal llegaban los sonidos de Lerrant moviéndose por cubierta: sus pasos de proa a popa y el girar de los winches al cazar las escotas de las velas. Eso le hizo recordar algo que había leído en *Moby Dick*: el resonar de pasos del insomne capitán Ahab.

Cogió las *Argonáuticas* y leyó durante un largo rato, prestando atención a los párrafos subrayados pero saltándose muchas páginas. Era un libro aburrido, concluyó: una especie de catálogo de héroes y guía de viajes. Dos mapas desplegados mostraban el camino de ida

y vuelta al mar Negro, hecho por los cincuenta y cinco tripulantes de la nave *Argo* en busca del Vello de Oro a través de unas aguas llenas de peligros, tenebrosas y mortales. Había episodios interesantes, como las rocas que se acercaban y alejaban entre sí amenazando con aplastar la nave, la terrible serpiente custodia de la encina mágica o los fantasmales hombres nacidos de la tierra que el héroe iba segando con su espada —buena idea para su videojuego, tomó nota mental de eso—. Pero el conjunto del libro, subrayados aparte, le pareció poco atractivo. Mejoraba hacia la mitad, cuando la doncella Medea, enamorada por influjo de los dioses, entraba en escena para ayudar a Jasón a conseguir su objetivo.

Que, salvado y sin daño gracias a mí, se vaya después allá donde le plazca. Y el mismo día en que él supere la prueba, yo moriré, bien colgando mi cuello de una viga, bien tomando una droga que me destruya el alma.

Se detenía Cal en los subrayados sobre Medea, cada vez más atenazada la garganta. Al pasar cada página los dedos parecían transmitirle el dolor, la soledad de su madre mientras presentía el abandono y el final que la aguardaban: *Ella, conmovida, hasta le hubiera dado su corazón entero, arrancándolo de su pecho si él lo hubiese deseado...* El personaje de Jasón, la semejanza que Cal, o el texto que tenía en las manos, establecía con Asier Lerrant, se dibujaban culpables en la imaginación del muchacho. La fría ingratitud, el egoísmo, las mentiras: *Ni de noche ni de día, jamás te olvidaré si escapo de la muerte*, había jurado el argonauta. Y otra vez el reproche desesperado de ella, al final:

¿Dónde fueron a parar tus juramentos a Zeus y tus melosas promesas? Por ti, de modo indecoroso, con vergonzosa decisión, yo me alejé de mi patria, de mi honrada casa y de mis padres, y alejada y sola me arrastró por el mar la amargura de seguirte.

No pudo soportar más y cerró el libro. El rencor atenuado por el violento desahogo de las últimas horas volvía una y otra vez, como

un veneno que no se diluyese nunca. La última línea leída quedó en su cabeza y su corazón igual que una flecha vibrante, recién clavada:

Y las lágrimas de las sollozantes mujeres, cual gotas de aceite, eran llevadas por las aguas.

—No fue de ese modo —dijo Lerrant más tarde.

—¿Cómo, entonces?

—No ocurrió como crees.

—Pues ella lo vio así, lo adivinó... Todo cuanto subrayó lo prueba.

—Nada había que adivinar. Lo supo desde el principio, nadie la engañó. Yo nunca fui Jasón. No con ella, al menos.

—Lo del libro, con sus marcas y notas, se refería a vosotros dos —insistió Cal.

Miraba Lerrant el cielo de nubes bajas y algodonosas. Los primeros rayos del sol, todavía oculto bajo la línea del horizonte, lo teñían de rojo.

—Fui con tu madre todo lo honrado que podía ser —dijo tras un momento—. Lo fui desde siempre. Le conté lo que jamás contaba a nadie.

—¿Y te creyó?

—Completamente. Desde el principio.

—¿Y no podías haberla conservado cerca de ti?... Dejarla envejecer a tu lado, en paz, amándote como te amaba. ¿Qué pasa?... ¿No te iba a gustar igual de joven que cuando fuera anciana?

—No seas estúpido.

—No lo soy.

—Claro que lo eres... ¿Crees que eso me habría importado? ¿Que renuncié por capricho a su juventud y su belleza, a su madurez que imaginaba espléndida, a su dulce vejez? ¿Que no habría cuidado de ella hasta un largo y lejano final, de haber podido?

—Podrías haberlo intentado, al menos. O esperar. No dejarla atrás de esa manera.

—No tienes ni idea de cómo son las cosas. De los plazos y disciplina a que estoy sometido. De la prohibición absoluta de conservar las vidas pasadas y la obligación de empezar de nuevo, desde cero, en el lugar que se me determine... ¿Acaso piensas que soy libre?

Lo vio Cal levantar otra vez el rostro al cielo y luego hacia el horizonte. El sol despuntaba ante la proa como una mota incandescente que aumentara de tamaño.

—Ella lo sabía. Lo supo desde el principio. La previne de todo; y aun así quiso venir conmigo.

Se detuvo, entornados los párpados ante la luz, e hizo un ademán fatalista, de hombre vencido.

—Nunca supe lo que era la felicidad —añadió— hasta que la viví con ella.

Por un momento hubo algo distinto en su tono, advirtió Cal. Insólito en Lerrant. Más tierno, quizás, o extrañamente conmovido. Pero el muchacho no estaba dispuesto a dejarse ablandar.

—¿Y yo? —planteó con aspereza.

—Te lo dije al poco de conocernos. Ella te pidió expresamente. Quería quedarse con algo mío. Con algo nuestro.

—¿Y de esa manera no violaste tus cochinas reglas?

—Pues claro que lo hice —se le ensombrecía el rostro—. Y aún no conozco las consecuencias.

—No me rayes. ¿Hablas en serio?

—Completamente. Voy camino de eso, de saberlo. Y quizá tenga sentido que me acompañes. Todo puede suceder cuando lo maquinan los dioses.

—¿Los dioses? —se burló Cal—. Bonita frase. ¿Es tuya?

—No, de Sófocles.

—Vaya... ¿También conociste a Sófocles?

—No seas idiota.

El sol se despegó del horizonte, deslumbrando al muchacho. Vio avivarse el azul del mar. El color de las nubes viraba del rojo abigarrado al blanco luminoso.

—No sé qué ocurrirá esta vez, cuando me vea delante del libro en el que debo firmar —dijo Lerrant.

—Ojalá te manden al infierno. Al tuyo, quiero decir. A esa colina de las piedras que nunca consiguen llevar arriba.

Esbozó el patrón del velero su sonrisa imperfecta.

—Si es así, tú estarás allí, mirando... Vas a ser el primero en saberlo.

Siguió un silencio muy largo. Tensas las velas bajo un viento favorable, con toda la lona arriba, el *Nostos* navegaba cómodo: quince nudos de viento en el anemómetro y siete en la corredera. A popa flameaba la bandera griega, y arriba, en la cruceta de babor, la roja con el león de Venecia. Cal miró en torno, respirando con placer la brisa húmeda y limpia. Casi con disgusto, incluso a su pesar, confirmó que se sentía muy bien allí.

—Cuéntame otra de tus mentiras —dijo de pronto.

Lo estudió atento Lerrant, sorprendido al principio.

—¿La prefieres de mar o de tierra?

—Pues no sé. Dices tener millones, ¿no?... Algo que ocurriese cerca de aquí.

Hizo un ademán circular el patrón del velero.

—Casi todo ocurrió cerca.

—¿Siempre fueron cosas violentas, desagradables?

—No siempre... Aunque cada día sea el aniversario de alguna atrocidad, también conocí muchos momentos de paz.

Cal se sentía de repentino buen humor. Quizá era aquella luz, el mar azul, la forma en que navegaba el velero. Quizá Lerrant lo convencía, en ocasiones, más de lo que él deseaba ser convencido. El recuerdo doloroso de su madre se mezclaba ahora con otras imágenes y situaciones. Confundido entre sentimientos opuestos.

—Bueno, vale —admitió—. Una historia de ésas, entonces.

—Dime un lugar.

—Pues no sé... ¿Albania? ¿Egipto?

Parecía pensarlo Lerrant. Al cabo se pasó una mano por el mentón sin afeitarse.

—¿Has oído hablar del canal de Suez?

—Pues claro que he oído hablar.

—Yo lo construí.

—Venga ya.

—En serio. Estuve entre quienes lo construyeron...

Esta vez los cañonazos no son bélicos, sino festivos. Desde las ocho de la mañana, veintidós barcos de varias potencias occidentales, celebrándolo con salvas, navegan solemnes desde Port Said a Suez en la inauguración del canal. Abre la marcha el vapor de ruedas *L'Aigle*, que lleva a bordo a Eugenia de Montijo, emperatriz de Francia, y al ingeniero Lesseps, artífice de la obra. Siguen más barcos con el emperador de Austria y otros miembros de la realeza, la diplomacia y la política europeas, incluido el jedive de Egipto. Del Mediterráneo al mar Rojo, acortando la ruta hacia Asia que antes rodeaba el continente africano, el canal de Suez alcanza 164 kilómetros de largo. Gracias a él, ha dicho algún notable en alguna parte, el mundo es ahora un lugar más moderno y más pequeño.

Sentado en una loma de arena y piedras de la orilla oriental, entre centenares de egipcios curiosos que contemplan el espectáculo, impasible por costumbre bajo las moscas que le corren por el rostro y los brazos, el hombre llamado Hakim Yersizu mira pasar los barcos. Las obras, previstas para seis años sobre dunas de arena, desierto rocoso y pantanos, han tardado diez en concluirse: dificultades financieras y de ingeniería, problemas con la mano de obra nativa y hasta un brote de cólera —casi todos los compañeros de Hakim Yersizu enfermaron, pero no él— han convertido el trabajo en una aventura insalubre e incierta. Durante una década trabajó en ella, primero retirando tierra con pico y pala, después a bordo de un barco-draga en los Lagos Amargos, y al fin participando en la voladura —sus conocimientos asombraron a los capataces— de las rocas sumergidas que dificultaban el paso frente a las Ruinas Persas. Y ahora, sentado entre los demás, cubierto con una kufiya de pastor o campesino, ve pasar la comitiva y escucha las notas lejanas de *Partant pour la Syrie* que con escasa oportunidad geográfica, en su

opinión, toca la orquesta a bordo del yate que lleva a la emperatriz de Francia.

Mira pasar los barcos, que parecen palacios flotantes entre las dunas y roquedales que, según Heródoto, un faraón intentó excavar, sin éxito, siete siglos antes de la era cristiana. Y sobre el lago de las Hienas, junto a la ensenada de Ismailía, cuyos edificios ondulan en la distancia con la reverberación del sol, divisa el minarete de la antigua mezquita. Al pie sabe enterrados a centenares de hombres con los que compartió trabajo, sudor, promiscuidad, magra comida y agua salobre, y que ahora no asisten al resultado de cuanto hicieron. Los vio trabajar y morir encorvados bajo el sol; recuerda rostros, risas, lamentos, egoísmos, virtudes, el aire sofocante, la miseria, el sudor, los ronquidos, el olor de cuerpos hacinados en chozas infectas. No los echará de menos. Dentro de poco deberá pensar en dirigirse a la cita inevitable que lo aguarda al norte, más allá de la península del Sinaí. Y ojalá el nuevo destino, el nuevo nombre, la nueva vida, lo conduzcan a un lugar mejor que éste.

Lo que el antiguo zapatero judío ignora —ni siquiera su largo pasado permite intuir las vueltas y revueltas del porvenir— es que ochenta y siete años después, bajo otro nombre y vistiendo uniforme del ejército de Israel, sucio de aceite y polvo, con un casco de acero en la cabeza y un subfusil colgado del hombro, pisará de nuevo la misma orilla en el lugar donde hoy se encuentra, tras combatir contra los egipcios a bordo de un carro Sherman, en el transcurso de una intervención francesa, británica e israelí tras la nacionalización, por el presidente Nasser, del canal de Suez.

Pero hoy, que todavía es 17 de noviembre de 1869, resulta imposible que Hakim Yersiz imagine eso. Y aunque pudiera hacerlo, en nada cambiaría su pasado, su presente o su futuro. Lo que hace mientras sigue viendo pasar los barcos por el canal es levantar una mano a causa del picor que incomoda su cabeza, rascarse bajo la kufiya y encontrar allí un piojo. Y después de atraparlo con dedos hábiles, acostumbrados a ello, lo aplasta entre las uñas y se limpia la minúscula sangre restregando los dedos en la arena.

X. El mar Jónico

*No, Tiempo. No podrás jactarte
de que yo cambie.*

W. SHAKESPEARE

A última hora de la tarde, sentado en la camareta mientras Lerrant se mantenía de guardia arriba, Cal intentaba dar forma a los sueños. Lo hacía concentrado en su ordenador portátil, creando gráficos y tomando notas. Los sucesos de los últimos días, la experiencia de tan extraño viaje, estimulaban su imaginación. A intervalos, con su recién adquirido instinto náutico —que le producía un íntimo orgullo cuando era consciente de poseerlo—, el muchacho alzaba el rostro y prestaba atención al rumor del viento en la jarcia y el agua corriendo a lo largo del casco, al crujir tranquilo de la arboladura, a la forma en que el *Nostos* surcaba la marejada. Todo parecía en orden, concluía antes de volver al trabajo. Y era cierto. Navegaban sin novedad con toda la lona izada, rumbo este-sudeste bajo un cielo inmensamente alto, a través de un desierto mar azul oscuro. Aparte dos pesqueros lejanos, no habían avistado ningún otro barco desde media mañana.

El videojuego se llamaría *Telémakhos*, sin duda. El nombre era perfecto y aludía a la inspiración en los textos que lo alentaban: mucha *Odisea*, un poco de *Ilíada* para los combates, otro poco de *Eneida* con el caballo de Troya de por medio y las *Argonáuticas* con sus geniales hallazgos: las rocas que se movían para aplastar barcos y los peligrosos hombres nacidos de la tierra. Iba a ser la suya una historia para jugadores que se crecieran con los retos difíciles, donde

el conocimiento del mundo clásico fuese fundamental para la supervivencia y la victoria: una mezcla explosiva de roguelike, aventura gráfica y toques de shlooter, en un territorio lleno de hipótesis probables y peligrosas. Ésa era su ambición.

Trabajó aquel día en dos aspectos fundamentales: los personajes, de una parte, y los skins, armas y objetos que ayudarían a desentrañar claves, abrir puertas y enfrentarse a los enemigos. Para estos últimos recurría a su experiencia, la memoria de gamer adiestrado en juegos como *Global Offensive* o *Fortnite*. En cuanto a los personajes que iban a acompañar al jugador, igual que los héroes del *Argo* acompañaron a Jasón, la idea era que pudieran reclutarse, pagando con moneda o prometiéndoles botín, en un lugar parecido al Scumm Bar de *Monkey Island*: chusma delincuente y peligrosa, sin dios ni amo, a la que sería necesario atar en corto —el recuerdo reciente de Elliot Taplow y sus dos sicarios era útil para eso—. Y por supuesto, nada de cheats, de trucos que permitieran excesos como ver a través de las paredes, tener munición inagotable o recuperar una vida después de cada muerte. En *Telémakhos*, ése era el desafío: nada de segunda oportunidad. Iba a ser un juego de élite, perfecto, implacable, cuya fantasía, rigurosamente real, descartara a jugadores fáciles o complacientes. Un juego duro en un mundo poblado por gente dura. Y aquello era innegociable: todo desastre que terminase en muerte obligaría a empezar de nuevo, desde el principio. Desde abajo, como con la piedra de Sísifo.

La luz era cada vez más escasa, así que se frotó los ojos y cerró el ordenador. Después fue hasta la mesa de cartas y encendió los instrumentos para ver dónde se encontraba el velero. La latitud y longitud lo situaban, comprobó, noventa millas al sudoeste de una isla llamada Zakintos, próxima a la costa de Grecia. Tras anotar la posición en su cuaderno de bitácora, apagó todo menos el piloto automático, se puso el jersey, la gorra y las gafas y subió a la bañera. Lerrant estaba donde siempre, sentado junto a la bitácora. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la cazadora y un cigarrillo en la boca.

—Treinta y seis grados cincuenta minutos norte y diecinueve grados diez minutos este —informó Cal.

Lo miró el patrón del velero, reprobador.

—¿Has encendido el plotter o el AIS?

—Sólo un momento. Lo justo para situarnos.

—No lo hagas más.

—Sólo ha sido un minuto.

—Aun así, no vuelvas a hacerlo. Nos hace detectables. Y no necesitamos eso, porque sé dónde estamos.

—¿Cómo puedes saberlo? —señaló alrededor—. Aquí no hay más que mar y cielo.

No obtuvo respuesta. El sol, cada vez más bajo, le molestaba en los ojos. Lerrant señaló las gafas oscuras que estaban en la bandeja de teca, junto al tambucho.

—Mejor ponte éstas.

Ignoró Cal el consejo, deliberadamente. Sólo al cabo de un rato, cuando creyó transcurrido el tiempo suficiente, se quitó las suyas y se puso las otras. Lerrant lo miraba sin decir nada. Pasados unos segundos observó la altura del sol y se incorporó.

—Echa un vistazo mientras preparo la cena... Después tomaremos un rizo.

Bajó a la camareta y el muchacho se quedó en la bañera, vigilando el horizonte con los prismáticos: todo parecía limpio delante y detrás del velero. El mar pasaba de marejadilla a marejada y el balanceo era más incómodo, frenando un poco la velocidad; la corredera marcaba menos de cinco nudos y el timón automático se veía obligado a trabajar más. El foque gualdrapeaba ligeramente hasta que Cal lo ajustó con dos vueltas de escota. Miró de proa a popa a fin de asegurarse de que todo estaba en orden. Después, satisfecho de sentirse marino, acomodó la espalda en un cojín y se dispuso a esperar.

La noche se asentó sin estrellas, bajo un fantasmal cielo cubierto que parecía rozar el extremo del palo del *Nostos*. La única referencia eran las pequeñas luces roja y verde situadas en el balcón de proa, y la brasa del cigarrillo que Lerrant fumaba en su lugar de costumbre.

—Vi el cuaderno de mi madre —dijo Cal.

—¿Qué cuaderno?

—Ése del que me hablaste, el de las estrellas que esta noche no podemos ver. Estaba en casa de mis abuelos, con sus cosas.

Tardó Lerrant en responder. Lo hizo cuando Cal ya no esperaba que dijera nada.

—Le gustaba mirar y preguntarme sus nombres, y yo se los decía: Casiopea, Perseo, Andrómeda... La ayudaba a localizarlas a partir de las más conocidas.

Vino a continuación un silencio. Dos veces se avivó la brasa del cigarrillo.

—De noche —prosiguió Lerrant al fin—, cuando estábamos fondeados en algún lugar tranquilo, sacaba el cuaderno, contemplaba el cielo y con ayuda de una linterna las dibujaba.

Se detuvo para dar otra chupada al cigarrillo. El punto rojo brilló de nuevo en la oscuridad.

—Lo hacía aplicada, muy concentrada en eso... Como una niña en el colegio.

—¿Tenía alguna favorita?

—Las Pléyades le gustaban, me parece. Quizá fueran ésas. Decía que así, tan juntas y luminosas, eran semejantes a un racimo de perlas.

Hizo memoria Cal. Se recordaba pasando las páginas del cuaderno, descifrando constelaciones de estrellas dibujadas con tintas azul y roja, unidas unas a otras por líneas trazadas a lápiz.

—En una página —dijo—, no me acuerdo de cuál se trataba, anotó algo que me llamó la atención: *Puede que esté dibujando estrellas muertas.*

—Tenía razón —confirmó Lerrant—. La luz de la más próxima tarda cuatro o cinco años en llegar hasta nosotros, así que imagínate las más lejanas... Algunas que vemos hoy pueden haberse extinguido hace mucho tiempo.

—No lo había pensado, pero es natural. La velocidad de la luz es de un millón de kilómetros por segundo, ¿no?

—Trescientos mil.

Cal miró la negrura perfecta que los rodeaba. Dos sombras en un mundo de sombras.

—¿Viste en esas otras vidas tuyas desaparecer alguna estrella?

—Sí, alguna vi.

Se removió el muchacho. De nuevo escéptico, volvía a la trinchera.

—Lo repito... Te presto atención cuando hablas y hay momentos en que te creo, hasta que de pronto dejo de creerte.

—Ése es asunto tuyo, Kowalski. Y yo en tus asuntos no me meto.

Esta vez fue Cal quien se quedó un rato callado.

—Háblame de ella —dijo de pronto—. De mi madre.

La voz de Lerrant sonó sorprendida.

—¿Y qué quieres que te cuente?

—No sé... Un momento en que fuera feliz, por ejemplo. O que lo fuerais los dos.

Fuera de la temporada turística, la ciudad de Kerkira, en la isla de Corfú, aparece melancólica y gris bajo la llovizna que charola las viejas piedras. El *Nostos* está amarrado en la marina Mandráki, bajo la centenaria fortaleza, y el hombre y la mujer que caminan despacio, cogidos de la mano, lo dejan atrás para adentrarse en las calles próximas a la avenida Capodistria. Gotean frontones, aleros y ramas desnudas de árboles. Orillan las calles desiertas antiguas mansiones venecianas, edificios que se apoyan en columnas y restos bizantinos, iglesias cuyos gastados peldaños de mármol torna resbaladizos la lluvia. El bronce de un campanario convoca a feligreses improbables, y dos mujeres enlutadas, cubriéndose bajo paraguas negros, cruzan la calle para dirigirse a la iglesia.

El hombre y la mujer que pasean se detienen a escuchar el tañer grave de la campana. Miran hacia lo alto, atentos al sonido, y la fina lluvia salpica sus rostros con gotas minúsculas. Él es moreno, curtido de piel, con ojos tan oscuros que sus pupilas e iris parecen opacos. Lleva una cazadora negra y pantalones vaqueros. Ella es delgada y no muy alta, pausada de movimientos, vestida con un gorro impermeable y una gabardina de corte masculino y talla demasiado

grande que, sin embargo, le sienta bien, pues le confiere un aire frágil, juvenil, muy espigado y elegante.

Con el toque final de la campana, la mujer se acerca más al hombre y hunde el rostro en su pecho mientras él, que sigue mirando hacia donde vibra y se apaga el último sonido, le pasa un brazo por la cintura. Permanecen inmóviles y después ella alza el rostro, entreabiertos los labios, murmura en voz baja dos palabras casi inaudibles que podrían ser «te amo» y él la besa con tranquila ternura antes de seguir camino.

Casi todas las tiendas y restaurantes están cerrados, pero hay un café abierto al extremo de la calle. Se llama Ágora, y tras las ventanas empañadas se ve un interior iluminado de forma acogedora. El hombre y la mujer se miran, y sin decir palabra empujan la puerta y entran en el local, que es pequeño: media docena de mesas de hierro y mármol, una cafetera italiana y un mostrador por el que pasa un paño un camarero de piratesco mostacho negro. Dos corfiotas de pelo gris juegan al ajedrez, y en torno a una mesa hay otros cinco que conversan en tertulia, animadamente.

El hombre pide un café solo, sin azúcar —*elinikó kafé skéto*, dice en correcto griego—, y la mujer un vaso de agua. Se contemplan acodados en la mesa, uno frente al otro, con tanta intensidad como si buscaran grabarse las facciones en la memoria antes de que algo temido, inevitable o simplemente esperado enturbie su mirada. Se aprecia un bello candor en los ojos de ella, un estoicismo resignado en los de él. Apenas hablan, y cuando lo hacen es en voz tan baja que debe adivinarse el movimiento de los labios. La mujer ha vuelto a repetir las dos palabras que pronunció en la calle y el hombre afirma despacio, muy lentamente, antes de repetirlas a su vez.

—Lo tengo dentro —dice ella—. Siento que ya está aquí.

—Estoy seguro —responde él.

—Gracias.

Ahora el hombre no dice nada. Asiente pensativo, igual que un viajero que viera desvanecerse un lugar o una presencia que mucho amó. Y luego, cual si súbitamente pretendiera distanciarse de aquello, se vuelve a medias para observar a los griegos que están

cerca, y ella sigue la dirección de su mirada. La de la otra mesa es una conversación amena, sosegada, culta; se discute sobre el pasado de la isla y los viajeros ilustres que la frecuentaron, pintores, políticos, escritores y poetas. El que más habla es un individuo de edad mediana, calvo, de nariz aplastada y barba cana. Cuando toma la palabra, los otros lo escuchan con respeto casi reverencial.

—Sócrates —apunta divertida ella.

Sonríe él, y cuando bebe café y retira la taza de los labios, la sonrisa, el gesto impreciso, aún sigue ahí.

—En el Ágora —asiente.

Extiende la mujer una mano sobre la mesa hasta enlazar los dedos con los suyos.

—Es un privilegio —murmura admirada y feliz—. Estamos viendo a Sócrates hablar con sus amigos atenienses. Con sus discípulos.

—*Testimoniarán en mi favor el pasado y el futuro* —comenta él.

Lo ha dicho en voz muy baja y ella lo mira dulcemente. Después, con suave lentitud, conduce la mano que no ha soltado hasta posarla sobre su propio seno, terso y cálido.

—Sí... —susurra—. Sí.

Sólo se oía el rumor del *Nostos* hendiendo la marejada, amurado a babor, y el zumbido a intervalos del piloto automático en la rueda del timón. No había imágenes ni estrellas y el velero se desplazaba a ciegas a través de una esfera silenciosa, cóncava y negra. Abrigado bajo la trenca, cubierto con un gorro de lana, las gafas puestas y las manos en los bolsillos, Cal miraba en torno cada cinco o diez minutos, en busca de indicios de peligro. A veces tomaba los prismáticos, pero las lentes recorrían una oscuridad absoluta donde era imposible distinguir algo que separase el mar del cielo.

El frío y la vigilancia continuos, la incertidumbre de la situación, mantenían alerta al muchacho. Saberse responsable del barco en tales circunstancias, sin visibilidad, atento al rumbo y a que nada inadvertido surgiera de la noche, lo hacía por igual preocupado y feliz. Al irse a dormir, tras contar la historia que le había pedido que

contara, Lerrant se limitó a decir ponte el chaleco salvavidas, es tu cuarto de guardia, antes de abandonar sin más comentarios la bañera. Habían transcurrido un par de horas y desde entonces disfrutaba Cal de la sensación de verse a cargo del velero y de las dos vidas que transportaba. Como se decía de los capitanes de antaño en los viejos libros, único amo a bordo después de Dios.

El barco, había comprobado, facilitaba reflexiones imposibles en tierra firme. La soledad incluso en compañía, la atención necesaria, el permanente estado de vigilancia, la certeza de lo incierto, ofrecían una visión del mundo distinta a la que había tenido antes. A bordo cambiaban de modo asombroso los conceptos de lo necesario y lo superfluo, lo absoluto y lo relativo. La vida real, concebida en términos usuales, quedaba a trillones de años luz. O tal vez lo que ocurría era que, inesperadamente, la vida real era el mar, el viento, la cubierta insegura de un velero. Algo semejante a moverse dentro de un videojuego, donde lo único que importaba era recorrer la siguiente milla, y luego la siguiente y la siguiente, hasta completar el viaje, llevara a donde llevase. Etapa tras etapa superada, y a lo lejos, nebulosa, desconocida, una meta final: una Ítaca o un vellocino de oro a los que tampoco había urgencia por llegar. Así, Cal había descubierto que la felicidad, el bienestar del espíritu para un muchacho de dieciséis años también podían ser unas horas navegando solitario a través de un mar oscuro.

Al mirar otra vez por los prismáticos le pareció advertir algo en el través de babor: una luz muy débil, lejana, que el balanceo del barco y la marejada ocultaban a intervalos. También podía ser el destello de un faro, aunque según la última posición calculada no podía haber ninguno en setenta millas, distancia a la que debían hallarse de la costa griega o de las islas Strofades. Para asegurarse bajó a la camareta procurando no hacer ruido y activó la pantalla de radar. En el radio de las 8 millas, entre los ecos falsos del mar, parecía haber uno más estable y preciso, demorando 80° de la proa. Podía ser un barco, y eso lo puso alerta. Regresó a la bañera, volvió a mirar con los prismáticos y bajó de nuevo. Tras un momento de duda encendió el AIS. Y allí estaba, a una distancia de cuatro millas:

petrolero *Sagamore* en ruta hacia Ras Lanuf, velocidad de trece nudos, previsto cruce a 0,2 millas en 18 minutos.

Un ramalazo de calor le humedeció la piel. Estaba paralizado, intentando pensar. Aquello significaba probable rumbo de colisión. Por un momento consideró despertar a Lerrant y transferirle el problema; pero se mantuvo inmóvil, sentado ante la mesa de cartas, mirando el puntito blanco en la pequeña pantalla y la ventana de información abierta debajo. Aturdido ante la evidencia. Tenía poco tiempo para reaccionar, consciente de que cuanto hiciese o dejase de hacer tendría consecuencias. El *Nostos* navegaba a vela con las luces reglamentarias, lo que debía alertar a quien estuviese de guardia en el petrolero. Además, en ese momento su presencia estaría señalada en el AIS del buque. Pero también recordaba las advertencias de Lerrant sobre la actitud de los barcos grandes: modificar el rumbo o la velocidad resultaba incómodo a muchos. Eso, suponiendo que en el puente detectasen su presencia y no estuvieran distraídos con otras cosas. Imagina siempre, había dicho el patrón del velero, que de guardia hay un ruso borracho.

Tras pensarlo bien decidió no despertar a Lerrant, la puerta de cuyo camarote estaba cerrada. Resolverlo solo. Tenía apenas un cuarto de hora. Volvió a cubierta y estuvo observando con los prismáticos la luz del petrolero, ahora más visible y próxima. Confiaba en que los vieran y reaccionasen como era debido, pero nada lo garantizaba; ante la posibilidad de un abordaje, era Cal quien debía actuar en el penúltimo momento. Tener la razón de tu parte, había oído decir a Lerrant, no impide que puedan mandarte al fondo del mar. Pero la única maniobra segura era buscar la popa del otro barco, yendo a babor, y eso era imposible hacerlo a vela, pues el *Nostos* navegaba con el viento muy ceñido por ese lado. Y detenerse con el viento en contra —ponerse en facha, le gustaba el término—, flameando las velas hasta dejar pasar al otro, era lento y, a su juicio, poco marinero.

Después de pensarlo un momento, supo lo que iba a hacer. Se quitó el chaleco salvavidas, que le entorpecía demasiado los movimientos. Bajó de nuevo a la camareta, puso la radio en el canal 16, cogió el auricular y oprimió el botón del intercomunicador.

—*I call to the tanker Sagamore... This is the sailing boat Nostos...*

Esperó un minuto sin obtener respuesta, repitió la llamada y tampoco la hubo. Entonces dejó la radio y volvió a mirar el AIS: en diez minutos habría cruce —quizá colisión— a 0,2 millas o menos. Estaba crispado, tenso como un resorte, seca la boca, cuando volvió a la bañera. El corazón parecía salirse del pecho. Las luces de navegación del petrolero, verde abajo y dos blancas arriba, una más alta que la otra y casi alineadas, se encontraban ahora muy cerca. A intervalos, entre el balanceo de la marejada se adivinaba también una roja a la altura de la verde. Cogió la linterna y la encendió tres veces apuntando a la arboladura para iluminar las velas. Después, inclinándose sobre la bitácora, puso en marcha el motor, desconectó el piloto automático y se hizo con la rueda del timón.

—Hijos de puta —masculó sin pensarlo siquiera.

Giró la rueda a la izquierda, haciendo que el *Nostos* virase a babor. Eso puso el viento de cara, en plena proa, y el foque y la mayor empezaron a batir con violencia. Indiferente a eso, Cal movió avante la palanca del motor y el velero macheteó seguro la marejada mientras tomaba el nuevo rumbo, dejando al petrolero luz verde con luz verde, en la banda de estribor. Pasó éste cerca aunque a distancia conveniente, inalterable en su avance; y Cal percibió, con un escalofrío de alivio, el sonido siniestro de sus máquinas impulsando el enorme casco negro.

—Hijos de puta —repitió entre dientes.

Tras haber sentido calor, tenía frío. Se estremeció bajo la trenca, frotándose los brazos. La estela del otro barco hizo cabecear al velero al llegar hasta él. Cuando estuvo a distancia segura, Cal movió el timón a la derecha para recuperar el rumbo anterior y las velas dejaron de gualdrpear, tensas otra vez al viento. Conectó el piloto automático en 106º y apagó el motor antes de dirigir una última y rencorosa mirada al petrolero que se alejaba en la noche.

—Buena maniobra, Kowalski —dijo una voz a su espalda.

Asomada al tambucho, la sombra de Lerrant encendía un cigarrillo.

Cal había perdido la cuenta de los amaneceres: luminosos, sombríos, lluviosos, diáfanos, lívidos, grises, cárdenos, plumizos, bermejos... Como el resto de horas del día, ningún momento a bordo era igual a los otros, cual si el mar y el cielo renovasen de continuo los colores de que disponía el universo.

Aquella mañana la luz hacía virar el cielo del morado al azul, con unos cúmulos nubosos agrupándose en el horizonte sobre el lugar donde, en pocos minutos, asomaría el sol. Navegaba el *Nostos* con toda la lona arriba, cómodo en la marejada a la que un viento de catorce nudos acuchillaba hebras de espuma. Sentados uno frente al otro en la bañera, concluían el desayuno: Lerrant una taza de café y el muchacho un vaso de leche, galletas y dos onzas de chocolate. Hacía frío. De vez en cuando dirigían una ojeada en torno para comprobar que todo estaba limpio ante la proa.

—Supongamos —dijo Cal cuando terminó su desayuno— que fuera verdad lo que cuentas.

Se quedó callado, buscando cómo seguir. Todavía con la taza entre las manos, Lerrant aguardaba, paciente. El muchacho lo miraba con indecisión.

—Supongamos que te creo: que por un momento, puestos a imaginar, admito que has vivido dos mil años y lo que dices sea verdad...

Se detuvo otra vez, inseguro. Lerrant seguía esperando.

—¿Cómo no tuviste un hijo antes? —planteó Cal—. ¿Es posible que haya ocurrido otras veces y no quieras saber nada, o no lo sepas?

Negó Lerrant, rotundo, mientras se llevaba la taza a los labios.

—No ocurrió nunca, desde que camino.

—¿Por qué estás seguro de eso?

—Lo estoy, eso es todo. Sé lo que ha sido mi vida. Sé lo que soy y lo que no puedo ser —apartó la taza vacía y se tocó la frente con un dedo—. Hay cosas que atan aquí, y no me están permitidas esas ataduras.

—Has dicho «desde que camino»... ¿Y antes?

—Tuve hijos.

—¿Qué?

—Pues eso, que los tenía. Tres, en Jerusalén, antes de que ocurriese todo.

Se había quedado Cal con la boca abierta. Tardó en reaccionar.

—¿Hermanos míos, entonces?

—Sí, en cierto modo.

—¿Y quién era su madre?

—Mi mujer.

—¿Casada contigo?... ¿Judía igual que tú?

—Claro.

—¿Cómo se llamaban?

—Eso no importa.

Tragó saliva el muchacho, pues notaba seca la garganta. Miró alrededor como si no reconociera el paisaje. Le parecía estar soñando.

—¿Y qué fue de ellos? —reaccionó al fin.

—La vida siguió su curso natural —Lerrant encogía los hombros—. Vi morir a dos en una epidemia de tifus. Al otro lo vi crecer y también vi envejecer a su madre... Pero cuando no sólo ellos, sino también quienes me conocían vieron que no cambiaba y empezaron a hacer preguntas, me fui.

—¿Los dejaste así, tal cual?

—El que sobrevivió había aprendido el oficio y podía ocuparse de su madre. No me necesitaban.

—¿Los querías?

—Eso es difícil de responder. En aquel tiempo se quería de otra manera.

Echó Cal atrás la cabeza, contemplando el cielo. El azul era cada vez más claro y el sol asomaba ya bajo los cúmulos.

—¿Cuándo te diste cuenta de que no podías morir?

—No ocurrió de pronto. Lo fui comprendiendo poco a poco: desde que aún ignoras lo que pasa hasta que te das cuenta de ello... Primero vino el asombro y luego el horror.

La curiosidad de Cal se había vuelto ávida.

—¿Conociste a muchas otras mujeres?

—A algunas conocí.

—¿De todas clases, incluso prostitutas?... ¿Pagaste por acostarte con ellas?

—A veces.

—¿También con hombres?

Afloraba el apunte de sonrisa en el rostro sin afeitar de Lerrant.

—No, que yo recuerde.

—¿Y nunca te enamoraste de nadie?

—Afecto no es amor, Kowalski.

Un rayo de luz horizontal y roja llegó hasta ellos. Bajo el gorro de lana, Cal lo recibió como una caricia en la piel.

—Pues aún es más difícil entender por qué mi madre, y por qué yo.

—Ya te hablé de eso.

—No fue suficiente.

—Intuí algo en ella. Una posibilidad de salvación.

—No comprendo.

—Tampoco lo comprendo yo... Pero cuando la vi sobre aquella roca, observándome... En mi vida, o mis vidas, perdí muchas cosas y obtuve otras. Y la más valiosa, tal vez, es que aprendí a mirar. Quizá he tenido tiempo para ver lo que otros no viven lo suficiente para ver.

Se detuvo e hizo un ademán extraño, de fatiga vieja. Después señaló sus propios ojos con dos dedos.

—Un ser humano es su mirada. Lo que es capaz de ver y no ver.

El sol naciente también le incidía en el rostro, aunque en vez de aclarar sus iris los ensombrecía más. De improviso emitió algo similar a una risa áspera, sin humor ninguno.

—Soy una mirada de veinte siglos.

Parecía divertirle la idea. Escuchaba Cal con extrema atención, fascinado a su pesar.

—¿Y qué soy yo? —alcanzó a decir.

El patrón del velero ni siquiera se detuvo a pensarlo.

—Una mirada que se está haciendo, que fragua... Privilegiada, aunque no te des cuenta.

—¿Conocerte es un privilegio?

Sonó a sarcasmo, aunque no lo era del todo, pero Lerrant no respondió a eso.

—La reconocí, ¿comprendes? —dijo—. Al verla, supe que era ella. Quizás, y sólo quizás, la única redención posible.

—¿Y qué tengo yo que ver?

La respuesta tardó un poco.

—Puede que seas mi forma de equilibrar la deuda... De llegar a la cima de la colina.

Movió Cal la cabeza. Sentía la necesidad urgente de negar, rechazar, mostrarse convencido de que cuanto escuchaba era una enorme y deliberada mentira.

—Sólo dices disparates. Todo es fake, increíble, completamente absurdo.

Asentía Lerrant, ecuanime.

—Comprendo que te lo parezca, porque aún te crees fuera de ello. Y sin embargo... —se quedó pensando—. ¿Has leído *Las peregrinaciones de Childe Harold*?

—No.

—Lo escribió un inglés al que conocí por estas islas. Es un poema, y cuenta el viaje de un muchacho sólo un poco mayor que tú: España, Italia, Grecia, Turquía...

—¿Y por qué me iba a interesar?

—Puede que la idea, tal vez. La impresión de que el mundo no comprende a rebeldes solitarios como él, o como tú.

—Yo no soy solitario —Cal se removió malhumorado—. Tengo...

—Ya sé, ya sé. Trillones de amigos.

—Pues sí.

—Claro.

En la distancia, el sol ascendente iluminaba desde abajo los cúmulos que tenía encima: eran muy altos, superpuestos, e iban pasando de un blanco rosado a un rojo intenso. Al poco rato adoptaban la apariencia de una gruesa columna de fuego que se levantara sobre el mar. Advirtió Cal que el patrón del velero observaba el espectáculo con pensativo interés, como si viera en él algo familiar.

—¿Te recuerda cosas? —aventuró.

Lerrant seguía contemplando las nubes.

—Es posible.

Miró también Cal, intentando establecer qué.

—¿Una bomba atómica?

—No —de nuevo la sonrisa inacabada—. De éstas no vi ninguna.

Lo pensó Cal un poco más.

—Imagino —dijo tras un momento— que siempre habrá algo que te recuerde cosas, ¿no? —hizo una pausa, procurando que sonara escéptica—. Todas esas vidas tuyas.

Lerrant no respondió. Continuaba mirando a lo lejos.

—Es hermoso —dijo al fin.

Cal quedó decepcionado. Él mismo podía haber dicho eso. Iba a expresar cualquier banalidad cuando Lerrant habló de nuevo.

—En dos ocasiones vi un fenómeno parecido, pero no era hermoso. Era todo lo contrario.

—¿Dónde?

—Las dos veces en el mismo lugar, cerca de Nápoles... Un volcán.

Es la segunda vez que Gabriel Mesáfar ve cómo el Vesubio arroja fuego, aunque entre una y otra han transcurrido mil setecientos noventa y tres años. Anudado al cuello un pañuelo que le cubre la boca, caminando bajo la lluvia de ceniza y piedra negra que cae de la montaña en llamas, el hombre que en otro tiempo se llamó de distintas maneras se recuerda en el mismo lugar. Aquél era el año 79 después del nacimiento de Cristo y éste es el 1872; pero ahora como entonces, repitiendo su protocolo trágico, el volcán escupe una nube ardiente que se precipita por las laderas y se eleva roja y negra hasta enorme altura, quemando y asfixiando cuanto encuentra al paso. Y la poca luz que atraviesa la humareda ilumina un fantasmagórico paisaje de ruinas y campos devastados, fugitivos dispersos que corren o se desploman sofocados por el aire sulfuroso, cuerpos de hombres y animales cubiertos por una capa cada vez más espesa de ceniza gris.

Mientras se mueve en dirección opuesta a la gente que huye, Gabriel Mesáfar mira en torno, y entre la bruma del tiempo recuerda la otra vez: cuartel de los gladiadores, mujer que acude donde el instinto la conduce, en busca de los únicos en que confía. Dama de buena posición, casada con un mercader de cuero y vinos, sin nada que le falte excepto lo que encuentra en aquellos a quienes admira cubiertos de sudor y sangre, y con los que mantiene citas clandestinas: gente ruda, elemental, sólo útil para matar en la arena y complacer a mujeres ricas a cambio de un puñado de sestercios. Pero en pleno desastre, cargada con sus joyas valiosas, la mujer ha buscado amparo entre ellos, y tres la escoltan bajo el cielo negro, resguardándose con los mantos de la lluvia de cascotes y cenizas mientras la protegen espada en mano de los atropellos de la multitud aterrorizada. Así caminan hasta que una nube aún más oscura y tóxica que la anterior los alcanza, mata en el acto a la mujer y a dos hombres y deja al tercero indemne, de pie, mirando alrededor —se llama Ashverus ben Uriel y sólo hace cuarenta y seis años que negó agua al galileo en Jerusalén—, incrédulo todavía de que tampoco esta vez la muerte se detenga, sino que se limite a rozarlo con un soplo abrasador mientras fulmina a quienes lo rodean.

Ahora, de nuevo en el paisaje que ya conoció, casi asombrado de cómo se repite todo —sólo casi, pues su capacidad de asombro es relativa—, el hombre que siempre camina recorre a la inversa el mismo sendero que diecisiete siglos antes hizo escoltando a la mujer cuyo nombre olvidó. No le resulta difícil, porque el transcurso del tiempo lo dotó con una capacidad de orientación extraordinaria: es capaz de situarse por la posición del sol y las sombras, las estrellas y los planetas, la inclinación de un árbol o un arbusto, la disposición de la arena bajo una piedra, el musgo adherido a uno u otro lado de un tronco o el liquen de una roca. Y hoy, además, ayudan a seguir la ruta los cadáveres grises que jalonan su andar obstinado hacia el volcán.

Se mueve tenaz Gabriel Mesáfar, impulsado por una curiosidad retorcida, oscura. Desea comprobar si, como la otra vez, es invulnerable al fuego, la lava, la nube tóxica que mata cuanto halla a

su paso. Camina de ese modo bajo la lluvia de ceniza y piedras humeantes que parece eludirlo o esquivar su paso, pues los cascotes apenas lo golpean con pequeños fragmentos y el gas ardiente no traspasa el pañuelo puesto sobre la nariz y la boca. Llega así ante el río de lava que avanza pulgada a pulgada anegándolo todo bajo su masa incandescente, negra a medida que se solidifica detrás. Maligno en la penumbra de la humareda, el magma rojo lo engulle todo, lo incendia y destruye. Casas, pinos y arbustos desaparecen entre chisporroteantes llamaradas, y las vides que hay junto al camino se incendian una tras otra, salpicando el paisaje de fogatas que son engullidas de inmediato por la lava que reptaba implacable.

Gabriel Mesázar se detiene a pocos pasos de la ávida lengua roja. El sol no existe, limitado a un vago círculo cuya luz no penetra en la nube de humo y gas. Inmóvil ante la masa de fuego, el caminante aguarda mientras la ve aproximarse. El aire abrasa, el azufre lacera la garganta y los pulmones, y el calor es tan insoportable que debe recurrir a toda su fuerza de voluntad, ejercitada durante siglos, para soportarlo. Sin embargo, el hombre que desafía al volcán sigue vivo. Conoce los síntomas y comprende que tampoco hoy va a morir. Aunque de pronto, estremecido, lo asalta un pavor insufrible: se imagina convertido en brasa inmensa, carne quemada, huesos calcinados, pero con la conciencia viva en su interior. No morir del todo ni morir nunca, sino hacerlo una y otra vez en idéntica agonía, sepultado en el seno de una masa de lava primero fluida y luego sólida que lo atrape para siempre como un insecto dentro de una gota de ámbar, en un ataúd de silencio, frío y piedra. Pasando sed hasta el final de los días.

El miedo, o más bien el terror incontenible que se apropia de su cuerpo y voluntad, hace que gire de repente y se aleje de la lengua de fuego, más rápido ahora, más apresurado. Con el ansia súbita de ver la luz del sol, respirar aire limpio, dejar atrás el fuego que le abrasa la espalda. Así, arrepentido de su osadía, camina de vuelta a la tierra baja y al mar arrancándose el pañuelo, que lo sofoca, mientras cruza la cortina gris. Y cerca de la zona donde la atmósfera parece más respirable, cuando de no ser por la humareda divisaría el mar, escucha el llanto de un niño. Eso lo hace detenerse y reparar

en una oquedad próxima, entre rocas. Allí se ha refugiado una madre con dos hijos a los que intenta proteger con su cuerpo y vestidos, puestos por encima. Se acerca Gabriel Mesáfar, aparta la ropa que los cubre y comprueba que uno de los niños ha muerto y que la madre aún respira, vidriosa la mirada, amoratados los labios por el aire tóxico. El otro niño, de apenas un año, todavía vive, agita los brazos y llora. Así que, después de dudar un momento, el hombre que camina eternamente coge a ese niño, lo envuelve en la toquilla de la madre que agoniza y con él en brazos se dirige hacia el mar y hacia la vida.

Cuando Lerrant terminó el relato, Cal estaba impresionado a su pesar.

—¿Qué fue de él?

Se encogió de hombros el patrón del velero.

—No sé. Lo entregué a unas mujeres que estaban en la playa, a punto de subir a un barco.

—¿Y qué hiciste después?

—Me fui. Caminé siguiendo la orilla, entre la tierra y el mar, y me alejé... Seguí vivo.

—Eso ocurrió cerca de Nápoles. ¿Volviste por allí?

—Varias veces. Hubo otras erupciones, pero esas ya no las vi.

—¿Viste más volcanes en otros lugares?

Señaló Lerrant hacia la popa.

—Una vez el Etna, en Sicilia. Pero fue desde un barco. Una noche de cielo rojo, a lo lejos.

Intentaba Cal imaginar todo aquello, y le sorprendió que no fuera difícil.

—¿Por qué salvaste al niño?

—Me pareció bien hacerlo.

—Dejaste morir a otra gente, incluso a la madre... De ser verdad todo lo que cuentas, tus viajes, tus millones de vidas y todo eso, habrás visto morir a niños muchas veces.

El gesto de Lerrant era de absoluta indiferencia.

—Puede ser... Y quizá también los haya matado yo.

Aquello, inesperado, golpeó al muchacho.

—Qué barbaridad.

—Sí.

Era un asentimiento frío, sin malestar ni remordimiento. Cal atendía entre horrorizado e incrédulo.

—¿Por qué ayudaste a ése —insistió— si en realidad no te importaba?

Miraba Lerrant la columna de nubes: el sol estaba alto y los cúmulos adquirían un color algodonoso y blanco. Ya no parecía un volcán.

—Se resistió a morir, y no era su voluntad, sino su instinto. Estaba solo y no podía evitar la vida.

—No podía evitar la vida —repitió pensativo Cal.

—Eso es. Me sentí...

—¿Solidario? —atajó el muchacho—. ¿Hermano de aventura?

Asintió Lerrant. Vuelto ahora hacia él, lo estudiaba con extrema atención.

—Me gusta cómo razonas, Kowalski —dijo tras un momento—. A veces, cuando escuchas y miras, ves cosas que no todos son capaces de ver.

Soltó Cal una carcajada irónica, muy corta y amarga.

—Soy tu hijo, ¿no?

Lo dijo de modo espontáneo, sin reflexionar. Casi con violencia. Y, apenas fue consciente de ello, se arrepintió de haberlo dicho.

XI. El mar Egeo

Caerán mil a tu izquierda y diez mil a tu derecha. A ti no te alcanzará la muerte.

SALMOS 91:7

Pasaron al sur de Khitera al amanecer del día siguiente y tomaron un rumbo este-sudeste que los mantendría paralelos a la costa de Creta. Navegaban a vela. El día era claro, la marejada y el viento razonables, y Lerrant propuso a Cal continuar las prácticas con el sextante, del que había aprendido las nociones básicas. A mediodía, sentado con la espalda en la base del palo del *Nostos*, el muchacho puso un filtro entre los dos espejos del visor e hizo coincidir el sol con el horizonte, y tras anotar la hora exacta y la altura del astro, bajó a la camareta para trabajar con el almanaque náutico y las tablas. Levantó después la cabeza para mirar con disimulada ansiedad al patrón del velero, que lo había estado observando sin decir palabra.

—Latitud treinta y seis grados dos minutos norte —anunció.

Continuaba mirándolo Lerrant. Ni elogio ni crítica. Sólo lo contemplaba de esa forma, recostado en un mamparo.

—Llévalo a la carta —se limitó a decir.

Fue Cal hasta la mesa donde estaba desplegada una carta náutica del Egeo que el tiempo y la humedad volvían amarilla. Con lápiz y reglas paralelas, como había aprendido a hacer, trazó la latitud. El *Nostos* se hallaba en algún lugar de aquella línea horizontal.

—¿Y la longitud?

Miró Cal el reloj del mamparo, comparó la hora del meridiano de Greenwich con la del cronómetro, consultó el almanaque y las tablas, dedujo las coordenadas y las llevó al papel.

—Estamos aquí.

Señalaba la posición con un dedo. Seguía observándolo Lerrant.

—¿Estás seguro?

Vaciló el muchacho un instante, pero supo que no podía permitirse dudas, de modo que asintió con resolución.

—Lo estoy.

Lerrant indicó la carta y luego la cubierta.

—Todavía puede verse el cabo Kapéllo... Confirma la longitud.

Asintió Cal, porque había comprendido. Cogió el compás de marcar y subió a la bañera. Una vez arriba, localizó la lejana punta de tierra que aún podía divisarse en la aleta de babor, la enfiló en el visor y tomó la demora: 325°. Regresó a la camareta para trazar en la carta una línea oblicua de lápiz que se cruzaba con la horizontal exactamente en el mismo punto que había señalado antes.

—Estamos aquí —repitió.

La sonrisa inacabada afloraba por fin.

—Serías un buen marino, Kowalski.

Recogiendo los enseres náuticos, disimuló Cal el orgullo que sentía. Los guardó despacio y metódicamente, como si le fuera indiferente el elogio.

—También hace dos noches lo hiciste como es debido —añadió Lerrant—. Con ese petrolero.

Lo miró al fin el muchacho.

—Siempre es así, ¿verdad?... La incertidumbre.

El patrón del velero tardó un momento en responder.

—Siempre. El mar, como la tierra, es un lugar peligroso.

—¿También para ti?

—Por supuesto. Tener negada la muerte no me hace invulnerable. Ya te conté que también conozco el miedo.

—Pues no lo parece.

—Cada cual lo muestra a su manera, pero hay algo saludable en esta incertidumbre. Te ayuda...

—A esperar peligros —se adelantó Cal.

Asentía Lerrant con burlona admiración.

—Ya te dije. Tienes buena cabeza, compañero.

Se quedaron mirándose sin decir nada: pensativo uno, expectante el otro.

—Es como un recordatorio —dijo Lerrant al cabo—. En tierra firme resulta fácil olvidarlo, pero aquí es constante... Saludable incertidumbre, sí. Tener un enemigo cerca ayuda a no descuidarse demasiado. A no bajar la guardia.

—Te enseña a verlo venir, ¿no?

—Y tarde o temprano, siempre viene. El ser humano a quien la muerte o el desastre encuentran con cara de sorpresa no ha comprendido nada.

Se sentía Cal incómodo consigo: atento a lo que escuchaba, irritado por su propio interés. Aquellos días junto a un hombre al que detestaba y admiraba eran una contradicción continua. Se sentía desleal sin saber a qué: a su madre, a él mismo, al impulso atormentado que lo trajo a bordo del *Nostos*.

—A menudo los enemigos dan más certezas que los amigos —estaba diciendo Lerrant—. Un buen villano, como es el mar, previene de muchas cosas.

Se mostró Cal de acuerdo.

—He conocido a millones —repuso—: Ganondorf, Sephiroth, el doctor Wily...

—¿Y cuál es la mejor lección que obtuviste de ellos?

—Que cuando estás focus, o sea, cuando muchos enemigos vienen hacia ti, es que vas por buen camino. Y eso exige no descuidarte. Es como cuando tú ves a Taplow, Kingpin y Slender Man... Si están cerca, aunque parezcas tranquilo, no te relajas nunca.

—¿Por qué los llamas así? —Lerrant parecía divertido—. ¿Son nombres de villanos de videojuegos?

—No lo entiendes, justo es al revés... Los personajes de los videojuegos son tan reales como los de verdad —estuvo un momento pensando en eso—. Incluso más, porque influyen en mi vida.

—¿En serio?

—Obvio. Hasta sueño con ellos cuando duermo.

Lerrant escuchaba con atención. Tras un momento, señaló a Cal la escala del tambucho.

—Hablando de enemigos, echa un vistazo. Llevamos mucho tiempo aquí abajo.

Obedeció. Todo estaba limpio alrededor, sólo mar y cielo. Ya no se veía el cabo Kapéllo. Lerrant se reunió con él en la bañera.

—¿De verdad no les tienes miedo? —quiso saber Cal.

—¿A quién?

—A Taplow y los suyos.

Estuvo callado Lerrant un momento. Miraba las velas.

—Ya te dije: si uno acepta como natural hacer daño, puede ser tan peligroso como cualquiera.

—Tú lo eres.

—Quizá.

—Has hecho cosas malas...

—Muchas.

—¿Podría yo ser peligroso? —aventuró el muchacho, casi esperanzado.

—Por supuesto que sí.

—Quisiera serlo. A veces me gusta elegir el lado malo del karma, es más divertido. En los videojuegos puedo ser rápido y mortal.

—¿Ojo y mano, quieres decir?

—Sí, eso es —se quedó pensando en ello—. A lo mejor podrías enseñarme.

—¿Te gustaría ser peligroso?

—Bueno, sólo de un par de maneras —encogía los hombros con aparente indiferencia—. Aprender algunos trucos para que no me deleteen fácil.

Avistaron a la tortuga a media tarde, cuando estaban quince millas al norte de la costa de Creta. Había caído el viento y navegaban sin un soplo de brisa, con las velas recogidas y a motor, por un Egeo

tranquilo igual que un lago de aceite donde el sol reverberase con deslumbrantes irisaciones.

Fue Cal quien la descubrió. Vigilaba con los prismáticos, describiendo un lento semicírculo por la proa, cuando advirtió una mota lejana en la amura de estribor.

—Hay algo allí.

—Veámoslo de cerca —dijo Lerrant.

Tomó el timón, desconectó el piloto automático y dirigió el barco hacia el lugar. A medida que se acercaban, la mota se hizo más visible: un bidón de plástico a modo de baliza y algo que se agitaba en el agua junto a él. Y un momento después, sin necesidad de prismáticos, Cal pudo distinguirlo mejor: era una tortuga de casi un metro, de caparazón entre pardo y rojizo, enredada en un trozo de red. Estaba a flor de agua, viva todavía, incapaz de otra cosa que mover débilmente las patas delanteras. Parecía exhausta, próxima al final.

—Se quedó atrapada, sin poder liberarse —comentó Lerrant—. Las redes de deriva son peligrosas. Están prohibidas, pero aún las ponen.

—¿Hay muchas tortugas en este mar?

El patrón del velero hizo un ademán fatalista.

—Apenas quedan, hace mucho que no veía una... Tal vez sea la última.

—No podemos dejarla así —protestó Cal.

Lerrant le dirigió una mirada larga y pensativa. Después bajó a la camareta y volvió a subir con el cuchillo que estaba sujeto junto a la escala del tambucho. Tomó un cabo del pañol de la bañera y se lo ofreció a Cal con el cuchillo.

—Libérala —propuso.

Tardó el muchacho en reaccionar. Contemplaba desconcertado el arma, el cabo y a la tortuga. Al fin comprendió.

—Puedo hacerlo —dijo, desafiante.

—Pues hazlo.

Mientras Lerrant ataba un extremo a una cornamusa, Cal se quitó la camiseta y el pantalón, quedándose en calzoncillos, y se pasó el otro extremo en torno al pecho, asegurándolo con uno de los nudos

marineros que había aprendido a hacer. Después, aparentando calma e indiferencia, cogió el cuchillo —hoja negra y afilada de casi dos palmos, letras USMC grabadas en la hoja—, fue hasta la popa, bajó la escala y se metió en el agua. Estaba fría y el primer contacto le cortó el aliento, pero se mantenía tranquila, irisada por suaves ondulaciones aceitosas. También sintió una desagradable sensación al comprender que bajo sus pies había profundidades insondables y oscuras. Fue un miedo instintivo, atávico, nunca experimentado antes. Para sobreponerse, nadó con decisión los siete u ocho metros que lo separaban de la tortuga hasta asir con la mano libre el bidón de plástico vacío, sucio de alquitrán.

—Ten cuidado —gritó Lerrant desde el barco—. Tienen mandíbulas fuertes.

La tortuga parecía advertir su presencia. Tenía una piel irregular y áspera, llena de duras arrugas. El trozo de red envolvía al animal y la cabeza asomaba entre la malla desgarrada: terminaba en una boca dura en forma de pico y unos ojos grandes y tristes, encajados entre gruesos párpados, que seguían suspicaces los movimientos de Cal. Su caparazón era resbaladizo y olía muy fuerte, a pescado podrido y mar sucio. Movía un poco las extremidades delanteras, que tenían forma de palas gruesas y cuya dureza arañó los brazos del muchacho.

Procurando mantenerse alejado de la boca, Cal empezó a cortar mientras un ojo de la tortuga seguía desde muy cerca, sin perderlo de vista, cada uno de sus movimientos. Estaba tan desfallecida en la lucha por liberarse —debía de llevar días así— que no opuso resistencia. Se dejaba hacer, fija la mirada en Cal mientras éste manejaba el cuchillo, primero con precaución y luego con furia al pensar en los seres humanos culpables de aquello: los que dejaban trampas donde quedaban atrapadas tortugas y otros animales, y ni siquiera tenían la decencia de matarlos en el acto, sino que por estupidez y negligencia los condenaban a una agonía lenta y solitaria como aquélla. Era odiosa la humanidad, pensó mientras cortaba con saña. Era egoísta, cruel y miserable.

Se cansó más de lo que había esperado. La red no terminaba de cortarse nunca y sus fuerzas empezaban a fallar. El ojo de la tortuga

seguía fijo en él, esperanzado —o eso le pareció a Cal—, como si comprendiese lo que ocurría. Se detuvo un momento el muchacho, apoyado en el bidón para recobrar el aliento. Sujetaba fuerte el cuchillo, pues temía que se le escapara y perderlo. En ese momento oyó un chapoteo a su espalda, y al girar la cabeza vio que Lerrant estaba allí, le cogía el cuchillo de la mano y cortaba el resto de la red.

La vieron alejarse despacio, nadando muy lentamente. Volvían a navegar a motor, otra vez en el rumbo original.

—¿Crees que sobrevivirá? —preguntó Cal.

Hizo Lerrant un ademán impreciso. Se secaba el torso con una toalla y le había pasado otra al muchacho, que tiritaba de frío.

—No lo sé... Suelen durar muchos años.

Cal seguía observando a la tortuga, apenas ya un punto lejano en la superficie oleosa del agua.

—La última tortuga del Mediterráneo...

Permaneció un momento callado, reflexionando sobre lo que acababa de decir.

—Si es de verdad la última —añadió—, la hemos condenado a vagar sola por el mar.

Tras decir eso miró a Lerrant y encontró su mirada oscura y pensativa fija en él. Pero no despegaba los labios.

—¿Si hubieras estado sin mí la habrías ayudado? —quiso saber Cal.

Tardó en llegar la respuesta. Fue ambigua o indiferente.

—No lo sé.

Asintió el muchacho frunciendo el ceño. Había comprendido.

—Puede que no le hayamos hecho un favor, quieres decir.

—Yo no he dicho nada. Es tu tortuga... Son tus actos y tus conclusiones.

Terminó de secarse el muchacho. Vuelto de espaldas por pudor, se quitó los calzoncillos mojados y se puso los pantalones y la camiseta. Como aún temblaba de frío, Lerrant le pasó un jersey. El patrón del

velero había dejado su toalla, pero seguía con los vaqueros húmedos y el torso desnudo. Cal se demoró en mirar los tatuajes y marcas de su piel: tenía, observó de nuevo, un torso flaco y duro, tan atezado como el rostro, y el pecho y la espalda cubiertos de cicatrices.

—¿Por qué viniste al mar? —preguntó de pronto Cal—. Si fuese verdad lo que cuentas, Jerusalén y lo demás, eras de tierra adentro.

El patrón del velero estaba inmóvil. Había vuelto a sentarse donde solía, junto a la bitácora. Se pasó una mano por el pelo corto, crespo, aún mojado.

—Me trajeron por la fuerza, a bogar engrilletado a un remo, como te conté. Y aquí empecé a comprender un par de cosas.

—Esas cicatrices parecen viejas y son muchas. Me fijé bien en ellas el otro día.

—Los latigazos entran hondo en la carne. Tardan más en borrarse que otras marcas.

Lo dijo con el apunte de sonrisa que nunca se materializaba. Señaló Cal los tatuajes descoloridos y las viejas señales.

—No querrás hacerme creer que llevan siglos ahí.

—Ah, no, para nada... Las más antiguas desaparecieron.

Se removi6 impaciente el muchacho.

—Por suerte casi nunca te creo, porque me fastidia mucho creerte.

Lerrant no respondió a eso. Contemplaba el mar, y al cabo de un momento se puso la descolorida camisa azul, sin abotonarla. Después encendió un cigarrillo. Cal lo miraba desde el otro lado de la bañera.

—Creo que en algo tienes razón sobre lo que dijiste esta mañana —comentó Cal—. El mar enseña a identificar peligros... A verlos venir.

Fumaba Lerrant, escuchándolo. Y se mostró de acuerdo.

—Hay muchos indicios para quien sabe advertirlos, en el mar o en la tierra.

Sonrió Cal porque era consciente de eso. *Skull and Bones* e *Intrepid Sails II*, por ejemplo, estaban llenos de avisos para quien supiera verlos. Si avanzabas despistado y te confiabas, ibas listo: desastre total y vuelta a la anterior fase. No se alcanzaba el tesoro de Black Magic mirando las musarañas.

—¿Que las ratas abandonen el barco, por ejemplo?

Le dirigió Lerrant una ojeada de interés irónico.

—¿Ya te han abandonado las ratas?

Asentía el muchacho con resignación de veterano. Era un gamer, qué diablos. Había viajado al País Oscuro, surcado océanos, disparado a zombis y penetrado en mazmorras, tanto en clan como solo. También tenía compañeros de colegio o de misiones que no siempre estaban a la altura que debían estar. A su edad ya sabía mucho de claudicaciones, abandonos y traiciones.

—Alguna vez —admitió.

—También hay lealtades, eh —Lerrant adoptaba un tono conciliador—. No todo son ratas en el mundo... Hay quienes permanecen a tu lado, o corren contigo colina arriba mientras te disparan.

Movió la cabeza Cal, dubitativo.

—A los amigos no conviene ponerlos a prueba. Puedes quedarte solo.

Dio Lerrant una chupada al cigarrillo y lo miró entre el humo que la escasa brisa tardaba en deshacer ante sus ojos.

—En ocasiones, Kowalski, resultas más sabio de lo que pareces. O de lo que crees.

Procuró el muchacho no traslucir el agrado que le produjo eso. Aunque satisfecho, guardaba silencio.

—Sin embargo, hay gente leal —añadió Lerrant—. Tu madre lo era.

Se crispó Cal, incómodo. Casi violento. El viejo rencor, a ratos torpemente olvidado, desvanecía la satisfacción por el halago.

—No la metas en esto.

—Ella está en esto, en ti y en mí... Por eso viniste. Está en nosotros.

Pese a sí mismo, a su amargo estado de ánimo, a Cal le gustó el plural. No podía evitar sentirse orgulloso cuando Lerrant lo incluía en algo suyo.

—¿Aprende uno a adivinar la lealtad? —preguntó después de un momento—. ¿A verla venir, como la traición y la mentira?

—Sí, con el tiempo. Siempre y cuando vivas lo suficiente.

—¿Y te ha ocurrido?... ¿Correr con otros colina arriba, de esa manera? ¿Por lealtad?

—Pues claro que me ha ocurrido —miraba Lerrant hacia el nordeste—. Y en alguna ocasión, no muy lejos de aquí.

El zumbido de los enjambres de moscas es constante. Enloquecedor. Huele a carne podrida, basura, excrementos. En la tierra de nadie hay cadáveres negros e hinchados bajo el sol. Una mula muerta, gruesa como un tonel y todavía con los arreos del armón de artillería del que tiraba, alza al cielo las patas junto al alambre de espino convertido en madejas informes entre los destrozos causados por las bombas.

Asomado sólo hasta los ojos por el borde de la trinchera, Skuteo Anazatis calcula por enésima vez la distancia a recorrer hasta las líneas turcas: doscientos metros en ligera pendiente, a través de un terreno donde no hay más resguardo que los hombres y animales muertos y los cráteres poco profundos que desde hace semanas los impactos artilleros horadan en el suelo rocoso y duro. Después, bajando la cabeza, mira a sus camaradas. Son doscientos setenta y cuatro, oficiales incluidos, y se agolpan a derecha e izquierda, la cabeza baja, fusiles con bayoneta calada apoyados en los tablones que aguantan la tierra de la trinchera. Por sus rostros crispados, tensos, húmedos bajo las gorras, corretean las moscas. Agachados en silencio mientras esperan la orden, unos miran hacia arriba con impaciencia y temor; a otros, entreabierta la boca, les vaga la vista por el vacío. Algunos tienen inclinada la frente como para conciliarse con la tierra bajo la que yacerán pronto; otros mueven los labios musitando una oración. Y no falta quien, sabiendo que no existe ninguna posibilidad de llegar a la trinchera enemiga, clava su inútil bayoneta entre los tablones y cuelga en ella una cadena, un reloj, un anillo, una fotografía o una carta.

De los doscientos setenta y cuatro hombres, Skuteo Anazatis es el único que sabe con certeza que no va a morir. Y una vez más, la curiosidad —única motivación desde hace tiempo en tal clase de

situaciones— lo mantiene atento mientras se pregunta cómo ocurrirá, o más bien no ocurrirá, en este día de mayo del año 1915, en las lomas de Krithia. Hay en él cierta pereza, de todas formas. Lleva tres meses combatiendo en la península de Galípoli y nada, excepto la técnica, las nuevas armas, las ametralladoras y los aviones que atacan desde el cielo, altera lo básico, lo que conoce en sus múltiples formas desde hace veinte siglos: hombres que sufren, gritan, matan y mueren. Eso lo resume todo.

Pereza, sí. Es la palabra. Pereza infinita, fatiga, cansera, hartazgo. Desgana de repetir lo ya vivido. En un momento se convence a sí mismo de que esta vez, cuando suene el silbato, no saldrá de la trinchera. Ni intentarlo, piensa. Qué esfuerzo tan absurdo y tan inútil, y más con aquella sed —las cantimploras están vacías desde ayer, y la suya lo atormenta desde hace siglos—. Doscientos metros corriendo bajo el sol mientras los hombres caen para nada. Acabar acurrucado con los supervivientes en uno de los pequeños cráteres rocosos, o prisionero de los turcos, o regresar a la trinchera arrastrando cuerpos de compañeros que gritan con las tripas fuera. Ni hablar, que no cuenten hoy con él. Permanecerá agazapado a pesar de las órdenes, los empujones y las amenazas de oficiales y sargentos. Su curiosidad, en esta ocasión, afecta a qué ocurrirá cuando se niegue. Cuando le apunten con una pistola para ejecutarlo, como hacen para dar escarmiento con los desobedientes, los enloquecidos y los cobardes. Por qué no le van a meter un tiro a él, cuando tantas veces ha visto hacerlo con otros infelices. Qué es lo que podrá impedirlo ahora.

Vocean los oficiales, que miran en torno como quien hace inventario, por última vez, de lo que está a punto de perderse. Preparaos, ordenan roncós —también a ellos el temor les brinca en la voz—. Al toque de silbato, arriba todos. A la espera, agrupados unos con otros, los hombres se pegan más a los tablones y las escalas de madera, miran arriba, aprietan las manos que sudan en torno a los fusiles. Algunos se persignan, uno enrosca un rosario en torno a la muñeca, otro besa una medalla. El miedo es una máscara que los iguala y los hace extraordinariamente parecidos: hermanos gemelos, hermanos de guerra, hermanos de sangre. Nada que ver

con los grabados y cuadros heroicos que adornan museos y salones. Sólo silencio tenso, olor a podredumbre, zumbido de moscas: heraldos de la muerte que espera arriba. Una sucesión de rostros inexpresivos casi vacíos de vida y un bosque de bayonetas apoyadas en el borde de la trinchera, en las que reluce el sol. *Mucrone corusco*, escribió un poeta hace más de dos mil años. Ese poeta hablaba de noche, de incendios y de lanzas, pero no hay gran diferencia.

Skuteo Anazatis acerca el mentón —sucio, sin afeitar desde hace tres días— al cerrojo de su fusil y nota cómo raspa en él. El arma es un pesado Lee-Enfield Mark III de fabricación británica: contando la bayoneta, casi cinco kilos de madera y acero con diez balas de pólvora, cobre y plomo en el cargador. Pesado para correr, simple para funcionar, eficaz para matar. En su vida tuvo varios rifles en las manos, y éste es de los mejores que conoce. Desde que desembarcó en la playa Anzac lo ha usado varias veces: cuatro asaltos a trincheras turcas, dos defensas de las propias, tres combates a la bayoneta. Pero sabe —se ha corrido la voz, y hay sonidos que no engañan— que hoy los turcos tienen dos ametralladoras Maxim emplazadas en la loma, y eso reduce a cero la posibilidad de llegar hasta ellos. Hace un rato oyeron al comandante del batallón discutir por teléfono con el coronel, inútilmente. No se aplaza el asalto previsto. La orden es tomar a toda costa la trinchera enemiga. O, dicho en crudo, correr ladera arriba y hacerse abatir como animales.

—Nunca llegaremos —dice alguien.

Skuteo Anazatis sigue mirando los rostros que tiene cerca. Le son familiares pues convive con ellos desde hace noventa y tres días. Sabe los nombres de muchos, sus lugares de origen, ha visto fotos y leído cartas de sus familias, escuchó confidencias, bromas, ilusiones, desesperanzas. Compartió con ellos comida, cigarrillos, agua. Los vio combatir a su lado como ahora se disponen a combatir de nuevo, y a algunos los conoce casi tanto como a sí mismo. Son hombres iguales a otros, ni buenos ni malos, capaces de lo mejor y lo peor, a veces la misma persona y en el mismo día: egoísmo y generosidad, miedo y coraje, crueldad y nobleza, puestos de manifiesto de modo

casi simultáneo, en pocas horas. Seres humanos atrapados en la gigantesca trituradora de vidas y mundos que es la Historia.

—¡Arriba!... ¡Arriba!

Suena el silbato, gritan los oficiales, dan los hombres un bramido gutural, no por infundir pavor al enemigo sino para infundirse coraje ellos mismos. Y fusil en mano, hombro con hombro, se incorporan, trepan, tropiezan, salen de la trinchera, corren entre la música metálica que de repente, en mortal crescendo, vibra en torno a ellos como si penetrasen en una colmena de fuego y acero. Y Skuteo Anazatis, que pensaba permanecer agazapado en la trinchera mientras el mundo, la vida y la muerte ajena seguían su curso inexorable, ve erguirse y avanzar a los hombres cuyos nombres conoce, mezclados en la memoria con infinitud de otros, desvaídos y lejanos, tan semejantes —o siempre los mismos— que baraja su eternidad. Comprende entonces con fría resignación que tampoco esta vez puede quedarse atrás y dejarlos ir solos. Y sin otra razón que esa instintiva lealtad, asumiendo de nuevo lo que nunca le ha sido posible evitar, respira hondo, aprieta los dientes, trepa fuera de la trinchera, y con el fusil armado de bayoneta en las manos corre detrás de sus camaradas ladera arriba, abriéndose paso entre el humo, el polvo, el aire caliente que siegan las ametralladoras turcas, la luz turbia de los Dardanelos que parece venir cansada del cielo y el mar.

Cuando alcanza la trinchera enemiga —zanja siniestra, dentado zigzag de sacos terreros y alambradas—, Skuteo Anazatis está solo. Ya no corre, simplemente camina. Tiene la cabeza descubierta, el rostro tiznado de humo y polvo, boca y garganta ásperas de una sequedad atroz. Dejó caer el fusil, no recuerda en qué momento, y avanza despacio mientras muestra las manos desnudas, sintiendo las miradas de los turcos que han dejado de disparar —no queda nadie en pie contra quien hacerlo— y asoman las cabezas por el borde de la trinchera, asombrados, para mirarlo acercarse.

—*Susadin... Istiyorom su* —les dice—. Tengo sed. Necesito agua.

Era una noche tranquila, con pocas estrellas y apenas viento, y el *Nostos* navegaba a motor siguiendo un rumbo casi paralelo a la costa de Creta. Por la banda de estribor se veían luces lejanas, aisladas en las alturas de la isla. Abrigado con la trenca de la Marina británica y sentado en la bañera, el arnés de seguridad puesto, Cal se mantenía de guardia. Escrutaba a cada momento la oscuridad, confirmaba con el radar y los prismáticos que todo estaba limpio y volvía a acurrucarse junto a la bitácora. De vez en cuando, aprovechando que Lerrant dormía e incumpliendo las instrucciones de éste, bajaba a conectar un par de minutos el AIS para asegurarse de que los mercantes y los barcos de pesca se mantenían lejos del velero.

Telémakhos progresaba en su cabeza. Siempre había creído que los videojuegos condicionaban su vida, pero nunca imaginó que ésta llegase a influir tanto en los videojuegos, a proyectarse con tal intensidad sobre ellos. Desde que embarcó en el *Nostos*, cuanto pasaba dentro y fuera de él, cuanto observaba y sentía, fraguaba en material utilizable, argumentos y recursos. De repente el mundo real —tan despreciado antes por él— suscitaba una feliz fertilidad creativa. Y así, pasando de lo vivido a lo imaginado, y no al revés, *Telémakhos* crecía y se multiplicaba en su mente de un modo asombroso.

Tenía tan clara la historia que ni siquiera necesitaba tomar notas. Canta, oh diosa, al joven de múltiples senderos... El hijo de Odiseo, dejando atrás Ítaca, emprendía el camino inverso en busca de su padre. Todo sería muy al estilo *God of War*, con una inmersión profunda en el mundo de la mitología griega: algo violento y atrevido, con una duración y un mapeado sin límites; una mezcla de géneros y una capacidad de sorprender, intrigar y divertir que engancharan a los gamers desde el principio. Un juego que pudiera llevarse a cabo tanto en solitario como en equipo online, con diabólicas misiones secundarias para obtener las herramientas y objetos adecuados. Donde se pudiera romper la cuarta pared, reclutar mercenarios, farmear recursos de supervivencia, fundirse con los personajes, luchar estilo hack and slash, matar en modo shooter, y también morir de cien formas diferentes, con la certeza de

que ibas a disfrutar incluso muriendo. Y la posibilidad de ser al mismo tiempo, destilados en un solo jugador-protagonista, Solid Snake o Max Payne, Lara Croft, Jill Valentine o los fríos pistoleros de *Red Dead Redemption*. Todo eso, bajo la mirada impasible y cruel de los dioses del Olimpo, con sus asechanzas continuas y un duro enfrentamiento final entre Telémaco y Odiseo. Entre hijo y padre.

Tales reflexiones lo llevaron a caer de nuevo en la cuenta, mientras vigilaba la oscuridad del mar, de que necesitaba algo de lo que carecía, practicado trillones de veces en una pantalla pero nunca en la vida real. Y adquirir tal punto de vista, trasladar al juego esa experiencia, podía ser decisivo.

Se lo planteó otra vez a Lerrant al día siguiente —el propio Cal había hecho los cálculos y anotado la posición—, cuando estaban doce millas al nordeste del cabo Sideros.

—¿Puedo aprender a pelear en serio?

El patrón del velero no respondió en seguida. Miraba la arboladura, pues el viento había refrescado y el *Nostos* ceñía por babor con toda la lona arriba, a buena marcha, cortando la marejada bajo un cielo azul sin apenas nubes.

—Hemos gastado mucho gasóleo —dijo—. Habrá que repostar antes de salir del Egeo.

—¿Vamos más allá? —se intrigó Cal.

—Sí... Un poco más allá.

Lerrant se había inclinado sobre un winche para ajustar la tensión del foque. Volvió a acomodarse y miró al muchacho.

—Creo que ya hablamos de eso... Me refiero a pelear.

—Una cosa es hablar y otra enseñarme —procuraba Cal aparentar indiferencia—. A hacerlo, quiero decir. Cuando corra peligro y deba defenderme.

Amagó la sonrisa inacabada del otro.

—¿También para atacar, cuando el peligro seas tú?

Asintió Cal tras vacilar un instante. El recuerdo de Taplow, Slender Man y Kingpin acudía inevitable a su cabeza.

—También para eso —respondió.

Lerrant estuvo un momento callado y encogió los hombros.

—Evita la confrontación siempre que puedas... Nunca discutas ni amenazas, guarda silencio y estudia a quien tengas enfrente. Permanece lejos de su alcance e intenta adivinar si esconde un arma. En la duda, lárgate; mejor pasar por cobarde que andar en problemas o que te maten. Y si no puedes evitarlo, madruga. Adelántate.

—¿Cómo?

El patrón del velero señaló su propia nariz.

—Un cabezazo aquí es buen sistema. Reaccionamos más despacio cuando estamos hablando, de modo que si golpeas a alguien procura hacerlo mientras hable... Y una sonrisa tuya, un gesto conciliador o sumiso ayudarán a cogerlo desprevenido.

Atendía Cal, pendiente de cuanto escuchaba.

—¿Qué armas son las mejores?

—Cuando hay necesidad, todo sirve: una botella rota, un bolígrafo, un vaso de plástico, un periódico enrollado, una tarjeta de crédito... Una chapa de cerveza puede cortar como una navaja y un teléfono móvil sirve para golpear en la sien.

—¿Y las armas de fuego?

—Evítalas si puedes. Hacen ruido y traen problemas... Cuando las tienes, tarde o temprano acabas usándolas.

—¿Por eso llevas el cuchillo?

Sin esperar respuesta, Cal bajó a la camareta y subió con el arma. Cuando la extrajo de la vaina, Lerrant miró la hoja negra y afilada.

—*Il ferro non parla* —dijo, burlón—. *Ese si parla, è laconico.*

Al muchacho le gustó la frase.

—Suená bien.

—Se lo oí a un conocido... ¿Qué quieres aprender?

—A clavarlo y evitar que me lo claven.

Lerrant tomó el cuchillo de sus manos.

—Un cuchillo es una herramienta especial más compleja de lo que parece. Es útil y también simboliza cosas.

—¿Qué simboliza?

—Siempre se utilizó para cortar cuellos de ovejas, cabras y cerdos, rebanar rabos, despellejar, castrar y destripar animales. Y también para hacer eso mismo con los seres humanos. ¿Te haces a la idea?

—Ni tan mal, sí.

—Durante siglos, en el mundo que yo conocí, cortarle el cuello a un hombre era un acto tan corriente como cortárselo a un cordero.

—Pero ya no es así —opuso Cal.

—Te equivocas, porque eso depende del lugar y las circunstancias... Incluso ahora hay momentos en que resulta tan normal como comer, beber o dormir.

Sostenía el cuchillo casi horizontal, con una naturalidad que desconcertaba al muchacho.

—Se sujeta así, ¿ves? —añadió—. No como en las películas ni los grabados truculentos, donde suelen empuñarlo con la punta hacia abajo. La manera es con cuatro dedos firmes bajo el mango, de este modo, y el pulgar en la parte de arriba o en el arranque de la hoja. Así es más fácil moverlo en todas direcciones... Levántate.

Obedeció Cal, afirmando los pies para contrarrestar la escora del barco. Lerrant le había devuelto el cuchillo.

—Inclina un poco el cuerpo, eso es... El arma en una mano, retirado el brazo para disponer de impulso y alcance, y la otra lista para protegerte del adversario.

Adoptaba el muchacho las posiciones sugeridas.

—¿Así?

—Así, muy bien... Eso ayuda, si el otro lleva cuchillo o navaja. Y si tienes algo que te proteja, un cojín, una chaqueta o algo para cubrirte con el brazo libre, mucho mejor. Defendiendo sobre todo el vientre, el cuello y la cara.

Le había arrojado un jersey que estaba en el banco de la bañera. Cal envolvió con él su brazo izquierdo. Sentía batir la adrenalina en el corazón y una desagradable contracción en la cara interior de los muslos, como si todo fuese real y estuviera a punto de bajar a una mazmorra peligrosa y oscura.

—No hables ni amenazas —seguía diciendo Lerrant—. Mantente callado y tranquilo hasta que actúes, pensando bien lo que vas a hacer. Después debes ser preciso al acuchillar... Todo consiste en entrar y salir rápido, ¿ves?

Hizo los ademanes adecuados y Cal asintió.

—Lo veo.

—Si sólo quieres hacer daño, da un tajo rápido en la cara. Si lo que buscas es matar, apunta a la garganta: aquí o aquí. Una puñalada en la aorta o la carótida siempre es mortal —se tocó una ingle con un dedo—. También ahí, fíjate bien. Si cortas la femoral, no hay torniquete posible.

Acercó Cal la hoja del cuchillo a la ingle de Lerrant, deteniéndola a menos de un palmo. Lo hizo dos veces mientras ambos se estudiaban en silencio.

—En cualquier caso —acabó diciendo el patrón del velero—, nunca te quedes a mirar. Una vez hecho lo que hagas, te largas a toda prisa. Como los escorpiones, pica y vete.

Cogió el cuchillo de manos del muchacho y lo devolvió a la funda.

—Entre sus muchas divisiones —añadió—, el mundo también se divide entre quienes ven la violencia como algo ajeno y quienes la consideran tan natural como comer, dormir o procrear. ¿Lo comprendes?... Hace unos días hablamos de ovejas y lobos. Entre unas y otros, adivina de quién es la ventaja.

Seguía mirando el cuchillo. Sus iris opacos permanecían inexpresivos, sin emoción alguna. Parecía que ya no iba a decir nada más cuando habló de nuevo:

—El problema, Kowalski, es que, una vez has aprendido lo fácil que es matar, debes aprender también a no hacerlo... Y eso es lo más difícil de todo.

XII. La isla

*Lo que quede de todo lo que fui,
las mujeres que amé y me
amaron, las ciudades donde
hallé a ese otro que habría
podido ser.*

JOSÉ CARLOS LLOP

Después de tantos días de mar, la tierra firme parecía moverse bajo sus pies igual que la cubierta del *Nostos*. Había probado un sorbo de vino local, que era blanco y suave, pero eso acrecentaba la sensación de inestabilidad; así que renunció a beber más, limitándose a un vaso de agua. Acababa de comer erizos de mar y hojas de parra rellenas de arroz y carne picada, que le parecieron muy sabrosas, y terminaba con un postre de masa frita en forma de espiral remojado en miel. Había sido una buena comida. Sentado bajo el toldo de la taberna que dominaba la pequeña dársena pesquera del puerto de Fry, en la isla de Kasos, Cal se sentía saciado y satisfecho.

—Está muy rico el dulce —comentó, acabándolo.

—Se llama *xerotigana* —dijo Lerrant—. Es típico de este lugar.

—Pues me gusta mucho.

Hizo el patrón del velero un ademán ambiguo. Se había afeitado y llevaba los vaqueros viejos y una camisa limpia, sin planchar. Había hecho que también Cal se aseara y se lavara el pelo.

—Los turcos no sólo dejaron recuerdo de matanzas en estas islas.

Masticaba el muchacho el último bocado.

—¿También aquí?

Asintió Lerrant. Apuró el resto de su vaso de vino y volvió a asentir.

—Siete mil personas fueron asesinadas en Kasos cuando la guerra de independencia griega. El gobernador turco de Egipto decidió dar un escarmiento.

—¿Los mataron a todos? —se estremeció Cal.

—A casi todos... Hombres, mujeres y niños. En un solo día.

Intentaba el muchacho imaginar aquello, pero escapaba a lo concebible.

—¿Estuviste tú?

Apenas hizo la pregunta se arrepintió de haberla hecho. Implicaba conceder a Lerrant una credibilidad que prefería negarle. Pero éste se limitó a mover la cabeza mientras sacaba del bolsillo un arrugado paquete de tabaco.

—No estuve... Andaba cerca, pero no en esta isla.

Cal no pudo resistirse al sarcasmo.

—¿Con los griegos o con los turcos?

No se inmutó Lerrant, que encendía un cigarrillo.

—A veces estuve con unos y a veces con otros —entornó un poco los párpados, como buscando recordar—. En esa época me encontraba con los griegos, en las montañas de Creta.

Después de eso permanecieron callados mirando la dársena, que era muy angosta: apenas un centenar de metros y un espigón que la resguardaba de los vientos del norte. Las casas en torno, lo mismo que la torre de la iglesia que tenían detrás, estaban pintadas de azul y blanco. Había palmeras, otras dos modestas tabernas, cerradas y con las sillas puestas sobre las mesas, y una docena de caiques y barcas amarradas al muelle, donde dos hombres y una mujer reparaban redes de pescador. Detrás de la taberna y la iglesia, en la zona más amplia y con mayor calado del puerto, se veía el palo del *Nostos*, amarrado al dique exterior.

Se acercó a la mesa un hombre vestido con un sucio mono gris de mecánico. Era cetrino, mal afeitado, con un frondoso bigote. Sin levantarse, Lerrant cambió con él unas palabras en griego. Después le ofreció un cigarrillo, que el otro aceptó.

—Nos ha conseguido trescientos litros de gasóleo —dijo Lerrant a Cal—. En el puerto no hay surtidor; pero en el Mediterráneo, todo problema de apariencia irresoluble acaba resolviéndose.

Fumaba plácidamente el griego. Luego habló de nuevo y el patrón del velero escuchó con atención. El camarero del restaurante —otro isleño de más edad, también con bigote, que había traído café— se unió a la conversación. Señalaban el cielo y el mar mientras Lerrant conversaba con ellos en su lengua y asentía, convencido. Al cabo de un momento el camarero trajo una botella de *ouzo* y unas olivas negras, y los tres bebieron y fumaron sin dejar de conversar. A veces algún comentario de Lerrant hacía reír a los otros, y eso confirmó al muchacho algo advertido en Formentera y Cagliari: su facilidad para entablar conversación y crear un ambiente favorable. Y no era cuestión de simpatía forzada, sino de naturalidad. Lerrant caía bien a la gente —si se exceptuaba a Taplow y los dos sicarios— y eso jugaba a su favor. Hasta el propio Cal se sentía atrapado en ese encanto o esa trampa. Lo imaginó años atrás, pescando de noche con dinamita en compañía de aquellos mismos griegos, de forma ilegal, y emborrachándose después con ellos en tabernas, colmados y burdeles.

—Esta noche tendremos meltemi —dijo Lerrant cuando se fueron los otros.

Miraba el cielo, cuyo azul se había vuelto muy limpio, más duro y pulido. Y Cal llevaba en el mar lo suficiente para saber a qué se refería: un viento del norte, desagradable, que en esa época del año soplaba fuerte en el Egeo. No había ocurrido todavía con él a bordo.

—¿No es seguro el puerto?

Negó Lerrant. Aquel viento levantaba mucha mar, que entraba y sacudía los barcos aunque estuvieran amarrados. Iba a ser mejor pasar la noche a sotavento de la isla. Conocía un buen fondeadero a una hora de allí.

—La hipótesis más peligrosa, ya sabes.

—Empiezo a saberlo —respondió Cal—. Un rizo a tiempo en la vela, y todo eso. Verlo venir.

—Exacto —el patrón del velero se puso en pie—. Demos un paseo antes de irnos... No vendrá mal estirar las piernas.

Rodearon la iglesia para internarse por las calles sombreadas y estrechas, bajo emparrados y cañizos donde se secaban pulpos y salazones. Algunas de las mejores casas, contó Lerrant, habían pertenecido a capitanes de mar, pues Kasos fue un lugar próspero en los tiempos de Bizancio y Venecia. Después vinieron una decadencia y una miseria aliviadas por el turismo de las últimas décadas. Nada excesivo, de todas formas, pues la isla se encontraba lejos de las rutas y circuitos habituales.

—¿Ya habías estado aquí? —quiso saber Cal.

—Alguna vez, hace tiempo. No ha cambiado mucho... Es uno de esos raros lugares del Mediterráneo que todavía pertenecen a la gente que vive en ellos.

Lo pensó un poco antes de hacer la nueva pregunta.

—¿También viniste con mi madre?

Tardó Lerrant varios pasos en responder.

—No, nunca —dijo.

—¿Y con otras mujeres?

—Eh, basta. No seas idiota.

Buscaron un lugar donde comprar agua, cigarrillos y pan tierno. La mayor parte de las tiendas y cafés se encontraban cerrados. Unos niños que jugaban al fútbol se los quedaron mirando, y una mujer madura que regaba macetas de geranios volvió el rostro para saludarlos con un afable *kalimera*. Lerrant le dirigió unas palabras y ella señaló una dirección.

—*Efjaristo, kyría* —agradeció él.

—*Parakaló, kyrie*.

La tienda tenía ristras de esponjas colgadas del dintel y estantes polvorientos con conchas marinas, peces disecados, cajetillas de tabaco, agua embotellada, vino, *ouzo*, cerveza y latas de conserva. También había galletas inglesas, rosquillas de sésamo y pan. Atendía una muchacha desgarrada y flaca de ojos hermosos, insólitamente claros, que a Cal le pareció muy atractiva. Se ruborizó cuando ella le habló en griego, no supo qué responder y advirtió que Lerrant lo miraba.

Salieron de allí cargados con bolsas de plástico, de regreso al puerto. La compra incluía dos botellas de *ouzo*.

—Le gustaste a la jovencita —comentó Lerrant.

Volvió a ruborizarse Cal. Lo observó de reojo para comprobar si hablaba en serio.

—Qué tontería —dijo.

—No es ninguna tontería... Tan flacucho, con ese pelo y esas gafas, tienes pinta de poeta romántico o de revolucionario bolchevique.

—¿Bolchevique? —se amoscó Cal, que desconocía el término.

—Eh, vale —Lerrant le dirigió una mueca conciliadora—. Olvídalo.

Ya no hablaron hasta llegar al barco. Mientras recorrían el muelle del dique exterior, Cal no olvidaba los ojos claros de la muchacha griega. Recordó entre halagado y confuso lo que había dicho Lerrant, alzó la vista hacia las gaviotas que planeaban sobre las barcas de pesca y se sintió más seguro y adulto. Era una intuición de madurez desconocida hasta entonces, satisfactoria y próxima a la felicidad. Ojalá, pensó, hayamos olvidado algo y sea necesario volver a la tienda.

Aparejaban para marcharse. Subía la intensidad del viento, aunque aún no superaba quince nudos en el anemómetro. Lerrant había encendido el motor y la cubierta del velero vibraba suavemente. Estaban amarrados al muelle por la popa, con el ancla fondeada a proa, donde Cal preparaba el molinete para recoger cadena. En ese momento vio que una embarcación de dos palos doblaba el extremo del espigón, entrando en el puerto. Había tres tripulantes en cubierta. Ya sabía reconocer las clases de barco, e identificó con facilidad al recién llegado: palos de la misma altura y unos veinte metros de eslora, con casco de madera, herrajes de bronce y una bandera roja con una cruz azul. Una pequeña goleta. Un barco bonito y clásico con el nombre *Sigrid* pintado en el casco. Matrícula de Stavanger.

—Noruego —dijo Lerrant desde la bañera, al ver que Cal observaba.

Con impecable maniobra marinera, la goleta viró hasta situarse popa al muelle como había hecho el *Nostos* al llegar, y muy cerca de él. Después, despacio, retrocedió largando ancla y cadena por la proa hasta que, a menos de dos metros del muelle, uno de sus tripulantes saltó a tierra para trincar las amarras en los norays. Lo hizo con habilidad y rapidez; pero no fue eso lo que sorprendió a Cal, sino advertir que se trataba de una mujer, y que también lo eran otras dos que se hallaban en cubierta, una al timón y otra en la proa pendiente del fondeo. La del timón era morena, con el pelo corto, y las otras, rubias. Una llevaba el cabello en una trenza; otra, cubierto a medias por un pañuelo anudado en la nuca. Altas, fornidas, atractivas pese a la rudeza de su aspecto, no eran demasiado jóvenes. Su aspecto nórdico contrastaba con las pieles bronceadas. Vestían pantalones cortos y viejas camisas o camisetas. A Cal le pareció que no había nadie más a bordo.

—Tres vikingas en el Egeo —oyó decir a Lerrant—. El sueño de cualquier marino.

Parecía divertido mirándolas, y respondió alzando una mano al saludo de la que timoneaba. Después liberó los cabos del muelle y ordenó a Cal recoger cadena. Obedeció el muchacho, pisó el pulsador del molinete y avanzó despacio el *Nostos* hasta que todo el fondeo estuvo a bordo y con un fuerte resonar metálico el ancla encajó bajo el balcón de proa. Movié Lerrant la palanca del motor, metió el timón a estribor y el velero pasó ante la otra embarcación rumbo a la bocana. Mientras recorría las bandas recogiendo las defensas, Cal dirigió un último vistazo a la goleta y sus tripulantes.

—¿No les avisas de que va a pegar fuerte el meltemi?

La sonrisa inacabada rozó los labios de Lerrant.

—Ésas saben lo que hacen, Kowalski. Ya las has visto maniobrar... Lo saben de sobra.

A media tarde estaban fondeados en una profunda cala al sur de la isla, rodeada de acantilados sin otra vegetación que arbustos medio secos, cuyas piedras desnudas parecían esculpir una violencia

antigua y fría. Chélatros, había llamado Lerrant al lugar cuando dejaron caer el ancla con treinta y cinco metros de cadena, justo en el centro y a un centenar de metros de la orilla. El viento ululaba fuerte en las alturas rocosas, pero abajo el agua se mantenía tranquila, con el *Nostos* dando suaves tirones de la cadena.

—¿Siempre conoces cuáles son los buenos lugares? —preguntó Cal.

Según su costumbre, Lerrant tardó en responder. Recogía unos cabos a popa mientras Cal lo miraba desde la bañera.

—Todo en la vida tiene un lado bueno y un lado malo —dijo al fin—. La cuestión consiste en saber cuáles son e incorporarlos a tu instinto... Así acabas eligiendo sin necesidad de pensar, de modo automático.

—¿Igual en el mar que en la tierra, en la guerra o en la paz?

—Así es —Lerrant adujó el último cabo y miró hacia el acantilado para comprobar la intensidad del viento que agitaba los arbustos—. Siempre se trata de lo mismo: buscar el lado soleado de una calle en invierno y la sombra en verano, intuir la esquina tras la que puede haber un francotirador, saber que una estrella o tu sombra en el suelo orientan como una brújula...

—Dicho por ti, parece fácil. ¿Nunca tienes dudas?

—Te dije que las tengo, continuamente. El mar es incierto y también la tierra... Saberlo es lo que da seguridad.

Asentía Cal, comprendiendo muy bien.

—La saludable incertidumbre, ¿no?... Si algo parece demasiado bueno para ser verdad, es que podría no serlo.

—Exacto. ¿Sabes lo que decía alguien llamado Diágoras?

—No.

—Que es importante tener en cuenta la sombra cuando se proyecta luz sobre alguna cosa... ¿Qué opinas de eso?

Lo pensó el muchacho un momento.

—Que vivimos en un mundo que no suele fijarse en la zona de sombra.

—Bien, Kowalski —Lerrant asentía, aprobador—. Respuesta correcta.

Sonreía ahora Cal, halagado.

—Épico, decimos los gamers.

—Pues eso: épico.

Al sur, en la distancia, vieron pasar un barco. Era un crucero turístico enorme y blanco, con una gran chimenea amarilla. El patrón del velero lo siguió con la mirada.

—Dos o tres mil personas a bordo en cada uno de éstos —dijo tras un momento—, creyéndolo seguro e insumergible, y todos los mares del mundo llenos de barcos así cruzándose en todas direcciones, vaciándolos sobre cada puerto como una plaga de langosta...

Se echó Cal a reír.

—No te caen simpáticos los cruceros.

—No me caen bien ni mal. Están ahí, es inevitable. Pero nada puede sobrevivir a eso.

—¿Todo merece sobrevivir?

—Sigues haciendo buenas preguntas.

Fue Lerrant hasta la bañera, metió los prismáticos en su funda y los puso bajo una toalla que los protegía del sol declinante.

—Cuando vives mucho tiempo ves desaparecer demasiadas cosas, y no todas te dan igual.

—No te gusta el turismo —concluyó Cal—. Pero la gente tiene derecho a viajar barato... En barco, en avión, como quiera y pueda.

El crucero había desaparecido de la vista. Lerrant volvía a contemplar el mar. Tras unos instantes, habló de nuevo:

—Una vez fui guía turístico.

Se sorprendió el muchacho. Le costaba imaginarlo.

—¿Tú? ¿Dónde?

—En Estambul y Atenas.

—¿Hablas en serio?

A Lerrant le afloró el amago de sonrisa.

—Completamente en serio... Pero eran otros tiempos y otros turistas.

En la puerta del hotel Pera Palace —mármol, terciopelo, ambiente sofisticado e internacional—, Daniel Yakabi, guía de la agencia Cook,

aguarda a que pase un tranvía y después, sorteando a los limpiabotas y a los niños que piden limosna, se acerca al coche de caballos en mejor estado, negocia con un cochero de bigote grasiento al que conoce de vista, y cerrado un trato razonable, se vuelve hacia la mujer parada junto a los mozos que llevan el equipaje, y que ha presenciado —divertida, aunque no sabe una palabra de turco— el prolijo regateo. Es inglesa y tiene cumplidos de sobra los cuarenta; no es ni fea ni guapa, viste bien sin excesos, sombrero de fieltro de ala corta que la favorece y un abrigo largo, oscuro, con cuello de marta. En la mano izquierda lleva un anillo de casada.

Tras acomodarla en el carruaje y comprobar que los mozos cargan un baúl y dos maletas —la inglesa es poco amiga de abrir el monedero, y se ve obligado a dar él las propinas—, Daniel Yakabi ocupa el asiento de enfrente, de espaldas al cochero, pasando entre los dedos las cuentas del *tespih* de ámbar.

—Sigue siendo un hotel excelente —comenta satisfecha la mujer—. Atendido como se debe.

—Sí —se muestra el guía de acuerdo—. De éstos donde todavía reconocen a un cliente después de cinco años y le preguntan por la familia.

—Exacto... En casi todas partes, de Niza a Bagdad, hoy un viajero es sólo un número y una cuenta.

Resuenan los cascos de los caballos en el empedrado. Se dirigen a la estación de ferrocarril, y la mujer aprovecha el corto trayecto para dirigir una última mirada al perfil de la ciudad, las cúpulas y minaretes recortados en el cielo gris, los abigarrados colores de los edificios, el movimiento de embarcaciones en el Cuerno de Oro y el Bósforo. Ya no hay nada que contarle, pues ha pasado tres días recorriendo Estambul en compañía del empleado de Cook, que hizo su trabajo llevándola a los lugares habituales —mezquitas, museos, bazar, puestos de pescado y carnicerías con cabezas de cordero goteando sangre como sorbetes rojos— mientras ilustraba el tour con las informaciones adecuadas.

En los tres años que lleva de guía en Atenas y Estambul, Daniel Yakabi —tal es su nombre ahora— ha tratado con toda clase de

viajeros: ingleses secos de maneras, norteamericanos que se quejan de todo, franceses que protestan del cambio de moneda y exigen facturas, alemanes aficionados a tugurios de mala nota, italianos charlatanes y mujeres de diversas nacionalidades con dinero propio o emparejadas con quien lo tiene. Las solitarias no son frecuentes; por eso resulta natural que una que recorre mundo sin compañía, si dispone de medios adecuados, recurra a una agencia de lujo para ser atendida en una ciudad como ésta.

—Quiero agradecer sus servicios —dice la inglesa—. Ha sido realmente amable.

Asiente Daniel Yakabi con la apropiada modestia: un ademán vago, prudente, que incluye un amago de sonrisa. Sabe de sobra que ese gesto, en alguien con su apariencia —tiene buen aspecto y viste con elegancia europea—, gusta a las mujeres y cae bien a los hombres, lo que suele traducirse en mejores propinas e informes que satisfacen a la empresa que lo emplea.

—Sólo hago mi trabajo, señora Mallowan.

—Pues lo hace muy bien.

Con lento titubeo, entre indeciso y tímido, la mujer abre el bolso —grande, práctico, propio de una viajera experimentada—, busca en él y entrega al guía cinco billetes de una libra turca, generosa por fin. Recibe éste el dinero con una inclinación de cabeza y lo guarda doblado en un bolsillo interior de la chaqueta.

—Siento no haberla podido llevar a la mezquita Azul. Como dije, está cerrada por obras.

—Oh, no se preocupe... La visité en un viaje anterior.

Vuelve la inglesa a contemplar la calle, que respira aire europeo: tranvías eléctricos, cines, cafés, librerías y kioscos con el *Daily Mirror* y *Le Figaro*, tiendas de moda occidental. La tradición otomana se mantiene en las zonas populares, pero las calles céntricas abundan en hombres con sombrero, traje y corbata, y las mujeres de clase media y alta adoptan modas de París y Berlín, en esta ciudad que oscila entre la nostalgia del pasado y la presión de una modernidad urgente, impuesta por el régimen renovador de Kemal Atatürk. A Daniel Yakabi todavía le cuesta acostumbrarse a los rótulos con

alfabeto latino que sustituyen a los tradicionales caracteres árabes en el idioma turco.

—¿Ha vivido siempre aquí? —pregunta la inglesa.

—No siempre.

—¿De dónde es realmente?... Habla inglés muy bien, como la lengua local. Y supongo que otros idiomas.

De nuevo apunta la sonrisa inacabada del guía turístico, que sin dejar de jugar con las cuentas del *tespih* se limita a un ademán impreciso: movimiento de hombros que a todo responde y nada concreta. Mientras lo hace recuerda lugares y rostros que habría preferido no recordar. Evoca a los hombres que fue y que allí estuvieron antes de que esa ciudad, el Mediterráneo y el mundo fueran lo que son ahora. Recuerda así a Samuel Israel, comerciante de higos secos; a Stefanis Tasideion, esclavo; a Enzo Mileterre, soldado en Scútari; a Teyak Yürüyüs, orfebre en Kapalicarsi; a Selim Yürük, veterano del Gran Asalto; a Matías Kreisend, corsario a sueldo de la Sublime Puerta. Y también a otros que fue antes de ser quien ahora es, y que pronto —menos de un año— dejará de ser para convertirse en el próximo, siempre diferente y siempre el mismo: condenado a vagar sin rumbo, atormentado por una sed eterna, hasta el final de los tiempos.

Descienden ante la estación del Orient Express. Eficiente como suele, Daniel Yakabi llama a dos faquines para que se hagan cargo del equipaje y precede a la inglesa, abriéndole paso entre la gente, con la enérgica soltura de la costumbre, hasta la cola del mostrador de facturación, que solucionan rápidamente gracias a otro billete de una libra. Rotulado *Compagnie Internationale des Wagons-Lits*, el coche reservado muestra el cartel *Istanbul-Paris*: microcosmos de modernidad cosmopolita para tres días de viaje a través de fronteras, idiomas y culturas: art-déco, madera pulida, lámparas de cristal, electricidad, calefacción, servicio de mayordomo, restaurante con vinos franceses y cubertería de plata. Un mundo aparte, elegante y exclusivo para los viajeros que pueden pagarlo.

Tras detenerse en el kiosco de ferrocarriles para que la inglesa compre periódicos, revistas y un par de libros, llegan junto al coche correspondiente. Mientras los mozos suben el equipaje, entrega

Daniel Yakabi el billete de la señora al encargado, que se toca la visera de la gorra y la invita a subir por la escalerilla. Se demora la mujer un momento, indecisa de nuevo.

—He observado que le gusta leer. Y que conoce las buenas librerías de la ciudad.

—La lectura es una excelente compañía.

—¿Le gustan las novelas policíacas?

—Eh, claro... Son entretenidas.

Aún duda un momento la inglesa, que se muerde los labios.

—No se lo he dicho hasta ahora, pero me dedico a escribirlas.

—¿Es novelista? —se sorprende el guía.

—Sí.

—¿Por eso tomaba notas y se interesaba por las librerías?

—Así es.

—¿Y lo que escribe son novelas policíacas?

—He publicado una docena —mete ella una mano en su bolso de viaje y saca uno de los libros que compró hace un momento—. ¿Conoce ésta?

Mira Daniel Yakabi la cubierta: una mujer vestida a la moda de los años veinte rebusca entre los objetos de un cajón. Y repara en el nombre de la autora.

—Creía que su nombre era Mallowan.

Ella le dirige una apacible sonrisa.

—Lo es ahora, aunque como *nom de plume* uso el de mi primer marido —tras decirlo suspira con graciosa resignación—. Ahora voy por el segundo.

—Ah, ya... Comprendo.

—Ésta se publicó hace tiempo y es de mis favoritas. Quizá le guste leerla. Téngala como recuerdo mío, por su amabilidad.

—Se lo agradezco mucho.

Lo escruta ella con detenimiento, de nuevo indecisa. Al fin cuelga el bolso de un brazo, saca una pluma estilográfica y garabatea unas palabras en el interior del libro antes de ponerlo en sus manos.

—Lo que voy a decir no es propio de una dama británica... Es usted un hombre apuesto y ese traje color castaño le sienta muy bien.

—Gracias.

—Puede que algún día lo utilice como personaje para una novela. Aflora la sonrisa inacabada del guía.

—Sería un honor para mí.

—Hay en usted algo misterioso, de todas formas —ella le mira los ojos, la boca y las manos—. Indefinible, me parece... No estoy segura de si es más adecuado para detective o para asesino.

—Lo dejo a su criterio.

Sigue estudiándolo, inmóvil. Ligeramente entreabiertos los labios.

—Quizás...

No dice más, e incluso parece arrepentida de haberlo dicho. Le ofrece por fin la mano, casi con brusquedad; y él, que se ha quitado el sombrero, la toma sin apretar demasiado mientras deposita en ella el *tespih* de ámbar.

—No es necesario —protesta la mujer, desconcertada.

—Por favor.

Después ella sube al coche y desaparece en su interior. Daniel Yakabi permanece inmóvil, sombrero en mano, hasta que la pierde de vista. Pensativo. Luego se cubre, ajusta el nudo de la corbata y avanza sin prisa hacia la salida. Al cabo de un momento mira de nuevo el libro, que se titula *El asesinato de Rogelio Ackroyd*.

Mientras camina entre el andén y el vestíbulo, saca el reloj del bolsillo del chaleco y consulta la hora: son las tres de la tarde. Eso le da tiempo de comprar otro *tespih* y comer luego un *börek* o una sopa de callos con un par de cervezas antes de ir a la oficina de Cook para que le asignen nuevos clientes. Le han hablado de un matrimonio suizo que desembarcará dentro de cuatro horas en el muelle de Karakoy.

Al salir de la estación, camino de la parada del tranvía, Daniel Yakabi deja caer el libro en un cubo de basura. Ya lo había leído.

Fue Cal el primero que vio la embarcación: doblaba la punta de poniente de la caleta de Chélatros, a motor y recogiendo las velas.

—Tenemos compañía —dijo.

Lerrant, que estaba abajo cambiando la correa del alternador, asomó la cabeza por el tambucho y echó un vistazo.

—Es la goleta noruega... La *Sigrid*.

Lo era, en efecto. Ahora Cal la veía acercarse a través de los prismáticos. Venía muy despacio, manteniéndose alejada de las rocas que afloraban en la orilla oriental. Ya era posible distinguir a sus tripulantes: una al timón, otra acabando de aferrar la lona y la tercera en la proa, disponiendo el ancla.

—Van a fondear cerca —comentó Lerrant.

El viento, que arriba soplaba fuerte y a veces descendía hasta la caleta, no alteraba la superficie del agua próxima a la playa, protegida por las alturas rocosas y rizada sólo por las rachas más bajas. La goleta venía proa al viento, en dirección al *Nostos*, y al encontrarse cercana a éste cambió ligeramente el rumbo a estribor, rebasó al velero mientras las tres mujeres saludaban a Lerrant y al muchacho, y echó el ancla un poco más allá, de manera que al retroceder largando cadena quedó paralela a ellos, exactamente por el través y a unos veinte metros de la banda de estribor.

—Saben lo que hacen —dijo Cal, admirado.

—Ya te lo dije.

Volvió Lerrant al motor y permaneció el muchacho en cubierta, observando a las noruegas arrancar su embarcación. La curiosidad le hizo recurrir a los prismáticos. Se las veía ágiles, desenvueltas; más bien rudas y con ademanes en extremo marineros. Adujaban los cabos con soltura y se movían seguras por la cubierta. No eran, desde luego, la clase de mujer a la que estaba habituado. Nada tenían que ver con las compañeras de colegio ni con las chicas jóvenes que había visto por la calle; pero tampoco con las señoras mayores, madres de compañeros o mujeres de más edad que conocía. Las tres de la *Sigrid* parecían situarse en un lugar intermedio, ajeno a los estados que le eran familiares. Intuía en ellas algo distinto, más adulto y denso: un oscuro atractivo del que era consciente por primera vez, pero que aún no podía situar, o interpretar. A esas mujeres podía imaginarlas sudando, sangrando, peleando, gritando roncas de fatiga en mitad de un temporal o un combate, y también como compañeras de aventura, capaces de

cuidar de sí mismas y de otros. De cubrirle las espaldas cuando mataba zombis, nazis y monstruos de toda clase en paisajes oscuros, laberintos y mazmorras. Estaban, en fin, más próximas a Lara Croft, Aloy o Jill Valentine que a Zelda y Peach.

—Pega fuerte el meltemi —dijo Lerrant, que había vuelto a la bañera.

Era verdad. El viento soplaba violento en las alturas y el sensor del anemómetro, situado en el extremo del palo del velero, registraba veinticinco nudos de fuerza. La cadena, abozada con un cabo para proteger el molinete, daba fuertes tirones en la proa del *Nostos*. Rozaba ya el sol los acantilados de poniente; y el cielo, que seguía limpio de nubes, viraba a un azul de tonos anaranjados.

De la goleta llegaba sonido de música. Tomó Cal de nuevo los prismáticos y vio que las tres noruegas cenaban en torno a una mesa situada en la cubierta. Al advertir que las observaban, una de ellas agitó una mano en alto. Dejó Cal inmediatamente los prismáticos, sintiéndose azarado; pero Lerrant lo miró con aire divertido y se incorporó para bajar de nuevo a la camareta. Al poco subió con las dos botellas de *ouzo* que había comprado en el puerto de la isla. Y de pie en la banda de estribor, levantando una en cada mano, las mostró a las mujeres de la *Sigrid*.

'Cause I'm your lady, and you are my man... Sonaba suave en la cámara de la goleta una canción que a Cal le parecía absolutamente antigua —Jennifer Rush, había respondido una de las noruegas a su pregunta—. El espacio interior era un poco más amplio que el del *Nostos*, confortable al estilo nórdico, con mucha madera y latón pulido. Había un pequeño cuadro con paisaje marino, bancos acolchados a una y otra banda, y una mesa central de alas desplegadas donde las botellas de licor griego, muy menguadas, se mezclaban con otras de whisky y ginebra.

Cal se encontraba en la banda opuesta a Lerrant, sentado éste entre la morena y la que llevaba el pelo recogido en una trenza. La tercera tripulante estaba de pie, la espalda apoyada en un mamparo,

con un cigarrillo liado a mano entre los dedos, escuchando y riendo como las otras. Conversaba Lerrant en inglés mezclado con palabras noruegas pronunciadas con aplomo. Las tres mujeres fumaban, bebían y lo pasaban bien escuchándolo hablar de ellas, de los barcos, del mar, de puertos mediterráneos. De todo menos de sí mismo. Aquel hombre extraño, confirmó Cal, poseía un don natural, una desenvoltura que gustaba a la gente. Dominaba, cuando se lo proponía, el arte de crear un ambiente grato con lo que decía y su forma de decirlo, ayudado por la sonrisa que nunca llegaba a materializarse pero era capaz de volverse simpática, inteligente, muy divertida. Lerrant, concluyó con asombro el muchacho, podía convertirse en anfitrión de cualquier fiesta a la que fuera invitado.

Reían sin cesar las noruegas. A carcajadas. Era posible que lo que fumaban favoreciese su estado de ánimo. El cigarrillo que se pasaban entre sí —la que estaba de pie dio una honda chupada y se lo puso directamente a Lerrant entre los labios— tenía que ver con las risas y el buen ambiente. Tampoco era el primero, pues había tres colillas consumidas en un cenicero. El humo que azuleaba la cámara olía dulzón, a hierba quemada. El propio Lerrant, con mano experta, había desmenuzado la piedrecita marrón que las noruegas pusieron junto a las botellas, calentándola para mezclarla con tabaco y envolverlo todo en papel de liar. No era un aroma desagradable, pero Cal rechazó dos veces probarlo cuando ellas se lo ofrecieron: negaba con la cabeza sin decir nada, ante los ojos fríos y la sonrisa inacabada y burlona de Lerrant.

Observaba el muchacho a las tres mujeres. Con la timidez natural de sus años y carácter, permanecía atento a cuanto ocurría, dando sorbos al vaso de limonada que habían exprimido para él. Le fascinaba no sólo el aspecto de las noruegas —aquella recia apariencia física, madura, sana y curtida por el sol, los pantalones cortos desgastados, las camisetas hasta las piernas desnudas, largas y fuertes—, sino también sus gestos seguros, la forma de hablar, la serena seguridad con que se conducían.

—*Do you want more lemonade, kjære?*

—*No..., thanks.*

No eran mujeres en busca de aprobación como las que había conocido Cal en su vida terrestre. Cada gesto, cada palabra, sugería historias personales, decisiones tomadas, aprendizajes acumulados; y en eso intuía una ayuda para comprender mejor la vida y a sí mismo. Aquellos cuerpos biológicamente espléndidos tenían una carga vital que iba más allá de la atracción que podían suscitar sus caderas anchas y cinturas esbeltas, los senos pesados y todavía firmes, los ojos claros de líquida belleza —las tres los tenían así— que evocaban paisajes nórdicos, fiordos de aguas azules y frías, enigmas lejanos. Cada una parecía capaz de escuchar, comprender e iluminar. Y todo eso, para un chico que aún no había cumplido diecisiete años, contrastaba con las relaciones propias de su edad, marcadas por la inseguridad, los cambios continuos y las emociones inestables e intensas. Ayudaban a que Cal Gadea considerase el mundo de otra forma e intuyera con más certeza quién deseaba ser.

Advirtió de pronto que Lerrant lo estaba mirando de un modo extraño: con una fijeza y una curiosidad distintas, como nunca había hecho antes. Parecía que acabara de observar algo que llamase su atención o le hiciera pensar en cosas que hasta entonces no habían pasado por su cabeza. Lo vio mantenerse un momento de ese modo, sin perder el amago de sonrisa, dar una chupada al cigarrillo casi consumido y pasarlo a la noruega de la trenza rubia, que estaba sentada a su derecha. Al hacerlo le deslizó unas palabras en voz baja, al oído. Asintió ésta con aire divertido mientras retenía el humo en los pulmones, dirigió una larga mirada a Cal, aplastó la colilla en el cenicero y se puso en pie.

—Es tarde y estás cansado —dijo Lerrant—. Inge se ofrece a llevarte al *Nostos* en la zódiac.

XIII. La fosa de Heródoto

*He recorrido muchas tierras y
mares para llegar a conocer
estas cosas.*

HERÓDOTO

Lerrant y Cal subieron el ancla al despuntar el alba, cuando el día era una insinuación gris en el telón negro del horizonte, y navegaron hacia levante con rumbo 198°. El viento que llegaba por la aleta de babor, fuerte y constante —olía a sal viva y tierra, a algas trituradas contra las rocas—, les permitió izar una trinqueta que hacía avanzar al *Nostos* con resuelta firmeza, macheteando la marejada que se hacía más incómoda a medida que dejaban atrás el resguardo de Kasos. Al fin sólo hubo una estrella solitaria en la bóveda azul y el sol naciente se despegó del agua, dándoles en la cara cuando se hallaban diez millas al sudeste de la isla.

Habían hablado muy poco hasta entonces, apenas alguna palabra dicha al levantar el fondeo o largar la vela. Iban silenciosos e inmóviles, el patrón sentado junto a la bitácora y Cal acurrucado junto al tambucho, las manos en los bolsillos de la trenca, con la capucha subida. A ratos apoyaba la cabeza y dormitaba un poco, pero los zarandeos del barco y el silbar del viento en drizas y obenques lo despertaban continuamente. Y cada vez que abría los ojos comprobaba que Lerrant lo miraba del mismo modo que por la noche, cuando habló en voz baja a Inge, la noruega.

El recuerdo lo turbaba y complacía al mismo tiempo. Todo estaba impreso en sus sentidos con una contundencia inédita: la ternura

paciente y desinhibida de la mujer, la naturalidad con que había ocurrido todo, el espléndido cuerpo desnudo en la penumbra del camarote del *Nostos*. Y también la conciencia del propio físico, los impulsos y caricias con que ella lo orientaba y el placer angustiado, incierto, asombrosamente nuevo, que lo estremeció en el primer abrazo hasta quedar rápida y felizmente inmóvil, avergonzado, confuso tras derramarse sobre aquel vientre terso, cálido.

—*Greit, kjære... Very good.*

Como cualquier chico de su edad y su tiempo, Cal conocía la teoría artificial del sexo exhibido en redes sociales, expuesto en sus aspectos más comerciales y crudos; pero nada lo había preparado para tan afortunada realidad, para los claros ojos escandinavos que lo miraban divertidos y amables, para las palabras dichas con voz agradablemente ronca en una lengua extraña, para el tacto de la piel bronceada y su aroma: olía a hachís, a alcohol y a carne acogedora y tibia, y Cal Gadea nunca había sentido nada semejante en su vida.

El olor seguía allí, en su cuerpo y sus manos. El viento aún no lo había borrado. Se llevó los dedos a la cara para aspirarlo de nuevo, pero detuvo el ademán a la mitad porque Lerrant lo observaba.

—¿Todo bien, Kowalski?

Tardó un momento en contestar, ocupado en sostenerle la mirada. En hallar el tono justo de la réplica.

—Ni tan mal. Todo absolutamente bien.

—Me alegro.

Miró el muchacho el mar. El viento había bajado un poco de intensidad: las rachas llegaban más espaciadas. Había delfines nadando cerca, podía ver sus aletas dorsales entrando y saliendo del agua. Los señaló gozoso. Sólo habían visto otra manada cerca de Sicilia.

—Pues disfrútalos —dijo Lerrant—. Cada vez se ven menos.

Los siguió Cal con los prismáticos hasta que se perdieron de vista. Al cabo se volvió hacia Lerrant.

—¿Qué significa *kjære*?

—Cariño, encanto. En noruego.

Puso el muchacho los prismáticos bajo la toalla que los protegía del sol.

—Anoche no necesitaba tu ayuda.

—No recuerdo haberte ayudado... Eres capaz de resolver tus propios asuntos.

El sol estaba cada vez más alto en un cielo limpio y muy azul. En torno al velero sólo había mar salpicado de borreguillos blancos.

—¿Te dijo ella algo de mí cuando volvió al *Sigrid*?

—Nada en particular, sólo que eras un chico amable. *Kjære*, ya sabes.

—Pues claro que lo soy... ¿Qué pensabas?

El sol estaba más alto. Cal se despojó de la trenca.

—No vayas a creer que ha sido la primera vez. Si lo crees, te equivocas mucho.

—No creo nada. Pero celebro que estés satisfecho.

—Tú no tienes idea de cómo estoy.

Callaron de nuevo. Durante un rato sólo se oyó el sonido del piloto automático corrigiendo el rumbo en la rueda del timón.

—Conocí a millones de Inges —dijo Cal por fin.

—Claro... Por eso es bueno que recuerdes el nombre de ésta.

—¿Los recuerdas tú?

—Algunos, sí.

—¿También recuerdas el nombre de mi madre, o se te olvidó anoche entre esas mujeres?... ¿Quizá porque ella era casi una niña?

—Eso no es necesario, chico.

—No me llames...

—Ya sé, ya sé. No te gusta. Déjalo, anda.

Una driza suelta sonaba golpeando el palo. Lerrant se lo hizo notar al muchacho y éste se puso el arnés y fue a tensarla. Cuando regresó, el patrón seguía mirándolo.

—Son distintas a las mujeres jóvenes —le dijo.

—¿Quiénes?

—Las mayores... Puede que sean menos guapas en cierto sentido, ¿no? Pero tienen otras cosas.

Reflexionó Cal sobre eso.

—¿Como una mochila que pese más?

—Puede ser... Hay muchas formas de belleza. Una está en la coherencia y la calma. No todo es cuestión de deseo físico. O más bien el físico puede contener muchas historias. A tu edad es más útil abrazar un cuerpo que sabe, que ha vivido. Luego la vida equilibra las cosas. Pone cada edad en su sitio.

Se inclinó Lerrant para encender un cigarrillo protegiendo la llama en el hueco de las manos. Había hombres mayores, dijo tras un momento, que buscaban mujeres muy jóvenes para hacerse la ilusión de que obtenían juventud. Otros las preferían maduras, compañeras e incluso cómplices.

—Capaces de coger el rifle y vigilar la fogata mientras ellos duermen... ¿Comprendes?

—¿Y cómo era mi madre?

—Ya te hablé de eso, creo.

—Pues háblame más.

Tardó Lerrant en responder. Fumaba contemplando el mar.

—Una mezcla espléndida de juventud, belleza física e inteligencia, delicada y firme a la vez, buena y valiente... No parecía humana, sino hija de los dioses.

Se detuvo como si considerase con detenimiento sus propias palabras.

—Por eso me enamoré de ella.

Lo dijo con desapasionada frialdad, o eso le parecía a Cal. Rió éste con amargura. Agresivo.

—No me rayes. La palabra enamorarse no te queda bien.

Lerrant no parecía escucharlo; alzaba el rostro hacia la vela desplegada. Bajó al fin la mirada hacia Cal.

—Está aflojando el viento, *kjære* —entornaba los ojos, burlón—. Vamos a cambiar la trinqueta por el foque.

Se aplicaron a la maniobra y el muchacho hizo su trabajo con rapidez y eficacia. Él mismo trincó la escota en el winche, tensándola de la manera apropiada. Cabeceó el *Nostos*, poderoso, ganando un nudo de velocidad.

—Anoche no sentí amor —confesó Cal—. Era otra cosa.

Lerrant no se mostraba sorprendido.

—A veces los hombres buscan mujeres sin que medie amor ninguno, por simple alivio... También les ocurre a ellas, aunque la sociedad suele criticarlas por eso.

—Pues me parece injusto.

—Lo es. Como la historia de la humanidad, en general.

Se removió Cal, curioso.

—Aliviarse, es lo que dices.

—Sí.

—¿Los hombres pagan por aliviarse, y por eso hay prostitutas?

—Es una de las razones.

—¿Fuiste con esa clase de mujeres alguna vez?... ¿Pagando por lo que llamas alivio?

—A veces... Creo que ya me lo preguntaste hace días.

—Cuéntame la última.

Encogió Lerrant los hombros. Volvía a contemplar el mar.

—De ésa ha pasado mucho tiempo. Y aquella vez no pagué.

Llueve sobre la noche de Niza. El agua cae mansa, no demasiado fuerte, pero hace relucir el paseo de los Ingleses a trechos charolados, amarillos y platas en torno a los postes de luz eléctrica. La ciudad parece desierta, inconfortable, incluso hostil. El mar cercano, invisible y oscuro, hace con su flujo y reflujo resonar los guijarros de la playa. Un periódico abandonado y mojado en el suelo —*Violents combats autour de Madrid*— lleva la fecha del 15 de febrero de 1938.

Camina David Reisende por la acera de los hoteles. Ha terminado su horario como croupier en el Palais Méditerranée y se dirige a la pensión donde vive desde hace siete años. Acaba una jornada tranquila, de poco trabajo, en el casino de refinado espacio geométrico, moderno, irreal, con escaso público en torno a la ruleta o las mesas de juego. Algo de bacarrá, decepcionante rumor de ruleta girando, apenas unas bandejas de cocktails llevadas en alto por manos expertas. Hoy el azar no consiguió parecer una forma de elegancia: sólo algunos jugadores habituales y empleados aburridos

en las mesas desiertas o tras el mostrador donde se cambia dinero por fichas. Discretas miradas al reloj para comprobar cuánto faltaba para cerrar la jornada.

El casino semivacío, la lluvia y la ciudad triste, suspendida entre dos épocas, parecen el estado de ánimo de una Europa pesimista, consciente de su propia fragilidad, que se encamina —discursos en la radio, resonar de botas, rugido de máquinas y aviones— hacia una tragedia general e irremediable. David Reisende sabe interpretar los presagios y los síntomas, aunque nada de eso le altere el pulso a estas alturas: sólo será una vuelta más en la rueda despiadada de la naturaleza y la Historia. Al croupier de la ruleta principal del Palais Méditerranée le interesan asuntos más inmediatos. Ha cenado algo ligero en la cocina del hotel y va ahora sin prisa bajo la lluvia, con paraguas abierto, sombrero y gabardina. Lo aguardan en la pensión una estufa eléctrica para secar los zapatos mojados, una botella de Courvoisier que se llevó hace tres días del bar y un libro en latín, *De Natura Deorum*, comprado en un librero de viejo cercano al Cours Saleya. La naturaleza de los dioses no le importa gran cosa a tales alturas de su inagotada vida; pero hace seiscientos años que leyó ese libro, conserva un recuerdo muy vago de él —*¿Has visto alguna vez un mundo que no sea éste?*—, y desea comprobar si Cicerón tiene todavía algo que decir, o que decirle a él, sobre quienes supuestamente mueven los hilos de la vida.

La mujer camina por la acera, frente al restaurante ya cerrado del hotel West End. Es una silueta oscura, esbelta, que se mueve despacio hasta la luz de una farola, se detiene un momento y retrocede de nuevo hacia la oscuridad como si esperase algo que sabe de antemano llegará tarde. Se protege mal de la lluvia con un impermeable y un sombrero, y al llegar junto a ella David Reisende observa que las gotas de agua le salpican el rostro.

—¿Quieres pasar un buen rato?

Más que una propuesta parece un ruego, o una esperanza. No es la primera vez que el croupier se encuentra con una mujer así en esta ciudad ni en su asendereada vida. Se dispone a pasar de largo sin responder o con una suave negativa, cuando algo, puede que una súbita soledad, lo hace detenerse casi cortés.

—Una mala noche, supongo —dice.

—La lluvia no ayuda —responde ella—. Las noches malas se multiplican con el agua.

Tiene una voz ligeramente tomada, veladura debida tal vez a la humedad y el frío. Es delgada, muy alta, con piernas largas y una cintura que parece estrecha, ceñida por el impermeable. No es fea ni guapa. La luz de la farola más próxima ilumina su perfil bajo el sombrero y hace brillar las gotas de agua que lo salpican. Lleva los ojos cargados de un maquillaje espeso y su boca es un trazo rojo intenso que la lluvia desdibuja. Piensa David Reisende que también él suele mirar a desconocidos, repartir cartas que no son suyas, calcular la suerte ajena mientras la propia se mantiene desde hace siglos en suspenso.

—Hay un café abierto detrás del Negresco —dice—. Un *noisette* y un coñac nos quitarán el frío.

La mujer se ha acercado un poco, más por instinto que por deliberación, buscando la protección del paraguas que él sostiene en alto. Lo estudia un momento, indecisa; mira en torno como para comprobar que no hay otra opción a la vista y asiente al fin.

El café es pequeño. Lo atiende un ruso mostachudo y grueso que los acoge sin interés. Hay música en la radio: cantan Piaf, Trenet y luego Fréhel. La mujer y David Reisende se sientan cerca de la estufa, junto a una ventana de cristales empañados en la que zigzaguean y se desploman gotas de lluvia. Él se ha quitado la gabardina y ella reconoce el chaleco a rayas rojas y negras de los empleados del casino.

—¿Crees en la suerte? —pregunta, seca.

Apunta en David Reisende su eterna sonrisa inacabada.

—Aquí trabajo con ella, pero no estoy seguro de que ella crea en mí.

Asiente muy despacio la mujer. Huele a ropa mojada y perfume vulgar. Con golpecitos de los dedos sacude el agua de la falda del vestido barato, bajo el impermeable que no se quita del todo. Como si estuviera dispuesta a regresar a la calle y la lluvia en cualquier momento.

—Al menos conoces la suerte... Yo sólo la persigo.

Aún suena en la radio la voz de Fréhel:

*Les filles qui la nuit s'offrent
au coin des rues
connaissent de belles histoires
qu'elles disent parfois...*

La mujer mueve silenciosa los labios como si pronunciase las mismas palabras en sus adentros. Se diría que no ha sonreído jamás, que tal gesto le es ajeno. Llegan en ese momento los cafés y dos copas de coñac. Se inclina sobre la mesa para que él encienda el cigarrillo que le ha ofrecido y se echa atrás en la silla, cruzados los brazos, dejando salir el humo.

—No vas a venir conmigo, ¿verdad? —dice en tono opaco, y no se trata de una pregunta.

Él mira el cigarrillo que ella tiene entre los dedos, manchado de rojo húmedo, y piensa en el girar de la bolita de marfil de la ruleta.

—Espera aquí —dice mientras se pone en pie—. Vuelvo en seguida.

El vestíbulo del Negresco está casi desierto a esas horas: sólo un conserje que ordena la correspondencia en el casillero, un empleado tras el mostrador de recepción y una limpiadora que al extremo del pasillo friega el suelo del gran salón ovalado. David Reisende se dirige al recepcionista, a quien conoce muy bien. Aficionado al juego, suele dejarse en el tapete el dinero que tiene, e incluso el que no tiene. Le debe muchos favores.

—Armand, necesito una habitación.

Lo mira el otro con amistoso recelo, sorprendido. Es rubio rojizo, con lentes y barba perfectamente recortada.

—Sabes lo que cuesta, ¿verdad?

—Pues claro que lo sé. Sólo es para esta noche, y quedará libre antes de las ocho de la mañana... Arréglamelo.

Ha sacado la cartera. Lleva en ella algún dinero, y en un bolsillo de la chaqueta la parte que le correspondió de las propinas de la jornada. Cuenta billetes el recepcionista.

—No es suficiente —objeta.

—Arréglalo.

—¿Te has vuelto loco?... Va a ser tu sueldo de cuatro semanas.

—Que lo arregles, te digo.

Media hora después, David Reisende y la mujer cuyo nombre ignora se abrazan desnudos en una habitación del hotel, con la ventana abierta a la penumbra y al mar oscuro, mientras oyen repiquetear la lluvia en el balcón. Por una vez, al menos durante esta noche, la bola de la ruleta ha caído donde nadie apuesta.

El viento soplaba constante, sin cambiar de dirección. El piloto automático hacía todo el trabajo y el *Nostos* mantenía rumbo y velocidad sin necesidad de tocar una escota. Lerrant se había echado un rato en su camarote y Cal estaba en cubierta, de guardia. Con el ordenador abierto sobre las rodillas trabajaba en su videojuego. Cada diez minutos alzaba la vista para dirigir una mirada circular al horizonte, y tras comprobar que todo estaba limpio, volvía al trabajo.

Ambientado en el Mediterráneo antiguo, *Telémakhos* iba a ser una misión de lucha, viaje y aventura. El escenario no sería un lugar concreto, sino mezcla de varios: un poco de Grecia, algo de Fenicia y Egipto, y también de Roma cuando no era un imperio. Le gustaba la idea. No sólo templos y estatuas, también callejuelas peligrosas, puertos extraños, barcos donde pudiera imaginarse olor a sal y madera vieja. Todo estaría conectado por el mar, que no era agua, sino camino, desafío, premio y castigo. El jugador principal no sería héroe famoso ni semidiós, más bien joven normal, en apariencia — sólo en apariencia— hijo de pescadores, comerciantes o artesanos. Y la búsqueda, el viaje le harían descubrir su verdadera identidad mientras, a medida que superaba pruebas y fases del juego, crecía no sólo en recursos y habilidades: aprendería a luchar mejor, a tripular una nave, a interpretar mapas y estrellas. A encontrar las respuestas escondidas.

Cuando levantó la vista pudo distinguir algo por el través de estribor, iluminado por el sol de la tarde. Puso a un lado el

ordenador, cogió los prismáticos y divisó un barco lejano; tanto que era difícil establecer su rumbo. Tras pensarlo un poco, contraviniendo una vez más las instrucciones de Lerrant —estaba concentrado en el videojuego y no quería perder tiempo en vigilancias innecesarias—, bajó a la mesa de cartas para conectar el AIS, que le dio una lectura inmediata: barco mercante *Remil* con destino a Famagusta, distancia nueve millas, cruce a 1,8 millas en 46 minutos. Nada de qué preocuparse. Aprovechó para hacer un rastreo a mayor distancia, comprobando si había más barcos próximos. Localizó otros dos en el radio de las 24 millas, pero estaban a demasiada distancia como para inquietarlo. Apagó la pantalla, comprobó la situación del velero mediante el plotter, la anotó en su cuaderno de bitácora y en la vieja carta náutica del Egeo —usando las reglas paralelas como Lerrant le había enseñado a hacer— y regresó a la bañera.

Telémakhos no iría sólo de pelear, decidió. Habría combates contra humanos y contra criaturas sobrenaturales a lo *Bloodborne* —las nacidas de la tierra en las *Argonáuticas* serían un buen elemento—, pero ésa no sería siempre la mejor opción. Habría que elegir la tripulación, saber cuándo salir y cuándo esperar. Un temporal cualquiera, una trampa de los dioses podían cambiar el rumbo y conducir a lugares imprevistos. En otros casos convendría negociar, huir o aceptar alguna pérdida. Hasta mentir, en caso necesario. A Cal le gustaba la idea de que no todo pudiera resolverse con fuerza, que la previsión y la astucia fueran decisivas y que la generosidad obtuviera recompensas. Si el jugador ayudaba a un marinero en un puerto, podía ocurrir que en otro lugar ese marinero reconociera al jugador, lo ayudase a escapar o le contara un secreto. Pero si lo ignoraba o traicionaba, la historia podía cambiar, cerrando puertas que ni siquiera se sabía que existieran. En ninguna fase del juego habría decisión sin consecuencias.

Diseñaba un mapa táctico en la pantalla cuando apareció el patrón del velero con dos bocadillos y le pasó uno. Lo mordió Cal con apetito, pues el sol empezaba a estar bajo y era hora de cenar.

—¿Qué tal la guardia? —quiso saber Lerrant.

—Tranquila... Estamos unas setenta millas al sur de Rodas.

—Lo he visto anotado en la carta —miraba hacia estribor—. ¿Y aquel barco?

—Controlado.

—No encendiste el AIS, ¿verdad?

—Cero veces —mintió Cal.

Fue Lerrant a sentarse en su lugar acostumbrado. Miraba el mar ante la proa.

—Estamos casi en la fosa de Heródoto —dijo.

Aquel nombre gustó al muchacho. Era adecuado, pensó, para alguna fase del videojuego.

—¿Qué lugar es ése?

—Suelen llamarlo fosa por su zona más honda, aunque en las cartas náuticas figura como llanura abisal de Heródoto... Es una gran depresión, con sondas entre las mayores que hay en el Mediterráneo.

—Suenan profundo de verdad.

—De tres a cuatro mil metros. Y como abajo hace mucho frío, se supone que los barcos hundidos se conservan intactos.

—Ah... Me gusta la idea.

—Ese lugar existe desde hace trescientos cuarenta millones de años. Es un residuo del antiguo océano Tetis, la corteza oceánica más vieja del mundo.

—¿Y por qué el nombre de Heródoto? ¿La descubrió él?

—No —Lerrant seguía observando el mar—. Es un homenaje, como el cráter de la luna que también lleva su nombre.

—Tienes un libro de él abajo —recordó Cal—. La *Historia*.

—Pues échale un vistazo cuando tengas tiempo, si no lo leíste aún. Aunque largo y con muchos detalles prescindibles, es un buen libro. Hasta puede ser útil para tu videojuego —volvió el rostro para dirigirle una ojeada al ordenador, que Cal aún tenía abierto sobre las rodillas—. ¿Qué tal lo llevas?

—Ni tan mal, six-seven. Progresas adecuadamente, como dicen en el cole. Estoy en plan de buscar el equilibrio ajustando las fases. Hay que superar todos los obstáculos para pasar de una a otra.

—¿Cuántas fases serán?

—Creo que siete. Y según las decisiones que tomes, podrás desbloquear hasta siete finales diferentes.

—Buen número ése... Sugiere cosas.

—El personaje principal está en un puerto, empieza allí. Parece fácil, pero es de los momentos más difíciles: no sabe nada del mundo, tiene pocos recursos, ninguna reputación y nadie confía en él. Todo le parece muy random. Es un novato ingenuo, un poco al estilo de Guybrush Threepwood en *Monkey Island*. Si se precipita en algo, hay tilt... Fracasa y muere.

—¿Así, por las buenas? ¿Tan pronto?

—Más bien por las malas, pero así. Literal. No es un juego para newbies con prisas.

—¿Newbies?

—Novatos, rookies... Torpes que tardan en pillarlo y que los matas de un salto. Fáciles de derrotar.

—Comprendo... ¿Y luego?

Cal se iba animando. Le gustaba la atención que le prestaba Lerrant, que parecía verdaderamente interesado.

—En la segunda fase, que por ahora es la más adrenalínica, has conseguido barco y tripulación —prosiguió—. Y también aprendes a navegar. Puedes perder carga, perder dinero, incluso perder gente. Tomar malas decisiones. Si sales adelante llegas a la tercera fase, que es una red de puertos con leyes y valores diferentes. Ahí decides lo que serás en adelante: comerciante, pirata, simple viajero. También puedes poner a los dioses de tu parte, o enemistarte con ellos.

—Los dioses nunca están de tu parte... ¿Hay mucha pelea?

—No demasiada hasta que llegas a la cuarta fase, donde entran los mercenarios, las guerras entre ciudades, los barcos que te atacan o atacas tú, las tormentas y los monstruos que hay en el mar y en las islas... Pero no se trata sólo de ganar combates, sino de saber cuándo debes luchar y cuándo no. El jugador puede verse fuera, aunque gane batallas, si no calcula el coste y consigue herramientas y recursos... ¿Qué te parece?

—Interesante y difícil —admitió Lerrant.

—Literal, de eso se trata.

—¿Tienes algún buen villano?

—Varían según las fases. Pero todavía debo trabajar eso, porque no quiero villanos perfectos en plan malo malísimo. Todos deben tener una justificación de fondo.

—Es razonable —admitió Lerrant—. Hasta Lucifer fue un ángel antes de enfrentarse a Dios.

—Anda, eso es muy bueno... No lo había pensado.

—Te quedan tres fases, ¿no?

—Aún no las tengo claras, trabajo en la quinta... La tripulación es numerosa y compleja, hay compañeros de viaje, jugadores que se han ido agregando online —hizo una pausa grave—. Ahí ya aparecen traiciones en plan *Among Us*...

—¿Es otro juego?

—Obvio. Va de descubrir al traidor en un equipo de jugadores.

Movía Lerrant la cabeza con aprobación.

—Bien visto —dijo.

—También hay cansancio, dilemas, ideas contrarias... En esta fase, con menos enemigos exteriores que entre tu propia gente.

—¿Pueden dar problemas los compañeros que consigas?

—Siempre ocurre, ya me ha pasado antes online. Es cuando se ponen a prueba los liderazgos. Alguien puede quitarte el tuyo, si te dejas. O no cubrirte mientras tiras runas o farneas recursos... Para sobrevivir habrá que mantener unido lo que sólo se consigue con astucia, valentía, oro, respeto o miedo.

Asintió de nuevo Lerrant.

—Lo del miedo es un buen elemento —opinó, ecuanime—. A menudo resulta más eficaz que la lealtad... Hasta las ratas se agrupan y se quedan muy quietas durante un bombardeo.

—Es lo que pienso. Pero nunca se me había ocurrido antes.

Los ojos negros y opacos estaban inmóviles, fijos en el muchacho. Parecían diseccionarlo de arriba abajo.

—No es una mala consideración, Kowalski.

—Sé que no es mala... Pero no se trata sólo del miedo que tengan otros, sino también del tuyo propio: miedo a que los demás jugadores teman verse excluidos del juego. Si lo ven venir pueden

ponerse de acuerdo contra ti. Amotinarse para que ya no seas el líder, o deletearte...

—¿Matarte?

—Literal. Y cuando estás online no puedes hacer pausa para pensar.

—La hipótesis más peligrosa.

—Sí, precisamente eso —sonreía Cal abiertamente, relajado—. La hipótesis más peligrosa.

Siguieron conversando al llegar la noche, con el *Nostos* a través de la oscuridad y viento constante por la aleta de babor. La primera guardia correspondía a Cal, pero Lerrant no se fue a dormir. Lo único visible de él era la parte inferior del rostro cuando prendía el encendedor y las puntas rojizas de los cigarrillos.

Matar en sus múltiples formas seguía siendo el tema básico. El patrón del velero parecía interesado en los estados de ánimo de Cal cuando se movía en modo shooter o manejaba espadas y armas que el juego le proporcionaba. Su punto de vista al abatir enemigos de todas clases. Alentado por la atención, el muchacho se sentía locuaz. Relajaba defensas y soslayaba silencios.

—¿Sentir? —respondió a una pregunta—. Nada especial, excepto adrenalina... Si muero, reaparezco. Si mato, subo de nivel. Es una inseguridad excitante, porque si eres hábil y rápido controlas tu mundo.

Lo pensó un momento más.

—En realidad —añadió—, si fueran verdad las mentiras que me cuentas, lo tuyo sería una especie de videojuego. También serías un gamer, ¿no? Con muchas vidas y posibilidad de reiniciar cada vez, como en *Returnal*... ¿Cada diecinueve años, me dijiste?

—Sí.

Oscilaba Cal entre la burla y la credulidad, sin decidirse por una ni otra.

—Estás acabando esta fase, pero sigues con la misión —dijo al fin—. Supongo que vamos hacia el lugar donde ésta termina y empieza

otra.

—Podría ser.

—¿Y qué va a ocurrir después?

—Que tú desandarás el camino, de vuelta a casa. Y yo seguiré el mío.

—El nuevo que te asignen.

—Sí.

Cal nunca había imaginado que una sombra pudiese traslucir fatiga, pero de pronto el concepto le vino a la cabeza. Eso era Lerrant en ese momento, con la punta roja del cigarrillo avivada a intervalos. Una sombra cansada.

—¿Has matado en esta última fase? —preguntó el muchacho.

La respuesta tardó en llegar, cual si la sombra necesitara hacer memoria.

—Todavía no.

—¿Y te han querido matar?

—Tampoco, que yo sepa.

—A veces quieren matarte y no lo sabes.

—Sí.

—O sea, que tienes intacta la barra de vida.

Casi podía adivinarse la sonrisa inacabada de Lerrant.

—Eso creo.

Levantó Cal el rostro para contemplar el cielo cuajado de alfilerazos luminosos. La Polar reinaba impasible sobre la aleta de babor.

—A veces —dijo— matar es retrasar preguntas o respuestas. Y otras, adelantarlas.

—¿De dónde sacaste esa manera de razonar?

Había un punto de admiración en la voz de Lerrant, y enorgulleció a Cal que no fuese la primera vez.

—Supongo que de mi madre... De ti, no creo.

—¿Qué sientes cuando mueres?

—Rabia, frustración, impotencia. Y luego sigo jugando.

Lo analizó el muchacho un poco más. La noche, el meltemi que impulsaba el velero parecían aclarar asombrosamente sus pensamientos.

—A veces me parece que el mundo es así —añadió tras un momento—. Lleno de trols que intentan detenerte. Gente que ataca sin motivo, sólo porque el juego los pone en tu camino. Algunos te odian y otros no. Sólo están ahí, estorbando. Su misión es estorbar, para que el juego sea más difícil.

—Y no hay otra que matarlos...

—Eso es. Y cada vez que mato a un jefe, avanzo y me hago más fuerte.

—Matar mientras avanzas es un acto natural —Lerrant sonaba ecuánime—. Viejo como el mundo.

Volvió Cal a contemplar el cielo, más allá de la sombra oscilante del palo y el foque del *Nostos*.

—¿De verdad te gustaría morir?

Lerrant parecía meditar la respuesta.

—No es la palabra perfecta, dicha como la dices... Me gustaría detenerme. Descansar y olvidar.

—Yo no quiero olvidar ni descansar ni morir. Me gusta la vida.

—¿Aunque a tu edad estés enfadado con ella?

—Incluso así... Sé que ella y yo acabaremos por entendernos.

Seguía Cal mirando a lo alto. Ya era capaz de situar las constelaciones principales: buscó el cinturón de Orión y luego Pegaso y Andrómeda. Recordaba el cuaderno de estrellas de su madre.

—Dices que matar también es natural fuera del juego —comentó—. No dejo de darle vueltas, y suena peligroso.

—Lo peligroso no es que sea natural, sino olvidar que lo es.

—Tal cual... Me haces pensar en cosas.

—Celebro hacerte pensar.

—A matar es lo primero que aprende un gamer... Antes que a explorar y a pensar.

—En eso, más que hacerte aprender —lo corrigió Lerrant—, supongo que el juego reaviva recuerdos. Te devuelve a un estado primitivo. Una parte de tu cerebro se siente cómoda ahí: la que aprendió a sobrevivir cuando el mundo mordía.

—¿Cuando disparo en una misión en plan shooter estoy usando esa parte?

—La despiertas, no la inventas. Ya estaba.

—Eso suena mal diseñado.

—Depende. A veces ese diseño es práctico y a veces atormenta.

—Pues los animales matan sin atormentarse —objetó Cal, satisfecho de poder hacerlo—. Veo millones de documentales.

—Porque no recuerdan del modo en que lo hacemos nosotros... Cuando el hombre inventó la conciencia introdujo a su peor enemigo. Los animales son más afortunados: carecen de remordimientos.

—Entonces el problema no es matar, sino recordar.

Se avivó por última vez la brasa del cigarrillo y luego describió un arco camino del mar, por sotavento.

—Incluso recordar un simple olor...

Termina abril, y las laderas de las montañas verdean y florecen al pie de los Alpes. Hace frío y una ligera bruma, pegada a la tierra, cubre aún las oquedades bajas del terreno. Cuatro de los cinco hombres que caminan por el sendero ascendente —tan demacrados que parecen osamentas cubiertas de piel— tienen un número tatuado en el antebrazo izquierdo y se abrigan como pueden: mantas atadas a la cintura, ropas raídas, dos abrigos que les dieron los soldados norteamericanos que los liberaron hace tres días. Bajo esa ropa llevan todavía los mugrientos uniformes a rayas del campo de concentración. Escaparon de Buchloe antes del amanecer, temerosos de que los libertadores pudieran convertirse en sus nuevos guardianes. No saben qué les reservan las tropas aliadas, pero no están dispuestos a permanecer tras las alambradas hasta que se decida su destino. Además, tienen un asunto que arreglar.

Mathias Gera es uno de esos hombres. Camina con dificultad, debilitado por el hambre y las enfermedades: el tifus diezmó Buchloe. A veces, como sus compañeros, debe detenerse para recobrar el aliento. Lleva un abrigo militar y, en los pies unas suelas de goma de neumático envueltas en trapos. Eso no deja de ser una amarga ironía, pues hace dos años, antes de ser detenido y

deportado a Alemania, era un reputado zapatero —otra ironía secular— en la ciudad de Salónica, veinte siglos después de haberlo sido en Jerusalén.

El que camina en cabeza se detiene y señala en una bifurcación del sendero. No es uno de los antiguos reclusos sino un campesino de las cercanías que durante un tiempo proveyó de queso y leche a los guardianes SS. Ahora, en esta primavera de 1945, desmoronado el Reich y librándose los últimos combates en el corazón de Alemania, pretende congraciarse con los nuevos tiempos y ha ofrecido información útil. Tenía el propósito de ponerla en conocimiento de los libertadores del campo; pero reconocido en el camino por los fugitivos, bajo las pertinentes amenazas accedió a guiarlos primero a ellos. Y tras señalar la dirección —una casita oscura en la ladera, visible al final del sendero—, el guía da la vuelta y regresa a Buchloe para informar a los norteamericanos. Tardarán al menos una hora en llegar, calculan los cuatro hombres que se dirigen a la casa. Tiempo de sobra para lo que tienen pendiente.

En su larga existencia, Mathias Geram ha tenido innumerables ocasiones de familiarizarse con el horror. Ni matanzas ni catástrofes le son ajenas, pues ha participado en ellas como víctima o como verdugo. La historia de la humanidad es un rosario de espantos, un *tespih* eterno cuyas cuentas vio correr y resonar una y otra vez entre los dedos; pero pocas veces como en los dos últimos años: las pilas de cadáveres desnudos, los ojos vidriosos entreabiertos y las manos descarnadas engarfiando el vacío, el hedor insoportable de una atmósfera de suciedad, miseria y muerte que estremeció de incredulidad y espanto a los libertadores del campo —entrenados para la guerra, no para lo que allí encontraron— no son más que la imagen final, el residuo, la esquila póstuma de la crueldad lenta y calculada, las humillaciones, las torturas, los asesinatos. Casi todos los guardianes escaparon ante la proximidad de las tropas aliadas; pocos fueron capturados, alguno buscó esconderse en las cercanías. Como en aquella casa de madera oscura al final del sendero.

Los cuatro hombres se acercan con cautela, sin prisa. Van provistos de dos palos endurecidos y aguzados al fuego, el fleje de hierro de un tonel y una bayoneta de la Wehrmacht. Es Mathias

Geram el que lleva la bayoneta. Quizá los que se ocultan en la casa tengan una pistola o un cuchillo, pero no le importa. Hace tiempo que él y los otros caminan por el valle de las sombras, incapaces de distinguir si se encuentran en el lado de la vida o en el de la muerte. El único seguro de que no va a morir es el zapatero de Salónica; aunque en los últimos tiempos, entre la niebla de la fiebre y el agotamiento, haya sentido vacilar la antigua certeza. Quizá por saberse invulnerable al hierro y al fuego se adelanta a sus compañeros, llega ante la puerta de la casa, la abre —asombrosamente no está cerrada— y entra precediendo a los otros para encontrarse cara a cara con el *Oberscharführer* Wolfgang Künzel y su amante, la guardiana de mujeres Erika Ebrach.

La pareja viste ropa civil, aunque Künzel conserva las botas militares. Ella —rubia, regordeta— lleva un vestido bávaro y un jersey de lana abierto sobre el pecho. Al verlos entrar se han quedado inmóviles, sin aspavientos ni intentos de escapar o defenderse. Como si hubieran estado horas o días esperando ese momento. Tras los cristales de unas gafas, los ojos azules del SS recorren a Mathias Geram de arriba abajo como intentando reconocerlo; pero es obvio que el rostro, igualado a tantos otros por las penalidades, no le revela nada de especial. Uno más, tan sólo, de los que trataba de puercos y escoria cuando los apaleaba con un vergajo hasta la muerte o los hacía arrodillarse para pegarles un tiro en la nuca.

Lo que sobrecoge al antiguo zapatero de Salónica y Jerusalén no es la presencia de los dos verdugos, sino su olor. A pesar de que se despojaron del uniforme verdegris, Künzel y Ebrach huelen todavía al campo que dejan atrás, a carne muerta, excrementos humanos, podredumbre y miseria. No es capaz de sentir su propio olor, pero sabe que es el mismo, como el de sus compañeros, como el de todo Buchloe y los campos y bosques cercanos, las montañas y el resto del universo, que ahora resulta imposible de imaginar con otro olor que no sea ése. Y sabe también que el hedor jamás se irá de su memoria y que está condenado —otra condena sobre la vieja condena— a llevarlo consigo, a recordarlo no importa dónde vaya, hasta la consumación de los siglos.

Como resignados a fuerza de aguardar lo inevitable, ni el hombre ni la mujer se mueven al principio, mientras los cuatro se acercan a ellos. Künzel —moreno, delgado, barba de pocos días— se limita a abrir la boca en una protesta muda, cual si pretendiera invocar algún extraño derecho y antes de formularlo advirtiese la inutilidad del esfuerzo. Quizá por eso ni siquiera intenta defenderse cuando tres de los hombres le clavan los palos aguzados y le golpean la cabeza con el fleje de hierro hasta convertirla en una masa sanguinolenta.

Por su parte, Mathias Geram, quien nada ha hecho hasta entonces, se vuelve hacia la mujer, que lo ve acercarse lívida, sobrecogida, tensa de pavor.

—*Gib mir zu trinken* —le dice él fríamente—. Dame de beber.

El rostro de pómulos gruesos y brutales parece distenderse: una luz de vaga esperanza le pasa por los ojos. Dando la espalda al despojo de su hombre, que yace en el suelo y al que los otros aún golpean, va hasta una alacena de la que saca una botella de vino. Al volverse encuentra a Mathias Geram muy cerca. Esa proximidad la hace retroceder cuando él coge la botella, la lleva a los labios y bebe un pequeño sorbo, pues sabe que su estómago vacío soportaría mal un trago excesivo. Como también sabe que nada podrá jamás calmar su sed.

—*Danke* —dice al terminar, poniendo la botella sobre la mesa.

Después se acerca a Erika Ebrach, la agarra por el cabello rubio y largo —parece recién lavado, pero sigue oliendo a Buchloe— y mientras ella da chillidos animales la degüella igual que a un cordero o un cerdo, de oreja a oreja. La bayoneta está poco afilada, corta mal y se ve obligado a insistir una y otra vez, tajo a tajo, volviendo sobre lo ya cortado. Forcejea más débilmente la mujer, y la sangre que sale a borbotones salpica las manos y el rostro de Mathias Geram.

Ya mató otras veces, recuerda. En ocasiones a disgusto, otras por obligación o necesidad, alguna por placer. Pero nunca con tanto placer como ésta.

XIV. Geometría

*Habéis bajado dos veces a las
sombras del Hades. Sobrevivís
dos veces a la muerte, mientras
que los demás hombres sólo
mueren una vez.*

HOMERO

Se hallaban sesenta millas al sudoeste de Chipre cuando cayó el viento. Navegaron a motor y a palo seco, enrolladas las velas de proa y con la mayor aferrada en la botavara. El mar era gris oscuro: lámina pulida y llana como una balsa de aceite. Cubría el cielo un toldo ceniciento de nubes bajas. Y en la distancia, por la proa, se divisaba el resplandor de una tormenta eléctrica todavía lejana.

Seguían hablando de matar y de morir. La historia de Buchloe había impresionado a Cal —la noche anterior soñó que estaba allí— y volvía una y otra vez al mismo asunto. Se hallaban sentados en la bañera. A veces miraban alrededor para asegurarse de que todo estaba limpio en un par de millas.

—El ser humano sigue siendo un animal —Lerrant respondía a una pregunta—. Durante cientos de miles de años necesitó matar para defender el territorio, procurarse comida, proteger a su hembra y sus cachorros... No eran decisiones morales sino biológicas. La selección natural no premió al pacífico, sino al eficaz.

Cal atendía con interés, aunque aparentaba una tolerancia escéptica.

—¿Quieres decir que los seres humanos somos asesinos naturales?

—Lo somos... Tres mil años de filosofía no borran el viejo adiestramiento. No se aprende a matar desde cero.

—Comprendo —aceptó el muchacho—. Según tú, se reactiva algo que ya estaba ahí.

—Eso mismo. Lo humano no es ejecutar un acto, sino reflexionar sobre él. Un animal mata y sólo conserva la experiencia práctica para la próxima vez. El hombre mata, piensa y recuerda... Ya hemos hablado de eso.

Un resplandor blanco y azulado quebró el horizonte. Le sucedió otro y luego otro, pero todo ocurría en silencio mientras el aire se mantenía quieto.

—Conocí a un hombre que afirmaba que todo es geometría —dijo Lerrant—: la disposición en imágenes de lo que no se puede cambiar mediante la razón.

—¿También matar?

—Si todo es geometría, matar lo es.

—¿Quién era ese hombre?

Señaló el patrón del velero un lugar impreciso al norte, a estribor.

—Un filósofo chipriota.

—Conociste a demasiada gente, me parece —se burló Cal—. O eso dices.

Por un momento Lerrant pareció desconcertado: inclinó el rostro pensativo, como si dudara de sí mismo. Después, con la sonrisa indefinida en la boca, lo alzó de nuevo.

—Hay cosas que no recuerdo si las viví o las leí.

Ni siquiera la brisa aparente agitaba la bandera griega de popa ni la veneciana en la cruceta de babor. El velero parecía cruzar una pausa interminable, con el tiempo detenido mientras alcanzaban la tormenta lejana.

—Un problema de matar —dijo Lerrant tras un silencio— es que ahora lo hacemos mediante máquinas, pantallas, drones, algoritmos... Ese distanciamiento crea una ilusión: olvidar que hay un coste para el que muere, pero también para quien mata. La violencia aparece como un acto lejano y eso hace que se ejerza con más frialdad y crueldad —miró a Cal con extrema atención—. ¿Comprendes?

—Creo que sí.

—Antes, cuando un ser humano mataba asumía el coste moral del acto. Hoy puede hacerlo por diversión, por aburrimiento, por comodidad. Por juego.

Estuvo el muchacho un momento en silencio, pensando en lo que acababa de escuchar.

—¿Mataste mucho, en todas las vidas que dices que has tenido?

—Más de lo soportable.

—¿Y qué recuerdas de ellas?

—Caminar por ciudades y lugares que no se llamaban como ahora... Negar un vaso de agua y pagar por eso durante siglos.

Volvió a callar Cal un instante.

—Yo mato —dijo.

No era una afirmación sino una reflexión, casi una duda. Lerrant asentía despacio.

—Pues claro que matas... Personajes virtuales o de carne y hueso, el acto, el impulso, es idéntico.

Miró Cal los relámpagos distantes y silenciosos. El mar seguía inmóvil, como si no se atreviera a perturbar el espectáculo. Igual que un espejo inerte, se limitaba a replicar los latigazos de luz con trémula fidelidad.

—No lo había pensado de esa manera.

Tras decir eso bajo la mirada paciente de Lerrant, se quedó un rato callado.

—Nunca sentí remordimientos —dijo de pronto— por matar nazis en *Call of Duty*, o forajidos en *Red Dead Redemption*... En el juego, el enemigo nunca es alguien. Es un skin, una inteligencia artificial.

—¿Estás seguro de eso?... ¿Así lo ves?

—Bueno —vaciló—, quizá no del todo.

—Pantallas, distancia, botones, clics... ¿Te dice algo?

Lo meditó de nuevo el muchacho.

—Que el cerebro antiguo actúa —repuso al fin—, pero la conciencia no siempre interviene.

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Que hay efectos visuales mentirosos. Hacen creer que matar es neutro, que la fase tiene un reinicio.

Lerrant parecía divertirse con la conversación.

—Pero la vida no reinicia —apuntó.

—Eso quería decir —se le ocurrió de pronto a Cal algo ingenioso

—. La vida es geometría.

—Me gusta hablar contigo, Kowalski... Es como jugar al ajedrez contra un buen adversario.

—¿Aunque yo sea malo con las piezas?

—Eres mejor en otras cosas.

Los relámpagos estaban más cerca. Empezaba a oírse, apagado y distante, el retumbar de los truenos. Llegaban atenuados por millas de distancia y capas de aire quieto y húmedo.

—Cañonazos serbios —dijo Lerrant entre dientes.

Lo miró Cal sin comprender. Al advertir la mirada, el otro se encogió de hombros.

—Dentro de un rato habrá viento... Vamos a izar la mayor con dos rizos.

Lo hicieron en quince minutos. Cal regresó a la bañera y el patrón del velero se quedó asegurando los matafiones.

—Habrá muchos rayos —dijo al volver—. Puede caer uno en el palo, así que ve y apaga los instrumentos que aún llevamos encendidos.

Obedeció Cal. Mientras desconectaba los interruptores observó que el barómetro había bajado. Cuando volvió a la bañera, Lerrant estaba al timón. Los resplandores lejanos marcaron su rostro con sombras duras.

—Me dijiste hace días —comentó— que los videojuegos son más reales que la vida. O que son tu vida real.

—Puede que lo dijera —admitió el muchacho.

Hacía girar Lerrant la rueda para mantener el rumbo. Aparte del ronroneo del motor y el sonido de la tormenta, el mar guardaba silencio. Parecía escuchar.

—Una forma de matar sin costo moral es convertir al otro en algo virtual. Deshumanizarlo es un buen truco.

Reflexionó Cal seriamente, fruncido el ceño.

—¿Buchloe?

—Exacto.

—¿Los drones y todo lo que ahora usan en las guerras?

—Sí.

—Esto también parece mal diseñado... Ya no cazamos para sobrevivir, tenemos el súper y el chino de la esquina. Aun así, matamos.

—¿Y?

—No parece muy geométrico.

—Somos buenos inventando nuevas excusas.

Cal seguía dándole vueltas. Tenaz.

—¿Crees que yo sería capaz de hacerlo?

—Eh... No te reconozco, Kowalski. Esa duda es nueva.

—¿De verdad piensas que podría?

—Puedes hacer muchas cosas que ni sospechas. Tienes las condiciones y el adiestramiento... Tal vez sólo falte la ocasión. Todavía estás en la frontera.

—¿Qué frontera?

—Entre jugar a vivir y asumir qué significa realmente hacerlo.

—¿Cuáles son las cosas que crees que puedo hacer?

—No eres de los que se atrincheran en una muralla o un agujero para defender lo que sea. Lo tuyo es salir al ataque, al abordaje, y luego mostrarte espléndido en el reparto del botín. Eres un tipo peligroso.

—No comprendo qué quieres decir.

—Que he conocido a otros como tú. Sé identificar a la gente.

Cal estuvo un momento pensando en eso, y la conclusión no le desagradó. Sonaba bien. Se tocó la frente con un dedo.

—Aquí es donde empiezan los problemas, ¿verdad?... No cuando disparas, sino cuando preguntas.

El zigzag deslumbrante de un rayo, cercano esta vez, crujió igual que si rasgara para siempre el horizonte. Cuatro segundos después retumbó el trueno.

—Se llama madurez, compañero —dijo Lerrant.

Pelearon durante el atardecer y toda la noche, casi hasta el alba, desde que sobre sus cabezas el cielo se cerró como un puño

amenazador que escupiera relámpagos entre los dedos. Al principio la tormenta eléctrica los alcanzó con grietas blancas y violentas, estallidos semejantes a latigazos, retumbos y resplandores que golpeaban el agua levantando vapores que olían a ozono y sal húmeda. Cada uno congelaba el mundo como un flash fotográfico. Todo ocurría sin viento, y durante un buen rato el *Nostos* pareció deslizarse con mansedumbre a través de una esfera quebrada de zigzags de luz. Después, súbitamente, los truenos y relámpagos quedaron a popa, la luz se oscureció hasta un gris fosco y sucio, y en su lugar vino una lluvia inmediata, espesa, violenta como perdigones que golpeasen la cubierta.

—Cierra portillos y tambucho y ponte el arnés —ordenó Lerrant—. Ahora vendrá el viento.

Así fue. De pronto la lluvia se tornó casi horizontal y el primer golpe de viento llegó por estribor, seco, haciendo crujir el aparejo y escorar el velero. La mayor rizada se tensó como si fuera a estallar. Sujeto a un winche para no perder el equilibrio, Cal vio a Lerrant mover el timón para situar el barco proa a la racha, macheteando olas cortas y nerviosas que en treinta segundos habían transformado el agua apacible en un inmenso hervidero de crestas blancas.

—El mar no se vence —comentó Lerrant—. Sólo negociamos con él... Se le pide permiso para estar aquí.

El aullar del viento casi impedía a Cal entender sus palabras. Cabeceaba el *Nostos* con el viento por la amura de estribor, y ráfagas de agua y espuma saltaban por encima del quitavientos. La lluvia y los rociones les corrían por la cara y la ropa, entorpecían sus manos al manejar escotas y drizas mojadas. Las olas pequeñas y cortas se habían convertido en oleaje y el velero levantaba la proa en las crestas y descendía a los senos, una y otra vez, produciéndole a Cal una sensación de vacío en el estómago.

—Esto no viene en los libros —parecía burlarse Lerrant.

Roló el viento de repente a la otra banda, traidor hasta la vileza. Escoró el barco con violencia, dio Lerrant órdenes claras por encima del aullido del viento y el repiquetear de lluvia, y Cal, sin reflexionar siquiera, con los movimientos en que los días de mar lo habían adiestrado, amolló y cazó con rapidez drizas y escotas. Una se había

soltado a proa. Instintivamente —sus manos sabían qué hacer antes que la cabeza lo decidiera—, se incorporó para ir a trincarla, pero lo detuvo un grito.

—¡Lo haré yo! ¡Coge el timón!

—¡No sé si podré gobernarlo!

—¡Pues claro que puedes!... ¡Acuérdate de *Poseidon War*!

Se vio el muchacho gobernando la rueda, muy abiertas las piernas para mantener el equilibrio pese a la escora. El timón vibraba como un animal inquieto.

—Siente el barco —había dicho Lerrant antes de irse a proa—. No quieras obligarlo, límitate a lo que te pida... Pero no dejes que se atraviese a la mar.

Nada humano podía controlar aquello, pensó Cal mientras sujetaba la rueda, rígidos los brazos hasta dolerle los codos y los hombros. El anclaje de su arnés se tensaba con tirones secos. Sólo cabía adaptarse con humildad, pues era cierto que gobernar no dependía de la fuerza, sino de la atención. Sentía miedo, pero esta vez era distinto del que había tenido durante el temporal entre Formentera y Menorca. Experimentaba ahora algo nuevo: una intensa, casi feroz, conciencia de mantenerse vivo en el margen inseguro del triunfo y el desastre, la vida y la muerte. Mientras se guiaba por la presión del mar en el timón, el sonido del agua, el equilibrio del barco, observaba a Lerrant trabajar sin arnés, empapado y concentrado en la tarea, y veía en su rostro señales y marcas que eran acta notarial de infinitas tormentas. Pensó en las veces que había dudado de él —deseaba con toda su alma seguir haciéndolo—, pero en medio del temporal aquel hombre era una garantía y una certeza: el compañero que cualquiera desearía para desafiar a los dioses del cielo, del mar o de la tierra. Y anheló desesperadamente que Lerrant pensara lo mismo de él. Ganar su aprobación, estar a su altura.

Cuando la lluvia desapareció, sólo quedó el viento agrisando un mar cada vez más oscuro y cerrado de luz hacia levante. La noche

llegó entonces con súbita brusquedad, cual si hubiera esperado el momento para adueñarse del mundo. De repente todo se volvió negro excepto unas líneas de extraña fosforescencia en las crestas de las olas, y después también ellas se apagaron hasta que no hubo horizonte, cielo ni mar: sólo un espacio negro, movedizo, rugiente. Lerrant y el muchacho encendieron algunos instrumentos y las luces de navegación —roja y verde a proa, blanca de alcance a popa— y se turnaron al timón media hora cada uno, solidarios y silenciosos entre las ráfagas de agua que saltaban sobre la cubierta y el viento que enfriaba la ropa haciendo tiritar a Cal. Descubría éste, fascinado, que las tinieblas no sólo eran ausencia de luz y avanzar a ciegas, sino una prueba para la mente: hasta en la negrura más cerrada existían indicios, claves, señales. Ya no pensaba en el miedo; sólo en ser de verdad marino, en mantenerse tenso y lúcido. Como si la oscuridad, obligándolo a afinar los sentidos, lo volviera más adulto.

Con el paso de las horas, casi al final de la noche, el temporal empezó a ceder. No fue una retirada noble, sino cansancio mutuo: una suerte de tregua entre el mar que no conseguía vencer al velero y los dos hombres exhaustos que lo tripulaban. El viento bajó hasta una fuerza razonable, las olas se calmaron y el *Nostos* navegó más cómodo, seguro y digno. Como un ser vivo, interpretó Cal, orgulloso de sobrevivir.

No durmió ninguno de los dos. Antes del alba, Lerrant dijo al muchacho que se cambiara la ropa mojada por otra seca. Después bajó a la camareta y volvió con una taza de café para él y una taza de leche caliente y media docena de galletas para Cal. Desayunaron en silencio mirando la oscuridad ante la proa, allí donde el velo negro parecía entreabrirse y asomaban, inesperadas, algunas estrellas.

El primer rayo de sol, rojizo y horizontal, despertó a Cal dándole en la cara. Estaba recostado en la bañera, con una manta por encima que no recordaba haberse puesto él. Abrió los ojos y miró alrededor, aturdido. No había ni una nube y el mar estaba tranquilo

como si la noche anterior no hubiera existido jamás. Con todo el trapo arriba, mayor y foque, el velero hendía la marejada impulsado por una brisa agradable.

Lerrant se encontraba junto a la bitácora, fumando. Restos de sal seca le cubrían la cazadora y la barba de tres días que ahondaba sus marcas de fatiga. Al ver que Cal abría los ojos, hizo un ademán casi humorístico indicando la estela del barco.

—Mediterráneo —resumió entre dos chupadas al cigarrillo.

—¿Siempre es así de hijo de puta?... ¿De imprevisible y traidor?

—Siempre. En cuanto te descuidas, te la juega.

Limpió Cal la sal que empañaba los cristales de las gafas y se las puso. Después se incorporó desperezando los brazos. En torno al *Nostos* el día era de una belleza perfecta: azul oscura el agua y azul pálido el cielo. Permaneció inmóvil un buen rato, aspirando el aire limpio y salino. Al cabo se volvió hacia Lerrant.

—Creo que entiendo por qué se fijó en ti mi madre... Por qué te miró desde aquella roca, en la playa.

—¿Es un elogio, Kowalski?

Los ojos negros y opacos lo observaban con curiosidad. Tal vez divertidos, o burlones. Pero esta vez a Cal le gustó aquella mirada.

—¿Alguna vez conociste la paz, judío errante?

Seguía Lerrant mirando al muchacho, aunque de pronto lo hizo de un modo distinto. Inusitadamente cálido, le pareció a Cal. Pero no dispuso de tiempo para asegurarse. Apenas duró cinco segundos, y la sonrisa inacabada lo desvaneció todo.

—Oh, claro... No siempre fueron temporales, desastres y batallas.

Antes de que empiecen a llegar los clientes de media mañana, Pierre Mateyel revisa la máquina del café, ordena las botellas de Pernod y limpia las mesas con un trapo húmedo. El sol todavía está bajo y no proyecta la luz dura y vertical que en unas horas acortará las sombras de los palos de los barcos amarrados en el puerto. Entonces Saint-Tropez empezará a animarse y el olor a pescado a la plancha, ajo y aceite de oliva llegará desde los restaurantes vecinos:

jóvenes que creen que el tiempo les pertenece y viejos que fingen no temerlo, camisas abiertas, sandalias de cuero, piel bronceada, grandes gafas de sol, risas y música, canciones de Johnny Hallyday, Françoise Hardy, Michel Polnareff, Dalida. A veces son ellos mismos, los intérpretes, quienes ocupan las mesas. Anoche, Pierre Mateyel estuvo sirviendo copas hasta muy tarde a un grupo en el que estaban una joven escritora de moda, un cantante veterano, dos actores de cine y algún otro. Hoy será igual. En este cálido día de junio todavía no ha comenzado la temporada alta, pero empieza a haber ambiente. Todos cuantos vienen al bar ignoran que viven un tiempo indulgente y pasajero; creen que la luz y la libertad son naturales, pero Pierre Mateyel sabe que no lo son. Sólo se trata de un accidente histórico, frágil como el cristal de una copa. Lo sabe porque sirvió vino a monjes que conversaban con Dios, a héroes que lo desafiaban, a poetas que escribían para no morir. Lo sabe porque recuerda bibliotecas en llamas, palabras proscritas, libertades estranguladas en cadalsos y mazmorras.

El bar —Le Seuil, el umbral— es contiguo a las tres estrellas del hotel Sube. Pequeño, estrecho, con una barra de madera oscura impregnada de décadas de alcohol, conversaciones, humo de cigarrillos y manos apoyadas en ella. Lo heredó de un griego para quien trabajó como camarero. El griego desapareció un día —cada cual es errante a su manera— y nadie pidió cuentas al sucesor, que sigue allí hasta que la vida lo lleve a otro lugar. Nadie le reclama nada. Los gendarmes lo saludan; el inspector municipal, mientras se toma un café, le hace firmar documentos incomprensibles y se marcha. Parece que hubiera estado planeado de antemano que ocurra de esta manera; y como Pierre Mateyel tiene costumbre de que las cosas sean así, no se calienta la cabeza. La vida del bar sigue y la suya también, hasta que transcurran los cuatro años que le quedan antes de ponerse de nuevo en camino. Tiempo después tal vez alguien se cruce con él y crea haberlo visto en otro puerto, con otro nombre y otra apariencia. Una mirada curiosa, tal vez un comentario, una negativa. Y de nuevo el camino y el silencio.

Ella está sentada como cada mañana en la mesa marcada con círculos de viejas copas y quemaduras de cigarrillos. Es rubia y muy

bella. Tiene un perro tumbado junto a los pies descalzos, un paquete de Gitanes al alcance de la mano, un bolso de paja colgado del respaldo de la silla y la mirada perdida en el puerto. El vestido es blanco, ligero, de falda muy corta que descubre unas piernas bronceadas que cortan el aliento a quienes las ven en las pantallas, en las carteleras de los cines, en las revistas ilustradas. Parece escuchar el suave golpeteo de las drizas movidas por la brisa en los barcos, el crujido de las amarras y la madera, el chillido ocasional de las gaviotas. No se mueve apenas, no lee, no hace nada. Sólo mira inmóvil y silenciosa, semejante a una estatua antigua. A veces fuma y deja caer la ceniza en la taza vacía de café. No hay pose en su actitud cuando está sola, y eso es lo que Pierre Mateyel observa cada vez que ella aparece: se sienta durante una hora, y cuando empieza a llegar gente se marcha seguida por el perro, perdiéndose entre las calles estrechas del pueblo. O quizá sí sea una pose, concluye él tras un momento. Esa renuncia momentánea, voluntaria, a ser mirada.

La luz de esa hora la embellece todavía más. Pierre Mateyel conoce todas las luces: la del desierto y la de las catedrales, la de los amaneceres, los incendios, las ciudades después de una epidemia y la de los bosques después de una batalla. Esta de hoy no alumbra revelaciones ni castigos; sólo moldea lo natural de un cuerpo espléndido que respira, apoya un codo en la mesa y cruza una pierna sobre la otra con gesto distraído, casi infantil: la forma de estar quieta y sola, esa fatiga serena de un cuerpo acosado por miradas ajenas, por la reiteración infinita del deseo de otros. Pierre Mateyel conoció cuerpos semejantes, venerados, triunfales, peligrosos, cubiertos con telas sagradas, arrastrados por el polvo, manchados de sangre o minados por el paso de los años. Tan destruidos, al fin, como el de las sirvientas y las esclavas que caminaban, también descalzas, por los mercados antiguos sin que nadie las mirase dos veces. Y eso le hace sentir ahora algo cercano a una compasión distante, pasiva. Ha pasado siglos aprendiendo a observar sin intervenir, a aceptar que el mundo no exige sino actores temporales. Dentro de un rato ella se marchará como cada mañana

sin dejar nada tras de sí. Sólo un hueco en la terraza, una silla vacía que será ocupada por otros y ya no significará nada.

Nunca hablan. La mujer pide siempre un café y al rato la cuenta. Nunca deja propina. Pero esta vez, llevado por los anteriores pensamientos, Pierre Mateyel decide hablar. Se acerca de la manera que aprendió hace mucho: con un paño en la mano, finge revisar las mesas. El perro levanta la cabeza y lo mira con educada desconfianza. Ella no.

—¿Todo bien, señora?

—Sí, gracias.

—¿Otro café?

—No.

Ha respondido sin apartar la vista del puerto, indiferente. Él señala al perro.

—Los animales entienden mejor la lealtad —dice.

La mujer vuelve el rostro al fin, con detenimiento. Lleva muchos días viniendo, pero es la primera vez que lo hace así.

—¿Sabe de lealtades? —pregunta.

—Algo sé.

—Por eso vengo aquí... Porque nadie es desleal tan temprano.

Sonríe ahora, apenas. Sólo un poco. Pierre Mateyel ha visto esa sonrisa en otras bocas, sabe lo que significa.

—Es un buen lugar para desaparecer por un rato —dice.

—Sí —ella mantiene la sonrisa—. A esta hora, las deslealtades pesan menos.

Lo mira de otra manera, con interés. El perro ha bajado la cabeza y dormita a sus pies, junto a las uñas pintadas de rojo. Los perros son afortunados, piensa él. Viven en el cuerpo que tienen hoy, no en el que tuvieron ni temen tener.

Ella observa la ventana próxima del hotel, a diez pasos. Los dos se ven reflejados juntos en el cristal.

—Los espejos son malos narradores —comenta él—. No explican nada.

Ha girado la cabeza. Parece interesada en lo que acaba de escuchar.

—¿Y usted?... ¿Qué explica?

—Nada. Sirvo bebidas y observo cómo el tiempo pasa para los demás.

—¿No pasa para usted?

—Por mí pasó hace tanto que ya lo olvidé.

—Pues en este lugar, a esta hora, el tiempo parece detenerse.

—Es una falsa impresión —él encoge los hombros—. Los puertos no guardan nada. Todo se va.

La mujer saca otro cigarrillo del paquete, lo tiene un rato entre los dedos y acaba por meterlo de nuevo, sin encenderlo.

—Nadie te prepara —dice como si pensara en voz alta— para el día en que ya no puedas entrar en un lugar antes que tu nombre.

—Por eso conviene marcharse a tiempo.

La ve pestañear por primera vez —sin maquillaje no es igual que en la pantalla—. Parece sorprendida.

—¿Ha vivido eso antes?

Pierre Mateyel modula su sonrisa vaga e inacabada y no responde.

—¿Qué le debo? —pregunta ella mientras coge el bolso.

—Nada esta vez.

Tras un momento inmóvil, mirándolo reflexiva, se pone en pie. Lo hace con calma, despacio: la belleza animal de un cuerpo perfecto, consciente de serlo, atrapado en la manera exacta que el mundo decidió para él.

—Dígame algo que yo pueda recordar —dice con sencillez—. Algo que no olvide nunca.

Lo piensa él un instante.

—Conocí este lugar antes de que fuera lo que es, y lo recordaré cuando ya no lo sea.

—No me sirve. Esfuércese más.

De nuevo lo piensa él, aún con la sonrisa vaga en la boca.

—He conocido a mujeres hermosas —dice al fin—, igual que se conocen caminos, ciudades y puertos lejanos... A unas tuve acceso y a otras no. Cuerpos que parecían imposibles, pieles de ensueño, ojos que reflejaban el sol o las estrellas. Y he visto siempre cómo el tiempo cumple sus promesas.

Ella ha comprendido.

—El tiempo es leal, quiere decir.

—Exacto... El tiempo no engaña ni amenaza, es honrado. Cumple siempre su palabra.

Asiente despacio la mujer. Después, sin decir nada, se cuelga el bolso al hombro y se aleja seguida por el perro. Pierre Mateyel volverá a verla otras veces en las carteleras de los cines, en las revistas ilustradas y paseando por el puerto, sola o en compañía de fotógrafos y amigos. Pero ella nunca volverá a sentarse en la terraza del bar.

—Ya tengo las dos últimas fases de *Telémakhos* —dijo Cal cuando Lerrant bajó a la camareta.

Había cerrado el ordenador y apoyaba los codos en la mesa, satisfecho. El patrón del velero se lo quedó mirando. El *Nostos* navegaba con todo arriba y buena marcha, cabeceando amurado a babor. El sol, que ya descendía por la popa, iluminaba el interior con rayos oblicuos y anaranjados.

—¿Son buenas?

—Creo que sí. La sexta es la prueba de la fama: el personaje ya es conocido en el Mediterráneo, es poderoso y se enfrenta a las grandes decisiones finales. Apoya a una ciudad en guerra justa, rompe una ruta comercial enemiga, descubre un secreto antiguo... Para eso debe sacrificar unas cosas y arriesgar otras. Como le pasa con el Minotauro.

Lerrant escuchaba con interés, apoyada la espalda en un mamparo.

—¿Y qué es lo que pasa?

—Cuando entra en el laberinto y llega hasta el monstruo, el jugador puede luchar, y es lo primero que se le ocurre. Pero hay una manera alternativa. Si la descubre todavía será mejor: resulta que el Minotauro está aburrido de vivir encerrado y ser terrible. Se sientan, hablan... Y entonces el Minotauro dice que está cansado y le pide que lo mate.

—No es mala situación —admitió Lerrant—. ¿Lo hace tu personaje?

—Depende del jugador. Es una alternativa que cambia el sentido del juego: matar por compasión, o no hacerlo.

Asintió Lerrant, considerando aquello. Parecía aprobador. Después fue a la escala del tambucho y sacó medio cuerpo fuera para vigilar el mar en torno al barco.

—¿Y qué hay de la séptima fase? —preguntó al bajar de nuevo.

—Es la llegada. No tiene por qué ser un lugar, igual se queda navegando para siempre... La idea es volver al puerto del que salió, pero en plan más sabio. O a lo mejor desaparece del mapa y otros jugadores continúan. El personaje ya no huye del mundo ni intenta dominarlo, sino que lo comprende. Con pérdidas, errores y decisiones difíciles... Ése era el objetivo oculto, comprender.

—El verdadero final.

—Sí. En ese punto puede salir del juego, y los que lleguen después aprovecharán los resultados de su viaje: qué fue de la tripulación, qué ciudades prosperaron o cayeron, qué historias se contarán sobre él... Algunas serán verdad y otras no, como en la vida real.

—Una especie de videojuego acumulativo.

—Literal. Ya te he dicho, como la vida misma. Como la vida.

Se quedaron callados e inmóviles, mirándose. Tras un momento Lerrant señaló hacia la cubierta.

—Te toca guardia. Sube y abre los ojos, porque nos acercamos a aguas difíciles. Conviene llevar encendida la radio. Voy a preparar la cena, y después tomaremos un rizo para la noche.

Cal se mostró sorprendido.

—¿Por qué son aguas difíciles?

—El Líbano e Israel están a menos de cien millas.

—¿Y podemos tener problemas?

—Aquí todos pueden tenerlos.

—Joder. Me has traído a una zona de guerra.

Lerrant se había dado la vuelta y trajinaba en la cocina: había metido en el microondas dos envases de arroz precocinado y sacaba del frigorífico un frasco de salsa agridulce.

—No —dijo—. Eres tú quien me ha acompañado hasta ella.

Cenaron en la bañera, tomaron el rizo acostumbrado para navegar de noche y vieron desaparecer el sol en la estela del velero. El mar pasó de azul violeta a rojo color de vino, y luego se ensombreció mientras en el cielo iban apareciendo las estrellas. Todo estaba tranquilo, y el único rumor eran los crujidos de la arboladura, los zumbidos del piloto automático y el rumor del agua deslizándose a lo largo del casco.

—Una vez leí un cuento donde las estrellas se apagaban una tras otra —ya estaba todo oscuro y Cal contemplaba el cielo—. Era algo sobre el fin del mundo.

—*Los nueve mil millones de nombres de Dios* —dijo Lerrant.

—Sí, puede que fuera ése.

Las luces de un barco que cruzaba de norte a sur los tuvieron un rato alerta y callados, vigilándolo. Cuando estuvo lejos, Cal habló de nuevo.

—¿Crees de verdad en el Juicio Final?

El patrón del velero, una silueta entre las sombras, tardó en responder.

—¿Cómo lo imaginas tú?

—Pues no sé. Trompetas sonando. Hay pinturas y estampas, ¿no?... Muertos que se levantan, una balanza que pesa sus vidas y Dios ajustando cuentas.

—También yo lo creía así, pero este siglo es otra cosa: algoritmos, números, perfiles, historiales... No existen ángeles vengadores, sino sistemas que deciden premios, castigos, atención médica o silencios. En vez de trompetas hay microveredictos, pandemias, guerras, gráficos y porcentajes.

Cal creía comprender.

—¿Una especie de juicio final, pero repartido en cachitos?

—Algo así... Durante veinte siglos pensé que mi castigo era esperar el último día, el perdón que vendría con el colapso definitivo. Pero ahora sé que el mundo no camina hacia una sentencia, sino que ya se sentencia a sí mismo. Como si esa dosificación constante fuera el verdadero juicio.

—A lo mejor es que un final a lo bestia sería insoportable — reflexionó Cal—. Puede que Dios, si existe, sea compasivo.

—No creo que la palabra compasión tenga que ver con esto.

Había rolando el viento una cuarta hacia la proa y gualdrapeaba el foque. Cuando Lerrant se incorporó para cazar la escota, su silueta se recortó en el cielo lleno de estrellas.

—También puede que el Juicio Final sea una metáfora mal interpretada —dijo.

—¿Y eso dónde te sitúa a ti?

—Antes creía que mi condena era ser testigo hasta el último día; pero estaba equivocado. Se trata de ser testigo de que no habrá último día.

Había vuelto a sentarse junto a la bitácora. El leve resplandor rojizo del compás le iluminaba la mitad inferior del rostro.

—Un poeta escribió: *Así termina el mundo, así termina el mundo. No con un estallido, sino con un gemido...*

Se estremeció Cal al oír aquello.

—Eso es malo para ti, ¿no? Hasta suena peor que la colina de las almas errantes. En un mundo sin final concreto nunca podrás dejar de caminar.

—Ahí está la ironía... El mundo vive ya el Juicio Final, pero nadie se da cuenta. No habrá fuego, ni resurrección de la carne; sólo un agotamiento lento de todo. Un día, simplemente, ya no quedará nadie esperando ese último día.

—Sólo tú y tu sed —dijo Cal.

Sonó en la oscuridad algo parecido a una risa, pero Cal decidió que era figuración suya. Era imposible que Lerrant se riera.

—Sería el colmo, Kowalski... Ser yo el último hombre sobre la tierra.

Antes del alba, la línea de la costa pareció hacerse visible. No había luces claras, ni destellos de un faro: apenas leves parpadeos entre la marejada, tan débiles y lejanos que Cal pensó que podía tratarse de una ilusión provocada por la fatiga. Para comprobarlo

buscó a tientas los prismáticos, y Lerrant, sombra inmóvil y silenciosa, pareció adivinar sus movimientos.

—El Líbano —dijo.

Pensó Cal que aquellas aguas no eran sólo el extremo oriental del Mediterráneo; eran también memoria vieja y reciente, tensión acumulada, frontera peligrosa. El nombre del lugar ya era excitante, sugería conflictos viejos y nuevos. Lo desconcertó que Lerrant se refiriese a él con tanta naturalidad como si estuvieran a punto de llegar a un lugar, a un puerto cualquiera; igual que si formara parte de un ritual antiguo, rutina cientos de veces practicada. Y pronunciada.

Miraba por los prismáticos cuando oyó un sonido cercano: una vibración apenas perceptible que no venía del viento ni del mar, o no se debía a ellos. Intrigado, buscó en torno al velero sin ver nada, hasta que una sombra chata y larga, negra, sin luces, cruzó un momento su campo de visión. Entonces se le heló la sangre. Intentó localizarla de nuevo, ansioso, mientras la vibración lejana se aproximaba para convertirse en un zumbido ronco, parecido al de un insecto metálico. Iba a abrir la boca y advertir a Lerrant cuando un haz de luz blanca, cegadora, cortó la oscuridad en dos, barriendo el agua hasta detenerse en ellos como un dedo acusador. A través de un megáfono una voz rompió la noche, y su eco pareció rebotar en el agua como si el mismo mar la repitiera:

«*Stop the ship and lower the sails*».

Sobrecogido, Cal vio cómo Lerrant, iluminado por el foco, se ponía en pie, largaba la escota del foque y arriaba la vela mayor: tranquilo, sin aparentar inquietud ni prisa, con extrema naturalidad. Después bajó a la camareta y volvió a subir.

—Patrullera israelí —dijo.

Permaneció de pie en la cubierta, recortado en la luz deslumbrante, mientras el *Nostos* se detenía balanceándose en la marejada. Ahora, tras el resplandor del haz luminoso pudo Cal distinguir la forma de la embarcación también inmóvil: líneas rectas, sombras destacadas en el puente y algo negro y amenazador, quizá un cañón o una ametralladora, apuntando hacia el velero.

«No están autorizados a continuar hasta la costa libanesa» —dijo la misma voz en inglés.

Lerrant respondió en ese idioma con manos en la boca, a modo de bocina.

—¡Navegamos sin intención hostil!... ¡Sólo buscamos llegar a puerto!

«¿Qué puerto?»

—¡Sour... Tiro!

«Negativo. Permanezcan ahí y preparen documentación».

El foco seguía recortando el velero en una claridad cruel: la cubierta de teca húmeda, las escotas y drizas sueltas, el flameo de la vela libre a proa. Y entonces ocurrió algo sorprendente: usando otra vez las manos como bocina, Lerrant gritó unas palabras en una lengua desconocida para Cal. Sonaba parecida al árabe, pero el muchacho comprendió en seguida que era hebreo. Después el patrón del velero levantó los brazos despacio mostrando las palmas, se tocó un bolsillo de la cazadora y dijo algo más.

Esta vez no hubo respuesta desde la patrullera. Sonó más fuerte su motor y se acercó hasta situarse de costado mientras Lerrant colgaba dos defensas en la borda. Maniobrando con fría destreza, la otra embarcación se mantenía ahora en paralelo, a menos de un metro. También en su costado colgaban defensas. De pronto se apagó el foco, alguien habló desde el puente de la patrullera y Cal, estupefacto, vio que Lerrant saltaba a ella. Alguien lo ayudó al llegar.

Sin el deslumbramiento del foco, el muchacho podía ver mejor lo que ocurría a bordo. Había media docena de siluetas moviéndose en torno a Lerrant, y éste se encontraba en el puente, conversando a la luz de una linterna que primero iluminó su rostro y después algo que había puesto en manos del uniformado que parecía patrón de la patrullera: algo pequeño, un papel o documento; tal vez una carta, un permiso o un mapa. Hablaba con calma, pero Cal no podía oír lo que estaba diciendo. Imposible desde allí. A veces el movimiento de la linterna alcanzaba el rostro del oficial o de los tripulantes que, curiosos, se agrupaban en torno.

Entonces ocurrió algo más extraño todavía. Cal vio que el oficial cogía un aparato grande provisto de una gruesa antena: un teléfono

satélite. Habló largo rato por él, interrumpió la comunicación y volvió a hablar pasados unos minutos durante los que todos permanecieron quietos y a la espera. Tras la segunda llamada, algo cambió en su actitud: el gesto era de cansancio, o más bien de fastidio. Asintió una vez, sólo una. Luego miró hacia el lugar donde estaba la costa y señaló con dos dedos, como quien a regañadientes indica un camino. Entonces Lerrant se despidió de él y regresó al *Nostos*.

Avanzaba el velero libre de nuevo, foque y mayor tensos al viento, como quien cruza con insolencia un umbral ajeno. La patrullera había desaparecido de nuevo a oscuras, entre las sombras de poniente. Por el lado opuesto, ante la proa, apuntaba la primera claridad del alba definiendo algo más la línea lejana de luces que punteaba el horizonte. Cal creía adivinar en el viento un tenue olor a tierra, a vegetación lejana, a humo de hogares. O quizá era sólo su imaginación, desbordada por lo que acababa de suceder. Confusa de asombro.

—¿Qué ha ocurrido? —se decidió al fin.

Tardó Lerrant en responder, como solía. Estaba fumando.

—Nada especial... Un trámite aduanero.

—Pero la Marina de Israel bloquea estas aguas, y éstos son de todo menos simpáticos. Al principio nos cerraban el paso.

—Prueba superada, entonces. Como en tus videojuegos. Quizá puedas aprovecharla para *Telémakhos*.

—¿Qué dijiste para que nos dejaran libres?... ¿Qué les enseñaste?

—Nada especial. Sólo les recordé algo que tenemos en común.

—¿A quién llamaron por teléfono?

—Oh, no importa eso. Viejas amistades.

—¿Cómo de viejas? Porque contigo nunca se sabe. Dicha por ti, *viejas* es una palabra muy elástica.

Lerrant tardó en hablar de nuevo.

—¿Has oído hablar de la guerra de 1982, cuando los israelíes invadieron el Líbano y los palestinos tuvieron que irse de Beirut?

—No, para nada.

—Puedo contarte algo sobre eso.

El capitán Ever Nod baja del jeep militar ante el hotel Commodore, le dice al conductor que aguarde en la esquina y contempla la fachada. Se alisa el uniforme recién planchado y mira el zaguán de la casa que hasta hace dos semanas fue para él cobijo y apostadero; y también el kiosco de comida ahora cerrado, cuyo propietario, cuando estaba de buen humor, lo socorría con un zumo y una shawarma. Más de un año, piensa. Durante quince meses, harapiento, encorvado, casi invisible, el mendigo al que clientes, periodistas, militares, prostitutas y milicianos que entraban y salían del hotel llamaban Abu al-Samt —el Mudo— estuvo sentado cada día ante la puerta giratoria del hotel: barba sucia, ropa raída, un cuenco de metal abollado a sus pies. Para unos era alguien que ayudaba a cargar o descargar equipajes, a abrir puertas de automóviles a cambio de una propina o un cigarrillo; para los milicianos musulmanes y los palestinos que hasta hace poco patrullaban el barrio de Hamra —una vez le dieron una paliza porque sentado en la acera estorbaba el paso—, presencia inofensiva, tolerable. Alguien en quien no valía la pena gastar una bala.

Un aprendizaje de siglos enseñó a Ever Nod, cuando se llamaba con otros nombres, a no mirar directamente a los ojos. A no despegar apenas los labios, limitándose a estúpidos gruñidos, y a acudir tambaleante, como si estuviera borracho, cuando lo interpelaban por su nombre falso. A controlar el temblor de las manos o utilizarlo como parte de su cobertura cuando cargaba maletas o pasaban convoyes armados a pocos metros; no por miedo a la imposible muerte, sino temiendo precisamente no morir: verse en una celda o un sótano torturado como un animal sin alivio posible, sin final, sin posibilidad de poner fin a la agonía. Ha ocurrido otras veces y en otros lugares, hace años y hace siglos.

El capitán israelí sigue ante la fachada del Commodore, observado por el portero —el viejo Tarek— y los mozos que aún no reconocen al mendigo en el oficial que mira desde la acera de enfrente, desde

el mismo rectángulo de baldosas rotas que fue su lugar acostumbrado. Porque el Commodore no es un hotel cualquiera, sino residencia habitual de los corresponsales extranjeros que cubren la guerra —las sucesivas guerras, en el caso del Líbano— y del enjambre de diplomáticos, espías y traficantes que se mueven en torno a ellos. En el bar beben alcohol mientras hablan de matanzas y bombardeos, discuten sobre política y comentan rumores. En la puerta, viéndolos ir y venir, escuchándolos a todos, Abu al-Samt registró puntualmente quién entraba y quién salía, a qué hora, con quién, qué acento o idioma era el suyo, cuál era la matrícula del coche que utilizaba. Y cada noche, cuando el ruido de la ciudad se limitaba a disparos lejanos o próximos según las épocas, y los generadores eléctricos llenaban las calles con su monótono rumor, el mendigo del Commodore se retiraba a un cuartucho infecto, alquilado bajo otro nombre en un suburbio próximo a las ruinas del puerto, donde escribía mensajes que sólo él y los servicios de inteligencia de Israel podían descifrar. Porque el trabajo en Beirut de Abu al-Samt no era matar ni sabotear, sino escuchar, atar cabos, interpretar y comprender.

Todavía sin moverse de la acera, el capitán Ever Nod enciende un cigarrillo y fuma sin prisa, saboreando el momento. Los últimos meses han sido difíciles, los más duros. Los combates se acercaban, las calles cambiaban de manos de una semana a otra mientras el hotel seguía abierto, neutral, protegido por la presencia de cámaras y periodistas. Nunca fue bombardeado, ni cuando entrado el mes de junio el cielo se llenó de aviones israelíes y la ciudad de estampidos y tiroteos. La invasión había comenzado, los reporteros entraban y salían a ritmo frenético, radios y televisiones no callaban, el bar estaba lleno desde el mediodía. Disfrazado aún de mendigo, Ever Nod escuchaba lo que ya no eran rumores: columnas de blindados avanzando hacia Beirut, palestinos cercados, negociaciones fallidas, bombardeos, matanzas.

Y entonces llegó la orden. No por radio, ni por mensajero. Nadie le transmitió nada. Vino como un recuerdo que se activara de pronto: un mandato claro de su instinto, adiestrado en veinte siglos de incertidumbres y certezas. Capaz de reconocer las hipótesis apenas

se insinuaban en su cerebro, supo que el papel había terminado y que Abu al-Samt debía salir de escena. Así que la tarde anterior a la entrada de las tropas israelíes en la ciudad, se levantó por última vez de la acera. Nadie lo notó, y el mendigo se desvaneció en la luz apagada del atardecer.

El capitán israelí deja caer el cigarrillo que ha estado fumando y lo aplasta con la suela de una bota. Después se quita la boina, la introduce en el cinturón —del que pende una funda con una pistola CZ/75—, atraviesa la calle y empuja la puerta giratoria que ni el portero ni los mozos, paralizados por el estupor de haberlo reconocido al fin, se atreven a tocar. Recorre así el vestíbulo y se encamina al bar, lleno a esa hora de humo de cigarrillos, ruido de copas y rumor de conversaciones. En varias mesas hay cámaras fotográficas o tabletean máquinas portátiles de escribir. Y a medida que cruza el bar, los rostros se alzan, las conversaciones se apagan. Indiferente a todo, al llegar a la barra se dirige al camarero.

—Un café solo —dice en hebreo y después lo repite en inglés—. Sin azúcar.

Mientras se lo preparan permanece con las manos apoyadas en el mostrador, impassible, sintiendo clavados en su espalda los ojos que contemplan su uniforme impecable, las botas lustradas, los distintivos de capitán en las hombreras grises de la camisa militar. Nadie pronuncia ni una palabra. Al fin, con la taza en la mano, se vuelve hacia ellos: cabello crespo muy corto, mentón recién afeitado, ojos calmos. Hay enfrente una treintena de miradas. Unas traslucen incredulidad, otras estupor y otras miedo. Conoce del primero al último de aquellos rostros: hombres que han hablado ante él creyéndolo invisible, mujeres que dejaron caer nombres, fechas, contactos, mientras él contaba monedas en su cuenco abollado. Lo sabe todo de todos: gente que lo ignoró o despreció, dándole unas piastras como limosna sin mirarlo siquiera cuando se inclinaba, servil.

—Gracias a todos.

Lo dice en inglés, con voz alta y clara. Muy serio. Después deja la taza vacía en el mostrador con un billete de cinco dólares y sale del bar. Sólo cuando está fuera, cruzando de vuelta el vestíbulo, oye

estallar a su espalda, mientras se aleja, un zumbar de exclamaciones y comentarios. Y esta vez es el portero quien mueve la puerta giratoria, abriéndole paso a la calle con una inclinación de cabeza.

Se pone Ever Nod la boina, mira por última vez el rectángulo de acera y camina despacio hacia el jeep que espera en la esquina con el conductor al volante. Le tuerce la boca un apunte de sonrisa que no llega a fraguar del todo. Algunos saben ahora —es lo que piensa, divertido— que una mirada y un silencio pueden ser tan peligrosos como las armas y las palabras.

Nadie volverá a ver nunca al mendigo del hotel Commodore. Y cuando once meses después Ever Nod suba a un barco en el puerto de Haifa con destino desconocido, sólo dejará tras de sí un expediente confidencial, marcado con tinta roja, en los archivos de la inteligencia militar de las Fuerzas de Defensa de Israel.

XV. La cripta

*La historia no es la inexorable
excavadora que dicen. Deja
pasajes subterráneos, criptas,
huecos y escondrijos. Hay
supervivientes.*

EUGENIO MONTALE

Había una guerra larga y cercana, pero en el puerto de Tiro apenas podían verse trazas de ella. La ciudad vieja se asomaba al mar con tonos dorados y amarillentos formando un anfiteatro de piedra y agua que contenía embarcaciones de pesca, redes secándose al sol, banderolas agitadas por la brisa. Podía tratarse, pensó Cal, de cualquiera de los lugares que habían dejado atrás de un extremo a otro del Mediterráneo: evocaba barcas varadas en la arena, olor a pescado sobre brasas, vino rojizo, velas blancas bajo un cielo luminoso y azul. El mismo paisaje, casi inalterado, de quienes nueve o diez mil años atrás navegaban transportando vino, aceite, mármol, plomo, plata, palabras y alfabetos. Guerreros cansados que, después de expugnar ciudades con caballos de madera, regresaban a sus hogares bajo un cielo de dioses crueles, vengativos o indiferentes.

El puesto de la policía portuaria era un antiguo caserón con el cedro del Líbano pintado en un cartel sobre la puerta. Contiguo a él había un cafetín en el que, sentados en torno a una mesa, estaban tres hombres morenos con aspecto de pescadores y dos militares de ajados uniformes y fusiles apoyados en las sillas. Desde allí dirigieron una ojeada de curiosidad a Lerrant y Cal, pero no se

movieron. Les dirigió el patrón del velero unas palabras en árabe, y uno de los soldados señaló la puerta del caserón.

El capitán Fouad debía de rondar los cincuenta años. Era corpulento, con un pelo negro ensortijado donde asomaban algunas canas. Sentado bajo un anticuado ventilador que giraba en el techo, tras una mesa de despacho inmaculadamente limpia —sólo había en ella un teléfono móvil, una libreta y un bolígrafo—, tenía la camisa desabotonada sobre el pecho hirsuto. Llevaba un par de días sin afeitarse y un bigotazo enorme le cubría el labio superior.

—*Marhaba, naqib Fouad* —saludó Lerrant.

Lo miró el otro sorprendido al principio, escrutándolo para intentar reconocerlo. Sus ojos oscuros, recelosos, recorrían a los recién llegados de arriba abajo. Al cabo de un momento pareció relajarse. Movía la cabeza para asentir despacio.

—Cuánto tiempo —dijo en inglés.

—Diecinueve años —respondió Lerrant.

—Es la segunda vez que nos vemos, me parece.

—La tercera... La última era usted un joven teniente. Y la primera, un niño de diez años que jugaba en la puerta de la oficina de su padre, el capitán Yasir. Que Dios tenga en el Paraíso.

Se mostró desconcertado el libanés, pero tras un momento asintió complacido.

—Que allí lo tenga.

Se había vuelto Lerrant hacia Cal.

—En Tiro, el puesto de jefe del puerto es hereditario... El capitán Fouad, que yo recuerde, es la cuarta generación.

Sonreía aprobador el otro: dientes muy blancos bajo el mostacho. Parecía halagado.

—Tiene buenísima memoria.

—En ocasiones, más de la que quisiera.

Había sacado Lerrant un sobre de un bolsillo trasero del pantalón y lo depositó sobre la mesa. Estaba cerrado con una goma elástica. Tras mirarlo un momento, una mano inmóvil a cada lado, el militar lo abrió sin prisa y contempló el grueso fajo de billetes de cien dólares.

—También usted refresca mi memoria —dijo.

—Son viejas costumbres.

—Que aprecio en lo que valen —abrió un cajón de la mesa, metió el sobre dentro y lo volvió a cerrar, esta vez con una vuelta de llave—. ¿Hay algo en que pueda serle útil?

—Nada especial. Mi barco está amarrado en un buen lugar.

—Querrá dar una vuelta por la ciudad, ¿no?

—A algún sitio iremos. ¿Todo sigue igual?

—Lejos de las rutas turísticas, si a eso se refiere... Palestinos en sus campos de refugiados, milicias suspicaces y judíos molestando a ratos. No hay problemas serios, pero voy a darles un salvoconducto para que nadie los incomode —miró a Cal con más detenimiento—. ¿Quién es el joven?

—Un amigo. De confianza.

—¿De mucha confianza?

—De toda.

Seguía escrutando el libanés al muchacho. Parecía sorprendido.

—¿Puedo ver sus documentos?

Sacó Cal del bolsillo el carnet de identidad.

—¿No tiene pasaporte?

—Lo ha perdido en el viaje —Lerrant indicó el lugar de la mesa donde estaba el sobre del dinero—. Estoy seguro de que con lo que trae bastará, provisionalmente.

—Oh, claro —el capitán Fouad miraba con poco interés el documento—. Provisionalmente... ¿Piensan quedarse en Tiro mucho tiempo?

—Un par de días.

—Bien... Muy bien. Procuren no salir de la ciudad. Los alrededores son poco seguros.

Se levantó al fin, y mientras se abotonaba la camisa abrió una puerta. Al otro lado, en un pequeño despacho, dormitaba un secretario. Le dictó unas palabras, escribió el otro a máquina, y de regreso a la mesa el capitán abrió un cajón y estampó un sello bajo la firma.

—Es válido para tres días —dijo entregándoselo a Lerrant.

—¿Vive todavía el padre Isard?

—Falleció, era muy viejo. Ahora hay otro, el padre Maroun —señaló un campanario lejano que se veía por la ventana, sobre los

tejados y azoteas de las casas—. En la misma iglesia, no tiene pérdida.

En todas las calles se oía el sonido de los generadores de electricidad. Cada casa y comercio tenía uno en la puerta, y el olor de gasóleo se mezclaba con el de hornos de pan, pescado, basura, café y humedad marina. La ciudad le pareció a Cal un abigarrado desorden de piedras milenarias y construcciones modernas: ladrillo y cemento, ropa tendida, jaulas con pájaros, macetas multicolores, gatos indolentes, luz filtrada entre persianas, toldos y balcones gastados por el viento y la sal. Había casas modestas apoyadas como inválidos en columnas romanas o medievales, puertas con clavos oxidados, arcos antiguos que obligaban a bajar la cabeza. La gente les dedicaba un momento de curiosidad antes de volver a sus asuntos. Las tiendas no tenían cristales y se abrían a la calle, donde comerciantes y artesanos conversaban con los vecinos. Todas las mujeres llevaban la cabeza cubierta con velo y algunas se tapaban la mitad inferior del rostro.

—¿Las obligan a ir así?

—No siempre lo hacen obligadas... A menudo ellas mismas lo imponen a sus hijas.

—Pues me parece una barbaridad —se indignaba Cal—. Un atraso medieval.

Lerrant se encogía de hombros, indiferente.

—Puede que lo sea —repuso—. Pero estamos en su tierra y no es asunto nuestro.

—Esto debería cambiar, ¿no? Es intolerable.

—Relájate, Kowalski; no eres tú quien va a cambiarlo. Y deja de mirarlas de esa manera.

—Vaya... ¿Cómo las miro?

—Como si fueras el censor moral del mundo. Y aquí no les gusta que se mire a sus mujeres.

—No soy censor de nada, pero me siento por encima de esto.

—Es un error sentirse así... Cada cual, hasta el peor o el más estúpido de los seres humanos, tiene motivos para hacer lo que hace. Y también lo que no hace.

Cruzaron un mercado: calles estrechas de suelo pulido por siglos de pasos. Entre las casas se veía el minarete de una mezquita, la cruz de una iglesia o un poco de mar azul. Había cajones y sacos de especias aromáticas: comino, tomillo y pimienta, y también tomates y pepinos en pirámides, aceitunas, pescados, carnes rojizas y tripas blancas. En una esquina, hombres barbudos sentados en sillas de plástico bebían café en tazas muy pequeñas entre espirales de humo de cigarrillos. Lo observaba todo el muchacho, asombrado. Aquello, en fin, era Oriente; el de verdad, no el de las películas o los videojuegos. Y pensó que, de extremo a extremo del mar que había recorrido, cada mercado y cada paisaje eran el mismo; y que tal vez había hecho ese viaje para confirmarlo.

—¿Desde cuándo tienes que venir a este lugar?

El patrón del velero caminaba sin apenas levantar la cabeza. Casi todo el tiempo miraba el suelo como si en sus piedras gastadas reconociera antiguos itinerarios. Antes de bajar a tierra se había afeitado y vestía los vaqueros descoloridos y una camisa limpia, recién lavada.

—Desde que me impusieron las reglas —dijo.

—¿Y si no llegas a tiempo, no quieres o no puedes?

—Te lo conté... En tal caso, seré castigado.

Enarcaba las cejas el muchacho, buscando parecer burlón.

—¿En la colina de las almas errantes?

No respondió Lerrant. Habían llegado ante una iglesia y la contemplaba en silencio: era muy antigua, con una fachada de piedra amarillenta con arco de ojiva y un campanario rematado por una cruz. En ese mismo instante, desde otro lugar de la ciudad llegó la voz amplificada por megafonía de un muecín llamando a la oración. Y Cal pensó que era insólita la vecindad de aquella plegaria —*Alah ilah-lah*, decía la voz— con la cruz cristiana que se alzaba en el corazón de tan extraña ciudad.

—¿Qué dice? —quiso saber.

—Que no hay otro dios que Dios y que Mahoma es su profeta.

El interior era fresco, oscuro, y más que una iglesia parecía una pequeña fortaleza. Los muros medievales mantenían a distancia la luz exterior, que penetraba a través de estrechas saeteras abiertas en el ábside. Todavía deslumbrado por la claridad de afuera, Cal sólo pudo ver columnas, bancos de madera y un altar donde ardía una lámpara de aceite. Pero cuando sus ojos se acostumbraron advirtió pinturas murales medio borradas y lápidas mortuorias de mármol desgastado en el suelo. También había, detrás del altar y desconchado por grandes manchas de humedad, un antiguo fresco donde era posible reconocer un Cristo bajado de la cruz por figuras humanas que el tiempo casi borraba.

—San Raimundo del Hospital —oyó decir a Lerrant.

Se volvió a observarlo con curiosidad, pues nunca le había oído aquel tono: pensativo, melancólico, quizás amargo. Vio que Lerrant se adelantaba unos pasos para detenerse de nuevo en el centro de la nave, silueteado en la penumbra por la claridad de las saeteras. Permaneció callado y sin moverse durante un buen rato; y a Cal, que no dejaba de observarlo, le pareció una presencia de otro tiempo: un espectro materializado ante sus ojos. Imagen inalterada, perdurable, semejante a una estatua que durante siglos hubiera sido parte natural de aquel recinto y de nuevo encontrase su lugar en él.

—¿Cuántas veces has estado aquí? —quiso saber.

La voz de Lerrant retornó como un eco lejano, igual que si las viejas piedras la hicieran deslizarse y vibrar antes de convertirla en palabras.

—Setenta y cinco, con ésta.

Titubeó el muchacho. No creía nada y al mismo tiempo lo empezaba a creer todo.

—O estás loco o me has vuelto loco a mí.

No hubo respuesta. Lerrant ya no parecía escuchar. El silencio se mantuvo hasta que Cal habló otra vez.

—¿Y ahora?

Como concertado por un invisible director de escena, a la pregunta respondió un ruido de pasos junto al altar. Por una puerta lateral había entrado un hombre vestido con un hábito negro y blanco, que se detuvo allí. La lámpara de aceite y la escueta luz iluminaban parcialmente sus hombros y su cráneo, tonsurado al estilo de los monjes antiguos. Cual si también, desde hacía siglos, formase parte inalterada de todo aquello.

Habló Lerrant al fin:

—¿Padre Maroun?

Dijo *father*, en inglés, y el otro respondió en el mismo idioma.

—Soy yo.

—Me dicen que murió el padre Isard.

—Sí, hace cuatro años.

—¿Se ocupa usted de todo?

—De todo.

—*Ego sum qui huc singulis undeviginti annis iussu Romae.*

Siguió un silencio tan prolongado que a Cal, sobrecogido, le pareció interminable. Los dos hombres se observaban. Al cabo, el monje se acercó a Lerrant: una silueta enfrentada a una sombra. Dos actores de un drama repetido cada diecinueve años a través de los siglos.

—¿Quién lo acompaña?

—No importa... Viene conmigo y eso basta.

Pareció dudar el otro.

—¿Está seguro?

No respondió Lerrant a la pregunta.

—¿Puedo bajar a la cripta? —se limitó a decir.

—Naturalmente. Para eso viene, ¿no es cierto?

Asintió el patrón del velero, anduvo sin decir nada más hacia el altar, y tras una ligera vacilación Cal lo siguió. Al pasar junto al monje pudo apreciar mejor sus rasgos: enjuto, barba, ojos vivos y atentos. Relativamente joven. Calzaba sandalias de cuero y el hábito negro y blanco estaba ceñido a su cintura por un largo rosario con cuentas de madera. Lo dejó ir adelante sin decir nada.

Detrás del altar había una escalera de piedra en la que una cadena de hierro obstaculizaba el paso. Lerrant la desenganchó con

naturalidad y Cal fue tras él. La escalera era corta, en forma de caracol, y descendía hacia una claridad amarillenta, casi dorada. Esa luz penetraba por dos saeteras altas parecidas a las del ábside, iluminando un recinto de unos ocho metros de diámetro; una cripta en cuyo muro circular, adosadas a él, había cinco tumbas: cuatro con estatuas yacentes de caballeros medievales desfiguradas a martillazos y una vacía. Y en el centro, sobre un antiquísimo atril de bronce, una pluma de ave, un frasco de porcelana lleno de tinta y un grueso libro encuadernado en piel con cierres de hierro forjado.

De espaldas al muro, paralizado de asombro, Cal miraba a Lerrant inmóvil junto al atril. No era capaz de establecer cuánto había pasado desde que bajaron a la cripta, donde todo parecía suspendido en el tiempo. Mientras intentaba mantener la cabeza serena pensó que igual podía ser un minuto que media hora, pues jamás había experimentado la sensación de que un reloj hecho de siglos acompasara el latir de su corazón. Una vida inesperadamente adulta, en armonía con aquel lugar, se apropiaba de la que había tenido hasta entonces. Y se estremeció de orgullo y pavor al comprender que, en la singular geometría de sus dieciséis años, el viaje de iniciación que Telémaco había emprendido en un lugar del Mediterráneo conducía al extremo opuesto del viejo mar, y que todo se había hecho conforme a las reglas.

Miró las estatuas yacentes de las tumbas adosadas al muro. Todas vestían armaduras o cotas de malla. Los golpes, propinados con visible saña, habían vuelto informes sus facciones, pero aún era posible distinguir detalles: un yelmo sobre un rostro irreconocible, un guantelete en torno a la empuñadura de una espada, pliegues de sobrevestes, borceguíes con espuelas e incluso un perro postrado a los pies. La luz que entraba por las saeteras lo envolvía todo en una claridad dorada, polvo en suspensión que tornaba aún más enigmáticos los rostros desaparecidos y confería serenidad, incluso nobleza, a la piedra y el mármol torturados.

—¿Por qué hay una tumba vacía? —se intrigó Cal.

—Espera a que alguien la ocupe.

—¿Y quiénes son esos cuatro?

—Amigos míos.

Lerrant estaba en el centro de la cripta, junto al atril. Hablaba seco, fatigado. Nunca lo había oído Cal hablar así antes.

—Se llamaron en vida Hugo de Montbard, Lorenzo de Loarre, Reinaldo la Grave y Guido Buscarel.

—¿Eran cruzados?

—Caballeros hospitalarios. Luchamos juntos en los Cuernos de Hattin... De los pocos que logramos escapar de allí. Dos murieron de sus heridas, otro de una epidemia de peste, el último en la defensa de Tiro frente a Saladino.

Cal escuchaba muy quieto, mirando los rostros sin rostro, resultado de un vandalismo paciente, ejecutado con rabia fría. No hay otro dios que Dios, recordó. Imaginaba a los musulmanes entrando vencedores en la ciudad, los martillos golpeando la piedra y el mármol. Aún parecían oírse siglos después, como si el sonido siguiera impreso en los muros.

—A menudo no basta con que mueran los hombres, o matarlos —dijo Lerrant—. Hay que romper cuanto atestigüe que existieron.

Lo dijo sombrío, tras una lenta mirada circular que acabó por detenerse de nuevo en el muchacho.

—Mientras alguien pronuncie sus nombres —añadió— estos cuatro no estarán del todo muertos, ni vencidos.

—No me rayes... ¿De verdad los recuerdas?

—Naturalmente —señaló Lerrant una de las estatuas—. Lorenzo de Loarre, español como tú. De la corona de Aragón.

Contemplaba Cal la efigie destruida: sus facciones habían sido destrozadas y sólo quedaba un fragmento de barba y parte del casco.

—¿Y cómo sabes que es él?

La sonrisa inacabada rozó la boca de Lerrant.

—Nunca se quitaba el yelmo ni para dormir. Decía que de ese modo la muerte lo reconocería si llegaba de noche... Siempre estaba preparado para el final, pero éste se le adelantó en Hattin.

Reaccionó Cal por fin. Recorría la cripta mirando los sarcófagos. Cada paso y cada palabra parecían traicionar el silencio, pero su curiosidad se sobreponía a todo. Se detuvo ante otra tumba.

—¿Cómo te llamabas tú?

—Arnaud le Pèlerin.

Apoyó el muchacho una mano en el mármol rugoso y roto.

—¿Y éste?

—Hermano Montbard —señalaba Lerrant las manos mutiladas, entre las que se adivinaban restos esculpidos de un rosario—. Todavía reza mal. Siempre lo hizo.

—¿Y aquel otro?

—La Grave... Lo trajimos malherido desde Hattin. Quería morir en tierra sagrada. Cantaba canciones obscenas antes de entrar en combate; y luego, tras confesarse, ayunaba como penitencia durante días.

Llegó Cal ante la estatua que tenía un perro destrozado a los pies. El torso estaba cruzado por una grieta, como si hubieran querido arrancar un corazón de piedra. No tenía cabeza, el brazo derecho había desaparecido y la mano izquierda se apoyaba en los restos de una espada.

—Buscarel era lombardo... Y zurdo. A veces empezaba peleando con la derecha para confundir al enemigo. Murió en las murallas durante el último gran asedio.

—¿Lo viste morir?

—Para entonces yo estaba en San Juan de Acre.

Se quedó callado el muchacho, imaginando.

—Hablas de todo sin pasión —dijo al cabo.

—Puede ser.

—¿Es que nunca lamentas, ni odias?

—Ni la tristeza ni el odio sobreviven mucho tiempo... Se cansan antes que uno mismo.

Le daba vueltas a Cal la cabeza. La gente que hablaba así solía intentar venderle cursos, o sectas, o cosas. Pero Lerrant no vendía nada. Ni siquiera, en ningún momento, se había esforzado en convencerlo.

—Joder —murmuró.

Experimentaba una angustia nueva, inexplicable, semejante al vértigo. No era a causa de la cripta y sus guerreros muertos, sino por estar con alguien que mencionaba las Cruzadas como si hubieran sido el día anterior, y por creer al fin, contra toda lógica, lo que éste decía. Alguien que hablaba sin exagerar ni dramatizar, con una fría memoria. Que pronunciaba nombres que el resto de la humanidad —si es que él aún pertenecía realmente a la humanidad— había olvidado.

Fue a sentarse en el suelo, apoyada la espalda en la pared fría. No había en esa cripta heroísmo ni gloria, comprendió; sólo siglos rotos a martillazos y un hombre que recordaba a otros hombres. Quería preguntar si alguno había sido cruel o compasivo, si todos fueron buenos o malos, pero no se atrevió. Cualquier respuesta importaba menos que otra pregunta: ¿qué iba a hacer él desde ese día con todo aquello?... Ahora era parte de algo que no había pedido ser.

Logró por fin encontrar unas palabras.

—No comprendo cómo puedes seguir tal cual, después de ver tanto.

Lerrant contemplaba las estatuas desfiguradas.

—Nadie me dio a elegir —respondió—. Y a todo te acostumbras.

—¿Qué hago aquí?... Podías haber venido solo, como otras veces.

Se le desvanecía cualquier duda. Por fin creía absolutamente en todo: el judío que no podía morir, la maldición de Cristo, el caminar durante siglos, la colina de las almas errantes... Pensó en su madre, en el mar que había recorrido de un extremo a otro. Lerrant lo miró durante un largo rato y advirtió que el muchacho había cruzado su propia línea de sombra.

—Te engendraron para que supieras, y ahora sabes.

Tragó saliva Cal. No deseaba esa herencia, pero ya nunca iba a librarse de ella.

—Te he visto desafiar a Dios y a los dioses —casi era una protesta—. No parece que busques su perdón.

Asintió Lerrant, objetivo.

—Tienes razón, no lo busco.

—¿De verdad te maldijo Jesús?

—Pasarás sed hasta el final de los días... Eso fue lo que dijo.

—¿Y después?

—Mi vida se rompió en dos: una parte siguió adelante y otra se detuvo. A mi alrededor la gente envejecía, pero yo no. Cambiaba de lugar, de oficio, de nombre; y cada vez, alguien o algo me empujaba.

Lo analizó Cal seriamente. Intentaba abrirse paso entre una maraña de nuevas sensaciones; de trampas que eran tan absurdas como lógicas, según las considerase.

—Más que no morir —dijo—, puede que tu castigo sea seguir estando cuando lo que amas ya no está.

Un destello cálido humanizó los iris opacos de Lerrant.

—Me sigue gustando tu cabeza, compañero. Tienes cosas que otros no tienen.

—Pues no sé si son buenas o malas, pero algunas me las has metido tú.

—No... Eres tú quien vino a buscarlas.

—¿De verdad nunca encuentras descanso?

—Hay momentos: cuando el mar está en calma, cuando alguien me llama por un nombre que no inquieta... Momentos en los que olvido recordar.

Cal comprendía más de lo que deseaba comprender.

—Y mi madre fue uno de esos momentos —concluyó.

—El mejor de todos. La más hermosa vida, o el mayor consuelo, que he tenido desde aquel día en Jerusalén.

—¿Estás seguro?... Puede que hayas olvidado a otras como ella.

—No seas idiota. Tú estás aquí.

—Puede que también hayas olvidado a otros como yo.

Seguía Lerrant de pie junto al atril del libro aún cerrado. Parecía demorar los últimos momentos de una existencia antes de empezar otra. Por un brevísimo instante a Cal le pareció indeciso, casi frágil.

—¿Duele vivir así? ¿No poder quedarte, no poder... —vaciló— morirte?

—Ya no duele —la voz parecía llegar desde muy lejos—. Sólo cansa.

Se abrazaba el muchacho las rodillas. Tenía frío. Su espalda contra el muro estaba apoyada en demasiados inviernos sombríos.

—¿Por qué yo?

Más que una pregunta era una protesta. Y vio a Lerrant encogerse de hombros.

—Oh, vamos. Creía que eras un chico inteligente.

Dudó Cal un momento.

—¿Mi madre?

—Pues claro... Te lo he dicho antes. Ella te creó para esto.

Cuando Lerrant abrió el libro, Cal se puso de pie y fue a mirar. Las páginas no eran de papel sino de una piel muy fina, pergamino que amarilleaba en los bordes. En la última, escrita hasta la mitad, había una relación de nombres y fechas que, comprobó, correspondían a períodos exactos de diecinueve años: 2006, 1987, 1968, 1949... Junto a cada fecha figuraban dos nombres: uno era distinto cada vez —*Ivo Putnik, Ever Nod, Pierre Mateyel...*— y otro siempre el mismo, a manera de firma. El trazo había ido evolucionando con el paso del tiempo, aunque todavía podía identificarse con claridad: *Ashverus ben Uriel*.

—Hostia, hostia —murmuró estupefacto—. Esto no puede estar pasando.

Con naturalidad, Lerrant tomó la pluma de ave que estaba en el atril —no parecía vieja, sino recién cortada— y la mojó en el recipiente de tinta negra y fluida.

—Eso no es antiguo —comentó el muchacho.

—Lo disponen cada vez que se acerca el momento.

—¿Y cómo saben que vendrás?

—Lo saben.

Después escribió en el pergamino *2025 / Asier Lerrant / Ashverus ben Uriel* y rubricó mediante un trazo recto y firme.

—Ya está —dijo.

Permanecía inmóvil, mirando la relación de fechas y nombres mientras Cal lo observaba a él: su perfil impassible, indiferente, inclinado sobre el libro.

—¿Puedo verlo? —inquirió el muchacho.

—Claro.

Pasó Cal las páginas: *1911... 1873... 1778... 1664...* Setenta y cinco anotaciones en total, con la última. Las contó una por una. Al comprobarlo sintió tal vértigo que tuvo que apartar la vista. Esta vez le flaqueaban las rodillas. Advirtió que Lerrant lo miraba.

—¿Cómo eres capaz de llevar la cuenta cuando no estás delante de este libro?

—La he perdido muchas veces... La recupero y la vuelvo a perder. A veces apunto cosas, marco paredes o consulto calendarios. Luego, un día, parte de eso se borra o trastoca. Olvido lo que he estado recordando, o lo confundo con los sueños. Otras veces surgen recuerdos que ignoro que tenía.

—Siglos...

—Sí. He visto cambiar la forma de las costas, he visto puertos y ciudades nacer y morir como nacen y mueren los hombres. Conozco idiomas que ya no se hablan. Sé leer lenguas extrañas y he aprendido a esquivar el mundo de hoy. A ignorar pantallas.

—¿Y por qué vas en un velero?

—No siempre es así. Pero de una u otra forma, el mar no hace preguntas.

—¿Mi madre sabía todo eso?

—Lo supo muy pronto.

—¿Y te creyó?

—Más fácilmente que tú.

Se conmovió Cal. Le dolían el pecho y los ojos. Odió la emoción que le hacía bajar la guardia hasta dejarlo indefenso, pero no había vuelta atrás.

—Cuando ella decidió tenerme, ¿ya se lo habías contado?

—Sí.

—¿Me tuvo sabiendo que tarde o temprano te irías?

—Precisamente por eso.

—Flipo, en serio... Es como si alguien, desde algún lugar, lo hubiera organizado todo. Esa maldita geometría de la que hablas.

Se detuvo a pensarlo un poco más.

—¿Dios? —concluyó—. Todavía no sé si crees en él.

—Tuve tiempo para creer en algunas cosas y dejar de creer en otras. Pero hay una cuenta pendiente conmigo, de alguien o de algo, en alguna parte.

—Así que de verdad eres quien dices ser.

Lo miró Lerrant con calma mientras cerraba el libro. Después dispuso la pluma junto al tintero y dirigió una ojeada en torno, como para comprobar que todo estaría en orden durante los próximos diecinueve años.

—¿Qué es la verdad para ti? —dijo.

—Pues que te creo, pero no como se cree cualquier historia... Es porque ya no puedo no hacerlo, ¿entiendes?... Es todo muy cringe. Te creo como se cree en una herida cuando la tocas y duele.

—Siento dejarte una carga que no elegiste.

A Cal lo incomodó el tono: seguía hablándole como a un crío.

—La elegí yo. Fui a aquel puto puerto y subí a tu puto barco.

En ese momento algo estalló dentro de él: un sentimiento contenido por un muro de ira que de pronto se desmoronaba. Y llegó hasta sus ojos en forma de lágrimas.

—Esto es una mierda —sollozó.

—No —dijo Lerrant suavemente—. Sólo eres un hombre joven con demasiadas cosas dentro y pocas palabras para ellas.

—¿Es una absolución lo que me das? ¿Como hacen los curas?

Sintió una mano en el hombro y no le molestó el contacto. Al contrario, lo confortaba. Se pasó el dorso de los dedos por los ojos.

—Vámonos de aquí, Kowalski... Lo que ahora necesitas es luz.

Subieron por la escalera de caracol hasta el altar y la nave de la iglesia. El monje aguardaba paciente, sentado en un banco. Sobre las rodillas tenía una pequeña bolsa de lona. Lerrant se detuvo ante él, llevó una mano a un bolsillo trasero del pantalón y sacó un pasaporte. Sin mirarlo se lo entregó al monje, y éste le dio la bolsa. Cal vio que la abría y la llevaba hasta el haz luminoso de una saetera para comprobar el interior. Después se encaminó a la salida.

—*Gratias tibi, pater* —dijo.

—*Dominus te benedicat et misereatur tui* —respondió el monje.

Cenaron a última hora de la tarde, hummus y shawarma en un pequeño y destartado restaurante próximo a la iglesia. Cal bebió naranjada y Lerrant, agua y un café casi tan espeso como el barro. Aún quedaba luz. Habían comprado agua y provisiones, que estaban a sus pies en grandes bolsas de plástico. El local se abría a una calle por la que pasaba poca gente. Frente a ellos, un hojalatero sentado ante su tienda martilleaba el metal.

Señaló el muchacho la bolsa de lona que Lerrant llevaba cruzada al pecho.

—¿Qué hay dentro?

El patrón del velero encendía un cigarrillo.

—Un pasaporte, instrucciones y dinero.

—Ya tienes dinero en el barco.

—Nunca está de sobra. Y la mitad de lo que hay allí es tuyo.

—¿El pasaporte es para una nueva vida?... ¿Todo queda borrado, sin más?

La respuesta llegó envuelta en humo.

—Todo menos tú.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Te llevaré a donde puedas coger un avión con sólo tu documento de identidad... Larnaca, en Chipre, está a un día de navegación. Es hora de que vuelvas a casa.

—No sé cuál es mi casa ahora.

Hizo Lerrant un ademán indiferente y no dijo nada. Sintió Cal que de nuevo le ardían los ojos. Se odió por ello y quiso disimular, fanfarrón.

—Puedo seguirte el rastro —dijo—. Ahora hay Internet.

—Eso le daría emoción, ¿no?... Jugar al gato y el ratón.

Indicó Cal otra vez la bolsa.

—¿Quién eres ahora?

—Da igual quién sea.

—¿Conservarás el *Nostos*?... ¿Piensas cambiarle el nombre?

Fumaba Lerrant sin responder a eso. Pensó Cal en el modo en que lo había visto cazar escotas con destreza de marino curtido, el modo

en que al ver la tierra firme desde el barco se quedaba en silencio, observándola como si prefiriera mantenerse lejos de ella.

—Debe de ser triste ver tantas cosas que acaban.

—También lo es ver muchas de las que comienzan.

—¿Te has encontrado con gente que podía reconocerte?

—En alguna ocasión... Pero siempre tuve suerte en eso.

—¿Y qué haces cuando te pasa?

—Me voy a otro lugar.

—Cada vez lo tendrás más difícil: ahora hay identidades digitales, biometría, sistemas de reconocimiento facial, trillones de cámaras en aeropuertos y edificios... Pronto no harás nada sin una tarjeta de crédito o un teléfono móvil.

—Puedo arreglármelas.

—¿Una vida secreta en un mundo que ya no permite olvidar? —ironizó Cal—. ¿Donde el anonimato y la privacidad están prohibidos?

Despuntó la media sonrisa a modo de respuesta y no hubo más. Contemplaba Lerrant la calle con la mirada distraída de quien no sólo ve, sino que recuerda. Estudió el muchacho por enésima vez sus facciones como si buscara descubrir un truco de maquillaje; pero no había truco: sólo arrugas mínimas en la piel curtida, viejas marcas en la mandíbula y la frente.

—¿Qué miras? —preguntó Lerrant.

—Tus cicatrices y tatuajes casi borrados... Es como si tu cuerpo contara muchas historias.

Lerrant atendía en silencio. Sonaba al otro lado de la calle el martillar metálico del hojalatero.

—Escuchaba de noche tus pasos en la cubierta —insistió Cal—. Te oí murmurar nombres y palabras en lenguas que no conozco, cuando dormías.

—¿Sobre qué?

La colina de las almas errantes, precisó el muchacho. Le adivinaba pesadillas con eso. Lo había visto reaccionar a ciertas cosas: el sonido de campanas, por ejemplo, o el chirriar del acero. Y a ciertos olores: vino, madera húmeda, hierro. Su respiración cambiaba un poco. Podía pasarse horas mojado con viento y frío, sin temblar.

—Además, está esa manera tuya de mirar el mar y el cielo como si leyeras en ellos.

Escuchaba Lerrant sin objetar nada. Así que, envalentonado, Cal se animó a seguir. También lo había visto, añadió, echar el ancla sin comprobar la profundidad, seguir rumbos sin cartas ni compás, caminar por calles cuyos nombres no miraba, dudar en ciertos lugares porque no eran como los recordaba.

—A bordo del *Sigríð*, cuando estábamos fondeados en Kasos, sonó una canción y la canturreaste sin darte cuenta, pero no esa versión sino otra lenta, más antigua. Ya nadie la canta así; una de las noruegas te lo dijo.

Lerrant parecía de veras sorprendido.

—¿En todo eso te fijabas?

—Y en más cosas, aunque me negaba a interpretarlas. Eran piezas sueltas que mis ojos vieron antes que mi cabeza. Como si dijeran: esto existe, a pesar de que no sepas dónde ponerlo.

Bebió el último sorbo de naranjada y se echó atrás en la silla, mirando al hombre que martilleaba la hojalata.

—No puedo seguir negando lo que veo.

Lerrant aplastaba despacio el cigarrillo en el plato del café. La última bocanada de humo le cubrió los ojos.

—¿Y cuál es tu balance final?

Suspiró Cal alzando las palmas de las manos. Mostraba en ellas algo imposible de materializar.

—No me arrepiento de encontrar tu foto en el móvil de mi madre, ni de haber ido en tu busca. Tampoco de aprender cosas que no sabía que existieran. Ahora se hace rara la idea de no verte más... ¿Cómo debo entender eso?

Dejó Lerrant un billete arrugado en la mesa y se puso en pie.

—Tu *Telémakhos* será un videojuego espléndido —se limitó a decir.

Chascó la lengua Cal, asombrado de sí mismo: se sentía a la vez malhumorado y feliz.

—Paso... Te juro que en este momento *Telémakhos* me importa un carajo.

El sol estaba muy bajo y las sombras de los edificios se alargaban en las calles cuando se dirigieron al puerto cargados con las bolsas de provisiones. Las piedras de los edificios antiguos adquirirían color de miel y los cristales en los balcones, entre macetas y ropa tendida, reflejaban una luz horizontal cada vez más dorada y espesa.

—Saldremos por la mañana después de cargar gasóleo y agua — dijo Lerrant.

El *Nostos* estaba amarrado en la dársena de levante, y allí se dirigieron, cruzando el varadero bajo una grúa que se alzaba iluminada por el último rayo de sol. Un poco más allá, junto al muelle, tres barcos pesqueros se disponían para salir a faenar, con sus tripulantes alistando los aparejos en cubierta. Olía a restos de pescado, salitre y agua sucia con despojos flotantes de madera y plástico.

Caminaba Cal confuso, intentando encajar lo visto y oído en las últimas horas. A cada momento se volvía hacia el patrón del velero para pedir más explicaciones, o al menos más palabras; pero éste se mantenía callado, casi huraño, sumido en pensamientos que el muchacho no podía penetrar.

Parecía un sueño, decidió: quizá bueno, quizá malo, tal vez ambas cosas. Era incapaz de establecer si podía considerarlo una pesadilla, pero discurría por un paisaje de certezas mezcladas con incertidumbres y preguntas sin respuesta. Un lugar semejante a los espacios en blanco, la *terra incognita* sin explorar que figuraba en los mapas antiguos.

Podría ser, pensó mientras caminaba con una bolsa en cada mano, que esos días, el mar, el viaje, no fueran sino el capricho de dioses aburridos que, para matar el tedio, se entretuviesen con el mundo como tablero y los hombres como piezas; y que al acabar la partida todo se desvaneciera como si no hubiera existido jamás. Podría ser que las últimas semanas sólo hubiesen sido un vaivén sobre escaques blancos y negros, un videojuego que su imaginación hubiera desarrollado desde el punto de partida al de llegada. Podría ser que el Mediterráneo, el *Nostos*, Lerrant, él mismo caminando por el puerto de Tiro, fueran jugadas de ese ajedrez; y que, aunque se

creyese allí, en realidad aún durmiera en casa de sus abuelos tras encontrar, entre los recuerdos de su madre, un viejo teléfono móvil con la batería descargada. Y podría ser —la idea le pareció tan asombrosa que se detuvo con la boca abierta, mirando el vacío— que cuando creemos vivir despiertos estemos soñando, y que mientras dormimos nos movamos en la verdadera vida. Todo era así más fácil de asumir: le ocurría a él soñándose Telémaco y al patrón del velero cuando murmuraba palabras incomprensibles mientras empujaba, ladera arriba, la piedra que nunca conseguía llevar a la cima.

—Creo que sé lo que de verdad nos pasa —balbució, asombrado por su descubrimiento.

Lerrant también se había detenido, aunque no le prestaba atención. Se mantenía tenso y quieto mirando el muelle, donde cuatro hombres los esperaban junto al barco: Elliot Taplow, Kingpin, Slender Man y el capitán Fouad.

XVI. La colina

*Ahora vas por un camino oscuro,
hacia un lugar del que nadie
regresa.*

CATULO

—Hay unas cuantas explicaciones que dar, ¿no creéis?

Taplow no parecía excesivamente furioso, pensó Cal. Estaba cansado y de mal humor —cinco horas en coche desde el piojoso aeropuerto del piojoso Beirut, había dicho con aspereza a modo de saludo—, y a su habitual poca higiene física se añadían el desaliño del viaje, el desordenado pelo pajizo y cercos de insomnio bajo los ojos color de ostra. Pero más que ira traslucía una resignación fatigada, quizá con un punto de curiosidad técnica. Sin duda, concluyó, ya se le habían torcido los negocios otras veces antes de ésa. Tenía costumbre.

—Explícame la jugada —insistió—. Porque no la entiendo.

Lerrant permanecía impasible. De vez en cuando dirigía miradas de soslayo a los sicarios del inglés, uno a cada lado. El capitán Fouad estaba un poco más lejos, manteniéndose aparte cual si sólo estuviera de paso por allí.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —preguntó Lerrant.

Era la primera vez que abría la boca. Taplow torció la suya en una mueca rencorosa y triunfal.

—El AIS de tu barco, hombre. Lo encendías de vez en cuando, y eso nos permitió establecer tu ruta. Un error increíble, tratándose de ti.

Lerrant miró brevemente a Cal, que se sintió enrojecer. Taplow se hurgaba la nariz. Seguía oliendo a sudor viejo.

—Entréganos el retablo y resolvamos esto... Por supuesto, no vas a cobrar ni un céntimo: también queremos el dinero que Mariagrazia te adelantó en Cagliari.

Lerrant se dirigió al capitán Fouad.

—Creí que teníamos un acuerdo.

Hizo el libanés un ademán evasivo.

—Han cambiado las circunstancias —repuso.

—Lo que quiere decir —intervino Taplow— es que en la subasta de lealtades locales hemos superado tu puja.

Se palpaba un bolsillo de la arrugada chaqueta y Lerrant asintió despacio, comprensivo.

—Ya veo.

El capitán Fouad se rascó el bigote con visible incomodidad. De vez en cuando dirigía a Lerrant miradas conciliadoras, como pidiendo que comprendiera su situación. Al cabo emitió un suspiro neutral.

—Es un asunto de ustedes, entre extranjeros... Les doy dos horas para resolverlo. Después quiero que desaparezcan todos de aquí. Si no lo hacen, tendrá que intervenir la autoridad. Y en este lugar, la autoridad soy yo.

—No debería meternos prisa —protestó Taplow—. Hemos pagado bien.

Le dirigió el libanés un vistazo algo sobreactuado de dignidad oficial.

—Su dinero sólo compra dos horas en Tiro... Aprovéchenlas.

Cuando Fouad desapareció, Lerrant miró a Taplow y luego a los dos sicarios. Observó Cal que al irse el libanés se habían adelantado un poco, acercándose Kingpin por la izquierda y Slender Man por la derecha. Todavía no se mostraban amenazadores, pero sí hostiles. A la espera de una orden.

—Estuvimos en El Pireo, Lerrant. Pero ni asomaste por allí.

—Hubo un problema.

—Seguro que lo hubo —señaló Taplow a los suyos—. Y por eso estoy aquí en compañía de estos amigos. Para que me lo cuentes

despacio —ahora miraba a Cal—. En cuanto a este elemento, quisiera...

—Él no tiene nada que ver.

Taplow miró detenidamente a uno y otro; parecía sorprendido. Cruzaba los brazos pinzándose con dos dedos el labio inferior.

—No sé qué maldita mierda de Cristo pinta el chaval en esto, como no lo he sabido nunca... Quizá ahora te van los culitos tiernos, marinero. Pero está metido hasta el cuello, como tú.

—Te he dicho que es ajeno a todo.

—Tiré el retablo al mar —dijo Cal.

Siguió un silencio tan espeso como las sombras que reptaban por el muelle. En la claridad crepuscular, que viraba del cárdeno al gris, la cara de Taplow estaba desencajada por la sorpresa. Miró a sus hombres como para comprobar si habían oído lo mismo que él, y luego se detuvo de nuevo en Cal.

—¿Que tiraste qué, has dicho?

—El retablo. Al mar.

—Me cago en mi puta sangre.

—Miente —intervino Lerrant—. Se perdió, eso es todo.

El inglés se pasó una mano por la cara como si aún no consiguiera despejarse las ideas. Después la agitó en el aire.

—A ver, dejadme comprender la maldita cosa... ¿Habéis dicho en serio que el retablo ya no está en el barco? ¿Que se perdió o lo tirasteis al mar?

—Lo tiré yo —afirmó Cal—. Y no miento.

—A ver, criatura, a ver —las pupilas del inglés, rodeadas de gris acuoso y sucio, parecían dos puntas de acero—. ¿Por qué lo tiraste?

—Porque estaba furioso.

Taplow seguía intentando sobreponerse a su estupor.

—Oye, hijo... Venga... Ayúdame a entenderlo mejor, que el viaje me ha dejado un poquito aturdido... ¿Estás diciendo que, porque estabas furioso, tiraste al mar un retablo del siglo quince?

—Eso he dicho.

—¿Un retablo por cuyo transporte cobró tu amigo Lerrant, aquí presente, un adelanto de ocho mil dólares?

—Sí.

—Anda la hostia.

Había dejado Taplow de mirar a Cal. Ahora, desconcertado, se volvía hacia Lerrant en demanda de explicaciones. El tono rojizo de su rostro se había vuelto naranja pálido.

—¿Me estáis tomando el pelo, o qué?

—O qué —dijo Lerrant.

Volvió el inglés bruscamente la espalda y dio unos pasos cortos en círculo, como para desahogarse, antes de regresar al mismo sitio.

—Recapitulemos —dijo, y era evidente que se esforzaba en mantener la calma.

Hizo Lerrant un ademán indiferente.

—Poco más hay que decir. El retablo se perdió, y eso es todo.

Taplow intercambió un vistazo escéptico con sus hombres: Kingpin sonreía con fiereza y Slender Man miraba a Lerrant con curiosidad homicida.

—¿Todo?

—Eso he dicho.

—Pues no me lo creo, oye. Ni una palabra.

—A veces las cosas se pierden... Ya conoces el refrán: unas veces se pierde y otras se deja de ganar.

—No conocía ese puto refrán.

—Pues ahora lo conoces.

—¿Me estás vacilando?... Eso no podía perderse. Vale un dineral.

—Pues ocurrió —señaló el *Nostos*, al extremo del muelle—. Puedes buscar en el barco: no está allí.

Taplow se había vuelto de nuevo hacia Cal, inquisitivo y siniestro.

—Ya vale de bromas, hijo... ¿Ese disparate es verdad?

—Es posible que el chico lo hiciera —dijo Lerrant—. Los jóvenes son impulsivos, ya sabes... Hasta tú debiste de ser joven alguna vez, aunque eso parezca raro.

—¿Impulsivo, dices?

Seguía Taplow mirando a Cal, pero éste se mantuvo firme, sosteniéndole la mirada. Cruzadas las manos a la espalda para que no se las vieran temblar.

—Lo tiré yo al mar, hace días —insistió—. Discutimos y lo hice. Por eso no fuimos a El Pireo.

—¿Y tu amigo no te arrancó la cabeza?

—Me pegó.

—Ah, fíjate... ¿Eso es todo?

—Sí.

Masticaba Taplow su estupor.

—¿Sólo te dio unos azotitos, por travieso?

—Me pegó de verdad.

Taplow exhaló un suspiro prolongado que pareció vaciar sus pulmones. Se quedó un momento contemplando el puerto y los barcos, extrajo del bolsillo un pañuelo de papel y se sonó con estrépito. Al hacerlo se le había entreabierto la chaqueta, mostrando, asomada al cinturón, la culata de una pistola.

—Al barco, ya mismo. Ahora, o sea... Antes de que me volváis majara, quiero registrar el barco.

—Me cago en mi puta madre y en las vuestras.

Taplow, pensó Cal, sudaba como un cerdo. Cuando subió a la cubierta, su ajada chaqueta de lino beige estaba manchada de humedad bajo las axilas y en la espalda. Había revuelto el interior del barco de proa a popa, camarote por camarote. Los pañoles se encontraban abiertos, las planchas de suelo levantadas y los cojines y colchonetas tirados por todas partes. Hasta el dinero de Cagliari se veía sobre la colchoneta de un camarote.

—Aquí no hay más puta madre que la suya —dijo Cal.

Se detuvo el inglés a pasarse una mano por el rostro congestionado. Luego dirigió una ojeada siniestra a Lerrant, que fumaba sentado junto a la bitácora, con Kingpin vigilándolo de cerca. El otro sicario, Slender Man, no le quitaba ojo al muchacho.

—Además nos ha salido chulo, tu amiguito.

—Déjalo en paz —dijo Lerrant—. Ya nada tiene arreglo.

—No pienso dejaros en paz ni a él ni a ti. No voy a... Maldita sea. No sé lo que voy a nada. Esto no me lo esperaba.

Se detuvo indeciso, apoyado en el tambucho. La última claridad del día le marcaba arrugas grises, como si hubiera envejecido de

golpe. Al fin se echó atrás una manga de la chaqueta y miró el reloj.

—Según ese capitán Fouad nos queda menos de una hora... Habrá que darse prisa.

Señaló a Cal mientras hacía un gesto imperativo a Slender Man.

—De momento vamos a daros una paliza como Dios manda, empezando por el chaval... A lo mejor eso le hace contarme algo que no me hayáis contado.

Miró el muchacho al patrón del velero, que seguía sentado sin alterarse, fumando como si nada de aquello le concerniera. Taplow se dirigió a él.

—Nunca me caíste bien, Lerrant... Ni a estos dos amigos tampoco. A Mariagrazia le gustas algo más, pero no está aquí con sus caramelitos de violeta. Dejé el asunto en mis manos.

Slender Man se había puesto en pie, amenazador. Su alta silueta se cernía sobre Cal, en quien clavaba unos ojos pequeños y fríos similares a los de una serpiente. Mientras tanto, el inglés se sacó la pistola del cinturón para contemplarla con curiosidad, como si hasta ese momento no hubiera recordado que la llevaba encima y no supiera qué hacer con ella. Parecía un arma ligera, de pequeño calibre. La puso a su lado, en la bandeja de teca que estaba junto al tambucho.

—Insisto en que me caes como una patada en los huevos, Lerrant, pero ten claro que esto no es nada personal. Colócate en mi lugar. Tengo que responder ante esa zorra italiana, porque yo te recomendé. ¿Lo pillas?... Algo tengo que hacer para justificar toda esta mierda en la que me has metido... ¿Verdad que lo comprendes?

—Lo comprendo —repuso ecuánime Lerrant.

Tras hurgarse en un bolsillo casi con desgana, Taplow había sacado un teléfono móvil y lo manipulaba concentrado en él, dándole con el dedo índice.

—Me alegra que lo comprendas, porque vamos a darle la paliza al chico y luego otra a ti... Lo grabo y se lo mando a Mariagrazia por WhatsApp. Que al menos vea que lo tomamos en serio.

Lerrant dio una última chupada al cigarrillo y lo arrojó al agua. De repente había en él una dureza casi mineral, menos relacionada con

el presente que con el pasado. Una especie de crueldad cósmica, objetiva y fatigada.

—No —dijo.

La sorpresa de Taplow era genuina. Levantó la vista del teléfono.

—¿Cómo que no?

—Que así no vais a conseguir nada —respondió Lerrant con mucha calma.

—Conque no, ¿eh?

—Ya te digo.

—Coño, algo tendré que hacer. ¿No crees?

Se quedó reflexionando el inglés, fruncido el pajizo entrecejo.

—Pues igual te damos primero la paliza a ti —murmuró—. A ver, déjame pensar.

Observaba la pistola y el teléfono, irresoluto. Al cabo, hizo un gesto de resignación.

—Oye, no, ya lo he pensado... Mejor primero al chico. Y luego nos ocupamos de ti. Lo iremos viendo —contempló el muelle alrededor y se dirigió a Slender Man—. Abajo será más discreto.

Con una mano descarnada que recordaba la garra de una rapaz, el sicario agarró a Cal por el cuello del polo y lo llevó hacia el tambucho. Antes de bajar, el muchacho miró angustiado a Lerrant, pero éste permanecía inmóvil. Ni siquiera se alteraba su expresión. Junto a él, Kingpin había sacado una navaja automática, de las que se abrían con un botón y un chasquido, y lo vigilaba huraño.

—Quítate las gafas, chico —le dijo Taplow a Cal—. Tampoco es cosa de que te quedes ciego por un cristal roto.

Obedeció el muchacho. Después, empujado por la escala, cayó con estrépito en la camareta, sobre los paneles removidos y desordenados del suelo. Se hizo daño en una rodilla y un codo. Slender Man bajó detrás agachándose. Casi tocaba el techo con la cabeza.

—Ya hay poca luz —dijo Taplow desde arriba, dispuesto a grabar—, pero este es un teléfono cojonudo... Valdrá con la que tenemos.

El sicario se acercó más a Cal: alto y delgado, siniestro como el secuestrador de niños de los videojuegos, la nuez subía y bajaba en el cuello extremadamente largo. Su primer golpe, lanzado sin

aparente esfuerzo, alcanzó al muchacho en el estómago, cerca del hígado, haciéndolo encogerse de dolor. El segundo fue en la cara y lo impulsó hacia atrás, contra la escala del tambucho. Dio Cal en los peldaños y un estallido de colores y sombras le nubló la vista; su cuerpo flotaba mientras la cabeza parecía separarse de él. El dolor vino en seguida, muy intenso de la nuca a la cintura, igual que si algo se hubiera roto en su columna vertebral. Tanteando con torpeza, alargó una mano para sostenerse y tocó el cuchillo que estaba trincado bajo el tambucho.

En sólo un par de segundos, aceleradamente, infinidad de meses y años de videojuegos acudieron a su cabeza adiestrada. Ya había estado allí millones de veces, enfrentado a ejércitos de seres hostiles de todas clases, a villanos peligrosos e implacables, a servidores monstruosos de éstos y a las innumerables trampas que los mundos oscuros, las mazmorras secretas y los laberintos iniciáticos habían ido interponiendo en su camino. Había derrotado al Kraken y a Némesis, burlado a Vaas Montenegro, sobrevivido a Kefka Palazzo, vencido en todas las entregas y fases de *Call of Duty*, navegado con Lerrant de punta a punta del Mediterráneo. Era un guerrero, no una víctima, y estaba entrenado en los reflejos instintivos y la rapidez; así que agarró el cuchillo. Ni siquiera necesitaba pensar.

El primer tajo lo dio con un golpe oblicuo, de izquierda a derecha, que cruzó con una línea sangrienta en diagonal el rostro de Slender Man. Para su sorpresa, el sicario, que alzaba una mano cerrada en puño para golpear de nuevo, se quedó con el brazo en alto y la boca muy abierta por el asombro, como si emitiera una protesta repentina y muda. Después bajó la mano con urgencia para palparse la cara, en repentino gesto de incredulidad, mientras la nuez, angustiada, subía y bajaba con rapidez en el largo cuello. Y esa nuez estaba arriba, cerca de la mandíbula, cuando justo por debajo Cal aplicó el segundo tajo, esta vez horizontal y de derecha a izquierda, y el cuello y la cara de Slender Man se volvieron de pronto muy pálidos mientras se llevaba las dos manos a la garganta queriendo taponar la abertura por la que escapaban, al mismo tiempo, un chorro de sangre y un sonido gutural que la hacía burbujear como pompas de jabón.

Resonó una exclamación de horror arriba, en el tambucho, y al levantar la vista vio Cal que a Taplow se le había caído el teléfono de las manos y se afanaba en empuñar la pistola, indeciso sobre a dónde apuntar, pues miraba alternativamente hacia abajo y también hacia algo que ocurría a su espalda, en cubierta, donde de pronto sonaban rumor de pelea, gemidos y golpes, seguidos del chapoteo de algo o alguien cayendo al agua. Como si aquel ruido decidiera al inglés, alzó éste el arma en dirección a la cubierta y disparó dos veces.

El estruendo ensordeció a Cal y el olor a pólvora llenaba sus pulmones mientras, ágil como un gamo, subía por la escala con el cuchillo en la mano. Estaba a punto de llegar hasta Taplow, muy cerca de conseguirlo, cuando éste volvió la pistola hacia él y le disparó precipitadamente a quemarropa. El balazo alcanzó al muchacho en el muslo izquierdo: sintió allí un golpe inesperado que lo desequilibró e hizo caer de la escala a la camareta.

—¡Estáis locos! —gritaba el inglés—. ¡No había que llegar a esto!

Aturdido por la conmoción, Cal apenas notó el impacto. No le dolía nada, pero era incapaz de moverse. Quedó boca arriba junto a Slender Man, que se estremecía entre convulsiones cada vez más débiles. Y desde donde estaba vio aparecer a Lerrant junto a Taplow en el rectángulo de luz gris: su camisa estaba ensangrentada, aunque eso no parecía importarle. Con una calma sorprendente, como si no le costase esfuerzo y hubiera llegado allí moviéndose sin prisa por la cubierta, engarfió las manos en torno al cuello del inglés y apretó para estrangularlo, indiferente al nuevo estallido del disparo que resonó antes de que Taplow soltara el arma, dejase caer atrás la cabeza tras un desesperado pataleo y quedase al fin inmóvil, la lengua fuera y a un lado de la boca, los ojos desorbitados, muy abiertos, saltones como ostras crudas arrancadas de su concha.

Sólo entonces Lerrant bajó la vista para mirarse el pecho y el vientre, donde todavía humeaba el último disparo: tocó el lugar de los impactos y luego sus propias manos ensangrentadas, dirigiéndoles una ojeada que parecía más curiosa y pensativa que inquieta. Al fin, asomándose al tambucho, miró a Cal tendido en el

suelo desordenado de la camareta junto a Slender Man, que había dejado de estremecerse y yacía en un charco de sangre.

—No te muevas —dijo—. Quédate como estás.

Su voz sonaba opaca, apreció el muchacho. Con una extraña calma. Lo vio bajar por la escala lentamente, agarrado al pasamanos. No parecía dolorido, sino fatigado. Se movía peldaño a peldaño, pálido y con pocas fuerzas. En su ropa ensangrentada se veían tres pequeños desgarros: dos en la camisa y otro en el pantalón a la altura del vientre. La sangre la empapaba y caía en gruesos goterones rojos.

Se arrodilló junto a Cal para mirarle la herida.

—Sale irregular, a borbotones... Puede haber tocado una arteria.

Cal alzó un poco la cabeza para verse la pierna y la dejó caer. Pasado el shock inicial, empezaba a doler de verdad. Ahora estaba asustado.

—¿Es grave?

Lerrant no dijo nada. Tenía el rostro ausente, concentrado en indescifrables pensamientos. Le taponaba la herida apretando fuerte con las manos; y su propia sangre, que seguía brotando, se mezclaba con la del muchacho. Los rostros estaban muy cerca uno del otro.

—¿Voy a morir? —preguntó Cal.

Lo aterrorizaba la idea de que todo acabase en el crepúsculo gris que envolvía el barco, en la noche que acechaba afuera como heraldo de una oscuridad eterna. Temía cerrar los ojos y adelantar la llegada de esa tiniebla, dormir y no despertar nunca. Por eso se esforzaba en mantenerlos abiertos, luchando contra el sopor que se adueñaba de sus sentidos: un deseo tentador de abandonarse, descansar y olvidar.

—No morirás hoy —prometió Lerrant.

Aunque le costaba moverse, había cogido un trozo suelto de driza, y con él y el compás de bronce de la mesa de cartas, haciéndolo girar, apretaba un torniquete entre la ingle y la herida de Cal. Poco a poco, la sangre dejó de manar.

—¿Y tú? —preguntó el muchacho.

—Bien... Estoy bien.

Se estremeció Cal. Sentía ahora mucho frío, le temblaba la barbilla y castañeteaban con violencia los dientes. Lo advirtió Lerrant y se tumbó a su lado para darle calor. Pegados uno a otro, sus sangres seguían mezclándose.

—Creo que... —empezó a decir Lerrant.

No terminó la frase. Se movió para acomodarse mejor y abrigar más a Cal con su cuerpo, calentando el húmedo abrazo que los empapaba. La noche penetraba ya en el *Nostos*, y en la penumbra los dos rostros muy juntos se miraban, viendo cada uno ensombrecerse los rasgos del otro.

—Gracias por el viaje —murmuró Cal.

La respuesta llegó como un débil susurro.

—Eres un guerrero, un chico valiente... Puedes estar orgulloso de eso.

—Me habría gustado pelear a tu lado en aquellos tiempos.

Ya estaba todo tan oscuro que era imposible ver la cara de Lerrant. Sólo escuchar su voz, insólitamente débil.

—Lo... has hecho, Kowalski... Lo hiciste... Ahora quizá yo pueda...

Calló un momento, y Cal sintió sus dedos ensangrentados recorrerle el rostro hasta detenerse en la frente, como si imprimiesen en ella una señal, una cruz o un signo desconocido.

—Ya no tengo sed —le oyó murmurar.

Se apagó la voz, el cuerpo quedó inmóvil y en ese mismo instante sonaron pasos apresurados y voces en cubierta. De pronto el haz luminoso de una linterna se movió de arriba abajo, iluminó un momento la cara espantada del capitán Fouad y luego la camareta. En esa luz, Cal vio que Lerrant tenía los ojos cerrados y una expresión de inmensa paz en el rostro. Sonreía, aunque no con el habitual apunte que nunca llegaba a materializarse del todo, sino de una manera franca, serena, casi inocente, como no le vio antes de esa noche hacerlo nunca. Y entonces supo que el alma errante de Ashverus ben Uriel había llegado, por fin, a lo alto de la colina.

Epílogo

Casi un mes después, con toda la lona arriba, tranquilo el mar y ciñendo un noroeste de catorce nudos por la amura de estribor, el *Nostos* navegaba hacia poniente cuarenta millas al sur del cabo Sapientza, frente a la costa de Grecia. El sol había salido once horas antes sobre su estela, alargando primero la sombra del hombre sentado junto a la bitácora y acortándola luego, a medida que el astro recorría un arco de limpio cielo azul hasta alcanzar su cénit, para prolongarla otra vez hacia el lado opuesto, como ocurría en cada singladura navegada desde que, siete días atrás, el velero largó amarras en el puerto de Tiro.

Esa mañana, durante media hora, unos delfines se habían movido junto al barco. La manada se acercó sin recelo a la embarcación, relucientes los curvos lomos grises y las aletas dorsales bajo el sol, y los miembros más jóvenes y atrevidos estuvieron jugando mientras acompañaban su velocidad a la de la roda que bajo el ancla hendía silenciosa el agua. El patrón del velero había pasado un buen rato observándolos inclinado sobre el balcón de proa. Conscientes de su presencia, los delfines nadaban poniéndose de lado para observarlo a través del agua sutil con ojos oscuros e inteligentes y la sonrisa indeleble de sus bocas. Después, respondiendo a una voz submarina o una señal misteriosa, se habían apartado del barco todos al mismo tiempo, sincronizados y rápidos, para alejarse y desaparecer en la distancia.

El viento roló una cuarta hacia la proa y el patrón cazó la escota del foque. Respondiendo con nobleza a la maniobra, el *Nostos* escoró unos grados y aumentó un nudo su velocidad. Satisfecho, el hombre sentado junto al timón miró el mar. Todo parecía despejado

excepto una mota lejana en el través de babor. La buscó con los prismáticos: un barco navegaba con rumbo convergente a poco más de dos millas. Un portacontenedores. No había peligro inmediato de colisión, pero era bueno tomar precauciones. Así que bajó a la camareta, fue a la mesa de cartas y oprimió el intercomunicador de la radio:

—I call to the motor vessel on my port-side... This is the sailing boat Nostos. Watch me, please.

Regresó a la bañera, acomodándose en el lugar de costumbre. Echó otro vistazo por los prismáticos y miró luego la vieja bandera veneciana que flameaba en la cruceta de babor. Disponía de quince minutos hasta saber si era necesario maniobrarle al mercante. Porque tal vez, recordó burlón, había un ruso borracho de guardia en el puente.

Dirigiendo de vez en cuando una ojeada al otro buque, abrió el libro que tenía con una señal sobre el banco, y leyó, o más bien releyó, algunas líneas:

*Una vez aparejada la negra nave,
con cráteras de vino hicieron ofrendas
a los dioses de vida inmortal
y a Atenea de ojos glaucos.
Así navegaron a través de la noche
hasta que la aurora iluminó su camino.*

Por bajar y subir de la camareta se había resentido la herida de la pierna, apenas cicatrizada del todo. Eso lo incomodaba, así que al cabo de un rato tuvo que cambiar de postura. Cerró el libro, se puso en pie cojeando un poco y apoyado en la bitácora dirigió otro vistazo al mercante, que estaba cerca pero había alterado ligeramente el rumbo. Ahora se situaba más a popa y no había peligro alguno.

El sol se hallaba muy bajo por la proa e incidía en el agua hiriendo la vista. Con aquella luz deslumbrante en el rostro, entornados y alzados los ojos hacia la arboladura, el patrón miró la lona tensa al viento. Pronto sería de noche, así que iba siendo hora de tomar un

rizo a la vela mayor. Porque un rizo de más, recordó, era un mal rato de menos.

Se volvió a mirar hacia popa, allí donde tras la descolorida bandera griega, por debajo del horizonte y a una semana de navegación, quedaba la cripta en la que, saciada al fin su sed de siglos, Arnaud le Pèlerin, caballero hospitalario, descansaba junto a los que durante un tiempo fueron hermanos de orden y compañeros de batalla. Y de ese modo, mientras recordaba al judío errante que tantos nombres tuvo y tan diversos caminos se vio obligado a recorrer, a la boca de Cal Gadea afloró un gesto familiar: el apunte de una sonrisa antigua, siempre inacabada, que lo acompañaría durante el largo y feliz resto de su vida.

Telémakhos salió a la venta tres años después y fue un éxito: superó los 217.000 jugadores online en sólo cuatro semanas.

Venecia, marzo de 2026



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Arturo Pérez-Reverte

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Ricardo Sánchez Rodríguez, por el mapa de las guardas

Ilustración de la cubierta: © Riki Blanco

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-204-6387-2

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

**El nuevo libro de Arturo Pérez-Reverte.
Hay historias que nos cuentan, en las que
creemos, en las que no creemos y en las que
no queremos creer. Una novela de viaje y de
iniciación.**



Hay un principio básico muy útil en el mar y en la guerra: prepararlo todo según la hipótesis más probable, pero adoptar las medidas de seguridad según la hipótesis más peligrosa.

Cal Gadea, un chico de dieciséis años criado por sus abuelos y fascinado por los videojuegos, encuentra al hombre al que lleva tiempo buscando: Asier Lerrant, el padre que nunca conoció. Lo ha localizado en un puerto del Mediterráneo siguiendo unas vagas

pistas y una fotografía antigua, movido por una pregunta que lo atormenta desde niño: por qué ese hombre abandonó a su madre y lo dejó también a él fuera de su historia.

A bordo de un velero que trafica con arte robado, padre e hijo emprenden un viaje en el que la búsqueda íntima de Cal se cruza con un enigma histórico y una trama de carácter policíaco. Lerrant, hombre hermético, áspero y difícil de descifrar, enseñará al chico a navegar, a anticiparse al peligro y a comprender que, en un barco como en la vida, ciertas reglas son una forma de supervivencia.

Novela de aventura e iniciación, *La hipótesis más peligrosa* es también una asombrosa mirada sobre el Mediterráneo como memoria viva de la Historia: un mar donde todavía resuena el eco de batallas, exilios, piratas, imperios desaparecidos, leyendas, dioses antiguos, libros clásicos y derrotas humanas.

La crítica ha dicho:

«Pérez-Reverte sabe cómo retener al lector a cada vuelta de página».

The New York Times Book Review

«Me gusta Pérez-Reverte, me recuerda a Dumas y Salgari».

Umberto Eco

«Pérez-Reverte ha inventado novelas y géneros que no existían en España».

Alexis Grohmann

«La etapa creativa que está atravesando Arturo Pérez-Reverte resulta asombrosa».

Sergio Vila-Sanjuán, *La Vanguardia*

«Arturo Pérez-Reverte elabora sus novelas como un viejo barman español refinado y elegante que se emborrachase de vez en cuando con Corto Maltés».

Minute

«Arturo Pérez-Reverte consigue mantener sin aliento al lector».
Corriere della Sera

«Los lectores no serán capaces de volver la página lo suficientemente rápido».
Publishers Weekly

«Hay un escritor español que se parece al mejor Spielberg más Umberto Eco. Se llama Arturo-Pérez-Reverte».
La Repubblica

«Arturo Pérez-Reverte nos hace disfrutar de un juego inteligente entre historia y ficción».
The Times

«Pérez-Reverte en su mejor momento. Sus novelas trazan lazos de unión unas con otras, hasta formar una urdimbre que es lo que los clásicos llamaban estilo, y los modernos, mundo».
José María Pozuelo Yvancos, *ABC Cultural*

«Nada más serio que el juego de Pérez-Reverte. Ese juego se llama literatura».
La Revue des Deux Mondes

«Uno se siente como el perro de Goya, enterrado hasta el cuello en las historias de Pérez-Reverte, tan abrumado como fascinado; incapaz de huir, pese a que cada frase arroja en el alma un capazo más de arena, de pesar, de tinieblas».
Jacinto Antón, *El País*

Sobre Arturo Pérez-Reverte

Arturo Pérez-Reverte nació en Cartagena, España, en 1951. Fue reportero de guerra durante veintiún años y cubrió dieciocho conflictos armados para los diarios y la televisión. Con más de veintisiete millones de libros vendidos en todo el mundo, traducido a cuarenta idiomas, muchas de sus obras han sido llevadas al cine y la televisión. Hoy comparte su vida entre la literatura, el mar y la navegación. Es miembro de la Real Academia Española y de la Asociación de Escritores de Marina de Francia.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Índice

[La hipótesis más peligrosa](#)

[I. El puerto](#)

[II. La playa](#)

[III. El viaje](#)

[IV. El mar](#)

[V. El barco](#)

[VI. La ciudad](#)

[VII. Caramelos de violeta](#)

[VIII. El mar Tirreno](#)

[IX. La lluvia](#)

[X. El mar Jónico](#)

[XI. El mar Egeo](#)

[XII. La isla](#)

[XIII. La fosa de Heródoto](#)

[XIV. Geometría](#)

[XV. La cripta](#)

[XVI. La colina](#)

[Epílogo](#)

[Créditos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Arturo Pérez-Reverte](#)

Índice

1. [La hipótesis más peligrosa](#)
2. [I. El puerto](#)
3. [II. La playa](#)
4. [III. El viaje](#)
5. [IV. El mar](#)
6. [V. El barco](#)
7. [VI. La ciudad](#)
8. [VII. Caramelos de violeta](#)
9. [VIII. El mar Tirreno](#)
10. [IX. La lluvia](#)
11. [X. El mar Jónico](#)
12. [XI. El mar Egeo](#)
13. [XII. La isla](#)
14. [XIII. La fosa de Heródoto](#)
15. [XIV. Geometría](#)
16. [XV. La cripta](#)
17. [XVI. La colina](#)
18. [Epílogo](#)
19. [Créditos](#)
20. [Sobre este libro](#)
21. [Sobre Arturo Pérez-Reverte](#)

Puntos de referencia

1. [Portada](#)
2. [Portadilla](#)
3. [I. El puerto](#)
4. [II. La playa](#)
5. [III. El viaje](#)
6. [IV. El mar](#)
7. [V. El barco](#)

8. [VI. La ciudad](#)
9. [VII. Caramelos de violeta](#)
10. [VIII. El mar Tirreno](#)
11. [IX. La lluvia](#)
12. [X. El mar Jónico](#)
13. [XI. El mar Egeo](#)
14. [XII. La isla](#)
15. [XIII. La fosa de Heródoto](#)
16. [XIV. Geometría](#)
17. [XV. La cripta](#)
18. [XVI. La colina](#)
19. [Epílogo](#)
20. [Créditos](#)
21. [Sobre este libro](#)
22. [Sobre el Arturo Pérez-Reverte](#)
23. [Índice](#)